

H. G. WELLS

UN CRIADO QUE PROMETE



de

Una de las últimas novelas de «evasión» escrita por H. G. Wells es la que ofrecemos a nuestros lectores. En las fechas de su aparición en Inglaterra, Wells comenzaba ya a utilizar la novela como instrumento de persuasión y polémica. Este libro fue el último que escribió para su completa y propia complacencia... y para la complacencia del lector.



H. G. Wells

Un criado que promete

ePub r1.0

Titivillus 04.07.17

Título original: *Bealby: A Holiday*

H. G. Wells, 1915

Traducción: Ramón D. Perés

Diseño de cubierta: Chaco

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



CAPÍTULO I

DE COMO BEALBY FUE A SHONTS

Desciende el gato de otro gato, y de un perro el perro; pero un buen mayordomo o una buena camarera no es frecuente que se reproduzcan, perpetuando la raza. Otros deberes solicitan su atención.

Por ello, cuando hay que buscarles sucesor, preciso es acudir a la gente prolífica, y sobre todo a los que, siéndolo, viven en las grandes propiedades. Figuran entre los tales los jardineros, pero no los de inferior categoría y escaso jornal; los guardas de coto y los cocheros; mas no cabe contar con los subarrendatarios parciales de las pobres viviendas, porque éstos suelen andar mucho más sobrados de años, que de espacio disponible en la casa. Y entre las personas a quienes se ofreció un día la oportunidad de entrar al servicio de un amo, hállese Bealby, un muchacho hijastro del señor Darling, jardinero del castillo de Shonts.

Conocido de todos es lo que ha hecho famoso a Shonts: su fachada; sus dos torres; su gran estanque de mármol; sus terrazas, por las que se pasean los pavos reales, y el lago inferior con sus cisnes, blancos unos y negros otros; el gran parque con su espléndida calzada; la vista del río que cruza a través de la campiña y se pierde en las azules lejanías; y el *Velázquez* de Shonts —aunque éste está ahora en América—, y el *Rubens*, que está en la Galería Nacional; y la colección de porcelanas... Y ¿cómo olvidar su antigua historia? Shonts era uno de los refugios de la vieja fe, habiendo poseído escondrijos para los curas perseguidos y secretas galerías subterráneas. Mas, al fin, el marqués tuvo que alquilar en nuestros tiempos el castillo a los Laxton, los de la «leche peptonizada» y el

«calmante infantil» —con contrato por largo número de años—. Para cualquier rapaz podía considerarse como gran suerte el empezar a aprender el oficio de criado en tan importante casa; y sólo teniendo muy en cuenta la natural perversidad de la humana naturaleza, puede explicarse de algún modo la violenta oposición que obtuvo por parte de Bealby hasta la mera idea de que tal cosa pudiera realizarse. Y, sin embargo, así fue. Empeñóse en que no quería él ser criado, y en que no había de ir allí, y portarse como un buen chico, haciendo todo lo posible por cumplir en aquella nueva clase de vida a la que a Dios le plugo llamarle dentro del recinto de Shonts. Antes bien, pensaba hacer todo lo contrario.

Así se lo comunicó de pronto a su madre, mientras ésta amasaba un pastel de carne y de riñones en la alegre y reducidísima cocina de la casita del jardinero. Entró él, revuelto el cabello, sofocada la cara y bastante sucia, y hundidas las manos en los bolsillos de los pantalones, precisamente en la forma en que repetidas veces se le había advertido que no se presentara.

—Madre —dijo—, no quiero estar a las órdenes del mayordomo de aquella casa, de ninguna manera, aunque usted me lo mande a gritos y esté chillando hasta ponerse morada. Conque, ya lo sabe usted.

Pronunciadas estas palabras quedóse casi sin resuello en el cuerpo, pues todo el disponible lo había gastado ya.

Era su madre mujer tan flaca de cuerpo como firme de carácter. Dejó por un momento de amasar la pasta que preparaba, dándole tiempo al chicuelo de acabar cuanto tuviera que decirle, y luego pasó con fuerza el rodillo sobre la masa, con amplió y exagerado ademán, quedándose inclinada hacia adelante y ladeada un poco la cabeza.

—Pues lo harás —dijo—; lo que tu padre ha mandado, sea lo que fuere, eso es lo que harás.

—¡No es mi padre! —contestó Bealby.

Sacudió la cabeza la madre con aire iracundo que revelaba una firmísima resolución.

—Pues, de todos modos, no lo haré —repuso Bealby; y comprendiendo que era difícil sostener la conversación en este terreno, dirigióse hacia la puerta que daba a la escalera, con intención manifiesta de dar un buen portazo al cerrarla.

—Yo digo que lo harás —repitió su madre.

—Ya lo verá usted si lo hago —replicó Bealby, y en seguida apoyó sus palabras con el portazo en cuestión, aunque, en verdad, lo hiciera algo precipitadamente por haber oído fuera rumor de pasos.

Unos instantes después entraba el señor Darling, que regresaba del campo. Era hombre fornido; llevaba un traje lleno de bolsillos, de todos tamaños; usaba patillas de color terroso, afeitados el mentón y el labio superior, de enérgica expresión, y venía con un enorme pepino en la mano.

—Se lo he dicho ya, María —dijo al entrar.

—¿Y qué ha contestado? —preguntó su mujer.

—Nada.

—El muchacho dice que no quiere.

Quedóse el señor Darling mirándola por un momento con aire pensativo.

—¡En mi vida he visto cosa igual! —exclamó— Pues no tendrá más remedio que hacerlo.

Pero Bealby siguió empeñado en luchar contra lo inevitable. No sabiendo expresar con lucidez sus ideas, limitóse a repetir:

—No quiero ser criado. No sé qué derecho tiene la gente a obligarme a serlo.

—Algo tienes que ser —contestó el señor Darling.

—Todo el mundo ha de ser algo —añadió su mujer.

—Pues entonces déjenme escoger otra cosa.

—¡Ah, sí! Supongo que lo que te gustaría es ser un caballero —repuso el hombre.

—No me desagradaría.

—Hay que aprovechar las ocasiones cuando se presentan.

Bealby quedóse un instante casi sin aliento.

—¿Por qué no podría ser yo maquinista de un tren? —preguntó.

—Es oficio demasiado sucio —replicó la madre—. Y además, podrían matarte en un choque o descarrilamiento. Y hay que pagar multas. Eso quisieras tú, ¿eh?... ser maquinista.

—O bien soldado.

— ¡Uf! ¡Soldado! —exclamó el señor Darling, con entonación tal que no admitía réplica.

—O marinero.

—¿Con esa flojera de vientre que tienes? —contestó la madre.

—Además —añadió el hombre—, ya ha quedado decidido que te presentarás en la casa el primero del próximo mes, sin falta. Y ya tienes arreglado el baúl y todo lo demás.

Púsose muy colorado Bealby.

—No quiero ir —dijo con desmayada voz.

—Pues irás —replicó el señor Darling—, aunque tenga que cogerte por el cuello de la chaqueta y por los calzones para llevarte a rastras.

* * *

Como encendida brasa le quemaba el corazón en el pecho a Bealby cuando, sin necesidad de que nadie le acompañara, cruzó el parque, cubierto aún de rocío, dirigiéndose al caserón, al cual debía seguirle en breve su baúl.

Iba pensando que el mundo era algo que daba asco.

También, exclamó de pronto, sin duda dirigiéndose a dos gamos y a un cervato que podían oírle: «Si os figuráis que voy yo a aguantar todo esto, os aseguro que estáis completamente equivocados».

No he de intentar yo justificación alguna de la aversión que él sentía a manifestar sus facultades en la honesta práctica del servicio doméstico. El hecho es que la sentía. Tal vez algo flota en el ambiente de Highbury, donde habían transcurrido, ocho de los últimos años de su vida, que inclina a los espíritus hacia los ideales democráticos. Es aquel pueblo uno de esos relativamente modernos, en que las grandes propiedades parecen ya haber caído casi en el olvido. Acaso, también, hubiera algo en el carácter de Bealby...

La verdad es que, a mi modo de ver, ninguna clase de empleo le hubiera gustado. Hasta entonces había sido uno de esos rapaces que gozan de gran libertad, manifestándose muy encariñado con ella. ¿Qué razón podía existir para que las cosas cambiaran de pronto? Levísima tarea fue para su ingenio de golfo londinense la asistencia a la escuela mixta del pueblecillo, y durante año y medio había sido siempre el primero entre todos sus compañeros. ¿Por qué no continuar siéndolo indefinidamente?

Mas todo lo contrario ocurría ahora. Obligado por las amenazas,

tenía que cruzar el parque aquella mañana a la hora en que los oblicuos rayos del sol habían sido para él tantas veces una especie de preludio de espléndidos ratos, y aun días, de holganza y de paseos entre los árboles. Tenía que pasar por delante de aquel lavadero junto al cual había jugado frecuentemente al *criquet* con los chiquillos del cochero (absorbidos ya también por la vida del trabajo), seguir, arrimado a la pared, hasta donde terminaba la cocina, y allí, bajando unos escalones que conducen a los sótanos, había de verse obligado a despedirse, no sólo de la luz del sol, sino de su infancia, de su adolescencia, de su libertad. Debía continuar por un pasadizo empedrado, basta llegar a la despensa, y una vez en ella preguntar por el señor Mergleson. Paróse al llegar al primer escalón y miró al cielo azul, por el que entonces cruzaba lentamente un halcón. Siguiólo con la vista hasta que se quedó oculto tras una rama de ciprés; pero en verdad que ni pensaba entonces en el ave, ni la veía casi. Lo que absorbía su pensamiento era la lucha con un postrero impulso de su libre naturaleza, que le estaba diciendo: ¿por qué no he de mandarlo todo a paseo? ¿Por qué no echar a correr ahora mismo y escaparme?

Acaso hubiera sido mucho mejor para él, para el señor Mergleson y para el castillo de Shonts, que él muchacho hubiera prestado oído a aquella sugestión del mismísimo diablo. Pero ¡sentíase tan triste! Y luego, ni había almorzado ni llevaba un céntimo en el bolsillo. La verdad es que con la panza vacía no está uno para correr mucho. La cosa resultaba inevitable: la fatalidad se había cebado en él. Decidióse, pues, a bajar aquellos escalones.

Largo y frío parecióle el corredor que tuvo que seguir, y al extremo vio que había una puerta giratoria. Ya sabía él que por allí había que pasar tomando luego hacia la izquierda, para cruzar la repostería y llegar a la despensa. Estaban en aquélla tomando el desayuno las camareras y tenían abierta la puerta. La mueca que les dirigió al paso, conviene decir que no llevaba en sí la intención de servir de insulto, sino más bien de pasatiempo, porque, al fin, ¡qué diablo!, no va a estarse un rapaz con la cara absolutamente inmóvil y sin saber qué hacer de ella. En seguida entró en la despensa y hallóse en presencia del señor Mergleson.

Estaba éste en mangas de camisa y con el pelo bastante desgreñado, ocupándose entonces en tomar su primera taza de té en

medio de aquella atmósfera cargada, que parecía conservar aún los desagradables recuerdos de la noche anterior. Era hombre corpulento, de monumental nariz y enorme labio inferior, llevando unas patillas en forma de chuletas. Su voz era trasunto fidelísimo de la de un papagayo. Sacó el reloj del bolsillo del chaleco y miró la hora. «Las siete y diez, joven —dijo—. Quiere decir, esto que no son ya las siete».

Bealby quedóse sin contestar palabra.

—Quédate ahí de pie un momento, y en cuanto acabe cuidaré de tu asunto. —añadió el hombre. Y no. sin cierto aire aparatoso continuó sorbiendo él té.

Otros tres compañeros a medio vestir sentáronse a la mesa acompañando al señor Mergleson. Observaron cuidadosamente a Bealby, y el más joven, que iba en mangas de camisa y con un delantal verde, y era pelirrojo y barbilampiño, contrajo el rostro en una mueca evidentemente destinada a poner en caricatura el aire ceñudo que ofrecían entonces las facciones de Bealby.

Avivóse con ello la mal contenida ira del muchacho, a quien el momentáneo miedo que le produjo el señor Mergleson dominaba, y poniéndose rojo como una amapola sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y que un impulso le llevaba a moverse. ¡Vaya, que no quería ya aguantar más! Dio media vuelta, de pronto, y dirigióse a la puerta.

—Pero ¿adónde vas? —gritó el señor Mergleson.

—¡Le da vergüenza! —dijo uno de los lacayos, el que ejercía de segundo.

—¡Quieto ahí! —gritó el otro, el primero, y al decirlo cogióle por el hombro en el umbral mismo de la puerta.

—¡Suéltame! —exclamó el nuevo recluta—. No quiero entrar en ese condenado oficio: no me da la gana de ser criado.

— ¡Ven aquí! —gritó el señor Mergleson, con autoritario ademán y empuñando la cucharilla del té—. Acercádmelo hasta el extremo de la mesa. ¿Qué significa eso del *condenado oficio*?

Bealby, que de pronto empezó a llorar a lágrima viva, fue colocado por fuerza, según lo mandado, allá al extremo de la mesa.

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme qué es eso del condenado oficio de criado? —preguntóle el señor Mergleson.

No se oyó más entonces que un fuerte sollozo, seguido de

silencio.

—Si no he oído mal, has dicho que no te daba la gana de entrar en el condenado oficio de criado. ¿Es cierto?

—Sí —contestó Bealby.

—Tomás —ordenó entonces el señor Mergleson—, dale un coscorrón. Dáselo bastante fuerte.

Lo que ocurrió entonces fué tan rápido, que es algo difícil explicarlo detalladamente.

—¡Ah! ¿Conque muerdes, eh? —se oyó decir a Tomás.

V al señor Mergleson:

—Esas mañas tienes, ¿eh?... Bueno es saberlo... ¡Dale otro coscorrón!... Y ahora, joven, quédese usted ahí de pie un rato hasta que acabe yo y pueda cuidar de sus asuntos.

Y dicho esto, volvió a su té el señor Mergleson, y acabó de tomarlo muy despacio y con gran prosopopeya.

Pensativo y frotándose una pierna lentamente, exclamó el segundo lacayo:

—Si he de pegarle muchos coscorriones, más valdrá que se quite las botas que lleva y se ponga zapatillas.

—Llévalo a su cuarto —dijo entonces el señor Mergleson levantándose—. Cuida de que se lave la cara en el lavamanos del extremo del corredor, a ver si al mismo tiempo que la suciedad le desaparece el mal genio, y hazle luego calzarse las zapatillas. Cuando esté listo, enséñale a poner la mesa en el cuarto del despensero.

* * *

Sus nuevas obligaciones antojáronsele a Bealby de una variedad capaz de dejar perplejo a cualquiera, además de hartó numerosas, poco interesantes y difíciles de recordar, aunque la verdad es que tampoco quería él recordarlas muy bien, ya que se proponía cumplirlas del peor modo posible, y parecíale que para ello lo mejor era empezar por olvidarlas. En la escala ascendente de su nuevo oficio habíale tocado a él el último peldaño: es decir, que sus tareas se reducían a servir a otros servidores de más alta categoría, y su jurisdicción no se extendía más allá de la puerta forrada de bayeta verde que estaba al extremo de la escalera destinada al servicio. Su

cuarto, situado bajo una serie de escalones que conducían a la antecámara de los criados, era reducidísima y estaba cortado en forma de cuña, recibiendo la luz por una ventana fija que daba al corredor del sótano. Oyó el muchacho las órdenes que le dieron en actitud de reservada rebeldía; pero su deseo de manifestarse francamente indomable, quedó más que neutralizado por el respeto que le infundían las hábiles manazas de los cuatro criados mayores que él, y por cierto temor a que le hicieran volver demasiado pronto a la casita situada en los jardines de la propiedad. Por ello, y únicamente como prueba, se contentó con romper dos platos y recibir un coscorrón que le propinó el propio señor Mergleson. El manotazo de éste no fue inferior en fuerza a los de Tomás, pero resultaba diferente, en otros aspectos. La mano del señor Mergleson era ancha y gruesa, y sus efectos se hicieron sentir, más que por otra cosa, por el ímpetu del choque. En cambio, la de Tomás era dura como el cuerno y la impresión que producía se prolongaba más rato. Poco después ocurriósele a Bealby echar sal en la tetera en que iba a hacer el té el ama de llaves. Pero ésta lavó la tetera con agua caliente antes de poner el té. Era evidente que había perdido el tiempo y que donde debía haber sido echada la sal era en la cafetera del agua caliente.

Lo que es para otra vez... a la cafetera iría a parar.

Nadie habló con Bealby, durante las largas horas de aquel primer día, más que para indicarle, y repetirle hasta la saciedad, cuáles eran allí sus obligaciones. Bien es verdad que al mediodía, durante la comida en la antecámara de los criados, hizo reír a una de las camareras haciendo muecas que daban a entender que aquélla era la cara que ponía el señor Mergleson; pero no pasó de ahí la cosa, siendo esto lo único que parecía acercarse un poco a una franca y desinteresada conversación con humanos seres.

Al llegar la hora de acostarse, oyó que Tomás le decía:

—¡Anda, fuera de ahí! ¡A la cama, para que vayas allí a dar esos cochinos puntapiés que tanto te gustan! Por hoy yo te hemos visto bastante, ya estás de más.

Marchóse Bealby, quedándose luego sentado largo rato en el borde de la cama, pensando qué era lo mejor que podía hacer de estas dos cosas: pegar fuego a la casa o envenenarse. Lo que es un veneno bien hubiera querido tenerlo: un veneno que tuviera cierto

carácter medieval, que hiciera mucho daño antes de matar. También sacó del bolsillo un librito de apuntes que le había costado un penique y tenía tapas negras charoladas y el canto azul. Escribió á la cabecera de una de las páginas el nombre de Mergleson y trazó debajo tres cruces negras. Luego le abrió otra cuenta igual a Tomás, que evidentemente sería el que estaba destinado a ser el deudor principal. No era Bealby muchacho que perdonara fácilmente. En la escuela del pueblo, hartó habían hecho con enseñarle a asistir puntualmente a la iglesia, para que les quedara tiempo disponible que dedicar a inculcarle ideas de perdón. Así debajo del nombre de Tomás fue trazando también innumerables cruces.

Y mientras Bealby iba tomando esas siniestras apuntaciones en el piso inferior de la casa, *lady* Laxton (porque ese título usaba, gracias a que su marido había comprado una baronía por veinte mil libras esterlinas entregadas a los fondos del partido y un regalo a los mismos obreros empleados en la explotación de la *Leche peptonizada*), *lady* Laxton, dos pisos más arriba de aquel en que se hallaba Bealby, hallábase entregada a hondas cavilaciones acerca de la próxima fiesta de fin de semana que iba a dar y que prometía ser importantísima. Estaba invitado a ella, habiendo aceptado el lord Canciller de Inglaterra. Nunca había albergado la baronesa en el recinto de Shonts a tan alta personalidad de las que constituían el Gabinete, y, por más que se esforzara en evitarlo, no podía menos de relacionar aquella visita con el vehementísimo deseo que sentía ella de ver al dueño Shonts vestido con el rojo uniforme del cargo público que para él ambicionaba. ¡Qué elegante estaría así! Iba a venir el lord Canciller, y para recibirlo dignamente y prestarle homenaje, contaba con los otros invitados, lord Juan Woodenhouse y Slinker Bond; la condesa de Barracks y la señora de Rampound Pilby, la novelista, con su marido; el profesor Timbre, el filósofo, y cuatro personas más de menor cuantía, pero gente no desprovista de cierta importancia y que, mezclada con los demás, no dejaría de producir agradable efecto. Cuando menos, lo del efecto agradable se lo figuraba ella, pues no podía imaginar nada malo por lo que se refiere a su primo Douglas.

El que a Shonts acudiera tan escogida concurrencia llenaba de ilusiones a *lady* Laxton, preparándose ya para una serie no interrumpida de excelentes éxitos, aunque, a decir verdad, se

confesara interiormente que algo de desconfianza sentía también, al propio tiempo. En el fondo de su conciencia no podía negar que no era ella la organizadora de aquella partida de campo. Más bien resultaba ésta algo inesperado que se le imponía por sí mismo. El modo como paulatinamente aconteció todo ello era lo que ignoraba; pero tratábase de algo superior a la esfera de sus ordinarios dominios. Lo único que deseaba ardientemente era que todo fuera bien.

Convidado de tanta importancia como el lord Canciller no lo había tenido ella en su vida. Claro que a medida que va uno subiendo en la escala social, vese obligado a adaptarse a las circunstancias; pero sea como fuere, para tratarle cómo a un amigo y con entero desembarazo, tendría que hacer un esfuerzo tremendo. Lo que es respecto a eso no le cabía le menor duda. Era como si le pidieran que tratara con amistoso desembarazo a un elefante. Bien sabía ella su escasez de recursos para sostener una conversación. Lo que es el arte de interesar a la gente parecía siempre tarea abrumadora en la que acababa uno por perder la cabeza.

Quien había tramado todo aquello era Slinker Bond, aunque era preciso confesar que para ello se necesitó alguna indicación indirecta del propio *Sir* Pedro Laxton. Hablase quejado éste que el Gobierno tenía hartos descuidada aquella comarca, diciendo: «debieran esos señores dejarse ver con más frecuencia por este condado», y añadió en seguida, como sin dar importancia a sus palabras: «a mí no me sería difícil hacer triunfar aquí a cualquiera que se me antojara». Como consecuencia, iban a darse ahora dos grandes comidas de etiqueta y un abundante almuerzo popular en domingo, pero entre gente escogida, para que el pueblo viera a los Laxton ocupar el lugar que les correspondía en Shonts, por muy nuevo que este espectáculo pudiera parecer.

No era precisamente el convencimiento de sus propias *deficiencias* lo que más preocupaba a *lady* Laxton, sino, al propio tiempo, lo que bien podrían calificarse de *excesos* en su marido. Tenía aquél (y en vano trataríamos de disimularlo aquí), unas maneras que a la legua revelaban al hombre acostumbrado a emplear a los demás en sus trabajos. Solía mostrarse... ¿cómo lo diremos para que suene mejor?... hartos atrevido y confianzudo durante las comidas, y el dichoso Mergleson parecía divertirse

entonces en irle llenando continuamente la copa. Y ocurría en tales ocasiones que le daba por llevarle la contraria a todo el mundo. Pues bien: parecíale a ella que un lord Canciller no era precisamente la persona más indicada para que uno se atreva a contradecirla.

Además, había llegado a sus oídos que a este señor le interesaban mucho los asuntos filosóficos (harto difíciles de suyo, por cierto). Por esto había buscado a Timbre para que le hablara dé ellos. Como Timbre era profesor de Filosofía en Oxford, la cosa había de resultar a pedir de boca. Pero hubiera ella deseado conocer un buen par de asuntos filosóficos en que hubiera podido meter baza por su cuenta y sin temor de disparatar. Ya hacía tiempo que había notado cuánta falta le hacía un secretario; pero nunca, como en aquella ocasión, lo echó tan de menos. De haberlo tenido, nada más fácil que indicarle acerca de qué asunto deseaba hablar, y mandándole a comprar uno o dos libros que trataran del mismo, él le hubiera marcado los párrafos más notables para que ella pudiera aprendérselos de memoria.

Lo que la atemorizaba (y sólo el pensarlo la entristecía ya) era que á Laxton se le ocurriera decir desde el principio a sus invitados que «él no creía en eso de la Filosofía». ¡Era tan frecuente en él el afirmar que «no creía» en ciertas cosas que tienen importancia, como, por ejemplo, el Arte, la filantropía, las novelas, y otras cosas por el estilo! Algunas veces exclamaba: «¡Vaya, que no creo en *nada de eso!*», ya se tratara del mismo Arte o de lo que fuera. Observaba ella la cara que ponía la gente al oírle, y la consecuencia que había sacado de sus observaciones era que el decir que uno «no cree en tal o cual cosa» no resultaba precisamente muy del gusto de los oyentes en nuestros tiempos. Sea como fuere, era algo que no estaba bien, aunque ella no quisiera decírselo así directamente al propio Laxton. Claro que éste se hubiera acordado de la advertencia, si ella se hubiese atrevido a dirigírsela; pero, con el genio que tenía, era capaz de tomarlo muy a mal. Y lo que ella no podía sufrir es que él tomará a mal cualquier indicación suya.

—Si uno pudiera hallar un modo de dárselo a entender indirectamente —pensó.

¡Cuántas veces había deseado ser más hábil en el arte de decir las cosas de un modo indirecto!

Como habrá visto ya el lector, era aquélla una mujer de alma señorial, tan sencilla como amable. En cuanto al origen de su familia, nada tenía de despreciable, aunque fueran todos gente de escasa fortuna. Pero de lo que no pecaba ciertamente era de lista. Tendría todas las cualidades que se quisiera menos ésta. Y toda esposa de uno de esos grandes industriales necesita, poseer talento, si no ha de verse reducida, por lo que respecta a la más alta sociedad, a un *magnífico aislamiento*. Adquieren ellos títulos, grandes empleos y demás; pero el hecho es que, sin mediar aquella circunstancia, aunque no se proponga la sociedad aislarlos verdaderamente, los evita, sin embargo, casi de un modo inadvertido.

En el preciso momento en que la señora pensaba en lo de hallar algún medio indirecto para convencer a su marido, Bealby, en el piso inferior, algunos metros más abajo de donde estaba ella, acudía al recurso de humedecer todo lo posible con saliva la punta del lápiz, para que marcara mejor la cruz número catorce que le ponía en cuenta y aquel odioso Tomás a quien él había ya sentenciado. Y era de notar que la mayor parte de las trece cruces anteriores habían sido trazadas con tan rabiosa fuerza, que la huella del lápiz atravesaba la mitad de las páginas del librito de apuntes con canto azulado.

* * *

La llegada de los esperados huéspedes produjo a Bealby, al principio, la impresión de que era para él una suerte, pues atraerla a los cuatro criados del sexo masculino hacia el otro lado de la puerta forrada de bayeta, donde había de existir todo un mundo desconocido para él; pero pronto averiguó que con aquellas personas llegaban también cinco más, dos criados y tres camareras, para los cuales había que' añadir plato en la mesa en el cuarto del despensero. Fuera de esto, todos los demás preparativos que para cumplir con sus deberes sociales se le ocurrieran a *lady* Laxton afectaban tan poco al muchacho, como si se tratara de asuntos particulares del emperador de la China. Algo ocurría en los pisos superiores de la casa, que estaba fuera hasta de los límites de su natural curiosidad. Todo lo más que oyó fue un continuo ir y venir allá fuera de vehículos, de todas clases, y ciertos rumores de

conversaciones, a las cuales no prestó atención, mientras cocheros y lacayos apuraban sendos vasos de vino en la despensa. Mas, por fin, aparecieron los nuevos criados y las camareras. Parecióle como si surgieran de pronto de la nada, como los caracoles después de la lluvia, negros, bastante vistosos, y ocupados tan sólo en ir engullendo calladamente un ligero tentempié. Hallóles muy antipáticos, y ellos, por su parte, no le trataron ni con cariño ni con consideración alguna.

¡Bueno! ¿Y qué le importaba a él? No tardó en demostrárselo, en cuanto salió del cuarto del dispensero, por medio de un ademán que consiste en acercar la mano abierta a la nariz, y que bien podría calificarse de venerable teniendo en cuenta su mucha antigüedad.

Algo más urgente le preocupaba entonces para que fuera a perder el tiempo pensando en criados y camareras forasteros. Tomás había vuelto a ponerle la mano encima, burlándose de él y, en suma, tratándole del modo más indigno, por lo cual lo que él quería era matarle de algún modo horrible, espantoso (pero que, a ser posible, no le comprometiera mucho).

Si el rapaz hubiera sido japonés, no hubiese tenido que avergonzarse de este deseo, antes al contrario, a los ojos de los suyos, tal impulso habría sido considerado como algo altamente honroso para él elevándole, a la categoría de los héroes. En el pobre hijastro del jardinero la cosa cambiaba completamente de aspecto, resultando algo... reprobable, en fin, algo... inadmisible.

Como Tomás, por su parte, notará que en las miradas de Bealby ardía el fuego inextinguible de la venganza, y no dejara de inspirarle esto cierto secreto temor, creyó que la negra honrilla le obligaba a no cejar en la persecución de que hacía objeto al chiquillo. Empezó a ponerle motes, zahiriéndole porque en lo de acocear y dar bufidos parecía un caballo y en lo de balar un corderillo, y, echándole en cara que estaba allí siempre como en acecho, acabó por darle un tirón de orejas. Entonces consideró oportuno explicar que, como el muchacho era sordo, pues no contestaba al llamársele por cualquiera de aquellos apodos, el único medio que había para curarle la sordera era el empleado por él. Fue esto llevándole a una especie de lenguaje convencional en que las ideas se le transmitían a Bealby mediante ciertas libertades simbólicas, harto dolorosas, aunque no desprovistas de ingenio, que

el criado iba tomándose poco a poco con distintas partes del cuerpo del rapazuelo. Además, con pretexto de haber notado que no estaba muy limpia su cabeza, no paró hasta haberla metido, no sin vencer ciertas dificultades dentro del agua tibia del fregadero.

Entretanto, Bealby discutía consigo mismo, lo más rápidamente posible, en aquellas circunstancias poco apropiadas para la reflexión, qué sería mejor, si arrojarle inopinadamente sobre Tomás o echarle encima una lámpara de petróleo encendida. No le, pareció del todo mal tampoco, como arma ofensiva, el gran tintero de peltre que estaba sobre la mesa de la despensa; pero ofreciéronsele algunas dudas acerca del poder de contención que pudiera tener tal arma, en el caso de que al otro se le ocurriera embestirle. Al propio tiempo sentía cierta curiosa atracción hacia un largo tenedor de hierro dé dos púas que, por servir de tostador, estaba colgado al lado de la chimenea en la despensa. Aquello sí que era arma de poderoso alcance.

Sobre todos esos pensamientos y mal disimuladas emociones prevalecía, sin embargo, la impresión causada por el señor Mergleson, corpulento, pero expeditivo; expeditivo, pero de matemática exactitud, y que iba dando órdenes con su voz de papagayo y haciendo suaves ademanes, ya atendiendo a su propia obligación, ya cuidando de que los demás cumplieran los que les estaban encomendadas. No llegaron las cosas a su momento crítico hasta el sábado por la noche, ya muy tarde, al acabarse aquella que había sido para el servicio jornada de prueba, y precisamente poco antes de que el señor Mergleson fuera recorriendo la casa para cerrar todas las puertas y apagar las luces.

Entró en la despensa Tomás casi pisándole los talones a Bealby, el cual, harto rezagado por su falta de experiencia, llevaba una bandeja llena de vasos que procedían del cuarto del dispensero, y aplicándole la mano al cuello al muchacho, se la pasó a contrapelo por el cabello, tirando tan duramente que se le quedó escociendo y dolorida la cabeza, mientras Tomás acompañaba la gracia con una especie de bramido. ¡Burr!

Quedóse Bealby inmóvil por un momento, mas colocando sobre la mesa la bandeja y como bufando de rabia, corrió en busca del tostadero de hierro que colgaba al lado de la chimenea. A la primera arremetida clavóle a Tomás en la barbilla una de las púas.

¡Cuán rápidamente se suceden la acción y la reacción en el humano espíritu! En su primer empuje no era Bealby otra cosa que un salvaje de los tiempos primitivos; pero en cuanto vio aquella increíble herida que atravesaba la barba de Tomás (y en verdad que por el poco cuidado que puso Bealby en ver adonde dirigía el golpe, lo mismo pudiera haberle vaciado un ojo), realizó en un instante una evolución a través de los siglos hasta convertirse sencillamente en una criatura educada en los principios del Cristianismo. Abandonó de pronto todo espíritu de violencia y huyó.

Quedó el tenedor de hierro colgando por un momento del rostro de Tomás, como si fuera una retorcida barba de bronce, y luego cayó ruidosamente al suelo.

Llevóse Tomás la mano al sitio de la herida, y notó que se le llenaba de sangre.

Comenzó una exclamación, y no hallando palabras bastante enérgicas con que acabar la formulada (después de todo, tal vez fue mucho mejor que no las hallara), optó por salir en persecución del muchacho.

Bealby, horrorizado de su propio acto, lanzóse de cabeza (y detrás de él Tomás) hacia el corredor, y tomó por la escalera de servicio que conducía a los pisos superiores de la casa, donde se deslizaba también la vida de la gente superior de la misma. No le sobraba el tiempo para pensar en lo que hacía. Yéndole a la zaga, apareció en seguida Tomás con la barbilla manchada de rojo, persiguiéndole como el que está verdaderamente decidido a vengarse. Bealby se tiró a ojos cerrados contra la puerta forrada de bayeta verde y pasó, en el preciso momento en que el lacayo que lo perseguía refrenaba su impulso para no irse de cabeza detrás de él.

En un tris estuvo que no le siguiera también. Había sentido de pronto, instintiva, ansiosamente, la proximidad de grandes peligros. Algo oyó semejante al débil quejido del pequeñuelo de algún animal de los de mayor volumen, y al mismo tiempo tuvo la visión rapidísima de algo negro y blanco que pasaba... y que era enorme. Luego oyó el ruido de algún objeto de cristal que se estrellaba contra el suelo.

Agarró la puerta forrada de bayeta y la cerró, impidiendo que siguiera balanceándose sobre sus goznes de cobre; aguantó el resuello lo mejor que pudo durante unos momentos, y púsose a

escuchar.

Una voz profunda, bien timbrada, profería airadas palabras. No era aquélla la voz de Bealby, sino la de alguna persona de peso, profundamente enojada y que trataba de retenerse en lo posible. Sus palabras, pronunciadas en tono bajo, pero no por ello menos ricas en colorido, procedían, sin duda, de unos labios maduros por la edad y al servicio de un cerebro bien provisto. Era aquello algo substancioso y abundantemente condimentado: no la aguada bazofia de un chiquillo.

Abrió entonces la puerta, con gran cuidado, Tomás, pero sólo lo preciso para poder ver algo de lo que ocurría, y al momento volvió a cerrarla.

Sin hacer el menor ruido, pero con la mayor rapidez posible y andando ojo avizor, dio media vuelta y volvió hacia abajo por la misma escalera del servicio.

Apareció entonces en el pasillo de abajo su jefe.

—¡Señor Mergleson! —gritóle—. ¡Señor Mergleson!

—¿Qué pasa? —contestó aquel.

—Que se ha marchado.

—¿Quién?

—Bealby.

—¿A su casa? —(Y aquí la pregunta fue hecha casi con cierta esperanza).

—No.

—¿Adónde, pues?

—¡Allá arriba!... Creo que ha tropezado con alguien, atropellándolo.

Quedóse por unos segundos el señor Mergleson mirándole al rostro, con la mayor atención, a su subordinado. En seguida púsose a escuchar, y escuchando un rato con toda su alma estuvieron los dos hombres.

—Hay que sacarle de allí —dijo de pronto el señor Mergleson, preparándose a demostrar su acostumbrada actividad.

Inclinó el cuerpo mucho más sobre la barandilla el lacayo.

—El lord Canciller... —murmuró muy bajo, palideciendo, y acompañando las palabras con un movimiento de la cabeza hacia un lado.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Mergleson, quedándose

parado al notar algo raro en la expresión de Tomás.

Bajóse entonces tanto la voz de éste, que el señor Mergleson tuvo que acercarse para oírle mejor, y haciendo de la mano tornavoz, la aplicó al pabellón de la oreja. Repitió el lacayo sus últimas palabras, y añadió:

—Está allí... en el descansillo... jurando y maldiciendo... Es una cosa horrible más carece una fiera rabiosa que una persona.

—¿Dónde está Bealby?

—Debe de haberle atropellado al huir.

—Pero... ahora... ¿dónde está?

Tomás hizo una serie de ademanes que expresaban su absoluta perplejidad.

Reflexionó un poco el señor Mergleson y decidió cuál había de ser su línea de conducta. Subió la escalera del servicio, levantó la barbilla y con aire de humilde oficiosidad entró por la puerta verde. Nadie había ya en el descansillo, nada extraordinario llamaba allí la atención, como no fuera un gran vaso roto; pero hacia la mitad de la gran escalera principal veíase al lord Canciller. Llevaba el gran jurisconsulto un sifón bajo el brazo y empuñaba una botella de *whisky*. Volvióse en redondo al oír que se abría la puerta de bayeta verde, y clavó en el señor Mergleson la más ceñuda y fiera mirada que jamás dirigieron los ojos de legista alguno. Tenía arrebatado el color del rostro y feroz la expresión del mismo.

—¿Este usted —exclamó agitando la botella con ademán amenazador y revelando en la voz nobilísima indignación—, es usted el que ha dado un golpe por detrás?

—¿Un golpe por detrás, milord?

—Sí, señor, un golpe *por detrás*. ¿Es que no hablo yo claro?

—¿Yo?... milord... ¡tomarme semejante libertad!

—¡Imbécil! Conteste usted categóricamente a mi pregunta...

Con un exceso de oficiosidad casi inconcebible, subió rápidamente tres escalones el señor Mergleson, inclinóse hacia adelante y cogió en el aire el sifón en el momento en que resbala del brazo con que el lord lo sostenía.

Cogiólo, es verdad, pero no sin pagarlo caro. Perdió el equilibrio nuestro hombre; cayó, y sosteniendo en alto el sifón con una mano, golpeóle con él sobre la pierna izquierda al noble señor, y luego fuese le cabeza contra sus rodillas; pero no sin dejar de conservar ni

por un instante la expresión de fervoroso respeto que llevaba impresa en el rostro. Ladeáronse las piernas de su señoría de tal modo que, perdiendo por completo el centro de gravedad, se vino al suelo, sin tiempo para más que lanzar una exclamación monosilábica, cayendo pesadamente sobre el señor Mergleson. La botella de *whisky* voló por los aires para ir a hacerse pedazos con estrépito en el rellano inferior. El sifón, por su parte, como huyendo del naufragio del señor Mergleson, y sin duda atraído por misteriosa ley de afinidad, salió rondando de escalón en escalón, persiguiendo a la botella...

Curiosa fue la especie de procesión que se armó aquella noche en la escalera principal de Shonts, bajando por ella precipitadamente. Abría la marcha el *whisky*, como un alado heraldo, seguido del pedestre sifón que iba persiguiéndolo. Venía luego el gran letrado, cogiendo fuertemente al gran mayordomo por los faldones del frac y dando furiosos puñetazos. Es de notar que el propio señor Mergleson iba realizando toda clase de esfuerzos para mostrarse siempre respetuoso... aun en medio de aquel desastre. Primero, el lord Canciller pasó rodando por encima del mayordomo y al pasar hizo presa en él; después, trató el segundo de deshacerse en explicaciones y excusas, y de un tirón que le dio el primero cayó de espaldas sobre el mismo lord Canciller; a poco quedó éste encima ardiendo en deseos de venganza... Un momento más y llegaban juntos al rellano.

¡Bum! El golpe sonó como una detonación...

CAPÍTULO II

UNA EXCURSIÓN A SHONTS

Las visitas en el campo, llamadas «de fin de semana», constituyen una de las diversiones más típicas de la Gran Bretaña. Es algo que no sería posible que arraigara en un país como éste, esencialmente aristocrático y de fácil vida, tanto que hasta la observancia de la fiesta se ha ido dulcificando. En todas las estaciones de origen que hay en Londres nótase los sábados por la tarde desusado aumento de coches de primera clase en los trenes que están preparados para salir, y una abundancia rara de maletas de rico aspecto que atraen las miradas envidiosas de muchos. Mézclase la discreta actividad de lacayos y camareras a la diligencia, algo mayor que de costumbre, de los mozos de la estación. Nótanse no pocas personas de viso, y aun famosas, vestidas con lujo y elegancia. En el andén y frente al quiosco de los libros y periódicos, dijérase que flota una indefinible atmósfera de distinción. Ciertos grupos de excursionistas privilegiados viajan en coches especialmente reservados para ellos. Y se oyen frases de saludo y bienvenidas por el estilo de éstas:

—¿De modo que usted también es de los nuestros?

—No: esta vez voy a Shonts.

—¡Ah! ¿El lugar donde descubrieron *el* Rubens? Y ¿quién lo tiene ahora?

A través de todo este próspero y animado gentío fue pasando el lord Canciller con su empinada nariz, aquellas cejas que parecían enroscar y desenroscar a voluntad, y aquella expresión de tranquila suficiencia que rebosaba de toda su persona. Iba a Shonts, no por su propio gusto, sino por complacer al partido en que militaba: pero

aunque fuera así, no por ello era justo que se trasluciera tanto esta circunstancia en su fisonomía. Andaba con aire de hombre preocupado, como si a nadie viera, dejando para los demás la molestia de los saludos. Llevaba en la diestra una maletita de cuero que, sin duda, debía de contener algo importante. Bajo el brazo izquierdo sostenía una obra filosófica del doctor Mactaggart, tres publicaciones ilustradas, la *Revista quincenal*, el *Times*, el *Diario de Hibbert*, el *Punch*, y dos guías. Lo que es el número de cosas que el buen señor era capaz de llevar bajo el brazo, no tenía limite. Como natural consecuencia, su criado de confianza, Candler, que le seguía a conveniente distancia, llevaba ya varios periódicos que se le habían caído a su amo, y no apartaba de él los ojos en previsión de otras pérdidas posibles.

Al llegar al gran quiosco de los libros, pasaron ambos junto a la señora de Rampound Pilby, la cual, según costumbre suya, aparentaba ser uno de tantos compradores pertenecientes al público en general, y le hacía al dependiente infinidad de preguntas acerca del último libro que acababa ella de publicar. Vio el Lord Canciller a Rampound Pilby, el marido, que andaba por allí a poca distancia, y se hizo el desentendido para evitar el cruzar la mirada con él. Detestaba a aquella pareja. Pensando estuvo durante un momento si podría haber alguien capaz de aguantar las estupendas pretensiones de la señora... aunque no fuera más que por tan breve tiempo como el que media entre el sábado y el lunes, tipa copuda en que le tocó estar sentado a su derecha dejóle harto de ella para toda su vida. Así, dirigióse a escoger, un asiento de los de las esquinas en el coche; tomó posesión de él y del de enfrente, para tener sitio donde poner cómodamente los pies; dejó a Candler encargado de vigilar a ir colocando las maletas y demás; siguió rondando por el andén, alejándose todo lo posible de los grupos y, una vez conseguido esto, quedóse plantado, de espaldas a ellos, con cierto aire como si fuera un segundo Napoleón, algo más corpulento que el primero y de nariz bastante más aguileña... Y todo esto fue hecho sólo con el fin de evitar el encuentro con la gran novelista.

Lo que es tal propósito, se cumplió a medida, de sus deseos.

—Al volver al coche hallóse, sin embargo, con que Candler estaba a punto de enzarzarse en un conflicto personal con un joven rubio que vestía traje gris. Tan rubio era que casi podía confundirse

con un albino, a no tener ojos tan vivos y de tan oscuras pupilas. En aquel momento, el rubor daba a su cara un fuerte color sonrosado y sus palabras eran pronunciadas con gran rapidez.

—Estos dos asientos —decía Candler, casi sin poder respirar por la emoción y el convencimiento de que defendía una mala causa—, estos dos asientos están ocupados.

—¡Ah! Muy... muy bien —contestó el joven rubio, cuyos bigote y cejas parecían aún de color más pálido por contraste con el del rostro—. Concedido. Pero permítame usted que ocupe yo el asiento del centro. Por supuesto, con la intención de no perder de vista el sitio de ese semicaballero.

—Poco se figura usted, joven, a quién acaba usted de llamar semicaballero —replicó Candler.

— ¡Ahí está! —exclamó el joven.

—¿Qué asiento quiere usted ocupar, milord? —preguntó Candler, dando ya el pleito por perdido completamente y abandonándolo así.

—El que está de frente —contestó el Lord Canciller, levantando poco a poco el tupido velo de sus cejas y dirigiendo amenazadora mirada al joven.

—Pues así me quedará yo con el otro —dijo éste, hablando algo atolondradamente, muy de prisa y en voz baja, como forzando la máquina para que no se parara—. Comprenderá usted —añadió dirigiéndose al gran jurista, con aquel aire de extremada familiaridad que adoptan los tímidos cuando se disparan—, que no es ésta la primera vez que me ocurre algo semejante. Mi costumbre es ver si desde lejos descubro alguna esquina que esté desocupada. No soy yo de los que se divierten en aguarle la fiesta a nadie. Pero si el asiento que deseo no existe, busco entonces a ver si hallo el rastro de algún semicaballero. Un semicaballero es un sujeto que usa gorra, pero no paraguas (porque el paraguas lo tiene un amigo suyo que ocupa el asiento de enfrente, o bien gasta paraguas, pero no gorra..., o lleva impermeable, pero no maleta..., o viceversa). Además, tiene cierta participación en una manta de viaje que anda por allí. Eso es lo que yo llamo un semicaballero. ¿Comprende usted la idea? una especie de sujeto partido en dos mitades. Nada hay en la palabra que ni remotamente pueda tomarse en sentido ofensivo.

—Caballero —exclamó el lord Canciller interrumpiendo al joven

con voz en que se reflejaba su reconcentrada ira—: no me importa a mí un comino la definición que de esa palabra que usa dé usted. ¿Quiere usted hacer el favor de apartarse y dejarme en paz?

—Como usted guste —contestó el joven rubio, y bajando del coche y apartándose de la puerta cosa de unos pasos, dio un silbido llamando al muchacho que vende en las estaciones los periódicos. Véase que no estaba dispuesto a acobardarse.

—¿Tienes de los de color de rosa? —dijo el joven rubio como si le faltara tiempo para hablar, de tan aprisa que quería hacerlo—. ¿Qué? ¿*Blanco y Negro*?... Y estos otros ¿cuáles son? ¿*El Ateneo*? ¿*Las Noticias de Deporte y de Teatro*? ¡Bueno! Y... ¿Qué? ¿*El Espectador*? ¿Te parece a ti que tengo yo cara de comprar un periódico tan sesudo? ¿Que no lo sabes? ¡Vaya muchacho! ¿Dónde está ese tacto, ese *savoir faire*?

El lord Canciller era todo un filósofo y no dejaba que se perturbara fácilmente su tranquilidad. Deliberadamente solía adoptar aquel su aire severo; pero tal seriedad no pasaba de ser puramente superficial, externa. Sus cejas parecían haberse ya replegado sobre sí mismas nuevamente, y de su espíritu borróse hasta el recuerdo de su vecino en el coche antes de que el tren hubiera abandonado la estación. Cogió el *Diario de Hibbert* y ensimismóse con gusto en la lectura.

Vagamente se daba cuenta de la presencia del joven rubio, como de una ligera molestia que sólo reclamaba un resto de su atención; como de algo muy sonrosado que iba volviendo ruidosamente páginas de publicaciones también de color de rosa, pero de un matiz que no armonizaba con el del rostro del lector; como de algo que le estorbaba para mover las piernas a su gusto, y que silbaba muy bajo una cancioncilla alegre, cual si quisiera demostrar el poco caso que hacía de su acompañante. Pronto, pensaba éste, hasta esa vaga molestia desaparecerá y no me dará cuenta de nada.

No era el lord Canciller un simple aficionado en materias filosóficas. A sus trabajos de esta clase debía una parte de su reputación. Había dado conferencias sobre religión y sobre estética. Era un hegeliano consumado. No hay que decir que sus vacaciones las pasaba él sumido en los dominios de lo Absoluto, o cuando menos en los de Alemania. De cuando en cuando gustaba de ahondar en asuntos filosóficos durante las grandes comidas, y en

especial hacia los postres, y lograba dar quince y raya al más pintado (aun antes de que las frecuentes libaciones se le subieran a la cabeza), en lo de hacerse luminosamente incomprensible. Un artículo inserto en el *Diario de Hibbert* acababa en aquel momento de llamar su atención. Proponíase explicar una nueva y dudosa variedad de lo Infinito. Por supuesto que el lector no ignorará que hay muchas clases y especies de Infinito, y que lo Absoluto es precisamente el rey de los Infinitos, ni más ni menos que el león es el rey entre las fieras...

—¡Oiga! —exclamó una voz que procedía del mundo de lo Relativo y que iba acompañada, de aquella tosecilla especial propia de los que se atreven a interrumpir un rato de profundo silencio... — ¿Pero es que usted va también a Shonts?

Al oír la voz, pareció qué el lord Canciller iba volviendo lentamente a nuestro bajo mundo.

—He visto la dirección en su maleta —añadió el joven rubio—. Yo también voy a Shonts.

No perdió el Canciller su aspecto sereno. Reflexionó un instante, y entonces cayó en aquella tentación en que parecen caer con más facilidad que los demás hombres los grandes abogados y los jueces: el de la réplica que deja anonadado a cualquiera. De pronto se le había ocurrido una... que era una preciosidad.

—Pues entonces allí nos encontraremos.

—Es de suponer.

—Sería una lástima —añadió el lord Canciller con gran suavidad y con cierta sonrisita falsa que usaba él para dar sentido irónico a sus palabras—; sería una gran lástima —¿no le parece a usted?— que fuéramos ahora a anticipar el gusto que esto ha de proporcionarnos.

Y sosteniendo un rato la sonrisa para gozarse en el efecto que sus palabras producían, volvió a sumirse, con afectado aire y buscando la posición más cómoda, en la lectura de su *Diario de Hibbert*.

—Pues me ha fastidiado —dijo entre sí el joven rubio, encendiéndole algo tardíamente la sangre con aquella salida, y después de un rato en que parecía que no pudiera estarse quieto, dedicóse, al fin, a recorrer con impaciencia las páginas de *Blanco y Negro*.

—Por supuesto que queda aún por delante todo ese maldito fin de semana —exclamó el joven al cabo de un rato, sin levantar la vista del papel y como si lo dicho no fuera más que la continuación de sus oscuras meditaciones...

Cierta vaga inquietud pareció apoderarse de la mente del lord Canciller, mientras seguía aparentando estar muy absorbido en su lectura. ¿De qué serie de ocultos pensamientos se había originado aquella frase? Su debilidad por las réplicas contundentes le había, sin duda, arrastrado demasiado lejos...

Pero sólo al llegar al andén de Chelsome, que, como todo el mundo sabe, es la estación en que hay que apearse para ir a Shonts, y al ver allí al señor y a la señora de Rampound Pilby guardando extraordinaria semejanza con un monumento nacional que tiene al lado su custodio, sólo entonces fue cuando empezó a adivinar el Lord Canciller que el destino le tenía cogido entre sus garras a punto de jugarle una mala pasada, y que era muy probable que el servicio que iba a prestar él a su partido al pasar aquellos días con los Laxton, lejos de resultarle placentera iba a tener desagradables consecuencias.

Consolóse pensando que de todos modos tenía consigo el libro de Mactaggart, y que siempre le quedaría el recurso de encerrarse, para trabajar, en su cuarto...

* * *

Hacia el final de la comida había perdido ya casi por completo el lord Canciller todo el poder de resistencia de que era capaz, aunque no fuera escaso, hasta el punto de que sólo por el relajamiento de los músculos se mantenían ya arrugadas y recogidas sus cejas, aunque interiormente estuviera él convertido en un revuelto mar de interjecciones furibundas, que devoraba en silencio. Mil pequeñeces se habían ido acumulando para conducirlo a tal estado...

Observaba una sobriedad completamente desusada en él por lo que se refiere al vino de Oporto y al coñac viejo que le ofrecía continuamente el dueño de la casa, comprendiendo que no debía ceder a todas las invitaciones, si no quería que la ira que le devoraba acabara de apoderarse de él. Como, de todas suertes,

hallara que no estaban mal escogidas las marcas de los cigarrillos que le ofrecían, dióse a fumar mientras oía, no sin cierto aire levemente desdeñoso, la conversación de los demás convidados del sexo masculino que se habían quedado solos. Al menos tenía el consuelo de que la señora Rampound Pilby no estaba ya en el comedor. Habíase hecho general la conversación a consecuencia de la que habían sostenido, ya antes de marcharse las señoras, el profesor Timbre y su mujer, que empezaron a hablar de apariciones y de la realidad de la vida futura. Libre ya de la vigilante mirada de su esposa, aprovechó al fin la ocasión *Sir* Pedro Laxton para afirmar que él no creía en esas tonterías, aludiendo con ello a la teoría de la transmigración de las almas, a las visiones, y otras cosas por el estilo. No por ello dejaron de citarse multitud de ejemplos más o menos discutibles y de raros fenómenos que, invariablemente, salen a colación en semejantes conversaciones. Continuó prestando escasísima atención a todo ello nuestro lord, levantadas ya las cejas, pero con invencible tendencia a bajársele, y con el cigarro en la boca, tan empinado que formaba con la cara un ángulo muy agudo. No interrumpió ni para contar una sola anécdota: contentóse únicamente con sumar su voto al de la mayoría por medio de breves frases del más puro sabor hegeliano... algo por el estilo de lo que haría un mahometano al ir lanzando sentencia tras sentencia.

—Pues si de eso se trata, miren ustedes, del mismo Shonts dicen que es un palacio encantado —exclamó el noble dueño de la casa—. Supongo que, si a mí se me antojara admitirlo, al momento había de presentárenos aquí algún duende. ¡Raro lugar, ¿verdad?, para ser escogido por ellos!

Aquel joven excesivamente rubio que hemos encontrado ya en el tren, tenía en la actualidad un nombre por el que todos le llamaban, y éste era el de «capitán Douglas». No era feo el joven, cuando no le daba por estar tan ruborizado que el color de su rostro resultaba harto encendido. Era primo, pero no en primer grado, de *lady* Laxton. La impresión que le produjo entonces al lord Canciller es la de que no se manifestaba avergonzado en lo más mínimo por lo ocurrido. Trababa conversación con todo el mundo con cierto aire de alegre familiaridad, excluyendo de ella únicamente al lord Canciller, y aun a éste le dirigía la mirada con alguna insistencia. Prestó atento oído en cuanto oyó hablar de duendes, y al mismo

lord le pareció más adelante, cuando comenzó a recapacitar sobre lo pasado, que en aquellos momentos los vivos ojillos pardos del joven habían brillado de un modo algo raro.

—¿Qué clase de duende es ése de que se habla, *Sir Pedro*? ¿De los que arrastran cadenas, eh? ¿No?

—Nada de eso, al menos al parecer. No estoy yo muy enterado, porque el asunto no me interesó lo suficiente para adquirir muchos detalles. No: más bien un fantasma de esos que andan dando golpes por todas partes y haciendo toda clase de diabluras. A lo mejor os pasarán la mano por el cabello si estáis en algún sitio oscuro, o bien os darán una palmadita en el hombro. Nada: ridiculeces. Claro que nos guardamos bien de hablar de ello a nuestros criados. Una de esas cosas en que yo no creo... y que se explican muy fácilmente con ese sistema de edificación de los grandes artesonados, los corredores secretos, las paredes revestidas de madera, los escondrijos y demás.

—¡Escondrijos! —preguntó Douglas con vivísimo interés.

—Sí, de esos en que dicen que se escondían los curas perseguidos. Una especie de gazaperas: ni más ni menos. Uno hay junto a la alcoba que da al salón, y que no es un mal cuarto, a su modo. Pero ¡vaya! —aquí la voz del barón tomó cierto tono como de cólera—, es una indignidad lo que hicieron conmigo respecto a eso de los escondrijos. Debiera yo tener algún plano detallado que me enterara de todo lo relativo a aquéllos. Cuando se le da a una persona posesión de una casa se le da de veras y por entero. Pues bien: ni yo mismo sé dónde están aquí la mitad de esos refugios secretos. Eso no es darle a uno posesión. Al menos, si supiéramos dónde están, podríamos amueblarlos y adecentarlos un poco, porque supongo que, con las humedades, el moho se habrá comido ya cuanto hay en ellos.

Sin apartar los ojos del lord Canciller, dijo entonces el capitán Douglas:

—Espero que no habrá oculto en la casa el cadáver de algún cura asesinado, ¿verdad?

—Nada de eso —contestó el barón—. Yo no creo en tales paparruchas. En la mayor parte de esos rincones de refugio jamás se ha escondido cura alguno. Bien consideradas las cosas, me parece a mí que todo eso son cuentos... necedades...

No se apartó un punto la conversación de ese tema de los duendes y de los pasadizos secretos, hasta que los comensales se dirigieron al salón. Por inverosímil que parezca, volvía a llevarla al punto de partida el capitán Douglas cada vez que desmayaba algo. Dijérase que le encantaba verdaderamente los más fútiles y estúpidos pormenores, y tanto más cuanto mayormente pecaban contra el sentido común.

Sentíase ya algo preocupado el lord Canciller por una de esas sospechas sin razón de ser, que se apoderan a veces de la mente de los hombres dotados de más clara inteligencia. ¿Por qué motivo quería enterarse Douglas tan detalladamente de todo lo relativo a los duendes de Shonts? ¿Por qué, de cuando en cuando, le dirigía la mirada con aquella expresión tan rara, algo así como una mezcla de acusación y de burla? ¡De burla! Sería un capricho de su imaginación, pero hubiera jurado el lord Canciller que aquel joven se estaba riendo de él. Ya durante la comida había experimentado aquella extraña sensación que le dice a uno que alguien está hablando de él en presencia suya, y al mirar de un extremo a otro de la mesa notó que el capitán y una señora hartos insignificantes, sin duda la mujer de Timbre, de aquel estúpido, cuchicheaban, con la cabeza muy cerca uno del otro y mirándolo a él bien claramente, mientras ambos parecían muy divertidos por algo que Douglas le contaba a ella...

¿Y qué era lo que aquél había dicho en el tren? Algo que parecía una amenaza; pero las palabras con que la formulara habíanse borrado ya de la memoria del lord Canciller.

Tan preocupado se hallaba éste, que se olvidó por un momento de ser cauto. Acercóse, sin notarlo, a tan poca distancia de la señora Rampound Pilby que cayó en sus garras. Parecióle que su voz lo cogía, como si fuera un lazo, y lo atraía hacia ella.

—¡Bueno! Y ¿cómo anda ahora esa salud, lord Moggeridge? —preguntó la señora.

¿Qué diablo va a contestar uno a semejante impertinencia?

Así era ella siempre. Capaz hubiera sido de hablarle a un hombre del calibre del mismísimo lord Bacon con la misma familiaridad que si se dirigiera a un chico de la escuela que está pasando las vacaciones en su casa. Además, tenía la manía de conocer mejor que nadie los asuntos de todo el mundo. Gracias a

ello, si se notaba un gran aplomo en todas sus cosas su trato nada tenía de agradable.

—¿Aún sigue usted cortejando a su Filosofía? —preguntó.

—No —contestóle con recia y brusca voz el lord Canciller, perdido ya, de pronto, el dominio de sí mismo, y moviendo como un loco las pobladas cejas—. No; *viajo* con ella.

—¿Para que le acompañe a usted en sus vacaciones? ¡Ah, lord Moggeride! ¡Cómo les envidio yo a ustedes, los grandes abogados, sus largas vacaciones! Yo... no puedo permitirme nunca ese lujo. A nosotros, los pobres que escribimos para el público, no nos dejan tranquilos un momento nuestras creaciones: unas veces preparando el original, y tener que corregir las pruebas. Y no es que yo me queje de tener que corregir las pruebas, no. Precisamente he de confesar mi debilidad: les tengo cariño. Pero aun otras veces, ¡ay!, tenemos que luchar con la crítica... ¡con esa crítica tan poco inteligente y que no sabe distinguir!...

Comenzó a pensar el lord Canciller cómo podría inventar alguna mentira muy grande que le permitiera escaparse de pronto del salón de *lady* Laxton sin faltar a las conveniencias sociales. Pero entonces oyó que la señora Rampound Pilby le preguntaba:

—¿Es éste, es el capitán Douglas, o es su hermano el que está tan enamorado de una actriz?

No contestó el lord Canciller. Lo que estaba pensando podía formularse con estas palabras: «Pero grandísima Idiota, ¿y cómo quieres tú que yo lo sepa?»

—Me parece a mí que debe de ser éste... sí... el que tuvo que salir escapado de Portsmouth a consecuencia del escándalo aquel. Dicen que durante todo el tiempo que allí estuvo no hizo otra cosa más que armar enredos y jugarles a todos malas pasadas. Y de algunas cuentan que fueron verdaderamente ingeniosas. Es primo de la señora de la casa, y quizá sea ésta la razón de que esté aquí...

El comentario que a tales palabras puso el lord Canciller reveló bien a las claras toda la violencia de las ideas que bullían en su cerebro.

—Pues más valdrá —dijo—, que no intente repetir aquí la prueba. Odio yo con toda el alma a esos... payasos.

Pronto se retiraron del salón los dueños y sus invitados. Hasta para la misma *lady* Laxton no pasó inadvertido el aspecto sombrío

que presentaba su más importante huésped, y después de darse todos las buenas noches y de los acostumbrados vasos de agua de cebada y de limonada tomados al pie mismo de la escalera, frente a la mesa del gran rellano que aquélla formaba, el barón tomó del brazo a lord Moggeridge —cosa que el último no podía sufrir precisamente—, y le condujo a la pequeña, pero, a pesar de ello, desahogada habitación que en la casa llamaban el *estudio*. Tenía entonces el lord Canciller una sed horrible, como poco acostumbrado a abstinencias de ninguna clase; pero el modo como el barón le indicó si deseaba beber algo, levantó en su ánimo tal tempestad de furioso resentimiento, que rechazó terminantemente la oferta, sin que cupiera ya el renovarla. No habían entrado con ellos en el estudio más que el capitán Douglas, que parecía dudar si le dirigiría o no a él la palabra en tono familiar, y lord Woodenhouse, que también sentía mucha sed y apoyaba sobre la rodilla un gran vaso de *whisky* y *agua de Seltz* con un poco de hielo, de suerte que debía de hallarse bien molesto teniendo, como tenía seca y abrasada la boca. En cuanto al lord Canciller, encendió un cigarro y escogió su sitio frontero al centro de la encendida chimenea, con aire satisfecho, pero sintiendo que por momentos iba perdiendo el dominio de sí mismo.

Tras una inútil tentativa para invadir algo de la alfombrilla que el otro acaparaba —pues lord Canciller se mantenía allí clavado como una roca— el barón se posesionó de un gran sillón, estiró los pies como apuntándolos a su distinguido huésped y reanudó la interrumpida conversación que había sostenido con lord Woodenhouse acerca de las armas de fuego. Como de costumbre, Mergleson se había excedido en su celo por ir llenando continuamente el vaso de su amo, y el sentido de la deferencia que se debe al prójimo estaba algo embotado entonces en el barón.

—Pues yo —afirmó éste— siempre he llevado encima armas de fuego, y siempre seguiré llevándolas. Sabiendo hacer de ellas el uso debido, son una gran protección. Hasta en el campo mismo ¿cómo va a saber uno con quién va a tener que habérselas... cuando menos piense?

—Pero ¿y si disparas y haces blanco? —objetó el capitán Douglas.

—Ya he dicho que hay que saber hacer el uso debido... el uso

debido: entendámonos. Sacar un revólver y pegarle un tiro a un hombre no es saberlo usar. Casi es tan malo como el contentarse con apuntárselo, lo que con seguridad ha de impulsarle a arrojarse sobre vosotros, aunque sólo tenga un adarme de valor... Pero ya dije antes que hay que saber usar las armas de fuego, y sigo en mis treces: hay que saber usarlas.

Esforzábase, entretanto, el lord Canciller en recordar algo de lo que había leído en el artículo que trataba acerca de las distintas clases de Infinitos, y sólo aparentemente prestaba atención a la charla de aquel infeliz. Profundo desprecio le inspiraban a él los revólveres. Y no era extraño: no necesitaba más armas que la de aquellas pobladas cejas que Dios le había dado.

—No me faltan a mí nunca en mis habitaciones de arriba algunos lindos cachorrillos de ésos... —añadió el barón—. No me desagradaría del todo que algún día se le ocurriera a algún ladrón entrar en la casa, sólo por tener ocasión de probarlos.

—Sí, pero al pegarle un tiro a un ladrón —replicó lord Woodenhouse bruscamente, con cierta inclinación a aquel malhumor que era frecuente en Shonts al acercarse la hora de irse a dormir—, si no ha mediado agresión por parte de él, comete usted un asesinato.

Levantó el barón la mano, en ademán de recomendar calma de un modo algo ofensivo, y dijo al propio tiempo:

—Lo sé perfectamente: no hay ninguna necesidad de que me diga usted eso.

Y alzando un poco más la voz para aumentar aún el ya excesivo énfasis de sus palabras, repitió:

—Dije antes que hay que hacer de esas armas el uso debido.

Involuntariamente se le escapó un bostezo al lord Canciller, aunque trató de disimularlo hábilmente con la mano. Pero entonces notó que Douglas se atusaba nerviosamente el rubio bigotillo, tratando también de ocultar una sonrisa. ¿Por qué diablo enseñaría los dientes aquel mico? ¿Qué motivo habla para sonreírse? Y lo peor era que, desde que oscureció, estaba sonriéndose.

¿Estaría tramando algo?

—Pues bien: permítame usted que le diga —continuó el barón—, permítame usted que le explique el verdadero modo de usar un revólver. Lo saca usted e *instantáneamente* lo dispara usted contra el

suelo. No hay que dejar nunca que la persona vea el revólver sin procurar que antes lo haya oído. ¿Comprende usted? Empieza uno por disparar contra el suelo, y la detonación deja al otro aturdido. Pero no le aturde a usted. *Usted* la espera ya; *el otro* no. ¿Va usted comprendiendo? Ha usado usted una cápsula. Le quedan aún cinco... Domina usted la situación.

—Usted me perdonará, barón; pero, con su permiso, voy a retirarme —dijo al llegar aquí el lord Canciller, sin poder disimular una rápida, codiciosa mirada a la botella que tenía delante; pero luchando al mismo tiempo con su endiablado orgullo.

Desde su asiento hizo el barón un ademán exageradamente amistoso, que significaba que el lord Canciller era libre de hacer en Shonts cuanto se le antojara. Luego siguió diciendo:

—Y aquí podría ahora referir a ustedes algo que ocurrió en cierta ocasión en Marruecos.

—Se me cierran los ojos —interrumpió de pronto el capitán Douglas, restregándose con los nudillos los párpados y poniéndose en pie.

Levantóse también lord Woodenhouse.

—¿Comprende usted? —siguió diciendo el barón imitándole, pero sin abandonar el asunto, ni dejar que se le escapara el oyente—. La cosa ocurrió cuando era yo mucho más joven que ahora, por supuesto, y no estaba aún casado. Iba viajando un poco, mitad en busca de negocios y mitad por gusto. En circunstancias tales va uno a sitios de esas ciudades extranjeras a los cuales no iría si tuviera más años y mayor entendimiento...

Al llegar aquí, dejé el capitán Douglas al barón y a Woodenhouse que siguieran hablando solos del asunto. Salió al rellano de la escalera y cogió una de las palmatorias que halló, con la vela encendida ya, sobre una mesa. —¡Oh!— exclamó, y mientras iba hablando solo y haciendo visajes, notó que, desde uno de los tramos superiores, le estaba mirando el lord Canciller con cierto aire entre despreciativo y suspicaz. Procuró entonces mostrar cierto desembarazo, y por primera vez desde lo ocurrido en el tren, dirigió la palabra a lord Moggeridge.

—Me parece, milord, que usted no cree en duendes, ¿verdad?

—No, señor —contestó el lord Canciller—: no creo.

—Lo que es a mí no me quitarán el sueño esta noche.

—Ni nos lo turbarán a ninguno de nosotros.

— ¡Hermosa casa ésta, de todos modos, como palacio antiguo!
—dijo el capitán.

No se dignó contestar el lord Canciller y siguió subiendo la escalera.

Al llegar al precioso cuarto, de antiguo artesonado y revestimientos de madera, que le habían destinado y sentarse, algo pensativo, frente a la encendida chimenea, observó que se hallaba hartamente desazonado para poder dormir en seguida. Por lo visto, aquellos días de vacación iban a resultar infernales: las peores vacaciones que en su vida tuvo. La señora de Rompson Pilby tenía el don de sacarle de quicio: el profesor Timbre, que era pragmatista —lo que guarda con un hegeliano la misma relación que existe entre un perrillo y un enorme gato—, le exasperaba también; a Laxton no podía sufrirlo; detestaba a Rompson Pilby, el marido, y temía, si algo era él capaz de temer, al capitán Douglas. No había en la casa alma viviente a quien pudiera él volver los ojos en busca de refugio, de consuelo, de protección contra esos cinco. Slinker Bond era incapaz de hablar de cosa alguna que no estuviera relacionada con los asuntos del partido, y precisamente al lord Canciller, por haber llegado a serlo, hacia largo tiempo que no le interesaban ya esos, asuntos. Con Woodenhouse era imposible hablar de nada, porque no tenía conversación; y en cuanto a las mujeres que en la casa se reunieron, parecía mentira lo insignificantes que resultaban. En realidad, no había entre ellas ni una sola que fuera bonita, y bien merecía todo un lord Canciller que se le rodeara de unas cuantas lindas muchachas, que si no le escucharan con atención, al menos pareciera que lo hacían.

Y luego... ¡aquella sed abrasadora que seguía atormentándolo!...

En el cuarto no había más que agua: —cosa que sólo sirve para lavarse, los dientes, por ejemplo— y pare usted de contar.

Era inútil devanarse los sesos... y así decidió que lo mejor que podía hacer para ponerse a tono antes de meterse en cama era sentarse ante la mesa que en el cuarto había, para escribir algunas páginas de prosa hegeliana... acerca de aquel artículo publicado sobre lo Infinito. En verdad que no hay mayor consuelo para el alma atribulada que el de dedicarse a la gimnasia hegeliana, porque nada como ella puede elevarle a uno por encima de... cuanto existe.

Púsose nuestro hombre en mangas de camisa y entregóse por completo a tan hermoso entretenimiento; pero apenas había escrito una página cuando aquella sed insufrible volvió a atormentarle de nuevo. No podía apartar de su memoria el enorme, vaso que Woodenhouse llevaba poco antes en la mano, lleno del dorado y fresco líquido, cargado de chispeante ácido carbónico... y tan excitante.

Lo que él necesitaba entonces era eso: un buen vaso bien cargado de *whisky*, y un cigarro, uno de aquellos cigarros que tenía Laxton, la única cosa buena que había hallado hasta ahora en su excursión.

Y después de esto podría entregarse a la Filosofía.

Ya desde su época estudiantil había él sido siempre un gran trabajador de los del tipo teutónico: jamás abstemio.

Pensó entonces en llamar a algún criado para que le trajera lo que necesitaba; pero se le ocurrió en seguida que era ya demasiado tarde para despertar a nadie. ¿Por qué no había de ir él mismo a buscarlo todo en el estudio?...

Abrió la puerta de su cuarto y se asomó a la escalera. Nunca como entonces le pareció tan hermosa. Era ancha, de peldaños muy bajos y de majestuoso aspecto.....

No parecía que anduviera nadie por allí cerca. Las luces estaban aún encendidas. Estuvo escuchando un momento y, como nada oyerá, volvió a ponerse el frac, que se había quitado y bajó la escalera sin producir el menor ruido, rápidamente, para dirigirse así al estudio, a aquel estudio que olía aún al humo de los cigarros del barón.

Allí recogió las modestas provisiones que necesitaba.

Casi satisfecho salió aquella noche lord Moggeridge del estudio dé Shonts, más satisfecho, al menos, de lo que pudo estarlo en cualquier otro momento durante aquella mal aconsejada excursión. En el bolsillo llevaba cuatro cigarros que prometían ser excelentes; en una mano una botella de cristal tallado con abundante cantidad de *whisky*; en la otra un gran vaso; y con aquella indestructible confianza que le caracterizaba en sus ilimitadas facultades para cargar con toda clase de objetos, apretaba bajo el brazo un sifón. Descansó entonces su espíritu, ya tranquilo, como el ave que ha logrado escapar del cazador. Pensando estaba ya en la próxima

frase que escribiría acerca de la nueva variedad de Infinitos descubierta...

En aquel mismo instante algo le dio por detrás un golpe obligándole a adelantarse dos o tres pasos. Era algo peludo, algo que se parecía mucho, según pensó después, a una escoba muy usada, hecha de cerdas: Además, había otras dos cosas más suaves al tacto y colocadas un poco más arriba, una a cada lado.

Enfonces fue cuando produjo él aquel ruido que según queda dicho antes, tan semejante era al quejido del pequeñuelo de algún animal de los mayores, y para evitar que se le cayera el sifón abrió la mano, y entonces fue el vaso el que se estrelló contra el suelo...

—Pero ¡por Dios! ¿qué es eso? —gritó.

Y al querer averiguarlo notó que se hallaba completamente solo.

¡El capitán Douglas! La idea surgió en seguida en su mente.

Pero en verdad que no era el capitán el responsable de aquello: era Bealby, Bealby que, presa del terror, iba huyendo de Tomás. ¿Y cómo iba a saber Bealby que aquel hombre que tan cargado le salía al paso era nada menos que el lord Canciller de Inglaterra? Nunca había visto él a nadie que llevara frac, como no fuera al mayordomo superior que no salía de las habitaciones altas de la casa, por lo cual le era desconocido. Aquel enorme criado, de más elevada categoría que la de los demás, le cerraba a él el único camino de salvación que veía, y el muchacho se había hecho ya cargo de la situación con la misma rapidez de un animal perseguido: le estorbaba el macizo cuerpo que impedía el paso por la puerta de la izquierda...

En el patio de recreo de la escuela del pueblo habíase distinguido siempre Bealby por la habilidad de sus embestidas, baja la cabeza y las manos por delante. Movíase y desaparecía con la agilidad de un lagarto. Así, con la destreza de un consumado luchador, vino a dar contra la poderosa espalda del lord, entrando como una exhalación en el estudio.

Pero metiósele en la cabeza al noble señor, tambaleándose aún mientras pisaba los trozos de cristal del vaso y se revolvía en actitud defensiva, que aquella indignidad no era capaz de cometerla en la casa más que el capitán Douglas. ¡Nada, que había de ser aquello una de sus simplezas, una de aquellas bromitas de supuestos duendes que se pretende que andan dando golpes por todos lados!... ¡Cosas de imbéciles!...

Así lo dijo en alta voz y muy indignado, creyendo que tanto el joven como sus cómplices probables no debían de andar muy lejos y podrían oírlo. Luego siguió echando pestes contra el carácter de aquel capitán que de seguro odiaba a la Filosofía y a sus cultivadores; contra los oficiales del ejército en general; contra las bromas de mal gusto y aun contra la casa y el modo que tenía Laxton de recibir en ella a la gente. Ya recordará el lector que quien le oyó fue Tomás...

Ningún resultado dieron tales quejas. Nadie contestó: ni una palabra pudo oír de alguien que tratara de excusarse por lo ocurrido. Al fin, enfurecido a más no poder, y no sin adoptar ciertas precauciones por lo del golpe en la espalda, comenzó a subir la escalera el lord Canciller, convencido de que iban las cosas de mal en peor.

Al observar que detrás de él se abría la puerta forrada de bayeta verde, volvióse rápido como el pensamiento y vio aparecer la atontada cara del gran mayordomo. Agitando la botella que como un cetro empuñaba, lord Moggeridge hizo entonces al recién llegado una simple pregunta, formulada con firmeza, sí, pero en tono natural, y, sin embargo... ¿pues no se le ocurre entonces à aquel loco subir dos o tres escalones y tirarse de cabeza contra sus rodillas, derribándolo?

El asombro dejó a Moggeridge como paralizado, y, al sentir que le faltaba el apoyo de las piernas, lanzó un grito, una breve interjección. Desgraciadamente, resonó en los oídos del barón Laxton como si fuera la palabra ¡auxilio!...

Harto rápidas para ser examinadas fueron las impresiones del lord en los primeros, instantes, y cuando, por su gusto, hubiera él matado a todos los mayordomos del mundo, llegaron las cosas a su apogeo al oír sonar un pistoletazo. A continuación, hallóse el caballero sentado en el suelo junto a un criado con las greñas completamente desordenadas, mientras el dueño de la casa corría hacia ellos escalera abajo, empuñando Un revólver.

Como él se lo propusiera, lord Moggeridge podía hacer gala de poseer un vozarrón tremendo. Así lo demostró en aquella ocasión. Jadeante aún, quedóse mirando fijamente por un momento al barón, y luego brotó aquel chorro de voz, al que acababa de prestar más enfática fuerza el ademán de señalar con el índice extendido.

Nunca tal voz sonó tan llena de emoción como entonces.

—¿Qué es esto..., caballero? —se oyó gritar—. ¿Qué significa?

Precisamente aquello era lo que estaba pensando preguntar el barón.

Desagradables son siempre las explicaciones; pero, de todas suertes, eso de llamarle caballero en aquel tono al que nos hospeda en su casa, es algo grave.

Va desde el anochecer había ido adquiriendo *lady* Laxton el convencimiento de que no iban las cosas como era de desear por lo que se refería al lord Canciller. Era imposible forjarse la ilusión de que se estaba divirtiendo; pero no sabía ella qué hacer para lograrlo. Sin duda que ésas mujeres que tienen talento hubieran, hallado algún medio eficaz; mas tan convencida estaba la pobre de su cortedad de ingenio, que ni siquiera se le ocurría agudizarlo para ver si obtenía algún resultado.

Una tras otra, habían ido fracasando todas sus esperanzas.

¿Cómo podía ella imaginar que había dos clases de Filosofía, en nada parecidas? Para ella la Filosofía era la Filosofía, y basta. Pero ahora salíamos con que había dos... o quién sabe si más: una maciza, voluminosa, que hablaba de lo absoluto con superioridad despreciativa, y bastante irascible, y otra con sus puntas y ribetes de jerigonza, qué dividía a la gente en dos clases; la de los tiernos de corazón y la de los duros, y que, generalmente, era demasiado familiar en sus cosas. El querer amalgamarlas era pretender lo imposible y buscarse disgustos. No sabía ella como no había manuales que explicaran esas cosas a las dueñas de casas que habían de tener gente invitada...

Y luego, resultaba también cosa estupenda que aquel lord Canciller, que era persona de peso y de tanto talento, no quisiera sostener la conversación con la señora de Rampound Pilby, que poseía también, y en tan alto grado, ambas cualidades. Repetidas veces había intentado ella ponerles en relación, hasta que al fin había dicho el lord Canciller, bien clara y deliberadamente; «¡Dios me libre!», al indicarle ella que por qué no iba a darle conversación a aquella escritora eminente. El sueño que ella se había forjado de oír algún diálogo importante e ingenioso, que luego pudiera recordar con gusto, se había desvanecido por completo. La verdad era que el tal lord resultaba muy difícil de complacer, porque

tampoco eran éstas las únicas personas que allí había. ¿Por qué no charlar un poco de ciertos secretos del partido con Slinker Bond, o decirle algo a lord Woodenhouse? Lo que es a éste podía uno decirle cuanto quisiera. Y ¿por qué no hablar con el señor Timbrer el profesor? La señora de éste le había dado precisamente pie para ello al preguntarle: «¿Y no le hace a usted vivir intranquilo el tener que custodiar siempre el Gran Sello, por razón de su cargo?» Pues por toda contestación le dirigió un gruñido... Y, en fin, ¿a qué venía el estar siempre mirando de aquel modo harto peligroso al capitán Douglas?... De todos modos, quizá mañana cambiarían de rumbo las cosas. Nada cuesta el tener esperanza... Más cuesta el tener talento...

De tales pensamientos fueron a sacar de pronto a la infeliz señora el ruido de un vaso que se estrella, él de un gran choque y el de un pistoletazo.

Púsose en pie, apretóse la mano contra el corazón, y lanzando un *joh!* de sorpresa y de miedo, apoyóse contra su tocador para no caerse...

Tras largo rato y cuando no se ola ya más que el rumor de muchas voces juntas, entre las cuales se destacaba perfectamente la de su marido, asomóse con gran precaución al rellano superior de la escalera.

Vio entonces a su primo, el capitán Douglas, que parecía más rubio y más delicado que nunca, envuelto en un quimono japonés cuya seda, harto vistosa, estaba cuajada de bordados. —Le aseguro a usted, milord— decía con voz rara, en tono bastante alto, pero que se esforzaba en reprimir —le doy a usted mi palabra de honor como militar, mi... *palabra... de honor...*, repito, de que nada absolutamente sé de lo que haya podido ocurrir.

—¿Está usted seguro, milord, de que todo eso no ha sido más que puro efecto de la fantasía? —indicó el barón, con su acostumbrada inoportunidad.

Decidióse ella, entonces, a apoyarse en la barandilla y preguntar asomándose:

—¡Lord Moggeridge! ¿Quiere usted hacerme el favor?... ¿Le ha ocurrido a usted algo?

Existe en todos los humanos el excesivo culto del yo; pero en ninguno se nota tanto como en los extremadamente jóvenes. Bealby, por su parte, estaba tan seguro de ser él el centro del mundo que le rodeaba, que hubiera sido incapaz de suponer que todos aquellos gritos, todo aquel confuso vocerío, y rodar de botellas, y disparo de armas, podían tener relación con algo que no fuera él mismo. Figuróse que era una especie de persecución emprendida contra él, como contra un criminal. Vióse cazado materialmente por toda una cuadrilla de criados importantes a quienes azuzaba aquel Tomás a quien había él causado tan irreparable herida. Nunca se le ocurrió la idea de que todas aquellas gentes fueran los señores que ocupaban las habitaciones altas de la casa. Cogió, pues, una vieja daga de Siria que hacía las veces de plegadera sobre la mesa del estudio, escondióse bajo un sofá (quedando oculto tras el volante de algodón estampado que tenía, y cuyos pliegues dispuso de modo que parecieran tan bien arreglados como antes), y así esperó el desenlace de aquellos acontecimientos.

Pero ese desenlace se hizo esperar un poco. Seguía allá en la escalera la agitada discusión. No podía él oír lo que decían, pero su impresión era que estaban muchos contradiciendo a alguien.

—Tal vez —se dijo Bealby animándose algo—, tal vez habremos logrado escaparnos... Al menos, hay tiempo para respirar un poco...

Al fin, mezclóse a las voces de los hombres la de una mujer, y pareció apaciguar un tanto los ánimos.

A poco, antojósele al muchacho que se dispersaban los reunidos, y que iban a registrar para ver si le encontraban a él.

—Pues ¡buenas noches!... otra vez... —dijo alguien.

Ahora sí que no lo entendía; pero, ¡vaya!, eso lo habían dicho sólo para despirarle. Quedóse, pues, quieto, muy quieto.

Oyó un chasquido en la habitación —*la sala azul*, la llamaban— que estaba situada entre el estudio y el comedor. ¿Qué? ¿Encendían la luz eléctrica?

Entró alguien entonces en el estudio. Bealby tenía puesto un ojo lo más cerca posible del suelo. Retenía la respiración, y hasta para mover la cabeza lo hacía con el mayor cuidado. El volante dejaba pasar algo de luz; pero no permitía distinguir a través de él los objetos. Por debajo, sin embargo, quedaba un espacio como una grieta entre él y la alfombra, y luego había las ruedecillas que

tenían en las patas los muebles. Podía mirarse por allí. Entre todo esto, vio unos pies —no llegó a ver los tobillos correspondientes porque no se remontó a tales alturas— y de los pies no pasó. Eran grandes, de forma aplastada. No había más que un par. Quedáronse inmóviles un momento y Bealby echó mano en seguida a la empuñadura de la daga.

La persona a quien pertenecían aquellos pies parecía estar examinando el cuarto... o reflexionando.

—¡Está borracho!... No hay duda... ¡Ese gahnápiro está borracho o está loco! Esa es la verdad y no puede ser otra —oyóse decir en la habitación.

¡Oh! Era Mergleson. Estaba muy incomodado, pero aquella voz de papagayo era inconfundible.

Los pies fueron moviéndose a través de la estancia y se dirigieron hacia la mesa, oyéndose allí ruidos algo apagados, que denotaban que la persona estaba preparándose cautelosamente una bebida. Luego, un momento de profundo silencio.

—¡Ajá! —dijo, por fin, la voz, una voz que parecía ya algo cambiada, fortalecida.

Los pies se dirigieron entonces hacia la puerta que daba al corredor y se pararon al llegar a ella. Oyóse un doble chasquido y apagáronse las luces. Habíase quedado Bealby en la más profunda obscuridad.

Después se cerró, allá a lo lejos, otra puerta y volvió a reinar el silencio...

Bajó el señor Mergleson a la despensa, avivada en extremo su curiosidad.

—El lord Canciller no anda bien de la cabeza —dijo, contestando a las preguntas que, como es natural, le hicieron—. Eso es lo que ocurre... Hice yo lo posible —continuó— para evitar que se rompiera aquel condenado sifón, y lo que logré fue que el hombre se me echara encima como una fiera. Me figuro que lo que creyó es que iba yo a quitárselo. Ya entonces había él roto un vaso... y cómo fue eso, no lo sé. Allí estaba en el suelo, hecho añicos... Y ahí está también la señal del mordisco que me dio en esta mano.

—Y ¿dónde estará a estas horas la otra fierecilla, el muchacho? —ocurriósele decir entonces a Tomás, desviando la conversación.

—¡Dios mío! —exclamó el señor Mergleson—; con todas esas cosas se me había ya olvidado. Supongo que estará allá arriba, escondido en algún rincón...

Hizo aquí una pausa. Su mirada se cruzó con la de Tomás, como consultándole, y siguió diciendo nuestro hombre:

—Se habrá metido... tal vez detrás de alguna cortina o cosa por el estilo... ¿Cómo va uno a saber ahora dónde estará?... No vamos a molestarnos en averiguarlo.

—Me parece que cuando vea que todo está tranquilo aprovechará la ocasión para escurrirse y meterse en su cuarto —contestó Tomás, después de pensarlo un rato.

—No estamos ahora para buscarlo —dijo el señor Mergleson—. Ya es hora de que todo quede tranquilo allá arriba.

Pero a la madrugada despertóse el mayordomo y comenzó a pensar en Bealby y a preguntarse si estaría ya en cama. Llegó esto a molestarle tanto, que antes del alba se levantó, y, enfilando el corredor, fuese al cuarto del muchacho. No estaba éste allí y su cama permanecía intacta.

Aquel don que a veces tenemos todos en las altas horas de la madrugada, de ir buscando lo que más desdichas puede proporcionarnos, se había avivado de tal modo en la mente del señor Mergleson, que se filé derechamente a decirle a Tomás lo que había averiguado y que tan perplejo le tenía. Despertóse Tomás no sin dificultad y de malísimo humor, pero incorporóse, al fin, en la cama, al ver cuán seriamente preocupado le hablaba el señor Mergleson.

—Si se le encuentra arriba escondido después de todo lo que ya ha pasado... —dijo éste, y dejó en el aire el resto de la frase para que la imaginación del otro la completara—. Es ya de día —continuó—. Me parece que lo mejor será que demos una vuelta por la casa y veamos si podemos encontrarlo. Los dos juntos.

Vistióse, pues, Tomás, bastante a la ligera, y fuéronse los dos criados a las habitaciones de los pisos superiores procurando no hacer ruido, y allí comenzaron una serie de operaciones estratégicas como para ir acorralando a un enemigo —bastante parecidas, en la intención, al histórico barrido que dio lord Kitchener a los insurgentes del Transvaal—, siguiendo pieza por pieza todas las antiguas y majestuosas salas en que Bealby podía estar escondido...

Es, sin duda, el hombre el más inquieto y menos satisfecho de los animales. Siempre hay en él algo que le hace falta cori toda urgencia. Nunca sabe cuándo tiene ya todo lo que quería. Así, la relativa seguridad de que gozaba Bealby al estar oculto bajo el sofá, llegó un momento en que se le hizo insoportable. Parecíale que hacía siglos que estaba allí, aunque en realidad no hubiera estado más que unos veinte minutos. Por ello, acostumbrados ya sus ojos a la obscuridad, comenzó por sacar la cabeza en actitud vigilante, y luego arrastró, el cuerpo fuera de su escondrijo, quedándose en cuclillas por unos momentos, mirando a través de la sombra que le rodeaba.

Luego se arrodilló. Al fin, púsose en pie. A continuación, con los brazos extendidos y andando con gran cautela, comenzó a explorar la habitación.

Es de tal naturaleza la afición exploradora, que más pide cuanto más le dan. Al poco rato, ya iba buscando Bealby el camino para llegar a la sala azul, y desde allí, siguiendo arrimado a los postigos y a las cortinas de las ventanas, al comedor. Iba él ahora dándole vueltas a la idea de encontrar algún refugio menos pasajero, menos expuesto a la eventualidad de ser descubierto por alguna camarera de lo que podía serlo en el sofá. Alcanzábale ya lo suficiente de los rutinarios métodos de la limpieza doméstica para saber cuánto movimiento de criados había durante las primeras horas de la mañana en las habitaciones superiores de la Casa. Hallóse perplejo varias veces acerca del camino que debía seguir al encontrarse con esquinas y rincones inesperados; pero, al fin, dio con la chimenea del comedor, mas con tan mala suerte que involuntariamente chocaron sus pies contra los hierros. Latióle con violencia el corazón, con el temor que esto le produjo; pero entonces, mientras se apartaba tentando las paredes en medio de la obscuridad, halló lo que poquísimos hubieran podido encontrar a la luz del día: la cabeza de un clavo que, al ser apretada, hacía que se deslizara uno de los postizos entrepaños de madera, el cual ocultaba la entrada de un corredor que conducía a uno de los cuartos secretos o escondrijos. Notó que se abría aquella especie de puerta, y quedóse parado sin saber qué hacer. No había allí ni un leve rayo de luz.

Estuvo largo rato pensando lo que podría ser aquello, hasta que adquirió la convicción de que sería una especie de puerta de escape de otra comunicación que habría con las habitaciones inferiores... De todos modos, lo mismo le daba explorar por un lado que por otro, y así, con las mayores precauciones para evitar todo ruido, metióse por aquella abertura. Casi por completo volvió a cerrarla, una vez hubo pasado.

Tras cuidadoso examen, comprendió que se hallaba en un estrecho pasillo revestido de ladrillo o de piedra, que a eso de unos veinte pasos de la entrada, iba a parar a una escalera de caracol, la cual lo mismo podía servir para subir a un piso más alto que para descender a otro más bajo. Optó él por subir, y a poco respiraba ya el aire fresco de la noche y divisaba alguna estrella a través de una estrecha ventanilla, semejante a una grieta y medio cubierta por la hiedra. Luego —lo que bien desagradable le pareció— oyó que algo corría, escapándose al subir él. Pasado, sin embargo, el susto, siguió adelante.

Encontróse entonces con uno de los escondrijos, una celda de regular capacidad en que había un lecho de tablas, una silla y una mesita; La puertecilla, que daba a la escalera, estaba abierta, y empotrado en la pared había un reducidísimo armario que parecía un nicho. Quedóse allí quieto durante algún tiempo, pero aquella inquietud que sentía lanzóle a nuevas exploraciones por otro estrecho pasillo —por el cual tuvo que pasar a gatas— que le condujo a un curioso y breve lugar, que tenía una de las paredes de piedra, mientras que el lado opuesto era de madera. Y ¡cosa más rara! allá enfrente había luz.

Dirigióse hacia allí a tientas y, de pronto, se paró asustadísimo. Del otro lado de aquella especie de pared de madera, allá a su derecha, había sonado una voz.

—¡Adelante! —había dicho aquella voz fuerte, masculina, que parecía estar a dos o tres pasos de distancia.

Quedóse Bealby petrificado. Luego, tras largo intervalo, volvió a escurrirse con las mayores precauciones.

Alguien estaba hablando solo.

Aguzó el oído Bealby cuanto pudo, y al ver que reinaba silencio nuevamente, arrastróse un par de pasos hacia adelante en dirección del resplandor aquel. Era que había allí un agujero practicado en la

madera, especie de mirilla para ver sin ser visto.

La persona que había hablado paseábase de un lado a otro. Al escuchar Bealby, el rumor de los pasos mezclábase con el de los latidos de su propio corazón. Revistiéndose de valor, acercó el muchacho un ojo a la abertura aquella. De nuevo reinaba el silencio; pero le que le maravilló fue el ver una especie de gran cúpula rosada y brillante destacándose contra un fondo entre gris y verde. Al pie de aquello que a él le pareció cúpula, había algo semejante a un matorral sin hojas y de color pardo...

De pronto comprendió que lo que veía era una gran calva y dos espesas cejas. El resto quedaba oculto.

La necesidad obligó al muchacho a respirar con fuerza produciendo ruido.

—¡Ea! —gritó el que ocupaba la habitación, levantándose del asiento en que últimamente estaba; y Bealby vio entonces un largo y peludo cuello que salía de una bata—. ¡Ea! ¡Se acabó! ¡No aguanto más! ¡No estoy para esas simplezas!

Dicho esto, comenzó el lord Canciller a darles con los nudillos a las paredes de la habitación.

—¡Hueco! —dijo—. ¡Todo eso suena a hueco!

Sólo después de largo rato se decidió a reanudar su interrumpida tarea de escribir...

Toda la noche estuvo molestando al lord Canciller aquel ratón que se había metido detrás de la entabladura de las paredes. En cuanto él hablaba o daba algunos pasos, cesaba el ruido en cuanto se ponía a escribir, empezaba de nuevo. Y una y otra vez se repetía aquel molestísimo resoplido. Al fin, abandonó el lord Canciller su filosófico solaz, metióse en cama, apagó las luces e intentó dormir; pero sin que todo ello no hiciera más que contribuir a su convencimiento de que algo se movía y respiraba cerca de él. En cuanto se halló a oscuras, parecióle que aquel algo, fuera lo que fuese, había penetrado inmediatamente en el cuarto y hacía crujir el entarimado suelo, como si se hubiera empeñado en lograr algún intento que no conseguía realizar...

No logró conciliar el sueño en toda la noche el lord Canciller. Los primeros rayos de luz de la mañana le sorprendieron ya sentado en la cama y tan furioso como fatigado... En aquel mismo momento estaba seguro de oír pasos allá fuera, en el corredor.

Entráronle unas ganas terribles de pegar a alguien con toda la fuerza de que era capaz, de hacerle mucho daño. Tal vez se encontraría con aquel funesto *farceur*, con aquel bromista de capitán, allá en el rellano de la escalera. Sin duda que Douglas se deslizaba ahora por ella para volver a su cuarto, después de lo que le había molestado durante la noche.

Púsose el lord Canciller su roja bata de seda. Con el mayor cuidado, para no hacer ruido, abrió la puerta de su habitación, y con no menos cautela se asomó para mirar. Oyó entonces el leve rumor de pasos en la escalera.

Agachado atravesó el pasillo para llegar a la hermosa y antigua barandilla. Vio allá abajo a Mergleson —¡otra vez el dichoso Mergleson!— yendo, poco menos que en ropas menores, en dirección de la puerta del estudio, y arrastrándose para ello como una serpiente, como un gato, como un asesino. Un vivo impulso de ira cegó a nuestro grande hombre, y ciñéndose a las piernas la levantada bata, salió callada, pero rápidamente en persecución del otro.

Siguió a Mergleson a través del saloncillo hasta el comedor... y entonces lo comprendió todo. Uno de los tableros de la pared estaba abierto, y Mergleson se escurría sigilosamente por la abertura. ¡Claro! Habían logrado llegar hasta su cuarto por medio de una de aquellas escondidas covachas de refugio, y así habían estado atormentándole, poniéndole los nervios de punta. ¡Y toda la noche había durado esto, para lo cual iban relevándose, sin duda! La casa entera había tomado parte en la conjura.

Levantadas las cejas y extendidas como las alas de un gallo de pelea, salvó en cuatro o cinco zancadas el lord Canciller el espacio que le separaba del mayordomo, y cogió a éste por la tirilla de la camisa en el momento en que iba a desaparecer. Fue como si un ave de rapiña se arrojara sobre un gorrión. Sintióse Mergleson como apresado bajo poderosa garra; miró por encima del hombro y viendo junto a su rostro aquel otro tan fiero, tan conocido ya para él, y tan lleno de odio y ardiendo en sed de venganza, perdió hasta el sentimiento de la dignidad humana y escapósele un grito de terror, como si se viera ya en los mismos umbrales de la muerte...

Al barón despertóle de pronto, de su agitado sueño, el oír que se abría la puerta del cuarto del tocador que comunicaba su dormitorio con el de su mujer. Sentóse en la cama azorado; y con pálido rostro, que aun lo parecía más por la indecisa luz del alba, vio entrar a la señora.

—Pedro —dijo ésta—, estoy segura de que vuelve a pasar algo.

—¿Que vuelve a pasar algo?...

—Sí..., se oyen otra vez gritos... ¡y una de palabrotas!...

—¿Quieres decir que...?

—Sí..., el lord Canciller que está murmurando unas cosas horribles. Ya ha vuelto a empezar. Está abajo, en el comedor.

Lo primero a que pareció mostrarse inclinado el barón fue a tomarse las cosas con cierta pasividad, mas de pronto sintió como una llamarada de cólera. —¡El diablo me lleve— gritó saltando de la cama —si aguanto yo más semejante cosa! ¡Ni aunque ese lord Canciller valiera por cien! ¡Esto parece ya una casa de locos! La primera vez... pase. Pero ¡volver a empezar!... ¿Eh? ¿Qué es eso?

Como paralizados, pusieronse a escuchar los dos con la mayor atención... Débilmente, pero sin dejar lugar a dudas, llegaba hasta ellos un grito como de agonía: «¡Socorro!»

—Dame los pantalones —gritó el barón—. Ese hombre está matando a Mergleson. Hay que ir allí sin perder un momento.

Durante todo el tiempo que tardó en volver el barón, quedóse su esposa sentada en la cama, tal como él la había dejado, y petrificada de horror. Ni siquiera tenía ánimo Para rezar.

El sol no había salido aún. En la habitación, penetraba aquella luz fría, débil, grisácea, que va insinuándose antes de que nazca el día, como una idea sin arraigo aún en la conciencia, como una vida desprovista de valerosa decisión. Esperó la pobre señora... Así han esperado no pocas mujeres que llegara la temida hora del saqueo de su casa...

Allá abajo sonaba ronco vocerío...

Pensó ella entonces en aquellos felices días de su niñez, transcurrida entre los bosques del condado de York, cuando aún no podía ocurrírsele ni la idea de lo que era el tener invitados para esas fiestas de fin de semana... ¡Ah! ¡Aquellos brezales! ¡Aquella multitud de pajarillos! ¡Qué hermosura! Al recordarlo, una lágrima rodó por sus mejillas...

Al fin, vio de nuevo, frente a pila, al barón, vivo aún, pero sin aliento casi, y sumamente incomodado. Apretándose el corazón con ambas manos, quiso la infeliz mostrarse valerosa y exclamó:

—¡Dime... dímelo todo!...

—Ese hombre, está loco..., loco rematado —dijo el barón.

Indicóle ella con un movimiento de la cabeza que prosiguiera, porque aquello lo sabía ya perfectamente.

—¿Pero es que... ha matado a alguien? —preguntó en voz muy baja.

—Al menos, parecía que tuviera muchísimas ganas de hacerlo.

Y como ella se limitara a mover la cabeza, apretando con fuerza los labios, continuó él:

—Dice que, o Douglas se marcha inmediatamente de la casa, o se marcha él.

—Pero... ¡Douglas! ¿Por qué?

—Todo lo que quieras, mujer, pero no hay modo de que escuche ni una palabra.

—Pero ¿por qué Douglas?

—¿No te he dicho que está loco de remate? Sufre de manía persecutoria. Que si la gente se entretiene en ir dando golpes por todas partes... Que si ha estado oyendo toda la noche campanas que sonaban bajo su almohada... Cosas así... Y, además, está hecho una fiera. Te digo que ha acabado por asustarme a mí. Estaba que daba horror el verlo. A Mergleson le ha puesto un ojo... así... como un tomate. ¡Le ha dado una de puñetazos! ¡Y apuntando! ¿eh? Cogióle en el corredor que va al escondrijo —sin que yo me explique aún cómo habían llegado allí los dos— y se le echó encima como un loco.

—Pero ¿y qué es lo que ha hecho Douglas?

— ¡Bueno! Si ya se lo pregunté, y no quiere escuchar a nadie. Está chiflado... Se empeña en que Douglas ha armado una conjura en la que entran todos los de la casa, para hacerle creer a él que andan por ahí duendes. Te digo qué está completamente grillado.

Quedáronse, por un momento, mirándose marido y mujer.

—Por supuesto que si Douglas no había de ofenderse y quisiera hacerme el favor de marcharse... —dijo, al fin, el barón—. Podría ser que con esto se calmara algo el otro... ¿Comprendes? Dígolo porque ya ves lo difícil que es el arreglo de este endiablado

asunto...

—¿Ha vuelto ya el otro a su cuarto?

—Sí. Está esperando a ver qué decido yo acerca de Douglas. Se pasea, entretanto, de un lado a otro de la habitación.

Estuvieron los dos un rato como anonadados, sin saber qué hacer.

— ¡Tan ilusionada que estaba yo con el almuerzo próximo!... — exclamó ella, acompañando las palabras con triste sonrisa—. ¡La gente del condado!... —añadió, y no pudo ya continuar.

—Verás —dijo el barón—; hay algo que puede hacerse, y yo mismo cuidaré de ello. En adelante, no le permitiré que pruebe ni una gota más de ningún licor. Lo haré aunque tenga que ir a registrarle el cuarto y ver si tiene allí alguno escondido.

—Lo que yo no sé es lo que voy a decirle cuando nos encontremos, a la hora del desayuno.

Reflexionó entonces el barón y dijo:

—No hay razón alguna para que tengas que meterte tú en este asunto. Lo que has de hacer es fingir que nada sabes. Eso... demuéstrale que no te has enterado de nada. Pregúntale..., pregúntale sencillamente si ha descansado bien.

CAPÍTULO III

LA CARAVANA ERRANTE

Nunca la primorosa fachada del castillo de Shonts que mira al Este había perecido tan hermosa como en aquella mañana, la primera de la visita del lord Canciller. Brillaba, como si fuera de ámbar y contra, ella se reflejara la luz de una hoguera, mientras sus dos torres semejaban dos columnas de oro pálido. Por encima de sus declives y parapetos, asomábase a un gran valle fresquísimo cuyo horizonte cerraba la niebla y que, a bastante distancia de la casa, cruzaba un río, brillante a la sazón como sierpe luminosa. Quedaba aún en la sombra la fachada del lado Oeste, y el tapiz de hiedra que la cubría mostraba su verde oscuro contrastando con el claro de otras plantas. Reflejábase el sol naciente en los ventanales de la capilla, de tal suerte que dijérase que ésta estuviera toda interiormente iluminada. Por la terraza paseaba pensativo un pavo real, arrastrando por entre las gotas de rocío su magnífica cola, que parecía llevar entonces como enfundada. En torno de la hiedra, alborotaban con sus píos multitud de pajarillos.

De pronto, en medio de aquella hiedra, al pie de la torre del lado Oeste, surgió algo peludo y pardo que parecía estar allí tan naturalmente como si fuera una ardilla o un conejo. Nada de eso era, sin embargo, sino una cabeza, una cabeza humana sumamente desgredada. Quedóse allí por un momento contemplando el vasto y tranquilo paisaje: la terraza, el jardín y la campiña. Salió, después, algo más, volvióse hacia arriba y examinó la casa. Su expresión era como de prudente vigilancia. Venía a estropear algo el efecto de natural frescura y de inocencia, que producía el rostro una gran mancha transversal, un gran tiznón que en forma de barra lo

cruzaba dándole un aire siniestro, y toda la delicadeza de una orejilla que, aparecía quedaba como perdida entre un festón de telaraña, que probablemente serían una indiscutible antigualla. Era aquel rostro el de Bealby.

Estaba el muchacho deliberando entonces si haría bien en marcharse para siempre de Shonts. Pronto tomó una determinación, Después de la cabeza, pasó las manos y al fin los hombros, y al cabo de un momento, cubierto de polvo, pero completamente ileso, corría ya velozmente hacia el rincón donde se hallaban los viveros. Agachóse para evitar que aquella pandilla de mayordomos que, según él, le perseguía, Regara a verle y llevase inmediatamente la noticia. En un instante quedó oculto entre las plantas, y se halló abriéndose paso entre un grupo de rododendros en flor. Después de su encierro en oscuros pasadizos, ¡cuán dulcísimo hallaba el respirar el aire matinal!

Al Regar al extremo del bosque de hayas que atravesaba, paróse y dirigió la mirada hacia Shonts. Detúvola un rato en el grupo de árboles a través de los cuales podía verse un trozo del tejado de la casita que ocupaba el jardinero y algo de la pared del jardín...

De haberle visto un buen fisonomista, hubiera notado en los ojos del muchacho cierta indecisión, cierta falta de confianza en sí mismo.

Pero su alma no se dejaba subyugar tan fácilmente. Con lentitud, quizá sin verdadera alegría, pero como si tomara una grave determinación, levantó la mano para repetir aquel prehistórico ademán en que entran en juego los cinco dedos y la cara, y por medio del cual todo chiquillo, desde que éstos existen en el mundo, ha afirmado siempre la integridad de sus convicciones frente al predominio del orden de cosas establecido.

—Y ahora ¡que me cojan! —exclamó.

Las cuatro y media de la mañana debían de ser, poco más o menos, cuando abandonó Bealby el castillo de Shonts. Tomó en dirección a Poniente porque le gustaba ver su propia sombra y sentirse acompañado por ella, cayéndole en gracia, al principio, el ver cuán larga era. A las once y media llevaba ya andados dieciséis kilómetros, y entonces maldecía ya de aquella sombra. Había comido nueve setas crudas, dos manzanas ácidas y gran cantidad, de moras muy maduras. Nada de eso parecía haberle sentado muy

bien. Además, notó de pronto que no iba calzado más que con zapatillas. Verdad que habían sido confeccionadas con pedazos de alfombras y resultaban algo recias y sólidas; pero, eran zapatillas al fin y al cabo... y la caminata comenzaba ya a dar buena cuenta de ellas. A los catorce kilómetros y pico, ya una empezó a descoserse por un lado. Saltó el muchacho una empalizada que cercaba una porción de bosque, y llegó allí hasta él un olorcillo de tocino frito que la boca se le hizo agua, y todo él parecía convertido nada más que en jugo gástrico.

Paró en seco y púsose a husmear con fruición el aire, porque hasta éste mismo resultaba apetitoso.

—¡Señor! —exclamó—; eso sí que es demasiado. ¡Al menos antes no pensaba yo mucho en ello!

Entonces vio brillar algo metálico, bastante abultado, por encima de un seto. De allí salía el ruido de lo que estaban friendo.

Acercóse sin pensar ya en ocultarse. Junto a un gran carruaje amarillo que servía de habitación y provisto de elegantes ventanillas, estaba una mujer fornida y morena, con sombrero de cazador, falda corta de color pardo, gran delantal blanco y polainas (entre otras cosas más), la cual se hallaba muy atareada friendo tocino y patatas. Tenía muy roja la cara, y sobre ella iban a parar no pocas salpicaduras de la sartén, como suele acontecerles a las cocineras novicias y torpes...

Como maquinalmente, salvó Bealby el obstáculo que le oponía el seto y se acercó más a aquel olorcillo que le parecía divino. Examinóle curiosamente la mujer por un momento, y luego, volviendo el rostro, continuó su tarea con indiferencia. Acercóse a ella el muchacho cuanto pudo y quedóse allí mirando los pedacitos de patata que nadaban en la sartén, el alegre retorcerse de las magras, el bailoteo de las burbujas de la derretida mantequilla, el canturrear y el chapoteo continuo, de la feliz gordura de las lonjas de tocino...

—Supongo que tú te tienes por un buen muchacho —dijo la señora mientras removía el tocino con un tenedor.

—Sí, señorita —contestó Bealby.

—¿Tú has frito alguna vez?

—Podría hacerlo si me pusiera.

—¿Así?

—Mejor.

—Pues coge la sartén, porque con esas salpicaduras se me está quedando la cara desollada.

Sin decir palabra, empuñó Bealby el mango de aquella sartén de donde salía tan exquisita fragancia, tomó el tenedor de manos de la señora y olió con ansia el rico e hirviente manjar. No había sólo allí tocino y patatas, sino también cebollas, unas cebollas que acababan de hacer más... apetitoso el conjunto. Y tan vivo sintió él el apetito, que poco le hubiera costado el echarse a llorar.

Casi tan delicioso como aquel olorcillo parecióle el timbre suave de una voz que oyó y que partía de una de las ventanillas del carruaje, detrás de la cabeza del rapaz.

—¡Ju... dit! —gritó la voz.

—¿Qué? ¿Qué hay?... Aquí estoy —contestó la señora del sombrero de cazador.

—¿Te has puesto por equivocación mis medias en vez de las tuyas?

A la señora se le escapó la risa, aunque quiso aparentar que se escandalizaba, y soltando una exclamación irlandesa (porque de Irlanda era la buena mujer, y lo demostraba con más frecuencia de lo necesario), añadió: «¡cuidado, que hay aquí un chico!»

Y el chico resultaba lo más hábil, solícito y obsequioso que darse pueda. Al cabo de una hora ya no era uno de tantos que se ven pasar con indiferencia, sino que se había hecho indispensable, y tres mujeres le miraban aprobando encantadas cuanto hacía.

Había hecho bien la fritura; avivado perfectamente y en un momento, el fuego que amenazaba apagarse; logró que hirviera en el menor tiempo posible el agua de una caldera que antes se manifestaba reacia; preparó, casi sin que nadie le dirigiese, un sencillo almuerzo; armó y colocó perfectamente las sillas de tijera, y, finalmente, limpió tan bien la sartén, que no había más que pedir. En cuanto las señoras se hubieron servido, cogió aquella vasija con lo que dentro quedaba, apartóse detrás del carruaje, despachó en un periquete su ración, y volvió con la sartén... limpia y brillante como un sol. Cuando menos, uno de sus carrillos parecía estar echando chispas.

—Pero oye —le dijo la señora de las polainas—, ¿no había quedado algo en la sartén?

—No creí que hiciera falta, señorita, y así la dejé limpia.

En la mirada que le dirigió la señora vio que le había entendido perfectamente, y se quedó pensando el muchacho qué significaría la expresión que tomó entonces aquel rostro.

—¿Quiere usted que le lave los platos, señorita? —preguntó, para suavizar algo la violenta situación.

Y los lavó rápida y concienzudamente, él que nunca había podido hacer tal cosa de modo que el señor Mergleson quedara completamente satisfecho. Bien es verdad que ahora era cuando había puesto en práctica cuantas advertencias le dirigiera aquél. Preguntó luego donde había de guardar las cosas, y las guardó, después de lo cual volvió a preguntar muy cortésmente si podía serles útil en algo más. Contestando a lo que ellas le dijeron entonces, les manifestó que a él no le gustaba estar sin hacer algo.

—¿Te gustaría limpiar botas? —le preguntó la misma señora de las polainas.

Y Bealby contestó que sí.

—Vaya —exclamó entonces aquella voz de antes y que el rapaz oía ya con encanto—: ese muchacho es un ángel que nos ha caído del cielo.

¡Que le gustaba limpiar botas! ¡Cosa más extraordinaria que él hubiera dicho esto! Pero es que desde hacía media hora se sentía completamente transformado. Habíase apoderado de él el violento deseo de hacer multitud de cosas, fueran de la clase que fueran, cosas serviles, que resultaran gratas a determinada persona; estaba enamorado.

La dueña de aquella hermosa voz que él oyera habla salido del carruaje, parándose un momento a la puerta del mismo, y al punto quedó postrada ante ella el alma de Bealby, prestándole rendido y sumiso homenaje. En su vida había visto él nada tan digno de ser amado. Ceñía el cuerpo de la joven, esbelto y fino, un traje azul; su cabellera rubia, con ligeros reflejos rojizos, caía hacia atrás, espléndida, desde la ancha frente, y sus ojos eran los más hermosos y de más dulce mirar que jamás existieron. Levantaba un poco con una mano la falda, descubriendo los pies, y apoyaba la otra en el dintel de la puerta del vehículo. Miróle y sonrió.

Así había estado sonriendo y mirando por encima de las candilejas a los mozuelos de medio mundo, innumerables veces en

el transcurso de dos años. Al hacer ahora su aparición, sonrióse también por costumbre. En cuanto al efecto que en Bealby produjo, túvolo ella en seguida por cosa definitivamente resuelta. Luego siguió mirando, únicamente para asegurarse de que todo estaba preparado ya, antes de descender ella la escalera.

—¡Qué bien huele eso, Judit! —dijo.

—He tenido quien me ayudara —contestó su compañera.

Y esta vez sí que aquella señora de azules ojos le dirigió al chico una sonrisa que nada tenía de vaga...

La tercera persona que iba en el carruaje había aparecido sin llamar la atención, porque ante la esplendente belleza de la otra quedaba esta señora completamente obscurecida. No se fijó en ella Bealby hasta que la vio yendo de un lado a otro, confundida con las demás. Iba con la cabeza descubierta; llevaba un traje gris muy sencillo, sobre el cual se había puesto una chaquetilla, y su rostro muy blanco y de lindo perfil, contrastaba con lo negro del cabello. Llamábanla sus compañeras Winnie.

El nombre de la que se distinguía por su belleza era Magdalena, la cual, después de las bromas que se cruzaron entre ellas y de alabar todas grandemente la hermosura de aquella mañana, dijo:

—Este es el mejor sitio que hemos encontrado.

—Sí, en toda la noche no nos ha molestado un solo mosquito —observó Winnie.

No trataron de disimular las señoras ni su excelente apetito ni la buena opinión que de Bealby habían formado. ¡Lo que puede el verse tratado con consideración! Gracias a ello practicaba ahora el muchacho con alegría, con orgullo y sin la menor falta, los mismos servicios que no habían podido enseñarle a puñadas ni Mergleson ni Tomás...

Y he aquí que, de pronto, después de haber visto que las señoras le miraban con aire de aprobación y que discutían entre ellas en voz baja, de un modo que excitaba la curiosidad, oyó Bealby que le llamaban para que fuera a hablar con ellas.

—Oye, muchacho —dijo la señora de las polainas, en un tono que denotaba que ella era la que dirigía allí y, más claramente aún, que era la que llevaba la voz en todo—. Ven acá.

—Voy, señorita.

Y Bealby dejó sobre uno de los escalones del carruaje la botina

que estaba limpiando.

—En primer lugar, y estas señoras lo saben perfectamente, yo soy una mujer casada.

—Sí, señorita.

—Y eso de dirigírseme llamándome señorita no es lo más apropiado.

—No, señorita... Quiero decir... —Quedóse Bealby suspenso por un momento y, por feliz casualidad, recordó entonces algo de lo que había oído en Shonts, por lo que añadió inmediatamente —No, quise decir su señoría.

Iluminóse el rostro a la que llevaba la palabra y contestó:

—Todavía no, hijo mío; todavía no. No ha hecho aún mi marido todo lo que debe para que se me dé ese título. Yo no soy más que señora... sencillamente.

Quedóse el rapaz sin decir nada, pero dando a entender que había comprendido.

—A ver, di: sí, señora.

—Sí, señora —dijo Bealby, mientras las tres damas se reían complacidas.

—Y ahora —continuó diciendo la de las polainas que hablaba con énfasis y escuchándose—, como saben las señoras aquí presentes... Pero, oye, y ¿cómo te llamas?

Casi sin dudar acerca de la contestación, dijo Bealby:

—Ricardo Maltravers, señora —y estuvo a punto de añadir: «el intrépido aventurero...», que era como comenzaba el subtítulo del libro en que entonces se le ocurrió pensar.

—Con Ricardo basta —repuso la señora a quien llamaban Judit, y añadió en seguida, sonriendo de muy buen humor—: lo demás puedes guardártelo.

Esa era la clase de gente que le gustaba a Bealby: la que es como hay que ser.

—Bueno, Ricardo, pues queremos que nos digas si has sido criado alguna vez.

La pregunta venía... así... tan de repente... Pero el muchacho supo estar a la altura de las circunstancias.

—Uno o dos días no más, señorita... Digo, señora. Nada más que para ayudar un poco.

—Pero ¿ayudaste, realmente?

Esforzóse Bealby en pensar si sus servicios habían sido o no de alguna utilidad; pero, por el momento, de lo único que pudo acordarse fue de la cara de Tomás cuando él le clavó el tenedor de hierro que se le quedó colgando. Así, para hablar con toda imparcialidad, se limitó a seguir:

—Hice lo que pude, señora.

—Y ahora ¿estás ya listo de eso?

—Sí, señora.

—Y ¿has vuelto a tu casa y te encuentras sin trabajo?

—Sí, señora.

—¿Vives cerca de aquí?

—No..., es decir, no está muy lejos.

—¿Vives con tu padre?

—Con mi padraastro, señora. Soy huérfano.

—Bien. ¿Te gustaría venirte con nosotras unos cuantos días para ayudarnos en el trabajo? Ganarás siete pesetas y media cada semana.

El rostro de Bealby habló por él con harta elocuencia.

—¿Se opondría a ello tu padraastro?

Pensólo un momento el rapaz, y contestó luego:

—No creo que se opusiera.

—Lo mejor será que vayas a preguntárselo.

—Yo... yo creo que sí..., que será lo mejor.

—Y al mismo tiempo tráete algo de ropa.

—¿Ropa, señora?

—Sí, cuellos y cosas por el estilo. No hay necesidad de que traigas ningún baúl voluminoso, para tan poco tiempo.

—Sí, señora.

Quedóse el muchacho como indeciso, sin marcharse.

—Lo mejor será que vayas ahora mismo. Nuestro cochero no tardará en venir con el caballo. No podremos esperarte mucho rato...

Bealby pareció recobrar de pronto su natural viveza y fuese en seguida.

Ligera duda se apoderó de él, tan ligera que apenas se notó, al llegar a la cancilla que cerraba el campo; pero pronto tomó hacia el pueblo, tranquilo y reposado entonces, con la quietud de los días festivos.

La perplejidad que le dominaba se reflejó en sus facciones. El obtener el permiso de su padrastro no ofrecía dificultades; pero donde aparecían éstas era al tratar de proporcionarse un equipo.

Sonó a su espalda una voz que le llamaba.

—¿Mande usted, señora? —contestó muy atento y con cierta esperanza. Tal vez, después de todo, iban a decirle que no hacía falta lo del equipo.

—Necesitarás botas, y que sean buenas y fuertes, porque, ¿sabes?, tendrás que ir a pie al lado del carruaje.

—Bien, señora —dijo con cierto temblor de tristeza en la voz. Esperó unos momentos a ver si le decían algo más; pero esto fue todo. Echó a andar, pues... muy despacio. Ya no se acordaba él de que no llevaba botas. Al recordárselo ahora se quedó anonadado. ¡Qué triste es verse en la imposibilidad de entrar en lo que a él le parecía el Paraíso, por carecer de una maleta y por no ir calzado como se requiere para largas caminatas!...

Estuvo casi a punto de volverse al sitio en que había dejado el carruaje. Con todo el dolor de su alma lo haría; pero...

La verdad es que iba a hacer un papel ridículo volviendo sin llevar las dichas botas, y por nada en el mundo hubiera querido él verse en ridículo ante los ojos de aquella hermosísima mujer de traje azul.

«Ricardo —dijo entre sí, presa del mayor desaliento, y con cara tan triste que más no podía serlo—. Ricardo el aventurero: aquí acabaron tus hazañas y tretas, hijo mío. Tienes que proporcionarte una maleta, y nada en el mundo es capaz de dártela».

Sin fijar gran cosa la atención, paseóse por el pueblo. Bien sabía él que no había allí lo que tanto necesitaba. Guióle el azar, más que su propia voluntad, hacia un sendero que conducía al cauce de un arroyo casi seco, y allí se sentó sobre unos hierbajos a la sombra de un grupo de sauces. El lugar era tan sudo y tan desaliñado estaba, que únicamente el sol de la mañana, que daba allí de lleno, podía hacerlo algo tolerable, pues era uno de esos rincones en que medran a su gusto los zarzales y donde todo el mundo va arrojando lo que estorba, como cafeteras inservibles, tarros que se han roto, montones de cascote o de hierbas de los jardines, objetos metálicos cubiertos de herrumbre, botas viejas...

En los primeros momentos, fijó Bealby la mirada en todo aquello

sin el menor interés. Luego se acordó de que en su infancia no muy remota aún, habla jugado más de una vez con una bota vieja convirtiéndola en su imaginación nada menos que en un castillo... De pronto, púsose en pie, dirigióse hacia el montón de desechos y comenzó a examinarlo con ojos de inteligente. Cogió una bota que había allí, solitaria, desemparejada, y sospesóla con cuidado. La soltó en seguida, dio media vuelta y echó a correr hacia la misma calle por donde había venido.

Se le acababan de ocurrir dos grandes ideas: una relativa a su equipaje y otra a las botas... ¡Si las cosas salieran como él deseaba! La esperanza volvió a aletear gozosa en el corazón de Bealby.

Pero ¡era domingo! Las tiendas estaban cerradas. Si, bien mirado, era esto un nuevo obstáculo. No se habla acordado de ello.

La *public house*, la cervecería, estaba abierta, pero de aquel modo vergonzante que suele ser característico de los domingos por la mañana, mientras se espera la hora de cerrar, y que parece no invitar a nadie a que entre; pero, ¡ay!, que para los chiquillos la entrada en tales sitios está prohibida a todas horas. Y, por otra parte, no era allí donde había de encontrar lo que él necesitaba. Era preciso dirigirse a una tienda, a algún bazar, donde se vendiera de todo. Y precisamente, ahí estaba uno, con la puerta abierta de par en par. Tan violento era su deseo, que entró. Los escaparates de la tienda estaban cerrados, con lo cual el interior resultaba bastante oscuro y hasta fresco, oliendo a tocino, a queso, a especias, a todo lo que constituye el alma de las abacerías, y todo estaba allí también muy fresco, muy quieto y reposado, como si disfrutara del descanso dominical y se exhibiera en su traje de los días festivos. Una mujer de agradable aspecto presidía allí detrás del mostrador, y muy atribulada que llevaba un envoltorio.

Parecían hablar de algo que acababa de ocurrir, y ambas se callaron en seguida en cuanto vieron entrar al muchacho. Tan preocupado le tenía a éste su idea, que hasta su natural viveza y energía le parecían haber desaparecido. Su aspecto era el de la humildad personificada, el de la mismísima bondad, y no podía mostrarse más respetuoso ni más digno que captarse la ajena simpatía. Hasta su talla dijérase que había disminuido. En cambio sus ojos ¡eran tan dulces y tan lindos! Y en cuanto a sus modales, no cabía pedir más.

—Hoy no vendemos, hijo mío —dijo la mujer de aspecto agradable.

—¡Si me hiciera usted el favor, señora!... —contestó él con voz que parecía salirle del fondo mismo del corazón.

—Es domingo... Ya sabes que no se puede...

—¡Señora! ¡Si me hiciera usted el favor!... Si pudiera darme un pedazo de papel, aunque fuera viejo.

—¿Y para qué? —preguntó la mujer.

—Para envolver algo, señora.

Reflexionó ella un momento y quiso mostrarse amable.

—¿Un buen pedazo?... Grande, ¿eh?

—Sí, señora. ¡Si tuviera usted la bondad!...

—¿Cómo lo quieres? ¿De color? ¿De papel de embalar?

—Sí, señora... Si no es molestarle...

—Y bramante ¿tienes ya?

—Sólo este hilo grueso de algodón —contestó Bealby sacando uno del bolsillo—. Y está lleno de nudos. Pero me parece que ya bastará.

—Más vale que con el papel te dé también un cordelillo —repuso, la mujer, que evidentemente quería mostrarse generosa. Así te quedará mejor el paquete.

* * *

Enganchado ya al carruaje estaba el caballo blanco, y disponíase Guillermo, un hombre de cierta edad, sordo, torpe y narigudo, a cargar el cesto que contenía los menesteres empleados en el desayuno (no sin echar pestes en voz baja contra el pecaminoso capricho de molestarle a él haciéndole viajar en domingo), cuando regresó Bealby con no poco contento de las tres mujeres que le esperaban.

—¡Ah! ¡Aquí está! —dijo la señora de aspecto insignificante—. ¡Ya sabía yo que volvería!

—¡Y mirad qué paquetillo lleva! ¡Pobrecillo! —dijo la actriz.

Realmente, como equipaje era aquello tan poca cosa que daba lástima: un pobre envoltorio, sostenido por un bramante lleno de nudos y que, a decir verdad, no abultaría mucho más de lo que un jarro de hojalata, pues contenía dos botas viejas y unos puñados de

hierbas, todo muy apretado para que se pudiera atar convenientemente. Llevábalo el muchacho como con miedo.

—Pero... —comenzó a decir la señora de las polainas, y luego hizo una pausa, durante la cual fue aquél acercándose—. Pero, Ricardo, ¿dónde están tus botas?

Y Ricardo el intrépido, contestó:

—Perdone usted, señora, pero me las están arreglando. Mi padrastro dijo que a usted no le importaría nada que no llevara yo botas. Dijo que tal vez pronto podría comprarme unas yo mismo, del dinero de mi salario.

Muy alarmado dejó a Bealby la indecisión que se reflejó en el rostro de la señora, y tuvo que esforzarse mucho para no demostrar la angustia que sentía.

—¿No tienes madre, Ricardo? —preguntó de pronto la otra señora que poseía aquella voz que tan hermosa le parecía a él. Eran frecuentes en ella esas curiosas preguntas hechas a boca de jarro.

—Está... El año pasado...

El verse obligado a cometer un parricidio es siempre algo muy triste y doloroso. Pero más lo es aun cuando uno ve que, a pesar de todos sus esfuerzos, se le escapa lo que juzgó que iba a ser la más divertida calaverada de este mundo.

¡Y aquella voz tan dulce, manifestándole su simpatía en la desgracia, su verdadera conmiseración!... De pronto cubrióse Bealby el rostro con el brazo y se echó a llorar. Sus lágrimas resultaban honrosas para él en aquel momento...

Las tres mujeres sintiéronse a la vez poseídas del vehemente deseo de mostrarse con él tan amables que logran consolar al muchacho y le hicieran olvidar la pérdida que había sufrido...

—Vaya, Ricardo... todo se arreglará —díjole la señora de las polainas, dándole suaves golpecitos en el hombro—. Mañana te compraremos unas botas nuevas. Por hoy siéntate al lado de Guillermo, que guía el coche, y así no se te destrozarán los pies. Con él tendrás que ir a las posadas que encontremos...

Cinco minutos más tarde exclamaba otra de las señoras, la insignificante:

—¡Parece mentira con qué facilidad se acomoda a todo la juventud! ¿Cómo imaginar, al ver ahora a este muchacho, que haya tenido nunca la más leve pena en este mundo?

—Anda, sube al pescante —dijo la señora que dirigía—. Nosotras iremos a pie por los campos y ya os encontraremos. Ya sabe usted dónde ha de esperarnos, ¿verdad, Guillermo?

Acercóse algo más y gritó:

—¿Lo ha entendido usted?

Movió Guillermo la cabeza, con expresión algo ambigua, y contestó:

—¡Ya!... ¿Soy yo tonto?

Partieron las señoras. La actriz le gritó a Bealby con extrema amabilidad:

—No tengas cuidado, Ricardo: todo irá bien.

Sentóse el muchacho donde le mandaron y procuró conservar todo lo posible el aspecto que convenía a su nueva personalidad de Ricardo *el huérfano*, para no desentonar, después de lo que acababa de ocurrir.

* * *

«¿Has oído, lector, alguna vez, soplar el viento entre los matorrales? ¿Has vivido esa vida errante que se parece a la de los gitanos? ¿Has hablado con ellos, al detenerte en alguna de tus correrías, ya en tu tierra o en el extranjero, en los sitios donde suelen acampar al aire libre? ¿Has recorrido a pie las anchas carreteras, y plantaste tu tienda, al obscurecer, junto a la corriente de un arroyo, cocinando luego tu cena con ramas de pino y a la luz de las estrellas? ¿Conoces el sueño tranquilo y reparador del que anda vagabundo, en paz consigo mismo y con el mundo entero?» A estas preguntas que suele dirigir la «Sociedad de aficionados a la vida en tienda de campaña» tendría que contestar la mayor parte de nosotros con otras tantas negativas. Y, sin embargo, cada año, la ilusión esa de la vida errante aparte del seno de las comodidades de una civilización harto compleja a reducido número de gente de imaginación, impulsándola a vivir en tiendas y en carruajes que son casas ambulantes, poniéndola en íntima comunicación con la naturaleza y, de paso, con varios ingeniosos artefactos destinados a satisfacer cuantas necesidades trae consigo el cocinar al aire libre. Aventura es ésta que reclama grandes ánimos y no menor caudal de esperanzas, constituyendo un ensayo de aproximación a nuestros

amigos, al cual resisten bien pocas amistades... y al fin y al cabo, es algo que, al menos mirándolo en conjunto, resulta muy divertido. En la práctica, aquella vida de libertad y de aire en abundancia suele reducirse a lavarse uno mismo los platos y a tener que ir buscando ansiosamente dónde podrá acampar con permiso del dueño del terreno. Así se aprende cuánto abundan en el mundo los mirones, y cuán fácil es llegar a prescindir de los más imprescindibles condimentos...

Lo que realmente constituye el meollo de esa clase de diversión es su perfecta independencia. Vais, por ejemplo, andando bajo los árboles que dan sombra a la carretera en las horas de sol, y os dirigís a donde se os antoja. Cuanto podéis necesitar, está al alcance de vuestra mano, puesto que al lado tenéis el coche que lo conduce y que os acompaña con el chirrido de las ruedas. Os halláis fuera de toda posada, de toda casa, y constituís un hogar, una comunidad, un *imperium in imperio*. Podéis apartaros del camino en el momento que se os antoje, sentándoos a su vera, sobre la hierba, y decir: «Aquí, mientras el propietario del terreno no me descubra y me eche de él, aquí están mi casa y mi hogar». Podéis también a cualquier hora —contando con que el auriga quiera, y siempre que, al buscarle, le encontréis— enganchar en un periquete y seguir adelante. Vuestro es el mundo y de vosotros depende el saborearlo con el absoluto y perezoso descuido del caracol.

Dos de las tres señoras de que venimos hablando, contaban también con otras satisfacciones que añadir a esos placeres. Ambas sentían verdadera adoración por Magdalena Philips. No sólo era ésta encantadora y de apacible trato, sino que todo el mundo sabía que tales eran sus características cualidades, es decir: poseía lo que constituye el más poderoso atractivo entre mujeres: el prestigio. Y luego... la tenían acaparada para disfrutar de su compañía ellas solas. ¡Que les vinieran a ellas con esa falsa idea de que no cabe amistad ni verdadera conversación entre mujeres! Allí estaban, dispuestas a demostrar lo contrario: llenas de atenciones y de ingenio al tratar unas con otras y hasta intercalando alguna cancioncilla entre dos frases. Y sobre todo, estaban libres, libres de la compañía de sus *hombres*. Dábanse el gusto de prescindir por completo de ellos. El esposo de la que llevaba las polainas, el doctor Bowles, hallábase en Irlanda, y el de la señora insignificante, el

señor Geedge, estaba en Sandwich, jugando al golf. En cuanto a Magdalena Philips, dábase por cosa indiscutible que se hallaba en sus glorias al verse libre de la turba de admiradores que la asediaban continuamente, como avispas que acuden donde hay miel...

Y, sin embargo, a los tres días de esta nueva vida, cada una de ellas empezaba ya a pensar en la necesidad de que alguien las ayudara, sobre todo a lavar, aunque tales pensamientos no se formularan en voz alta y quedaran ocultos entre su continuo y alegre daga y toma, como si una negra y silenciosa corriente se deslizara por debajo de un puente de marfil. Y cada una de ellas experimentaba, en su nuevo modo de vivir y de tratarse, cierta curiosa impresión, como si las demás no quisieran concederle toda la atención que merecía, como si una buena parte de sus esfuerzos se empleara en vano. No prodigaba ya tanto sus sonrisas Magdalena, que a ratos se mostraba completamente fría e indiferente, y en cuanto a Judit, guardaba lo mejor de su ingenio y de su brillante verbosidad, no para cuando estaban solas, sino para aquellos momentos en que atravesaban alguna población... No era tan visible la mudanza de su espíritu en la señora Geedge. Tenía ella el propósito, más o menos vago, de escribir acerca de todo aquello un libro, en el cual contaría, de un modo alegre y llamativo, lleno de suave y finísima ironía, cuánto se habían divertido. Leeríanlo los hombres, y sólo el pensarlo hacía ya asomar a sus labios una burlona sonrisa.

Bien echará de ver el lector que Bealby fue allí un su mando muy apreciable que vino a redondear la suma: No constituía sólo una ayuda material de inmenso valor, porque sabía lavar vigorosamente y con cuidado, porque limpiaba las botas con la mayor energía y extendía sus servicios a mil cosas más, sino que también resultaba, en el aspecto moral, un creyente y un sostén para la empresa. Bien claro se veía que para él aquel coche era, sin ningún género de duda, la más linda cosa de este mundo, y sus tres amas la gente más digna de admiración con que tropezó en su vida. Seguías las con los ojos como embobado y mostrando un interés sin límites; escuchaba con toda su alma en cuanto abría la boca Judit, y atendía solícito a todas las demandas de la señora Geedge. En cuanto a Magdalena, ni siquiera trató de ocultar la adoración que le

inspiraba: dirigirle ella la palabra y quedarse el muchacho cohibido, sin aliento y ruborizado, era todo uno...

Así iban diciendo las tres, al pasar campo a traviesa, que el dar con él había resultado felicísimo hallazgo. ¡Qué suerte que su familia hubiera consentido tan fácilmente en cedérselo! Judit juzgaba ya injustísima, la mala opinión que la gente solía tener de los muchachos: para demostrar que se les calumniaba no había más que ver con qué solicitud prestaba aquél todos sus servicios. A la señora Geedge le parecía que algo de geniecillo travieso, y benévolo había en la carita de Bealby, y sonreíase Magdalena cada vez que pensaba en la singular presteza con que a todo atendía. ¡Bien había adivinado que el rapaz hubiera estado pronto a dar por ella la vida!

* * *

Reinó el silencio por un momento al alejarse las señoras.

Luego habló Guillermo, no sin escupir antes, con un malhumor de todos los diablos.

—¡Maldita chifladura! —dijo entre dientes. Y luego en voz alta y con fiero ademán—: ¡Arre, penco, arre!...

Al oírlo, comenzó el blanco caballejo un trotecillo muy irregular, en que cada remo iba por su lado, estremeciéndose todo el coche con el esfuerzo y al empezar a rodar dio también principio para Bealby la vida errante de bohemio de afición.

Nada dijo durante algún tiempo Guillermo, y apenas si el chico le dirigía la mirada. En sus ojos ardía la llama del entusiasmo por las grandes y extraordinarias aventuras...

—Una cosa tienen de bueno —hizo observar de pronto Guillermo—, y es que ni siquiera se les ocurre nunca la idea de cerrar bajo llave nada absolutamente, sea lo que fuere.

Estas palabras obligaron a Bealby a fijar la atención en su compañero, dándose cuenta de que existía.

Era el rostro de Guillermo uno de aquellos que de momento no producen otra impresión más que la de que vemos una solitaria y orgullosa nariz. Las demás facciones quedan en absoluto subordinadas, como menos salientes y de menor efecto. En rigor, no las ve uno hasta al cabo de un rato. Pequeños y desiguales tenía los ojos, desdentada la boca, de labios delgados y fruncidos, con el

superior tan caído sobre el otro que daba la idea de un carácter más rico en bajos apetitos, que en firmeza, aunque ambos se mezclaran en él. Al hablar, producía su voz un sonido débil y la boca parecía babosa.

—Todo, todo —añadió— lo guardan allá atrás.

Y después, en tono confidencial:

—Yo lo he visto allí. Yo he revuelto todas sus cosas. ¡Tienen un chocolate! ¡Oh! ¡Cosa rica, cosa rica! Y de todo, de todo tienen —decía encandilándosele los ojos, y sin que, al parecer, esperara contestación alguna de Bealby.

—¿Tardaremos mucho en encontrarnos con ellas? —preguntó éste.

La sordera de Guillermo vino a dar entonces fe de su existencia. Estaba el hombre harto preocupado en aquel momento con otras ideas para oírle. Acercó un ojo maliciosamente al rostro del muchacho, hasta rozarlo casi, y añadió con aire codicioso:

—Vamos a probar un poco de ese chocolate.

Al decirlo señaló con el pulgar, y por encima del hombro, hacia la puerta.

—Verás, cógelo tú —siguió diciendo, alentando al muchacho con repetidos movimientos afirmativos de la cabeza, y hecha la boca, muy oblicua, una verdadera bolsa.

Bealby contestó negativamente, también con la cabeza y sin hablar.

—Está en un cajoncito, debajo del sitio donde ella duerme.

Las negativas de Bealby se hicieron más rotundas.

—Sí, hombre, sí... Te digo que lo hagas —insistió Guillermo.

—No —respondió terminantemente el rapaz.

—Chocolate riquísimo, hombre —volvió a decir Guillermo relamiéndose ya de gusto.

—No quiero yo chocolate —afirmó Bealby, aunque pensara en lo bien que le vendría el comerse una buena pastilla.

—Anda, hombre. Nadie te verá... Anda... ¡Vaya! ¡Tienes miedo!... Bueno, pues ya iré yo —acabó por decir Guillermo perdiendo ya los estribos—. A ver, sostén tú las riendas.

Así lo hizo Bealby. Levantóse el otro con intención de abrir la puerta del carruaje. Hasta entonces no se dio cuenta el muchacho de su responsabilidad moral en aquel acto... y soltando de pronto

las riendas agarró firmemente a Guillermo por la parte inferior de su harto holgada ropa, que era, además, muy usada.

—No seas tonto —exclamó Guillermo—. Suelta... Suelta la amarra...

Algún pedazo de lo que él llamaba así cedió, y Guillermo volvióse rápidamente para encararse con Bealby.

—Oye: ¿qué significa eso de arrancarme la ropa de encima de ese modo?... ¡Mira! —y empezó a examinar el destrozo causado— ¡Lo menos necesitareé yo una hora para coser todo esto!

—Es que no me da la gana de robar —le gritó el chico, acercando cuanto pudo su boca al oído del otro.

—Nadie te ha pedido que robaras...

—Ni quiero que robes tú tampoco —replicó Bealby.

En aquel momento fue el carruaje a chocar pesadamente contra el murete de cerca de un jardín, quedóse ligeramente encallado y se paró. Guillermo cayó de pronto sentado. En cuanto al caballejo blanco, después de un rato en que se halló confundido, sin saber qué hacer de sus patas vacilantes, contentóse con olfatear un poco unas ramas de lila que halló al nivel de su cabeza.

—Dame esas riendas —dijo Guillermo—. Eres el mayor imbécil que he visto en mi vida... —Y añadió al cabo de un rato—: ¡Estar aquí sentados, sin tener con que entretener los dientes, como no nos dediquemos a roérmolos, cuando podíamos estar tan ricamente comiendo chocolate!... ¡Vaya, que lo que es de ti no haré yo carrera nunca!... ¡El diablo me lleve si sirves para nada!...

Luego volvió hacia sí mismo los ojos, hacia los propios desgarrones, y continuó:

—¡Maldito si no te hago yo coser esto a ti mismo!... Y si no lo hago es porque sé que serías capaz de clavarme la condenada aguja en las carnes... Una hora de trabajo me va a costar... ¡Claro!... ¡Más de una hora!... ¡De seguro!... ¡Y hay que hacerlo!... ¡No hay más remedio!... ¡Ya te arreglaré yo las cuentas, animal!... No quedará esto así...

—Es que yo no quiero robarle a ella las pastillas de chocolate —respondió Bealby—. No se las robaría aunque me estuviera muriendo de hambre.

—¿Eh? —gritó Guillermo.

—¡Robar! ¡Que no quiero robar!

—Ya te daré yo el robar, antes de que liquidemos tú y yo. ¡Vaya! ¡Destrozarme la ropa de ese modo!... ¡Arre, penco, arre! No tienes tú que pararte a escuchar lo que hablamos... ¡Arre de una vez, te digo!

Al fin, hallaron Guillermo y Bealby a las señoras, aunque más bien parece que fue por casualidad y no intencionadamente, esperándoles en un arenoso terreno comunal en que abundaban los brezos de color de púrpura, y que circundaban bosques de abetos de diversas especies. Buen rato hacía que aguardaban allí, y bien claramente se vio que, al distinguir el carruaje amarillo, pareció quitárseles un gran peso de encima: tal era su ansiedad. Con júbilo volvió a Contemplarlas Bealby, que rebosaba de orgullo, no sólo por haber resistido la tentación de las pastillas de chocolate, sino por haber vencido a Guillermo. Formó entonces la resolución de lucirse más que nunca al preparar el almuerzo. Para él habían escogido un sitio agradable, una isleta de verdura, un manchón de césped semejante a una esmeralda perdida entre la púrpura, y que estaba ya condenado a pronta desaparición, a juzgar por un espacio rectangular; que se veía completamente desnudo, y un montón de césped segado. Este montón y un ribazo cubierto de brezos y de zarzas ofrecían allí abrigo contra el viento, y allá abajo, como a unos cien metros de la colina en que todo eso se hallaba situado, brotaba una fuente cuyas aguas recogía un estanque. Otros cincuenta metros habría desde este último punto hasta la carretera, y a él se llegaba por un sendero que habían trazado los segadores de césped. Y por encima de todo, lucía como una gloria aquel cielo inglés de los días de verano, matizado de grandes nubes iluminadas por el sol, fantásticos navíos aéreos de blancas velas como las que pintó Constable en sus cielos. Desenganchado del carruaje, el caballo salió cojeando para pacer entre los brezos, y a Guillermo lo mandaron a la cervecería más próxima en busca de provisiones. Llamólo, al irse ya, la señora Bowles, para decirle a gritos al oído, con aire confidencial:

—Tienes que remendarte el traje.

—¿Eh? —contestó él—. ¿Que me he de coser la ropa? ¡Ah, sí!... Él, él es quien me ha hecho esto —añadió con malvada expresión del rostro y con ademán de que se hallaba limpio de responsabilidad. Y así se fue.

Nadie le hizo caso, y al querer retroceder él, pusiéronse todos a trabajar con ahínco y con aire severo, muy atareados en preparar la comida.

—Ese Guillermo —dijo a poco la señora Bowles, arreglando el fogón con tan mal acierto que fue rodando todo por el suelo—, ese Guillermo en seguida se ofende. Y a veces hasta me parece que con demasiada frecuencia... ¿Te ha ocurrido algo con él, Ricardo?

—Nada, señorita —contestó Bealby humildemente.

Mostrábase el muchacho muy diestro en encender el fuego y hasta admirable como cocinero, si se hace caso omiso de que al calentar un plato se excedió un poco y el resultado fue que se le rajara. Quemóse los dedos dos o tres veces, pero, eso sí, muy a gusto; despachó su ración de comida con gran compostura y colocándose modestamente al otro lado del carruaje; finalmente lavó muy bien los utensilios de cocina, siguiendo en ello las instrucciones que le había dado el señor Mergleson. Además, la señora Bowles le enseñó a limpiar los cuchillos y los tenedores, hundiéndolos repetidas veces en la tierra y en el césped. Con gran sorpresa suya notó que sus nuevas amas fumaban cigarrillos, mientras sentadas charlaban de un modo que a él le dejaba perplejo. ¡Qué ingeniosa era su conversación! Después tuvo que ir a buscar agua al próximo arroyo y poner a hervir la cafetera para hacer el té, pues querían anticipar la hora de tomarlo. Sacó Magdalena un librito, hermosamente encuadernado, y púsose a leer, mientras las otras se dedicaban a admirar el paisaje que se descubría desde una cercana colina. Hablan sacado a relucir unos fuertes bastones de punta de hierro de los que no suelen verse en Inglaterra y parecían sentirse muy animadas y llenas de energía. —Id vosotras, id— les dijo Magdalena —Ricardo y yo nos quedaremos, y entretanto prepararemos el té. Por hoy, bastante he andado ya.

Así, Bealby, loco de alegría, exploró primero el maravilloso interior del carruaje, hallando allí una especie de alacena, una estufa, sillas y mesas plegables y otra multitud de cosas de todas clases, después de lo cual dedicóse a cuidar de que hirviera el agua en la cafetera, mientras la señora de sin par belleza se recostaba a poca distancia sobre una manta de viaje.

—¡Ricardo! —dijo.

Pero el muchacho se había ya olvidado de que habla dicho que aquél era su nombre.

—¡Ricardo! —repitió ella.

Recordando con sobresalto su personalidad, contestó Bealby en seguida: «¡Señorita!», y levantóse del suelo en que estaba arrodillado. Sosteniendo aún un puñado de ramillas, volvióse para mirarla.

—¡Bueno! Ricardo... —empezó a decir ella.

Quedóse el muchacho rojo como una amapola y en ademán como de adoración. Hubo un momento de silencio y la dama se sonrió con la más franca sonrisa.

—Y... ¿qué es lo que vas a ser tú cuando seas mayor? —continuó.

—No lo sé, señorita. Muchas veces me lo he preguntado yo a mí mismo.

—Pero ¿qué es lo que te gustaría ser?

—Algo allá lejos, en el extranjero. Algo... que le permitiera a uno ver cosas...

—¿Soldado?

—O marinero, señorita.

—Un marinero nada ve más que el mar.

—Pues con más gusto sería yo marinero que soldado raso, señorita.

—Y ¿qué quisieras ser?... ¿oficial?

—Sí, señorita... Sólo que...

—Eso es uno de mis mejores amigos —contestó ella, lo cual parecióle a Bealby que bien poco tenía que ver con aquella conversación.

—Pues yo sería oficial sin vacilar... si me dejaran.

—Para serlo hoy día, se necesitan mucho valor y mucha capacidad.

—Lo sé, señorita —contestó Bealby humildemente...

El fuego, que amenazaba apagarse, le obligó a ir a avivarlo durante un rato.

La joven dio media vuelta, apoyando el cuerpo en el codo, y siguió diciendo:

—Pero ¿qué es lo que te parece a ti más probable que seas?

No supo qué contestar el muchacho.

—¿Qué clase de hombre es tu padrastro?

Miró Bealby a su interlocutora, y por toda respuesta dijo:

—No es gran cosa.

—¿Qué es?

Ni remotamente se sintió dispuesto el chico a confesar que era hijo de un jardinero.

—Escribe en casa de un abogado —dijo.

—¿Cómo?... ¿En un pueblecillo así?...

— ¡Oh!... Es que tiene que vivir en él porque no está bien de salud, señorita. Pasa aquí los veranos. Es de salud muy preca... muy pre... precoz, señorita...

Bealby echó al fuego algunas ramillas más para irlo sosteniendo.

—Y tu padre, tu verdadero padre, ¿qué era, Ricardo?

La pregunta produjo el mismo efecto que si en la imaginación del muchacho alguien acabara de abrir una puerta secreta. No hay hijastro que no sueñe así cuando le hablan de su padre. En él había llegado a ser esto tan frecuente, y con tal vivacidad se mostraba, que esos sueños habían llegado, a ser esto tan frecuente, y con tal vivacidad se mostraba, que esos sueños habían llegado a parecerle ya una segunda verdad, tan real como la primera. Sonrojóse un poquillo y contestó, casi sin tomarse un momento para reflexionar:

—Solía pasar por *Mal-travers*.

—¿No era éste su verdadero nombre?

—No lo sé a punto fijo, señorita. A mí me ocultaron siempre algo. Mi madre solía decirme siempre: «Ricardito, hay algo que algún día tendrás que saber... algo que te interesa mucho. Son cosas referentes a tu padre. Pobres somos y con la desgracia luchamos, pero... No, no es hora aún... Ya llegará día en que sabrás positivamente... quién *eres tú*». Esto es lo que me decía siempre, señorita.

—¿Y se murió antes de que pudiera acabar de decírtelo todo?

Ya no se acordaba él de que aquella misma mañana había dado por muerta a su madre.

—Sí, señorita —contestó.

—¿Tienes tú alguna idea, Ricardo..., quiero decir, algún indicio o sospecha de lo que realmente eres?

— ¡Bien lo quisiera yo, señorita! Por supuesto que, después de todo, lo mismo da una cosa que otra... pero no puede uno menos de

pensar en esas cosas...

De pronto, la sensación de que algún intruso se hallaba allí presente vino a interrumpir esta conversación. Una tercera persona había aparecido por encima del sitio en que acamparon las señoras, y sonreía con aires de misterio, balanceando lentamente, en alto, casi en actitud hierática, una de esas paletas que en el juego del *golf* se denominan *cleeks*.

—¡De-li-ciosa cosecha la de este campo! —dijo el recién llegado, en un tono como si estuviera bendiciendo.

Evidentemente venía nuestro hombre de una de las partidas de aquel juego que por aquellos alrededores debía de haberse celebrado... y antes de presentarse donde estaba ahora había almorzado algo fuerte...

—Que el Todopoderoso os acompañe —murmuró con lengua torpe y tartajosa, y luego, dando una gran voz para pronunciar con claridad el nombre de la persona a quien se dirigía, añadió—: Señorita Magdalena *Philps*. ¡Indudablemente que la popularidad trae consigo sus molestias y castigos!

—¡Está bebido! —murmuró la joven—. Anda, Ricardo, dile que se marche. No puedo sufrir a los borrachos.

Púsose en pie inmediatamente, imitándola Bealby. Colocóse éste delante de ella y fue adelantándose lentamente, con la cara muy levantada, en extremo parecido a un perrillo raposero que olfateara de lejos a algún raro perrazo.

—He dicho que el Todopoderoso os acompañe —repitió el jugador de *golf*. Su voz sonaba con excesiva fuerza, y él era hombre fornido, de más de regular volumen, bigote recortado, gran cuello y papada, expresión solemne.

—Quizá será mejor... que empiece... por presentarme yo mismo —añadió. Y comenzó a señalarse a si propio con la mano; pero a poco abandonó la idea como de imposible realización—. Soy... persona de buena posición social... —se contentó con decir trabajosamente y desfigurando todas las palabras.

Desconcertado Bealby, pensó un momento en retroceder; pero mirando hacia atrás por encima del hombro, vio a la señorita Philips de pie, frente a la escalera que daba acceso al seguro asilo del carruaje, y oyó que ella le gritaba con voz algo descompuesta por el sobresalto:

—¡Ricardo! Despacha pronto a ese hombre.

Un momento después se cerraba la puerta del carruaje y se oía girar la llave en la cerradura. Para disimular mejor lo que realmente sentía, puso entonces el muchacho los brazos en jarras, despatarróse algo más de lo que ya estaba y afirmó bien los pies, pensando, algo inclinada a un lado la cabeza, en el trabajo que le habla caído encima. Lo que vino a infundirle aliento fue el saber que como el carruaje amarillo tenía una ventana que daba precisamente al sitio en que él se hallaba, desde allí podía ser visto...

El intruso parecía dar por terminada la ceremonia de su propia presentación. Después no se le ocurrió decir más sino que nada le importaba a él ya el *golf*, y lo dijo como vanagloriándose de ello. Para acabar de completar su pensamiento movió la paleta como señalando hacia el carruaje, y añadió con cierto aire de satisfacción rayano en fatuidad:

—¡Claro!... ¡Es natural!

Dispúsose entonces a descender de la altura en que se hallaba, dirigiéndose al sitio en que habían acampado las señoras.

—¡Alto ahí! —gritó Bealby—. Esto es terreno particular, y no se pasa.

El hombre pareció indicar por sus movimientos, que tenían siempre cierta solemnidad, que ya lo sabía, pero que existían en su caso circunstancias especiales para prescindir de todo.

—Usted se marcha de aquí... ¿oye usted? ¡Que tiene usted que marcharse! —dijo Bealby.

Movió el hombre un brazo, como si quisiera decir: «Veo que no lo entiendes; pero ¡no importa! ¡te perdono!» y siguió avanzando hacia el sitio donde ardía el fuego. Entonces, perdiendo ya el muchacho la paciencia, abrió las hostilidades. La verdad es que comprendió que algo había, que hacer, y nada mejor se le ocurrió.

—No quiero nada... nada más que tener, un rato de conversación amistosa, como de costumbre —entré personas bien educadas— decía el intruso; pero en aquel mismo momento un gran terrón cubierto de hierba se aplastaba contra su cuello, le llenaba de tierra el traje y conseguía pararle en seco.

Quedóse un rato como mudo de sorpresa, y en verdad que aunque tal sorpresa existiera, exagerábala él todavía más de lo natural. A pesar de la negruzca mancha que la tierra le había dejado

en la cara y de que la gorra se le había torcido con el golpe, procuró revestirse de dignidad y dirigióse lentamente hacia Bealby, que seguía junto al montón de tierra y césped y con otro gran terrón en la mano. La paleta del jugador de *golf* era manejada entonces por éste con aire autoritario, como si fuera un cetro.

— ¡Suelta eso!

—Pues márchese. Se lo tiro si no se va. Ya lo sabe usted, ¡ea!

— ¡Que sueltes eso! —volvió a gritar el hombre con voz robusta e indignado.

— ¡Márchese usted! ¡Márchese! —repitió Bealby.

—¿Quieres que te lo diga por tercera vez?... ¡Ten un poco más de respeto!... ¡Suelta eso!

El terrón fue por los aires y le dio en mitad de la cara, dejándole otra vez cubierto de tierra y con un ojo cerrado y otro abierto, pero sin que lograra hacerle perder el aire de dignidad ofendida.

—¡Ah!... Eso sí que lo has hecho con toda tu mala intención —exclamó.

Y después de un momento en que pareció prepararse para el ataque, lanzóse con sorprendente agilidad contra Bealby. En un abrir y cerrar, de ojos llegó a donde éste se hallaba, y suerte tuvo el muchacho de que ya en los juegos de la escuela había aprendido el arte de bajarse a tiempo y evitar acometidas semejantes. Ecurrióse por debajo del brazo que levantaba el hombre y dio hábilmente la vuelta para colocarse detrás del montón de tierra y césped, mientras aquél, con la fuerza del golpe dado en vano, caía, quedándose fuertemente abrazado al montón y, según todas las apariencias, se preguntaba cómo había ido a parar allí.

A sacarle de dudas, recordándole algo de lo ocurrido, vino una vocecilla que le chillaba desde muy cerca:

— ¡Márchese usted! ¿No ve usted que está molestando a una señora? ¡Márchese!

—No pretendo yo... molestar a nadie. ¡Paz!... ¡Paz para todo el mundo!

Pero no era ello más que un subterfugio para prepararse mejor y coger al muchacho. De pronto, y no sin agilidad, levantóse y pasó al otro lado del montón, donde estaba Bealby, pero no contó con que se le enredaran los pies en el césped arrancado y se quedara a gatas sobre el suelo, en sitio en que por estar éste removido era difícil

levantarse. No cejó en su empeño, sin embargo, e insultando al muchacho, procuro enderezarse, sin lograr salir de su obligada posición de cuadrúpedo. De pronto, consiguió lo que quería, y echó a correr por el campo persiguiendo a Bealby. Derribó, al pasar, la cafetera y el fogón, pero llegó ileso y a toda velocidad a dar rápida vuelta por la parte posterior del carruaje, donde estaba la escalera que daba a él acceso. No paró mientes en los escalones, y tropezando con ellos cayó pesadamente. Pero ésta vez el sentimiento de la propia dignidad se reveló en él y, procediendo como quien era, se levantó en seguida, sin hacer caso del chillido femenino que, al caer él, se oyó en el interior del carruaje. Continuó la persecución del muchacho, y si éste se libró de la nueva y feroz embestida fue porque, saltando por encima de las varas del vehículo, se escapó por la parte delantera de éste hacia el montón de césped que le había servido antes de protección. Trató de saltarlo el hombre, pero con tan mal resultado que más bien pareció que se echará de cabeza al mar o que fuera su salto corveta de caballo.

Cuando, al oír el ruido que produjo al caer, volvióse Bealby, viole de nuevo en el suelo a gatas y arrastrándose desde el montón de tierra hacia una de las ruedas delanteras del carruaje. Mejor le hubiera ido las cosas al caído a no estropearlas él mismo metiendo un brazo entre los rayos de dicha rueda. La verdad es que intentaba salir de un escollo y caía en otro. Con sus esfuerzos, el carruaje empezaba a moverse hacia adelante...

Era ya evidente para Bealby que el ahuyentar de allí a aquel hombre resultaba tarea mucho más difícil de lo que él pudo suponer. Hízose en un momento cargo de la situación, y viendo cuán enredado y comprometido se hallaba entonces su enemigo, cogió por una pata un taburete que allí habían dejado las señoras, y con él en alto dirigióse hacia el caído golpeándole con más furia que eficacia.

—¡Duro con él, joven! —oyó que le decían; y al mismo tiempo sintióse fuertemente cogido por la espalda. Volvióse y se halló entre las garras de un segundo jugador de golf...

—¡Otro! —pensó Bealby, y comenzó a luchar con su nuevo enemigo con toda la fuerza de que era capaz y que el miedo aumentaba entonces. Mordió un brazo (harto protegido por la ropa para que el mordisco se sintiera gran cosa); colocó un buen par de

golpes (aunque no pudo darlos más que algo de soslayo), y pronto vióse dominado, vencido...

Tras la humillación de ver que le tenían cogido, desarmándole y abofeteándole, tuvo que asistir el muchacho a la delicada operación de sacar de la rueda del carruaje al primero de los jugadores de *golf*, lo cual fue hecho cuidadosamente, pero llenando al auxiliado de amistosos reproches, por dos compañeros suyos. Ante las repetidas afirmaciones de aquél de que se hallaba perfectamente, parecieron tranquilizarse no poco los amigos. Con ellos eran cuatro ahora los intrusos.

—Iba persiguiendo a ese demonio de muchacho —dijo el primero que había cogido a Bealby.

—Sí, pero ¿cómo fue que se quedara metido así en la rueda? —preguntó el que tenía ahora agarrado al chico.

—¿Te encuentras mejor? —díjole el tercero, al que acababan de levantar del suelo, ayudándose a sostenerse porque a cada momento perdía el equilibrio—. ¡Dame la paleta, hombre! ¿Para qué la necesitas ahora?

Allá lejos, entre los brezos y levantando un poco la cabeza para ver mejor, asomaron las señoras Bowles y Geedge, que regresaban de su paseo. Estaban muertas de curiosidad por saber qué visitas eran aquellas que se habían presentado allí.

Y entonces, como suave música que suena después de un altercado, apareció también Magdalena Philips, magníficamente vestida con un traje azul, saliendo del carruaje con cierto aire de sorpresa en el rostro y descendiendo pausadamente la escalera. Por instintivo impulso volviéronse todos hacia ella. El borracho rechazó el apoyo, que había aceptado antes, de su amigo, y se cuadró, recto como un huso. La gorrilla, que llevaba de medio lado, fue colocada más correctamente... aunque algo oblicua se quedara. En cuanto a la paleta del *golf*, estaba ya a buen recaudo.

—Oí ruido y... —dijo Magdalena, levantando su hermosa barbilla con aire de interrogación y dando a sus palabras el tono más suave que era capaz de imprimirles.

La expresión de su rostro parecía decir todo lo que no preguntaba.

Quedóse mirando a los tres, hombres que no estaban bebidos y pareció estudiarlos con ojo seguro y práctico. De su examen resultó

escogido el más alto, un joven rubio, de aspecto serio, que al lado del borracho estaba, como vigilándole.

—¿Quiere usted hacerme el favor, de llevarse a su amigo? —dijo la joven, señalando con su hermosa mano al que la había ofendido.

—Simplemente... simplemente había venido a visitarla a usted —dijo éste con voz algo tímida y contenida, pero pronunciando las palabras de un modo casi ininteligible.

Todo el mundo se esforzó, sin embargo, en entenderle, y en seguida el joven rubio exclamó:

—¡Oye; muchacho, tú no tiene nada que hacer aquí! Lo mejor es que te vengas conmigo al club.

Pero el borracho se empeñó en repetir un poco más alto lo mismo de antes: que aquello era sencillamente una visita.

—Creo, y cuando menos así lo espero, que trata de excusarse —dijo uno de sus compañeros, que era un hombrecillo con traje de color de ocre.

Asintió a lo dicho el aludido con torpe movimiento de la cabeza, y como le cogieran del brazo para llevárselo, se enredó en una serie de explicaciones, diciendo que él se había limitado a hacer una visita, pero que si no querían recibirle era otra cosa. Con decirle que la señora no estaba en casa, asunto concluido, porque no quería molestar a nadie.

—Pues por eso mismo —le explicó su amigo— que lo mejor es que te marches.

Pero dirigiéndose el borracho a Magdalena, le dijo entonces:

—Lo que yo... le pregunto a usted... es si está usted en casa..., señorita Phi...ps.

—¿Quiere usted hacer el favor de contestarle?... —dijo el joven alto y rubio.

—Pues no, señor —contestó la interpelada con aire muy digno y levantando más que nunca su hermosa barbilla—: no estoy en casa.

—No hay que hablar más —replicó el borracho. Y con cierto repentino estoicismo dio media vuelta para marcharse.

—Vamos —dijo, aceptando el apoyo que le ofrecía su acompañante.

Y luego:

—Esto no ha sido más que una visita de amigo... una visita de tarde...

Durante algún tiempo se le oyó aún explicando a su compañero, al dejarse llevar, que él se había portado correctísimamente, como un hombre de sociedad. Sólo un momento pusiéronse algo mal las cosas y hubo un principio de lucha, porque se empeñó de pronto en que tenía que retroceder para dejar su tarjeta...

Al fin, con la debida compostura y sin más dificultades, desapareció.

Disimuladamente había soltado a Bealby, el que le tuvo cogido como a un prisionero, en cuanto viera a Magdalena Philips, y al quedarse ahora allí dos de los jugadores de *golf*, se dirigieron muy atentamente hacia las tres señoras, deshaciéndose en excusas y explicaciones, demostrando cuánto lamentaban lo ocurrido.

—La culpa es nuestra, nuestra por completo —decía— No debíamos haberle dejado solo. No pueden ustedes figurarse cuánto sentimos que les haya molestado, y lo avergonzados que estamos de todo lo ocurrido.

—Por supuesto, que tampoco nuestro criadito debía de haberle apedreado —contestó la señora Bowles.

—Es que no se puede decir que le *apedreará* realmente —saltó en seguida Magdalena...

—Bien; pero de todos modos, a nuestro amigo debíamos de haberle atado junto a nosotros. Nuestro deber era cuidar de él y no lo hicimos...

—Verán ustedes —añadió el joven de aspecto más franco y abierto, como queriendo explicar claramente el asunto—: nuestro amigo es el que peor juega de todos nosotros. Tocóle la de perder y no supo ya lo que hacía. No hemos de ocultarles a ustedes, porque sería inútil, que le dejamos beber más de la cuenta... Esa es la verdad... Hasta le invitamos a ello... No debíamos haber permitido que se fuera solo; pero creímos que un buen paseo le despejaría un poco la cabeza. Y luego, que ya empezaba a cargarnos, porque le dio por cantar... y cantar... sin que nos dejara un momento de reposo...

Siguió así en interminables explicaciones. «Cualquier cosa que nuestro club pueda hacer para demostrarles cuánto siente lo...» «Si ustedes tuvieran a bien honrarnos más tarde con su visita, en nuestro pobre pabellón, que está al otro lado de ese bosque de abetos...» «Se encontrarían ustedes como en su propia casa y sin

que nadie les molestara en lo más mínimo...» «El portero es un hombre amabilísimo, que irá con mucho gusto a buscar agua para ustedes o cuanto necesiten... Sobre todo, después de lo que ha ocurrido...»

Bealby no escuchó ya más aquel diluvio de ofrecimientos y galanterías. Atormentábase algo la duda de si habría él hecho allí todo lo que debía. Tal vez le faltó tacto y debió apelar a la persuasión, no rompiendo tan pronto las hostilidades... En fin, ya estaba hecho... Cogió la cafetera que había rodado por el suelo y se marchó por la ladera de la colina en busca de agua con que substituir la vertida.

«¿Qué opinaría ella de su comportamiento?», iba pensando.

Cuando menos, mientras lo averiguaba, podría dedicarse a hacer hervir el agua para el té.

Una de las consecuencias de las explicaciones del más amable de los jugadores de *golf*, fue que las tres señoras no se dieran ya por satisfechas con despachar a Guillermo y a Bealby al llegar la noche, para quedarse solas y sin protección alguna, durmiendo en el carruaje. Ya el sitio donde habían acampado les parecía hartó solitario, pues no contaba con más vecinos que los del club del *golf* que pudieran prestar auxilio en caso de apuro. Y aun aquellos vecinos distaban de inspirarles mucha confianza. Ello fue que, con gran regocijo de Bealby decidieron las señoras que el muchacho se quedara a dormir allí, haciendo cama de un saco especial que para dormir al raso, metida en él, había traído consigo la señora Bowles, y que ahora se colocaría entre las ruedas del carruaje. Era aquel saco uno de los elementos más importantes con que se contaba al organizar la expedición; mas cuando llegó el momento de usarlo, descubrió Judit que para nada le servía. No había contado ella con que el dormir al aire libre, cuando no se está acostumbrado a hacerlo, reviste cierto carácter de publicidad muy molesta. Es algo así como si el mundo entero tuviera derecho a meterse a uno en la alcoba. La consecuencia fue que cada noche, cuando llegaba la hora de retirarse, se recogía ella en el carruaje como las demás.

Poco le importaba a Bealby dónde le pusieran, con tal que le dejaran dormir. Fatigosa había sido para él la jornada. Aligeróse, pues, algo de ropa, metióse en el saco forrado de lana, y estuvo un rato inmóvil y tendido, oyendo los suaves golpecillos que resonaban

en el carruaje, por encima de su cabeza. Sabía que allí estaba ella, que allí estaban las tres mujeres en quienes había depositado toda su confianza, por aquel instintivo impulso de nuestro sexo cuando se trata del que llamamos bello. Tuvo por un momento la vaga tentación de levantarse, saliendo del saco, y de ir a besar la caja del carruaje que contenía entonces aquella amable y hermosísima criatura que él sabía...

No llegó a hacerlo, sin embargo...

¡Tantas cosas le habían ocurrido aquel día... y el anterior! Parecía ahora que había estado andando y moviéndose sin descanso durante un sinfín de horas. Acordóse de multitud de árboles, caminos, prados llenos de rocío, sartenes, cuadrillas de perseguidores dirigidas por mayordomos gigantescos (que sin duda estaban aún buscándole ahora), grietas y escondrijos, proyectiles arrojados imprudentemente, que volaban por los aires, reventando al chocar, y de los cuales más valía no acordarse... Por entre los rayos de una de las ruedas, contempló unos instantes el chisporrotear de unas pinas en la hoguera que le hicieron encender antes de acostarse, y mirándolo comenzaron a cerrársele los ojos, como a un cachorrillo ante la lumbre, hallándose de pronto sumido en el más profundo sueño...

¡Bien costó el despertarle por la mañana!

—Pero ¿te vas a pasar el día durmiendo? —tuvo que gritarle Judit Bowles en su jerga irlandesa, que empleaba con frecuencia, sobre todo al acercarse la hora del desayuno.

CAPITULO IV

LA DISCRETA HUIDA

Día feliz fue para Bealby aquel lunes. Más de veinticinco kilómetros recorrió el carruaje, y fue a pararse, al fin, en un campo en declive situado en las afueras del alegre pueblecillo. Elevábase éste en un prado en el que se veía cierta gran tienda de campaña que tenía la pretensión de ser un teatro...

Lo primero que había hecho la señora Bowles en cuanto llegaron a una población que tenía un bazar, fue comprarle al rapaz un par de botas. Después se le ocurrió una idea luminosa.

—¿Llevas algún dinero en el bolsillo, Ricardo? —le preguntó.

Dióle entonces una pieza de dos chelines y medio, lo cual iba contando el muchacho que le representaba cinco piezas de seis peniques cada una, o sea treinta peniques en junto, según como quisiera uno considerar la cantidad, reunida en una sola y brillante moneda.

Aunque él no hubiera estado ya enamorado, bastaba con este regalo para estimularle a prestar con más gusto toda clase de servicios. Moríase de ganas de demostrar que servía para algo. Lo que le había sucedido el domingo, sirvió para enseñarle a manejar con más cuidado los platos y así no rompió ya ni uno, pero quiso la maldita casualidad que una sola mancha viniera a empañar la brillante hoja de servicios aquél día: a la hora de cenar, al llevar un huevo para echarlo en la sartén, se le cayó en el suelo. Allí se quedó un rato hasta que pudo él enterrarlo disimuladamente, sin que nadie se enterara. Era lo único que cabía hacer en tan irremediable caso...

Durante todo el día, observó que la señorita Philips le miraba,

de cuando en cuando, sonriente, y le ocupaba en multitud de cosas, hasta que, al llegar la noche, quiso seguir la costumbre de los que, como ella, se dedican al teatro y están de vacaciones, empenándose en que quería ver la obra cuya representación estaba anunciada en el teatrillo del pueblo. Parecía que había de ser lo más divertido que podía imaginarse. Fue, al fin, acompañado únicamente por la señora Bowles, porque la otra, la señora Geedge, quería quedarse tranquilamente en el carruaje para empezar a escribir algo de su proyectado libro, mientras conservaba aún frescas ciertas impresiones. Y como no hubiera sido propio del carácter de Magdalena Philips el dejar de invitar también a Guillermo y a Bealby, dióles a cada uno un chelín para que fueran, aunque los precios de las localidades no eran más que desde seis peniques hasta uno. Gracias a esto vio el muchacho la primera obra teatral de verdad que presenciara en su vida.

Titulábase el drama *Hermanos por la sangre... o el oficial improvisado*. Anunciábalo un cartel (que sólo guardaba cierta remota relación con lo que se veía después en las tablas) en el cual aparecía un hombre, vestido en traje de caqui y con la cabeza vendada, quien por el ademán, se adivinaba que se disponía a vender cara su vida, para vengar la muerte de un compañero, cuyo cadáver yacía a su lado. Para entrar en el teatro tenía uno que pasar por una cancilla abierta y muy deteriorada, y seguir por un sendero que el continuo uso había marcado sobre la hierba. A la entrada de la tienda veíanse dos vacilantes luces de petróleo que iluminaban el cartel, y un grupo de chiquillos a quienes la falta de dinero mantenía allí. Dentro, sobre el pisoteado y descolorido césped, había filas de bancos en que se apiñaba el público, un piano tocado por una pianista de ocasión, y allá, al fondo, un telón de boca que representaba el Gran Canal de Venecia. Con excesivo celo, digno de mejor causa, había cuidado el pintor de llenar el canal de reflejos de luz, que provenían de los palacios que se elevaban en las orillas, y además puso en él multitud de raros botes negros, en forma de media luna, que flotaban casi fuera del agua, no produciendo, por su parte, sombra ni reflejo alguno. Dio la pianista de ocasión una ligerísima idea de lo que es, bien tocada, la *Marcha nupcial* de *Lohengrin*, mientras el público de las últimas filas acompañaba la ejecución silbando entre dientes o vocalizando con una especie de

sordo y continuo zumbido, tan hondo que parecía de origen gástrico. Era evidente que todo aquello lo hallaba Magdalena Philips divertidísimo, aun antes de levantarse el telón.

Luego ¡oh!, ¡Lo que puede la ilusión!

El escenario era ridículo; las decoraciones se movían continuamente; daba lástima el ver a aquellos actores y a las actrices, de lo peor en su clase; el argumento no podía ser más inverosímil; pero la imaginación de Bealby era, como la misericordia divina, inagotable, y no hubo para él dificultad que no venciera: púsose a la altura de las circunstancias y dio vida propia al desdichado conjunto. Algo confusa la acción que se desarrollaba en la obra, a cada momento resultaba que un personaje era y no era el mismo, lo que se complicaba más todavía al pasar por las entendederas del muchacho; pero lo que se vio clarísimo desde el principio es que aquello era un tejido, de viles intrigas, y que gente muy buena y sencilla era víctima de ellas. Y a fe que bondad y sencillez como aquélla no se vieron jamás. Ni faltaba lo del mal hermano, siempre débil y malvado en todos sus actos; y el hermano buenazo, hasta parecer que no lo era más que por llevarle la contraria al otro; y el traidor de alma empedernida, que era barón, y llevaba levita, sombrero de copa, guantes y bastón en todas las escenas y en todas las ocasiones. En fin, uno de aquellos hombres insoportables y que miran siempre de soslayo. Allí salía también la niña inocente, simpática, de dulce, indulgente sonrisa, a quien amaban los dos hermanos, cada uno a su modo, según su propia naturaleza, y una mujerona malvada, de rojo vestido y vivísimas pasiones, que se mordía los labios continuamente y tenía aterrizado a todo el mundo en la escena. Y aparecía un mayordomo, de cómico aspecto (bien diferente de lo que era Mergleson), que llevaba frac y pantalón a grandes cuadros y excitó la hilaridad de Bealby hasta tal punto que por poco se ahoga. ¿Por qué no serían así todos los mayordomos de este mundo? Y luego abundaban allí las denuncias, las revelaciones de todas las intrigas tramadas por los malvados. Nunca fueron éstos descubiertos con tanta facilidad y vilipendiados con tal energía como en aquella representación. Silbaba, al principio, todo el público, y no quiso Bealby ser menos; pero después, cuando a los malos se les cantaban las verdades, los silbidos se trocaron en aplausos. Y, sin embargo,

malos continuaron siendo aquellos personajes hasta que cayó el telón. Retiráronse torvos y ceñudos, frustrados sus intentos, pero perseverando en ellos. «Ya llegará nuestra hora», decían.

La compañía dio por terminada la representación y manifestó el deseo de que aquel público del cual formaba parte Bealby, hubiera quedado satisfecho. El muchacho sintió que no tuviera más manos para aplaudir. Saltábasele el corazón del pecho y exclamaba: ¡bravo!, ¡bravo!, ¡magnifico!...

Y salió del teatrúcho para hundirse en el seno de la noche amiga. Pero no era ya el Bealby trivial de antes: purificado su espíritu, sentíase ya un hombre, un hombre fuerte y callado, dispuesto a manifestarse de pronto en vivas y gallardas réplicas o a concentrarse en sí mismo, preparándose para grandes cosas. Tomó el camino opuesto al que le hubiera conducido el carruaje, porque deseaba hallarse solo durante cierto tiempo para sentirse a sus anchas. No quería que nada viniera a destruir aquel mundo ilusorio que había brotado de su mente como espléndida pompa de jabón...

Pensando todo esto se perdió en la noche, en aquella noche de verano, benigna, condescendiente, en que nada visto ni oído había de contradecir esas deliciosas y estupendas imaginaciones.

Tan embebido se hallaba el muchacho en tales sueños, que perdió el camino, internándose muy adentro por los oscuros prados, de tal suerte que le fue luego difícilísimo el volver al carruaje de las tres señoras. Cuando a él regresó, al fin, tras largas horas de soñar en una vida casi heroica, ni siquiera pareció que le hubieran echado de menos, como si sólo media hora hubiese estado ausente.

* * *

No fue el martes día tan agradable para Bealby como lo había sido el lunes. Comenzaron ya las cosas a ir mal al preguntarle la señora Bowles en amistoso tono cuál era di día de la semana que destinaba él a mudarse de cuello. No supo qué contestar.

—Y ¿no usas nunca cepillo para la cabeza, Ricardo? —siguió preguntando la señora—. De seguro que en el paquete aquel guardas uno.

—Sí, señora, a veces lo uso.

—¿Y cepillo para los dientes? Nunca he visto que lo gastaras. Aunque, en rigor, eso es ya pedir demasiado. Y... oye, Ricardo... ¿y jabón?... Vaya, creo que lo mejor será que te regale una pastilla.

—Se lo agradecerla a usted mucho, señora.

—Después de esto, ya casi no me atrevo a hablarte de pañuelos limpios... Pero ¿sabes?... Son cosa que existe, y que hasta se usa.

—Si usted me lo permitiera, señora, en cuanto haya acabado yo de lavar todo lo del almuerzo...

La conversación le tuvo harto preocupado durante el mismo. No esperaba él que la señora Bowles le dirigiera alusiones de carácter personal, sobre todo. Después de esto, creyóse obligado a pensar seriamente en el asunto.

Afectando gran humildad, en cuanto hubo terminado sus tareas ya indicadas, cogió su pobre hatillo y marchóse hacia un recodo del arroyo que quedaba oculto por los sauces. No se olvidó de llevar consigo la pastilla de jabón. Comenzó por lavarse el pañuelo, lo cual fue gran equivocación, porque se quedó así sin nada que pudiera servirle de toalla, como no fuera la chaqueta. Comprendió entonces que debía haberse proporcionado también algún trapo o un periódico. Lo que es para Otra ocasión no se olvidaría. Lavóse, pues, a continuación, las manos y lo más visible de la cara, valiéndose para ello del empleo combinado del jabón y de la mencionada chaqueta. Luego quitóse el cuello postizo de la camisa y lo examinó con cuidado. Verdaderamente, estaba bastante mal...

—Pero ¡hombre! ¡Si ése es el mismo cuello! —le gritó la señora Bowles en cuanto regresó.

—Es que los demás parecen haberseme encogido todos —contestó Bealby.

—Pero ¿es que no hay uno que esté más limpio que éste?

—Guardaba un poco de betún en el paquete, señora, y se ha mezclado con la ropa —dijo el muchacho para excusarse—. Tendré que comprarme otro cuello en cuanto lleguemos a donde haya tiendas.

Era un sacrificio pecuniario, pero ¿qué remedio quedaba? Así, a la primera ocasión, Bealby, se proporcionó un cuello nuevo, un cuello precioso, alto, con las puntas un poco dobladas, de tal forma que le cortaba la piel, le pinchaba bajo la barbilla y le mantenía la cabeza tesa y levantada, dándole, un aire orgulloso y

contribuyendo no poco a que pisara y rompiera un plato que estaba en el suelo, mientras iba preparando el almuerzo. Pero eso sí: aquel cuello (¡y bien lo comprendía él!) era lo que más le acercaba a parecer todo un hombre, de cuantas cosas había usado en su vida. Y le costaba nada menos que seis peniques y medio.

El desgraciado accidente del plato y el haber roto el asa de una de las tazas empleadas antes para el desayuno, fueron obscureciendo más y más las nubes que se cernían aquel día sobre Bealby. Y, luego, añadiéronse a ello las molestias que le ocasionaba Guillermo, el cual, después de pasarse un día meditando acerca de las diferencias que habían surgido entre el muchacho y él, se dedicó a un nuevo género de hostilidades. Al sentarse Bealby a su lado en el carruaje, detrás del caballejo blanco, sintió de pronto que le daban un horroroso pellizco. Saltó a un lado con ganas de prorrumpir en alaridos. —¡Chocolate! ¡Toma chocolate!— le decía Guillermo con los dientes apretados y el odio pintado en el rostro — ¡Y que te calles!

A la segunda vez de pellizcarlo, ya no quiso el chico ir allí sentado, sino que optó por seguir a pie. Visto lo cual, comenzó Guillermo a dar latigazos al caballo, haciéndole emprender un trote loco, con lo que toda la loza que en el interior del vehículo iba saltó, chocando unas piezas con otras, hasta que, al fin, tuvo que intervenir la señora Bowles, riñendo al cochero.

Ya estaba Bealby nervioso y acongojado cuando a él llegaron, como una amenaza, rumores de que iban a agregarse hombres a la expedición. Comenzó la cosa después de haber ido todos a recoger ciertas cartas al correo, y no sólo fueron cartas lo que llegó, sino un telegrama que la señora Bowles leyó ladeando la cabeza y con aire importante. En seguida miró a la señorita Philips y le dijo maliciosamente:

—Ya sé que quisieras saber lo que esto dice; pero te llevarás chasco.

Luego continuó con las cartas.

—Tienes noticias, ¿verdad? —preguntóle la señora Geedger.

—Las tengo —respondió la otra— Y no hubo manera de arrancarle una palabra más.

Pero luego, al terminar el almuerzo y mientras Bealby recogía las sobras de los postres, encendió la señora Bowles su

acostumbrado cigarrillo y dijo:

—Vaya..., no voy a guardarme por más tiempo esas noticias: mañana por la noche, si llegamos, Dios mediante, a Winthorpe-Sutbury, no estaremos solas: habrá *hombres* entre nosotras.

—Pero Tomás no vendrá —observó la señora Geedge.

—Ha encargado a Timoteo que me dijera que *sir* para que yo te lo transmitiera.

— ¡Y te has estado guardando dos horas la noticia!

—Por tu propio bien y para tranquilidad de tu espíritu. Pero ahora se acabó el secreto: el crimen se ha descubierto. Nuestros hombres llegan, pretextando un gran desconsuelo, porque parece que no pueden prescindir de nosotras. Mas como son unos monstruos llenos de egoísmo, necesitan hospedarse en un gran hotel, en el *Redlake*, como ellos dicen, en el Royal, que está en la loma que domina a Winthorpe-Sutbury. ¡El Royal! Con sólo pronunciar el nombre queda hecha su descripción. ¿No os imagináis ya, hijas mías, los coquetones canapés, y las blancas sillas de mimbre, y los sillones encorvados? No hay otro hotel que les satisfaga como éste, y a nosotras nos piden ahora que vayamos allí para participar de... —¿cómo le llama mi marido?— de «las comodidades de que disfrutaban las personas decentes», dejando a un lado nuestro carruaje para que descanse un poco.

—Pero Tomás me había prometido que me dejaría libre de todo yugo durante todo el tiempo que yo quisiera —objetó la señora Geedge con una cara que estaba bien lejos de demostrar espíritu alguno de rebeldía.

—Es que deben de estar pensando que ya estamos cansadas de libertad —contestó la señora Bowles.

—Así parece.

—Por mi parte os aseguro que yo seguiría siempre viviendo así —dijo Judit—. Precisamente lo que pesa sobre mí como una losa que me oprime es la presencia del *Hombre*, y la casa, y todo lo que a ello va anejo. ¡El carruaje-vivienda para la mujer! Eso es lo que yo pediría siempre.

—Pues no vayamos a Winthorpe-Sutbury —observó Magdalena. (Y éstas le parecieron a Bealby las únicas palabras sensatas de cuantas estaba oyendo).

—¡Ah! —contestó la señora Bowles, con aire malicioso—: ¿quién

sabe si, después de todo, no encontrarás tú también allí a tu *Hombre*, o cuando menos algo por el estilo... una especie de marido? (Bealby opinó, al oír esto, que la indicación era de muy mal gusto, pareciéndole una inconveniencia).

—No necesito yo de hombre alguno.

—¡Ah!

—Y ¿por qué dices *¡ah!* de ese modo?

—Porque ¡ah! es lo que pienso, y precisamente de ese modo.

—¿Y eso significa?...

—Pues eso... Eso mismo.

La señorita Philips miró fijamente a la señora Bowles y ésta le devolvió la mirada.

—Judit —díjole entonces la joven—, tú ocultas algo.

—Pues no me molesta en lo más mínimo si lo oculto —contestó la señora Bowles.

Y en seguida, en un arrebato de cólera, exclamó:

—¿Quieres hacer el favor de ponerte inmediatamente a lavar los platos, Ricardo? —Mirábale, al decirlo, Sin quitarse el cigarrillo de la boca y con aire picaresco. No había podido contenerse ante la sospecha de que el muchacho había estado escuchando todo lo que hablaban, y quería acabar de una vez. Cogió aquél los últimos platos que allí quedaban y se dirigió al sitio donde se lavaban en el arroyo. Así, mal de su grado, quedó perdido para él el resto de la conversación... si se exceptúa únicamente que, al volver Bealby para recoger el jabón, oyó decir a la señorita Philips:

— ¡Vaya, hijas, guardaos vuestros *hombres*! Yo me consolaré quedándome con Ricardo. No sé a qué viene tanto misterio...

A lo cual replicó entre dientes la señora Bowles:

— ¡Si ella supiera!...

En cierto modo, algún alivio proporcionaron al chico las palabras de la joven; pero ¿a qué aludiría aquello de «si ella supiera»?

* * *

No resultaron los hombres, al llegar, algo tan terrorífico por el aspecto como Bealby había imaginado. Además, a Dios gracias, no eran más que dos, y de cada uno de ellos podía decirse que estaba

ya *colocado*. Algo oyó que se decía de un tercero, aunque no pudo él entender bien qué era ello; mas, de todas suertes, si aún quedaba otro, lo evidente era que no se hallaba allí entonces. De carácter muy animado el profesor Bowles, contrastaba con el señor Geedge, de una frialdad no desprovista de gracia y elegancia, y después de besar ambos a sus respectivas esposas con discreto afecto, quedáronse un rato charlando con ellas, mientras Bealby seguía andando junto al carruaje. Hallábanse todos en la carretera, desnuda de árboles, que bordea la cordillera a cuyo pie está Winthorpe-Sutbury, habiendo ido allí los recién llegados desde un hotel de las cercanías, atravesando el campo destinado a jugar al *golf*. Judit parecía ser la que hablaba y se movía por todos en aquella ocasión, comenzando por preguntarles a los hombres qué significaba aquella intrusión en la vida privada de tres mujeres independientes, que ciertamente podían pasarse muy bien sin ellos. Con gran calma la escuchaba el profesor Bowles, y aun cuando se vela que, en el fondo, le inspiraba cierta admiración.

—He encontrado —dijo— el sitio verdadero, el perfecto, en que podéis acampar.

Con esto contestaba a las indicaciones de distintos lugares que ella acababa de citar. Inmediatamente dejó a las señoras y corrió a inspeccionar el carruaje.

Evidentemente era persona aficionada a inspeccionarlo todo.

—¡Oiga! ¡Bájese usted! —le dijo a Guillermo—. ¡Bastante peso ha de arrastrar ese pobre animal para que se le aumente, obligándole a arrastrarle a usted!

Y como Guillermo murmurara entre dientes, dirigióle un ¿eh? tan enérgico y con tal vozarrón, que al pobre hombre se le pasaron para siempre las ganas de protestar.

—Y tú, rapaz, ¿de dónde has salido? —le preguntó a Bealby, el cual volvióse hacia la señora Bowles como pidiéndole que ella lo explicara.

—¡Vaya un cuellecito que llevas! —continuó sin esperar la contestación—. ¡Eso es una estupidez! Lo que un muchacho como tú debiera usar es una camisa de lana de cuello flexible. Además, está sucio. ¡Vamos, quitatelo! ¡Pero si te está ahogando! ¿No lo notas?

En seguida comenzó a examinar el freno del caballo que Guillermo habla arreglado a su manera.

—Da asco ver esos arreos —exclamó el profesor—. Ni en Italia se hallaría cosa semejante...

Entonces, su crítica penetrante volvió a aplicarse a cosas relativas a la caravana o expedición.

—Pero este muchacho —exclamó de pronto mirando Oblicuamente a través de los cristales de las gafas— no se ha quitado aún el cuello.

Dejó Bealby su garganta al descubierto y se metió el cuello en el bolsillo.

No parecía haberse fijado en el rapaz el señor Geedge. Era éste aguileño de rostro, con una nariz que parecía un timón, llevando alta la cabeza, con toda la prosopopeya con que suelen pasearse por las calles ciertas vistosas, y decorativas hachas en algunas cabalgatas. Así andaba con aquel aire de dignidad que es propio de los hombres de honor. A la primera ojeada se adivinaba ya que él era eso: un hombre de honor, de honor, inflexible, invicto siempre. Con sólo mirarle veíase claramente que si se hubiera hallado en un choque de trenes, en un descarrilamiento, en algún incendio o terremoto, cuando todo el mundo hubiera corrido de un lado a otro, azorado y procurando hacer algo, él se hubiera que dado imperturbable, como corresponde a un hombre de honor. Su orgullo era que le tomaran por *Sir* Eduardo Grey, gracias a su parecido con él. En este momento iba andando pausadamente con su mujer y con la señorita Philips, siguiendo al señor y a la señora Bowles que disputaban animadamente, mientras él discurría con voz honda y sonora acerca de lo saludables que son ciertos sitios, cuando lo son realmente, y de la sofocante impresión que producen Ciertas ciudades, cuando en ellas parece que falta aire para respirar.

En cuanto a nuestro profesor, comenzó a dar pruebas de su actividad tan pronto como, por fin, llegaron todos al lugar por aquél escogido para que hiciera alto la caravana. A Bealby le dijo dos veces que despachara pronto, que no era aquello cosa de dormirse, y por lo que respecta a Guillermo, quedó definitivamente clasificado en el género y la especie que le correspondía. «Este hombre es un perfecto idiota», decía el profesor, a lo cual respondía Guillermo mirándole de reojo y por encima, no ya del hombro, sino de la propia nariz.

Verdaderamente, la vista de que se disfrutaba en el lugar

indicado era espléndida. Tratábase de un ribazo cubierto de césped, protegido de los vientos del Norte y del Sur Por espesos tejos y por los bordes del recodo que, a manera de golfo, formaba, una cantera de tiza. Hallábase muy cerca de la carretera, de una carretera que se precipitaba por la colina hacia Winthorpe-Sutbury, con aquella intrépida decisión que es característica de las carreteras de montaña en el sur de Inglaterra. Dijérase que si en aquellas alturas tomabais una taza de té y queríais escurrir lo que quedara en el fondo sobre la calle del pueblo, no teníais para ello más que extender el brazo, o bien, que, si desde allí saltabais sobre la aguja de la iglesia del pueblo, nada era más fácil que quedarse empalado en aquélla. Pavoneábanse las ventrudas colinas por el lado del Este o por el del Oeste cayendo luego hacia este último punto en largas y sucesivas proyecciones, perspectiva que se hundía, al fin, hasta confundirse con la línea azulada del horizonte, donde se empeñó en ver el profesor Bowles ciertos «reflejos del zafiro» producidos por el mar, por el Canal de la Mancha —añadió—, como si esto pudiera contribuir a que los demás lo entendieran mejor. Desgraciadamente, el señor Geedge se negó a confesar que viera allí mar alguno, aunque se le presentara en aquella forma atenuada de un simple *canal*. Verdad —decía él— que había allí, tal vez, algo azulado y plano, pero no daba él su brazo a torcer hasta que se hubiera cerciorado por sí mismo, chapoteando en el agua, si es que lo era...

—Pero ¡Dios mío! —gritó el profesor de pronto—. ¿Qué está haciendo ese hombre?

Hizo alto Guillermo, por un momento, en la lucha de palabra y obra que, como en secreto, sostenía con su blanco caballejo, y al oír aquella exclamación quedó esperando que se concretaran algo más los cargos que, indudablemente, contra él se dirigían.

—¡Mire usted que ocurrírsele ahora poner el coche al sol! Pero ¿cuándo vamos a lograr que se enfríe luego? ¡Y nada menos que a la puesta!... El cristal de esa puerta estará como si echara llamas, y el interior hecho un horno.

Guillermo comenzó a farfullar:

—Es que si lo pongo de otro modo... se irá rodando el carruaje por la colina...

—¡Imbécil! —gritó el profesor—. Póngale algo que lo aguante, bajo las ruedas. ¡Así, hombre, así!

Empezó a dar carreras de un lado a otro y le presentó al cachero varios pedazos que encontró de tronco carcomido de un tejo muerto.

—Vamos, coloque el carruaje de cara a lo alto de la colina.

Hizo Guillermo lo que mandaban, del mejor modo que supo; pero el otro le interrumpió gritando:

—No, hombre, no, así no...

Con la mayor obsequiosidad púsose entonces Bealby a ayudar en la difícil tarea.

Algún tiempo costó en lograr que el vehículo quedara exactamente en la posición que el profesor deseaba; mas, conseguido esto, al fin, vióse que la puerta trasera del coche abierta como una boca, se encaraba hacia el extenso paisaje del bosque, y que la escalera quedaba colgando de aquélla, como lengua de idiota. Frenando las ruedas traseras, habíanse amontonado grandes terrones de yeso y troncos de tejo, secos unos y verdes otros, con lo cual el efecto producido era de que las ruedas resultaban más altas y más pintorescas. Por fin, comenzaron los preparativos para el almuerzo. Al profesor se le ocurrían mil ideas ingeniosas acerca del modo de acampar allí y de cocinar, lo que proporcionó a Bealby algunos ratos tan animados como instructivos. No había allí cerca fuente alguna; pero Guillermo recibió la orden de ir a buscar al próximo hotel un carro-cuba de los usados para los extensos jardines y que con infinita previsión había encargado ya el profesor para qué no le faltara buena provisión de agua.

A cierta distancia miraban los esposos Geedge todos esos preparativos, sin participar en ellos, como gente poco entrometida que eran; contemplaba la señorita Philips los bosques con cierto aire que a Bealby le parecía descontentadizo, como si todo aquello no fuera bastante para ella, y en cuanto a la señora Bowles, andaba sumamente divertida fumando cigarrillos y viendo la extraordinaria actividad de su marido.

—Así me gusta —decía—, que estés ocupado... Dentro de poco vas a ser tú el que vaya por esos mundos en la caravana, mientras nosotras, hijo mío, nos quedaremos en el hotel.

No contestó el profesor, pero pareció entonces más absorbido que nunca en la labor de atender a todos aquellos pormenores prácticos.

Aturrullado ante las continuas órdenes del buen señor, tropezó Bealby, rompiendo un tarro de cristal de los de mermelada y vertiendo el contenido sobre unas patatas fritas; pero, por lo demás, supo cumplir perfectamente su obligación como pinche de cocina. Hubo un momento en que tuvieron que suspenderse todas las operaciones, porque el profesor se apartó de allí persiguiendo un grillo; pero, fuera o no de la clase que él buscaba, el hecho es que se le escapó. Y entonces, anunciándose con tres fuertes detonaciones —que produjeron a Bealby el efecto de que toda una cuadrilla de mayordomos de Shonts se precipitaba sobre él como poseída de locura y disparando armas de fuego de todas clases—, apareció el capitán Douglas, montado en su motocicleta, de la cual se apeó en seguida, dejándola a un lado de la carretera. Llegaba con retraso, gracias al medio de locomoción empleado, pues no pasaba éste en aquellas fechas de hallarse en sus comienzos, llenos de dificultades. A la misma causa había que atribuir también, sin duda, el tiznón que ostentaba junto a un ojo, junto a uno de aquellos ojos tan pequeños, pero tan vivarachos y brillantes. Rubio, fuertemente coloreado el rostro, vestía un traje de tela encerada, usando una gorra que parecía un casco, y guantes a modo de manoplas, todo lo cual contribuía, a pesar de llevar la cara tiznada, a darle cierto aspecto raro, atrevido y aun hermoso, de cruzado... con la sola diferencia de que su cuerpo iba cubierto de tela encerada y no de acero, y de que su bigotillo era hartó pequeño para compararse con los grandes mostachos que los guardias usaban. Al atravesar el césped y llegar al sitio donde habían acampado los excursionistas, las señoras Bowles y Geedge lanzaron a la vez un *¡ah!* de satisfacción, hartó prolongado, mientras la señorita Philips se volvía para mirarlas con aire de reproche. Arrodillóse Bealby, con un manojo de tenedores y de cuchillos en la mano, para extender el mantel que había de servir para el próximo almuerzo, y en cuanto vio que el capitán Douglas se acercaba a la señorita Philips, comprendió ya claramente que la joven se había olvidado por completo de que en él tenía también un humildísimo adorador, con lo que su pobre corazón quedóse desolado por completo. ¿Cómo iba a competir con aquel hombre, que a él le parecía ir vestido copio un caballero de sobrenatural origen, el infeliz Bealby, a quien acallaban de privarle hasta de su cuello postizo, aquella especie de

argolla o de dogal que le daba un sello de virilidad? Lo que es en tales momentos envidió como nunca las motocicletas, los correaes y los vestidos impermeables.

—Ya le dije a usted que estuviera lo menos un mes sin acercarse a mi lado —decía Magdalena, aunque su rostro estaba resplandeciente de alegría.

—¡Esas dichosas máquinas!... Difíciles, difícilísimas de manejar... —observaba, por su parte el capitán, mientras el pelo, de un rubio casi blanco, que le caía sobre una de las mejillas, brillaba como el oro al dar en él la luz del sol.

—Y además —dijo la señora Bowles—, son una tontería que para nada sirve.

Nuestro profesor se había quedado como alguien a quien interrumpen en el ejercicio de importantes trabajos administrativos. En cuanto, a las otras tres personas que le acompañaban, ejercían francamente el papel de espectadores de una escena cuyo significado era clarísimo.

—Debiera usted estar en Francia.

—Y, sin embargo, no estoy en ella.

—Pues yo le desterré a usted por un mes. —Y al decir esto la joven, le tendía al mismo tiempo una mano, al capitán para que la besara. Así lo hizo él.

Sin duda que en el libro del destino estaría escrito que algún día, en algún sitio, Bealby besaría así alguna mano. Debía de ser ello Un encanto.

—¡Un mes! —contestó el capitán a la observación de la joven—: para mí no ha sido un mes, sino una serle de años... de largos años.

—Pues entonces, debía usted haber vuelto antes —replicó ella, dejando al capitán sin saber qué contestar...

Cuando llegó Guillermo con el carro en que conducía el agua, trajo con él, al mismo tiempo, nuevas pruebas de las facultades organizadoras del profesor, pues venía, provisto de varias botellas de vino de Borgoña y del Rin, dos más de sidra y algunas de aguas minerales tan raras como dotadas de singulares méritos. Trajo también latas de conservas para los entremeses y unas peras preciosas.

En cuanto el cochero pudo coger por su cuenta a Bealby, detrás del carruaje, se deshizo en exclamaciones de tristeza y de envidia

acerca de aquella gente que iban a tragárselo todo... todo... bien lo sabía él. Y acentuando aún más su pesar, añadió:

—Y si no lo tragan todo, lo que dejen lo dejarán contado. Ese viejo, endemoniado es capaz de encerrarlo... porque él es de esos... ¡Vaya si lo es!

* * *

Fue aquel almuerzo lo más alegre que cabe imaginar, como tomado al aire libre, bajo la luz del sol, en aquella espaciosa altura que dominaba a Winthorpe-Sutbury. Reinaba la alegría en todos, hasta en Bealby que, aunque mal herido de amor, llegó a encontrar agradable aquella continua actividad a que le condenaban las miradas del profesor, a través de los centelleantes cristales de sus gafas.

Giró la conversación de uno a otro asunto, sin que pudiera Bealby dedicar mucho tiempo a escucharla, por más que a ello le invitaran las carcajadas que acogieron algunas de las agudezas de Judit Bowles, y llegaban ya a los postres cuando de pronto llamó su atención la palabra «Shonts».

¡Oh! Fue para él como si de pronto se tiñera el cielo de rojo. ¡Toda aquella gente allí reunida estaba hablando de Shonts!...

—Fui allí —decía el capitán Douglas— con la mayor buena fe. Quería contribuir en lo posible a la fiesta que Lucía organizaba. Claro que no va uno a Shonts así como así y por afán de divertirse. Pues bien: de pronto... se me echa de la casa... así, como suena: se me da la orden de que me marche.

«Este hombre ha estado en Shonts», pensó Bealby.

—¿Cuándo fue eso? ¿El domingo por la mañana? —preguntó la Señora Geedge.

—El domingo por la mañana estábamos casi enfrente de Shonts —dijo la señora Bowles.

«Ese hombre ha estado en Shonts —volvió a pensar Bealby—, y precisamente cuando yo me hallaba allí».

—Pues el domingo por la mañana era. Que me marchara: eso es lo que me dijeron. Me quedé como quien ve visiones. ¿Qué diantre va a hacer un hombre en semejante caso? ¿Adónde va uno en domingo? ¡Y por la mañana! No es hora de ir a sitio alguno. ¡Tan

tranquilo que había estado yo durmiendo allí aquella noche, como un manso cordero, para que por la mañana se me presentara de pronto Laxton y me dijera: «Oye, me vas a hacer el favor de preparar la maleta y marcharte ahora mismo»!

»«Pero ¿por qué?», le contesté yo.

»«Pues porque has vuelto loco, loco furioso, al lord Canciller».

—Pero ¿cómo? —preguntó el profesor con tal violencia que parecía estar muy incomodado—. ¿Cómo pudo ser eso? Porque yo no acierto a adivinarlo. ¿Qué motivo hubo para que le dijeran a usted que se marchara?

—No lo sé —respondió, casi gritando, el capitán Douglas.

—Bueno... pero... —insistió el profesor, protestando indignado contra lo poco razonable que resulta a veces el género, humano.

—Habíamos cruzado unas palabras al encontrarnos en el tren. Nada que valga la pena de hablar de ello. Fue acerca de su pretensión de guardar para él solo dos esquinas del coche (lo que siempre me parece a mí una falta de educación propia de un mozo de cuerda); pero le doy a usted mi palabra de honor de que no insistí yo sobre el asunto para molestarle. Luego, se le metió en la cabeza que nos estábamos burlando de él durante la comida... (la verdad es que algo había en ello de cierto, pero sólo lo que suele hacerse en esos casos con cualquiera)... ¡nada! que si movía las cejas de este modo o del otro... cosas así... Después se empeñó en que yo me había propuesto divertirme a costa suya con bromas pesadas... y esto es cosa, que yo no hago nunca con nadie. Tan fuerte le dio la manía, que armó un escándalo en la casa aquella misma noche. Dijo que yo había hecho que un fingido duende le diera un golpe por detrás... ¡El diablo cargue con él!... ¿Qué va uno a decir ante una acusación como ésta? ¡Si no me moví yo de mi cuarto!

—Se ve que está usted pagando ahora los pecados cometidos otras veces por su hermano —dijo al oír esto la señora Bowles.

—¡Cielos! —exclamó el capitán—: no se me había ocurrido a mí esto. ¡Tal vez me tomó por él!

Quedóse un rato reflexionando y luego continuó su relato.

—Durante la noche... ¿comprenden ustedes?... oyó el hombre ciertos ruidos.

—Só, así suele pasarle siempre —afirmó el profesor,

acompañando sus palabras con un movimiento de la cabeza que les daba mayor fuerza.

—No pudo pegar los ojos.

—Seguro... el signo es característico.

—Y, por fin, salió escapado de su cuarto por la mañana muy temprano, sorprendió al mayordomo en uno de los pasadizos secretos...

—Y ¿cómo se había metido allí ese mayordomo?

—Vigilando la casa, supongo yo: recorriéndola en cumplimiento de uno de sus deberes... Sea como fuere, el hecho es que me dejó malparado al infeliz. ¡Una cosa atroz, brutal!... Le puso un ojo como un puño... En fin, una barbaridad... Y el pobre hombre aguantando... harto respetuoso para devolverle golpe por golpe. Acabó por decir luego que yo había armado allí una especie de conjura para tomarle el pelo... que tenía comprados a los criados para que me ayudaran, etcétera. Se me figura que Laxton llegó casi a creer que era verdad... ¡Y ahí es nada!... ¿comprenden ustedes?... ¡que vaya diciendo la gente que se ha divertido uno en jugarle una mala pasada a lord Canciller! Para que después le tengan a uno por idiota, que se dedica a bromas de mal género... Eso desacredita a un hombre. Y luego, el tener que marcharse en seguida... ¿comprenden ustedes?... parece una especie de confesión de que hubo culpa...

—Y ¿por qué se fue usted?

—Lucía... —contestó el capitán atropelladamente y comiéndose la mitad de las frases— un ataque de histerismo... Si no me voy, se hunde la casa —añadió.

Vino en su ayuda entonces Magdalena.

—Pero *algo* tendrá usted que hacer ahora —dijo.

—Y ¿qué va uno a hacer? —preguntó el capitán con voz chillona.

—Cuanto más pronto logre usted que lord Canciller sea declarado loco rematado —dijo el profesor con gran aplomo—, mejor será para su buena reputación y para el porvenir de su carrera.

—También él se marchó, a poco de haberme ido yo.

—¿Ha tenido usted ya noticias?

—Dos cartas. Recogílas esta mañana en la Administración de

Correos de Wheatley. Ya saben ustedes que, aunque faltara poco, no había acabado él de matar a aquel pobre mayordomo. Pues bien, después, a la hora del almuerzo, saltó de su asiento y me cogió por el cuello al pobre infeliz. Lo sacudió ni más ni menos que si sacudiera a un ratón. Así me lo dice ella en una de las cartas. La excusa fue que el hombre no le llenaba la copa con frecuencia... ¡Bonita historia!, ¿eh? Pero el hecho es que le apretó el gástrico y lo sacudió hasta que la ropa empezó a ceder y a romperse...

—Así me lo dice Minnie Timbre... ¿sabe usted?... la que antes era *Minnie* Flax... vecina nuestra hace años —dijo, dirigiendo una mirada de inteligencia a Magdalena—. La mitad de los presentes a aquella escena, dice ella, no se dieron cuenta de lo que ocurría. Creyeron algunos que al mayordomo le había dado un ataque de apoplejía y que el amigo Moggeridge le ayudaba con dificultad a sostenerse en pie, forcejeando, al mismo tiempo, para quitarle el cuello. La idea de que aquello había sido un ataque apoplético salió de Laxton. Así se lo fue diciendo a todo el mundo, según me escribe ella. ¡Claro! Supongo que algo les había de decir a los que estaban allí. Pero ella se percató perfectamente de lo que se trataba, y es probable que como ella lo vieran otros muchos. Laxton se llevó precipitadamente a los dos fuera de la habitación. Bonita escena, para ocurrir en Shonts, ¿eh? Lo más cargante que podía sucederle a la pobre Lucía. Todo lo contrario de lo que la gente de la comarca esperaba. La ha puesto como entre la espada y la pared. ¡Claro! ¿Quién ha de ir a una casa en que el lord Canciller se ha vuelto loco? Esto tomando las cosas por un lado. O bien: ¿quién ha de ir a una casa en que al mayordomo le dan terribles ataques? Esto tomando las cosas por el otro lado. ¿Comprenden ustedes el dilema?

También de Lucía tengo carta.

—Aquí está —dijo buscando en todos los bolsillos—. ¿Ven ustedes? Nada menos que ocho hojas... y con lápiz... No es flojo el trabajo de leerlo. Y, además, escribe mucho peor de lo que puede permitírsele a cualquiera mujer decente, iliterata y que algo se respete a sí misma. La mano le tiembla. Parece eso escrito en un tren. No se entiende ni la mitad de las palabras. Pero se ve que algo le preocupa acerca de cierto muchacho. Es como una manía. ¿Acaso me he llevado yo de allí algún muchacho? Porque se ve que lo han perdido. En la maleta lo habré metido yo para robarlo..., supongo.

Eso que se lo escriba al lord Canciller. Lo más probable es que tropezara con él en algún rincón de la casa y se le echara encima hecho una fiera. A estas horas estará ya, reducido a polvo, a diminutos átomos que el viento habrá esparcido. En fin, de todos modos se les ha perdido a ellos ese muchacho.

Y entonces, como poniendo al mundo por testigo, exclamó:

—No voy a ir yo por todas partes buscando rapaces extraviados para complacer a Lucía. Bastante hice marchándome del modo que me marché...

Paróse aquí para aceptar un cigarrillo que le ofrecía la señora Bowles.

—¿Qué clase de muchacho es ése que se ha perdido? —preguntó ella.

—Y ¿cómo voy a saberlo yo?... Cualquiera... A lo mejor algún bestia que no valdrá la pena. Y después de todo, quizá es pura imaginación. Lo que le pasa la ha trastornado por completo.

—Léame usted eso del niño perdido —insistió la señora Bowles—. Porque nosotros hemos encontrado uno.

—¿Quién? ¿Ese chicuelo?

—Sí, ése... —Y al decirlo miró la señora por encima del hombro buscando a Bealby, pero éste había desaparecido—. Lo encontramos el domingo por la mañana cerca de Shonts. Se ve que andaba extraviado y se nos acercó como un gatito perdido.

—Pero ¿no dijiste que conocías a su padre, Judit? —objetó el profesor.

—No me tomé el trabajo de comprobarlo —contestó secamente la señora. Y dirigiéndose al capitán, continuó:

—Léame usted esto con cuidado... lo que dice acerca de él *lady* Laxton.

Comenzó el capitán Douglas la lectura luchando con grandes dificultades para entender la letra de su prima. Acercáronse todos con gran curiosidad, formando corro en torno de las sobras de los postres, y ayudaron a ir pesando y descifrando las mal pergeñadas frases de *lady* Laxton...

—Vamos a llamar al principal testigo —dijo al fin, la señora Bowles, tomando la cosa con todo interés—. ¡Ricardo!

—¡Ri-car-di-to!

—¡Ricardo!

Levantóse el profesor y comenzó a buscar detrás del carruaje. Volvió luego diciendo:

—No está aquí el muchacho.

— ¡Lo ha oído todo! —exclamó la señora Bowles, bajando con misterio la voz y abriendo los ojos desmesuradamente.

—Dice ella en la carta, también, que lo más probable es que se haya metido en alguno de los corredores secretos:

Dirigióse el profesor pausadamente hacia la carretera, miró a uno y otro lado de la misma, luego abarcó con los ojos el conjunto de tejados de Winthorpe-Sutbury y dijo:

—No, no está... Se ha evaporado.

—Habrá ido a dar una vuelta por ahí —observó la señora Geedge—. Suele hacer lo mismo después del almuerzo. No tardará en volver para lavar los platos.

—Probablemente estará descabezando un sueño entre los tejos antes de comenzar el trabajo —dijo la señora Bowles—. Es imposible que haya desaparecido. Miren ustedes ahí... dentro del carruaje... No puede ser que se haya llevado su hatillo.

Levantóse ella misma y subió al carruaje, no sin cierta dificultad por la posición en que éste se hallaba, con las ruedas como en el aire, por efecto de lo que debajo de ellas habían colocado.

—No teman ustedes. Aquí está el paquete —dijo al cabo de un rato apareciendo en la puerta. Y volvió a internarse en el vehículo.

—Ya creía yo que no se marcharía él de ese modo —observó Magdalena—. Después de todo, ¿qué motivo tiene para irse?... Aun en el caso de que fuera él ese muchacho que anda buscando *lady* Laxton...

—Pues yo opino que ni una palabra ha oído de lo que hablábamos —dijo la señora Geedge...

Llevando en la mano un curioso paquete envuelto en papel de embalar, volvió a aparecer la señora Bowles. Bajó con cuidado del coche, sentóse junto al fuego y colocó sobre las rodillas el envoltorio. Mirólo maliciosamente y, después de hacer lo mismo con sus compañeros, encendió otro cigarrillo. —He aquí el lazo que nos une a Ricardo— dijo sin quitarse el pitillo de la boca. Luego palpó y sopesó el paquete, acentuando aún más su aire malicioso, y añadió—: Me gustaría saber...

Tal expresión adquirió su rostro, que no se le ocultó ya al

marido que la curiosidad estaba a punto de impulsarla a cometer una acción poco digna. Bien conocía él esos impulsos, y largo tiempo hacía que no intentaba ya refrenarlos. Inclínó ella a un lado la cabeza y rompió un poco el papel en uno de los extremos. —Un bote de hoja de lata— murmuró algo teatralmente. Aumentó un poco el desgarrón —Unas briznas de hierba— añadió.

Tratando el profesor de tomar a broma la escena, díjole entonces:

—Al menos, ya que no has sabido portarte como persona bien educada, sé franca, mujer... Paréceme que ya, para lo que falta, bien podrías acabar de abrir el paquete sin más rodeos.

Efectivamente: así lo hizo. Doce ojos dieron entonces, fe de la extrema pobreza del hatillo de Bealby.

— ¡Ahí viene! —dijo de pronto Magdalena.

Volvió a envolverlo todo apresuradamente Judit, pero el muchacho no apareció. Magdalena se había equivocado.

—¿No lo dije yo? —exclamó el profesor—. El muchacho se ha evaporado.

— ¡Y sin lavar los platos! —dijo con voz quejumbrosa la joven— ¡Nunca hubiera creído que fuera capaz de eso!...

Pero Bealby distaba de haberse «evaporado», aunque no se le viera por allí, ni de él se descubriera rastro mientras siguieron sentados, frente a los restos del almuerzo, los excursionistas, hablando del chico y de cosas con él relacionadas. Discutióse, entre otras, acerca de la conveniencia de que telegrafiara el capitán diciendo que el rapaz había sido hallado.

—Por mi parte —objetó aquél— creo que lo mejor sería hallarlo primero, porque, de todos modos, no sabemos aún si ése es el chico que ella busca.

Luego giró la conversación acerca de las molestias de tener que lavar tantas cosas, y, viendo llegado el momento oportuno, renovaron de pronto sus proposiciones los dos maridos, insistiendo en la conveniencia de que todos fueran a parar al hotel aquella noche, donde podrían encontrar, entre otras cosas propias de la vida civilizada, sus buenos cuartos de baño y demás. Y, de todas suertes, que lo mejor sería ir andando hacia allí para tomar el té. Como Guillermo había ya regresado (y allá estaba a cierta distancia, sentado sobre el césped y fumando su vieja pipa de arcilla)

levantáronse los reunidos y partieron. Pero el capitán Douglas y la señorita Philips, que sus razones tendrían para ello, no se juntaron a los otros, sino que fueron quedándose más rezagados a cada momento, hasta el punto de disfrutar de una relativa soledad...

Tras las cumbres de las colinas desaparecieron, primero, los dos matrimonios, y después la pareja de enamorados...

Durante algún tiempo, el carruaje de la comitiva pareció quedar allí abandonado por completo, si se exceptúa la vigilancia que sobre él ejercía desde lejos Guillermo; pero de pronto agitáronse las ramas de un grupo de zarzales que crecían contra la cantera de tiza y apareció de nuevo a la faz del universo Bealby, un Bealby que parecía más chico que antes, más decaído, en más lastimoso estado y con la cara y la ropa llenas de manchas blancas. Venía triste, preocupadísimo.

Había sonado para él la hora de marcharse. Y por cierto que bien contra su voluntad. Se había encariñado con su vida actual y llegado a adorar a Magdalena.

Se iría, sí, pero de un modo que resultara hermoso... patético. Lavaría los platos y demás antes de marcharse, lo dejaría todo limpio como una plata, y así quedaría de él un imborrable recuerdo, la impresión de que su pérdida era irreparable...

Con aire melancólico y la más cuidadosa exactitud en todo, comenzó a cumplir la tarea que se había impuesto. Si Mergleson hubiera podido verle se habría quedado boquiabierto de sorpresa... todo lo dejó perfecto, maravillosamente limpio, y ordenado.

Después, en el sitio donde ella había estado sentada, caído sobre una manta de viaje, halló un tomito magníficamente encuadernado, que contenía las poesías de Swinburne. Era un regalo del capitán Douglas.

Cogiólo Bealby, mirándolo como con reverenda. ¡Tan lujoso era, tan poco parecido a los libros que él estaba acostumbrado a ver, tan de acuerdo en todo con el estilo que a *ella* le correspondía!...

Sintióse impulsado como por una fuerza superior a él. Dudó por un momento, pero, al fin, la decisión se impuso rápidamente. Escogió una página, sacó del bolsillo un pedazo de lápiz, mojó abundantemente con saliva la punta y, con hondo suspiro, comenzó a escribir su despedida en el tradicional estilo: «Quedad con Dios. Acordaos de Arturo Bealby». A esto añadió de su cosecha lo

siguiente: «Lo he lavado todo antes de irme».

Entonces se acordó de que para los expedicionarios de aquella especie de caravana no era él, ni remotamente, Arturo Bealby. Volvió a mojar la punta del lápiz y trazó unas cuantas rayas negras sobre aquella firma, hasta convencerse de que quedaba ya ilegible, después de lo cual y apretando tanto el lápiz que de él quedó señal profunda en unas cuantas páginas, escribió estas singulares palabras: «El verdadero Conde de Shonts». Quedóse entonces avergonzado de lo escrito, y volvió a trazar rayas negras encima para que desapareciera. Finalmente, sobre todo ello, en claras y espaciadas letras, escribió sencillamente: «Ricardo Maltrevers»...

Con otro suspiro, volvió a colocar el libro donde estaba antes y se puso en pie.

Todo quedaba ya en orden y brillante, limpio. Pero, a pesar de ello, ¿no podría hacer algo más? Ocurrióse entonces la idea de adornar aquel sitio con guirnaldas formadas de ramas de tejo. Resultaría precioso... y además muy significativo. Puso, pues, manos a la obra en seguida.

Trabajó al principio con el mayor entusiasmo, pero el tejo tiene dura la madera, y pronto se quedó con las manos sumamente doloridas por el esfuerzo hecho para romperla. Buscó entonces otro medio más fácil, y vio de pronto, bajo las ruedas traseras del carruaje grandes ramas verdes... sobre todo una, que era larga, espléndida... No le pareció cosa imposible el retirarla del montón de piedras y de ramillas que se mezclaban con ella bajo las ruedas citadas del vehículo. Lo creyó así, y se equivocó; pero, en fin, esto es lo que le pareció a él.

Púsose a trabajar para conseguir su propósito. Mucho más difícil de manejar era aquello de lo que él había supuesto, pues aparecían inesperadas ramificaciones, resistencias mayores de lo que era presumible. La verdad es que las ramas parecían haber echado raíces.

En el fondo, Bealby era un mozuelo de los más decididos. Empeñóse en llevar a feliz término su tarea, y tiró cada vez con más fuerza...

Mientras Bealby se hallaba muy atareado en su simpático empeño de realizar algo que resultara agradable y pareciera como un desagravio —tarea algo indiscreta, tal vez, y no muy

sesudamente conducida; pero, en fin, graciosa y delicada, moralmente hablando—, a Guillermo no se le ocurrió nada mejor que atender a la satisfacción de aquellos apetitos que la sanción pública ha relegado a un nivel muy bajo, como Dios los colocó ya en regiones inferiores de nuestro organismo. Acercóse el hombre furtivamente a los restos que quedaban del almuerzo de sus amos, y nadie que estuviera acostumbrado a leer en la expresión de los humanos rostros hubiera dejado de comprender en seguida lo que significaba aquella lengua cuya punta asomaba por entre sus labios delgados y oblicuos. Tan sigilosamente llegó al sitio donde habían acampado sus señores, que Bealby no notó siquiera su presencia. Algo pensaba Guillermo en aprovecharse de la comida que hubiera sobrado; pero su principal intento era acabar de escurrir las botellas que no estuvieran ya completamente vacías. Habíalas colocado Bealby en fila, un poco apartadas, algo cerca de la colina. Entre ellas estaba una de sidra en cuyo fondo quedaban aún algunos sorbos, y Guillermo se bebió el contenido; luego había casi media botella de vino espumoso, que siguió igual camino, lo propio que las sobras del borgoña y hasta del agua de Apollinaris.

Cuando ya hubo dejado vacías todas las botellas guiñó un ojo, se relamió de gusto y dióse con satisfacción suaves golpecitos en el vientre. Entonces, impulsado ya por el alcohol, que acabó de quitarle lo poco que le quedaba de vergüenza, se acordó de las deliciosas pastillas de chocolate que estaban guardadas en una coquetona caja adornada con cintas y metida en uno de los cajoncitos de la especie de tarima que servía de cama a la señorita Philips. Encandilados los ojos, mostraba un par de rosetas en las mejillas. Con ruin expresión de astucia púsose a vigilar los movimientos de Bealby, y vio que estaba éste ocupado tirando de algo que se hallaba en la parte de atrás del carruaje. Rápida y desmañadamente subió entonces con gran cautela por la parte anterior del coche.

Dudó un momento antes de meterse dentro. Alargó el cuello para mirar por uno de los lados del vehículo al descuidado Bealby, arrugó su enorme nariz para hacerle una mueca, y encorvado, convertido en la viva imagen de los más bajos apetitos, se deslizó en el interior.

¡Allí estaban! Alargó la mano hacia el cajón y se paró un

instante a escuchar...

¿Qué era aquello?

De pronto, el carruaje se había balanceado. Tropezó y el miedo se apoderó de su espíritu cobarde. El coche se torcía, estaba moviéndose... Las ruedas de atrás acababan de saltar, cayendo al suelo con estrépito.

Dio un paso hacia la puerta y recibió un golpe en un costado, que le hizo caer de rodillas... Luego fue arrojado contra el trincherero, cayéndole un plato encima. Estrellóse una taza contra el suelo y pareció que él carrueje daba un salto y luego otros y otros...

A través de la ventanilla vio pasar rápidamente tejos y más tejos, como si huyeran hacia arriba. El vehículo se precipitaba colina abajo...

—¡Hombre! ¡Magnífico! —exclamó Guillermo, cogiéndose de las tarimas que servían de cama, para poder sostenerse en posición vertical—. No puede ser que lo que he bebido me haga ver visiones —añadió, perdido ya el aliento, horrorizado y tratando de dirigirse a la puerta.

—¡Cristo! ¿Qué es eso? ¡Frena, frena! ¡Ay, mi pierna!... ¡Ese condenado muchacho debe de tener la culpa!

Y siguió echando pestes y blasfemias por aquella boca.

* * *

En tanto, los excursionistas habían tomado ya una determinación. Pasarían aquella noche en el hotel. Así, en cuanto hubieron tomado allí el té, decidieron regresar al punto de partida, para hacer que Guillermo les llevara el coche con todas las cosas que las señoras necesitaban. Con su característica vehemencia, abría la marcha el profesor Bowles.

Gracias a ello, quien primero vio aquella rara huida del vehículo fue el profesor. El grito que dio al verlo parecía un ladrido, seco, breve. —¿Qué está haciendo ese muchacho?— añadió en seguida Y volvió a gritar con toda su fuerza —¡Eh! ¡Eh!

Echó a correr inmediatamente hacia el coche, moviendo los brazos y gritando:

—¡Oh! ¡Animal! ¿Qué haces?

Con más lentitud procedieron sus compañeros. Vieron a Bealby

tirando con toda su alma de la rama de tejo, hasta que al repetido esfuerzo se balanceó el carruaje, y entonces... ¡ah! entonces vieron que éste se movía como si levantara la cabeza y echara a andar hacia atrás, y en seguida notaron que todo lo amontonado bajo las ruedas traseras se derrumbaba con estrépito...

Saltó el coche como caballo perseguido muy de cerca por un perro, sesgó un poco, y luego como quien toma tranquilamente una determinación, salió disparado por la cuesta cubierta de hierba, en dirección de la carretera y de Winthorpe-Sutbury...

Rápido como el viento corría en su persecución el profesor Bowles, imitándole, tras un momento de sorpresa, su señora, con aire resuelto. A mayor distancia, y sin perder su compostura por ser mucho menor la velocidad empleada, seguía el señor Geedge, gritando lo único no desprovisto de sentido común que se dijo en aquella ocasión: «¡Paradlo, paradlo!» Después de lo cual, siguió dando grandes zancadas con movimientos comparables a unas enormes tijeras que se abrieran y cerraran. Tras unos momentos de indecisión, determinóse su señora a irse tras él para ver en qué pararía todo aquello, y lo hizo en desordenada carrera y con una falsa risa muy estudiada y sonora, que era en ella lejano recuerdo de sus buenos tiempos de colegiala. Bastante rezagados iban el capitán Douglas y la señorita Philips, por lo que algo adelantada estaba ya la escena cuando ellos se percataron de lo que ocurría. Fiel a sus instintos militares, salió entonces el capitán a paso de carga para prestar su apoyo a los demás compañeros, mientras que Magdalena, tras algunos vagos e inútiles ademanes, y convencida de que nadie la veía en aquellos momentos, sentóse tranquilamente sobre el césped, esperando que terminara aquel sorprendente estado de cosas.

Todo el interés siguió cifrándose en el carruaje.

A considerable distancia seguía el profesor Bowles, desplegando en la persecución una energía casi milagrosa, corriendo tan velozmente que sólo de vez en cuando parecía apoyar los pies en el suelo... Y luego, algo esparcidos y por el orden que a sus distintos temperamentos correspondía, llegaban los demás...

Afortunadamente, bien pocos estorbos había entonces en la carretera: un cochecillo para niños en el que iban dos gemelos, cuya niñera tuvo la suerte de estar entonces encaramada en lo alto de

uno de los terraplenes cogiendo moras; un cavador que estaba reparando unos hoyos; un vendedor ambulante que, completamente distraído, guiaba un carro arrastrado por un pobrecillo jamelgo negro, y cargado de esa loza barata y defectuosa que tan popular es entre la gente pobre.

En mitad de la única calle del pueblo dormía tranquilamente un perro.

Entre todo esto fue desplegando su actividad y sus habilidades el carruaje. Dejó aterrorizados y hechos un mar de llanto a los chiquillos, y pasó de largo, cuando bien hubiera podido dejarlos convertidos en una gelatina roja. Torció pesadamente hacia el cavador y se contentó con darle el susto consiguiente; hizo huir al carretero, que trepó por un ribazo, y le arrancó el carro una de las ruedas, dirigiéndose después amenazadoramente contra el perro.

También él se salvó. Despertóse precisamente a tiempo y salió huyendo, dando un aullido desesperado. A unos cuantos metros más de distancia había perdido ya todas sus energías el vehículo, y entonces hizo lo único que en su larga carrera resultaba desprovisto de toda dignidad: se hundió de frente por completo en un ancho lodazal. Hízolo como la cosa más natural del mundo. Allí se quedó, y sólo por un momento pareció oírse un sordo gruñido, que podía dudarse si partía del carruaje o de Guillermo, que iba dentro...

Notáronse entonces algunas señales de vida en la puerta del carruaje, que tan en alto había quedado: una mano, luego un brazo, después una pierna que se movía de un lado a otro, buscando dónde apoyar el pie... finalmente aparecieron una nariz inmensa, unos ojillos de Innoble mirada... en una palabra: apareció Guillermo, Guillermo que parecía haberse vuelto loco.

Había llegado ya al pie del carruaje el profesor Bowles. Con agilidad sorprendente trepó por las ruedas y el estribo y se encaró con el infeliz cochero. La ocasión era más apropiada para la mutua compasión y simpatía que para el reproche; pero el profesor mostrábase siempre brusco y despiadado con la gente de clase inferior, y en cuanto a Guillermo era de temperamento completamente desequilibrado.

—¡Eres un asno, todo un asno! —comenzó a decirle el profesor; mas al oírse insultar de ese modo, dióle el cochero un puñetazo en el rostro, y en cuanto el otro sintió que le pegaban, agarró a

Guillermo con todos los bríos y la decisión de que era capaz.

Entablóse por un momento una lucha descomunal, en que, de pronto, parecía cada uno de ellos estar dotado de innumerables piernas: tal era la prisa con que las movían; pero cayendo, por la abierta portezuela, en el interior del coche no se vio más que un estupendo remolino de sus extremidades inferiores, pareciendo luego que el carruaje se los había tragado a los dos...

La gente del pueblo, entre asustada y alegremente sorprendida, apareció por veinte sitios a la vez dirigiéndose al lugar de la catástrofe; y como la lucha entre el profesor y Guillermo continuaba dentro de aquel desequilibrado armatoste amarillo, prometiendo ser cada vez más interesante, parecía que cierto elemento misterioso venía a juntarse a la manifiesta catástrofe.

Como, empuñando aún la larga rama de tejo, contemplara también Bealby esos desdichados acontecimientos, sintió que nunca como basta entonces se posesionaba de su infantil inteligencia el convencimiento de la inutilidad del humano esfuerzo. Por primera vez apreció toda la profundidad del abismo que media entre las buenas intenciones y los resultados obtenidos... ¡Él, que nada se había propuesto que no fuera excelente!...

Comprendió que toda explicación era ya imposible. La sola idea de intentar excusarse ante el profesor Bowles se le bacía altamente repulsiva...

Miró en torno suyo con ojos consternados, sumamente abiertos. Escogió la dirección que le pareció ofrecer más facilidades para esconderse y menos para que le pidieran explicaciones, y en tal dirección huyó sin detenerse un momento más, ansioso ya por volver, lo antes posible, otra página del libro del destino que tuviera toda la frescura de la novedad.

¡Huir de allí! He aquí la única idea que se posesionó de él por completo.

Allá en lo alto de las colinas, resonó una voz dulcísima que le llamaba, sin lograr detenerle:

—¡Ricardo!

A poco la señorita Philips, cuya era la voz, púsose en pie, recogióse con una mano el vestido, y levantando su delicada barbilla con cierto aire arrogante, como de persona práctica y entendida que iba a arreglarlo todo, comenzó a bajar hacia el sitio

donde estaba reunida la gente. Usaba la joven ancha y flotante falda y descendía la colina a grandes pasos, como los de la cazadora Diana.

Ya era hora de que alguien la mirara.

CAPITULO V

EN BUSCA DE BEALBY

Aquel mismo atardecer del lunes, en que Bealby fue al teatro por primera vez, el señor Mergleson, el mayordomo de la casa de Shonts, cruzaba, pensativo y andando muy lentamente, la esquina del parque situada entre los lavaderos y los jardines.

Halló el paseante al señor Darling sumido en profunda meditación acerca de unos melocotoneros que cultivaba en espaldera. No crecían tan sanos y fuertes como era de desear, y andaba ahora el jardinero ocupado en averiguar el motivo.

—Buenas tardes, señor Darling —dijo Mergleson.

Cesó, con harta lentitud, en sus meditaciones el otro, y volvióse hacia su amigo.

—Buenas tardes, señor Mergleson —contestó—. No me gusta el aspecto de esos melocotoneros, no me gusta ni pizca.

Mirólos de soslayo el mayordomo y fuese en seguida al grano, a lo que más hondamente le preocupaba.

—Supongo, señor Darling, que no ha visto usted a su hijastro desde hace dos días.

—Claro que no —contestó el jardinero ladeando un poco la cabeza y mirando a su interlocutor—. Claro que no: como que eso lo he dejado para usted.

—Bueno... Pues la cosa no deja de ser algo embarazosa para mí... Tampoco yo le he visto.

—¿No?

—No. Le he perdido de vista desde... (y aquí pareció reflexionar un poco el señor Mergleson)... desde el sábado por la noche.

—Y ¿cómo fue eso, señor Mergleson?

El preguntado pensó cuán difícil era el dar una explicación clara y terminante. —Nos lo encontramos a faltar...— dijo sencillamente, fija la mirada en el bien conservado piso del paseo, con cierto aire absorto. Y luego, levantando los ojos hacia el señor Darling, añadió con expresión candorosa —Y seguimos echándole dé menos.

—¡Hombre!... ¡Pues bueno es eso!...

—¡Ya lo creo!

— ¡Buena, buena la hicimos! —repitió el señor Darling.

—Pensábamos nosotros que tal vez se había escondido para no trabajar. O bien, que se había vuelto a casa.

—Pero nadie vino a preguntarlo.

—Es que estábamos muy atareados con los huéspedes que nos trajo la fiesta. Además, hablando en plata, pensamos que si el muchacho se había vuelto a casa, no era gran cosa lo que habíamos perdido. ¡Se ponía a veces de tal modo!... Y luego... ciertas cosillas habían ocurrido ya... Ahora que los huéspedes se han ido, y que se ve que el chico no vuelve... Vamos, que se me ha ocurrido a mí, señor Darling, venirle a preguntar a usted: ¿Sabe usted dónde está?

—Lo que es por aquí no ha parecido —contestó el interrogado, mirando al jardín como si lo examinara.

—Casi, casi me temía yo que me diría usted que sí, y casi que me diría que no —replicó el señor Mergleson, con cierto tonillo que daba a entender que ya había él adivinado la respuesta, pero que no quería convencerse de la verdad de sus presunciones hasta oírla.

Quedáronse los dos mirándose unos momentos y sin decir palabra.

—Pero ¿dónde se habrá metido? —exclamó de pronto el jardinero.

—Verá usted... —observó el señor Mergleson, colocando ambas manos en el sitio donde hubieran estado los faldones de su frac, si frac y no chaqueta hubiera llevado entonces, y pareciéndose extraordinariamente a un loro cuando está pensativo—. Verá usted: si he de serle completamente franco, le diré, que he tenido un sueño, y como este sueño está relacionado con él... me está atormentando un poco. Tengo... así, como barruntos de que el muchacho está en uno de los corredores secretos... escondido allí. Hemos tenido en la casa un huésped que... sea dicho entre nosotros y con el debido respeto... le daba a cualquiera ganas de esconderse

sólo por huir de él... Esta misma mañana en cuanto hubieron despejado los convidados, regresando a sus respectivas casas, yo y Tomás nos metimos en aquellos endiablados corredores como pudimos. ¡Ni rastro de él!... Pero, a pesar de todo, a mí nadie me saca de la cabeza la idea. ¡Como el chico era tan inquieto, tan travieso... tan atrevido y emprendedor!

—Más de una vez le he regañado yo por eso —dijo el señor Darling, brillándole los ojos con una llamarada de ira al renovarse en él atroces recuerdos.

—Y hasta podría ser —siguió indicando el señor Mergleson...— bueno, pues podría ser que se hubiera quedado en conserva en alguno de aquellos pasadizos...

—¿Cómo, en conserva?

—Bueno... quiero decir que se hubiera metido en algún sitio de donde no pudiera salir. He oído decir que hay allí una especie de mazmorras emparedadas por todas partes...

—Y cuentan que hay allí ciertos pasos subterráneos que van a parar a las ruinas de la Abadía..., a cerca de cinco kilómetros de distancia.

—¡Mala cosa, mala! —replicó el mayordomo.

—¡Mal rayo!... —exclamó el señor Darling—. Y ¿qué demonios se ha propuesto con ello?

—El hecho es que no podemos dejarle allí.

—Conocí yo a un diablillo así a quien se le ocurrió una vez meterse, arrastrándose, en un sumidero. Su pobre padre tuvo que estar cavando para desenterrarlo como quien saca una zorra de un pozo. ¡Santo Dios! ¡La tunda que le pegó después!...

—Es un disparate el colocar a un chico de tan pocos años —observó el señor Mergleson.

—No sabe uno cómo arreglarlo —contestó el jardinero, como examinando el asunto en todos sus aspectos—. ¿Ve usted? Su madre cree que el muchacho posee todas las cualidades de este mundo.

—No sé si debiéramos referirle lo que ocurre. En ello estaba pensando ahora...

No era el señor Darling hombre para salirle al paso a la desgracia y adelantar los acontecimientos. Movi6 negativamente la cabeza y contest6:

—Todavía no, señor Mergleson. No creo que deba hacerse aún.

Hay que esperar, al menos, que hayamos agotado ya todos los recursos. No opino que haya ninguna necesidad de darle ese disgusto ni ningún otro. Si usted no tiene inconveniente, yo iré a visitarle esta noche... digamos a eso de las nueve... y hablaremos del asunto con usted y con Tomás... hablaremos con toda calma. Lo mejor es empezar siempre por discutir las cosas tranquilamente. Nos hemos metido en un buen atolladero, y tanto usted como yo hemos de pensar un poco lo que hacemos.

—Esto es, precisamente, lo que yo opino —dijo el mayordomo, sin ocultar que el tono amistoso del otro le quitaba un gran peso de encima—. Desde ese aspecto miro yo las cosas, señor Darling... ni más ni menos. Porque... ¡vamos a ver!... si nada le ha ocurrido al muchacho y en la casa continúa estando, ¿por qué no acude en demanda de víveres?

Discutióse, aquella noche más ampliamente el asunto de si debía o no decirse a cierta y determinada persona lo que ocurría. Discutióse yendo acompañadas las palabras de abundantes vasos de cerveza del señor Mergleson, porque es de notar que, siguiendo una inveterada costumbre, el mismo mayordomo era quien fabricaba la cerveza en Shonts, y unas veces estaba bien hecha y otras mal, unas veces era muy floja y otras muy fuerte, con lo cual se evitaba toda monotonía en el sabor y demás cualidades que pudieran tener los tragos que allí se bebían. Los de aquella noche eran de una fuerza extraordinaria, aviniéndose perfectamente con lo que el humor le pedía al jardinero, por lo que repetidas veces, con el orgullo natural en quien es autor de algo que gusta, y afectando hallarse abstraído en sus pensamientos, tuvo que llevarse el señor Mergleson el jarro vacío y volverlo a traer colmado y espumante.

Manifestábase en la reunión Enrique, el segundo lacayo, lleno de ficticia esperanza, para no aguar la fiesta; pero Tomás, al contrario, tomaba verdadera parte en el disgusto de los otros, mostrándose desolado.

—Me pone de mal humor el pensar en el infeliz' muchacho, metido de cabeza en algún ignorado agujero lleno de telarañas —dijo Tomás, empuñando el asa del jarro para servirse otro vaso.

—Era interesante el chiquillo —hizo notar el señor Mergleson en un tono como si ya francamente lo diera por muerto—. No le había caído en gracia el trabajo..., bien claro se veía...; pero era vivo

como él solo... y yo siempre traté de ayudarle en cuanto pude, cuando no me hallaba demasiado atareado para cuidar de él.

—Había en el rapaz algo que demostraba una gran sensibilidad —observó Tomás.

Dejó caer los brazos lánguidamente sobre la mesa el señor Mergleson y dijo:

—Lo que hemos de hacer es decírselo a ella. No veo la manera de que podamos pasar sin decírselo a la señora..., mañana por la mañana, lo más tarde. Y entonces... ¡que Dios nos asista!

—Por supuesto que también yo tengo que decírselo a *mi* señora —replicó el jardinero, tan preocupado que, al llenarse de nuevo el vaso, lo dejó rebosar sobre la mesa.

—Volveremos a recorrer los dichosos corredores antes de acostarnos —dijo el señor Mergleson, al menos hasta donde sea posible. Pero hay agujeros y grietas por donde sólo un muchacho podría pasar.

—Tengo que decírselo a *mi* señora —repitió el señor Darling—. Eso, eso es lo que me preocupa a mí y me pone de mal humor...

A medida que iba avanzando la noche, notábase en el jardinero cierta tendencia a repetir tales palabras como si fueran un estribillo. De pronto, empezó a solicitar el consejo de los demás. «¿Cómo se las arreglaría usted para decírselo a mi Señora?», preguntóle al señor Mergleson, y al decírselo se echó al cuerpo otro vaso de cerveza, para esperar con menos impaciencia la contestación.

—A la señora baronesa me limitaré a decirle el hecho escueto. Le diré: «Señora baronesa, el muchacho se ha ido. ¿Adónde? No lo sé». Y a medida que ella me vaya haciendo preguntas, yo le iré dando pormenores.

Quedóse algo pensativo el señor Darling y movió luego la cabeza insistiendo:

—Pero ¿cómo se lo diría usted a mi señora? —preguntó esta vez, dirigiéndose a Tomás, el cual se limitó a contestar:

—Mucho me alegro de no tener que decírselo. ¡Pobre muchacho!

—Sí, pero ¿cómo se las arreglaría usted para decírselo? —volvió a preguntar el jardinero, variando algo el tono de la frase.

—Pues me acercaría a ella, le daría suavemente unas palmaditas en la espalda y luego le diría: «¡Vamos, ánimo!» Y cuando ella me preguntara: «¿Por qué?», se lo diría... así, gradualmente.

— ¡Ah! Usted no conoce a mi señora —contestó el jardinero—. A ver, Enrique: ¿cómo se le podría decir eso?

—Deje usted que ella misma lo averigüe. Las mujeres lo averiguan todo.

Reflexionó el señor Darling y decidió, en seguida, que tampoco aquel procedimiento era aceptable.

—¿Cómo harías tú eso? —volvió a preguntar, ya con aire desesperanzado, al muchacho pelirrojo.

Quedóse éste un momento con la lengua fuera, en el mismo ademán en que se hallaba para humedecer la goma de uno de los cigarrillos, y con la mirada fija en el jardinero. Acabó luego de liar el cigarrillo con toda calma, pensando profundamente, al mismo tiempo, en el asunto con cuya decisión se le había honrado.

—Creo —dijo, con voz profunda, impregnada de seriedad— que le diría sencillamente: María... o Susana... o como se llame...

—Tilde^[1] —indicó el señor Darling.

—Pues Tilde: «El Señor te lo dio y el Señor te lo quita..., Tilde... ¡Se ha ido!»... Una cosa así es lo que yo le diría.

Carraspeó aquí un poco el muchacho pelirrojo. Estaba satisfecho de su propia elocuencia. En cuanto al señor Darling, reflexionó un rato con profunda satisfacción. De pronto exclamó en tono casi dolorido:

—Sí, pero... ¡mal rayo...! *¿adónde se ha ido...*, adónde?... De todos modos —añadió—, no se lo diré... no se lo diré hasta mañana por la mañana. No por haber perdido a mi hijastro voy a perder también la noche. Eso no. Y... a propósito, señor Mergleson; he de reconocer que mejor cerveza que ésta no creo haberla bebido en la vida. Nunca, nunca. Es... es... famosa.

Luego, pensando de pronto en lo trágico de la situación, comenzó a decir:

— ¡Pobrecillo!... ¡Infeliz!... —Y unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas, mientras enternecido exclamaba—: Le quería yo como si fuera mi propio hijo.

Como la noche parecírale a él que se mostraba sorda a sus palabras, pues no le contestaba, las repitió en tono más alto, con cierto aire dominante... Después pasó no poco rato esforzándose en encaramarse a la pared de cerca del jardín, porque ¡cosa rara! no parecía que la puerta de entrada estuviera en el sitio de costumbre.

(Ya vería él de cerciorarse de ello a la mañana siguiente. ¡Claro! Es imposible estar en todo cuando a uno le afligen tales desgracias de familia).

Por fin, dando la vuelta a la esquina, tropezó con la dichosa puerta. Ya en la casa, contentóse con decirle tan sólo a su mujer que quería descansar tranquilamente, comenzando a quitarse, las botas con cierto aire como de desafío, y tardando en ello más de lo que era natural. Pronto amanecería, demasiado pronto.

Miróle ella con dureza y él le devolvió en igual forma la mirada, pero nada más. No hizo ella la menor observación. Acostáronse.

* * *

En cuanto se hubieron dispersado los huéspedes de Shonts y hubo partido para Londres el dueño del castillo, con el fin de atender a diversos asuntos relacionados con la peptonización de la leche y la distribución de calmantes para los niños por toda la porción habitable del globo terráqueo, volvióse a la cama *lady* Laxton, y allí se quedó hasta el mediodía del martes. Un reposo completo y los cuidados que le prodigó su camarera, fueron, en su opinión, lo que la salvó de la seria enfermedad nerviosa de que ya se veía atacada. La fiesta había resultado realmente hartó agitada, hartó tempestuosa, hasta el final. Las indiscretas tentativas del barón para impedir que lord Moggeridge siguiera bebiendo ni una gota de bebidas espirituosas, habían provocado ya aquella vergonzosa lucha durante el almuerzo, y a esta escena había seguido otra, aún más desagradable, entre el amo de la casa y el forastero, aquella misma tarde. «¡Aquí se verá mi tacto!», díjose el barón, y, sin más ni más, había ido a encararse con el lord Canciller, dejando a la pobre sumida en hondas preocupaciones, no desprovistas de fundamento. Porque, a la verdad, el tacto del barón era algo único, característico, un compuesto de ideas equivocadas, de recriminaciones y de familiaridades, que raras veces era bien recibido por los que de ello eran objeto...

No sabía ella qué razón podía haber para que, acabando de completar aquel terrible día, se hubiera estado el barón más de una hora en su cuarto explicándole cuanto opinaba acerca de lord Moggeridge. Bien sabía ella lo que podía opinar, y en semejantes

ocasiones solía usar su marido tal vocabulario que, como mujer bien educada, no cesaba ella de decirse que en su vida habían herido sus oídos palabras como aquellas.

Sufría la pobre, en su propio concepto, de un mal: el del heroísmo reprimido. Si estaba de Dios que alguna vez pudiera brillar esplendorosamente en alguna catástrofe, comprendía que era preciso que la catástrofe viniera a encontrarla a ella espontáneamente, en vez de ser ella misma quien saliera a su encuentro. Así se comprende cuán profundamente conmovió su espíritu, y cómo vino, al mismo tiempo, a despertarlo, dándole inusitada animación, el saber, por lo que le dijo Mergleson, que tal vez, que muy probablemente, que acaso con toda seguridad, algo muy doloroso, muy trágico, acontecía en el mismo recinto de Shonts, y que era absolutamente preciso obrar con urgencia... si se quería llegar a tiempo antes de que todo motivo de angustia hubiera cesado ya, es decir, cuando aún pudiera verse y tocarse, contribuyendo, al propio tiempo, a salvar una vida amenazada.

Al recibir la noticia levantó, pues, las manos, juntándolas como horrorizada, y quedóse mirando a su servidor, dando a sus ojos, de un gris verdoso, una expresión como agonizante.

—Hay que hacer algo inmediatamente —dijo—. Es preciso que se haga todo lo posible. ¡Pobrecillo! ¡Pobre gorgojito mío!

—Por supuesto, señora, que también cabría en lo posible que el muchacho se hubiera escapado sencillamente.

—¡Ca! ¡No! No se ha escapado. Parece mentira que se le ocurra a usted semejante maldad, Mergleson. No ha huido: está fuera de duda. Está ahora allí... allí. ¡Qué horror!

De pronto, pareció adquirir desusada firmeza y condiciones de mando.

—Busque usted picos. Hay que organizar cuadrillas exploradoras. No hay que perder ni un momento, Mergleson... ni un momento... Emplee usted a todos los hombres que encuentre en las carreteras. Traiga a cuantos quieran venir.

Y, efectivamente, no se perdió ni un momento. Los hombres reclutados en las carreteras trabajaban ya en Shonts antes de acabarse la hora que destinaban a la comida.

Multitud de cosas realizaron aquella tarde tales obreros. Exploráronse cuantos pasadizos eran accesibles desde la abertura

que había en el comedor, y donde esos pasadizos ofrecían grandes grietas o agujeros, acabáronse de abrir unas y otros, con ardoroso afán que estimulaban grandemente la presencia de la propia *lady* Laxton y la generosa y oportuna distribución de vasos de *whisky*. Gracias a tales esfuerzos quedó una nueva y espléndida abertura en la pared de la biblioteca que estaba cerca de la ventana, capaz para que pudiera pasar un hombre, como, en efecto, pasó; y un gran trozo de piedra labrada de la torre que llamaban de la Reina Isabel fue derribado, dejando al descubierto la parte superior de uno de los corredores secretos. La misma *lady* Laxton y su camarera fueron recorriendo —todos los entrepaños de las paredes empuñando un martillo y un escoplo, mientras con el primero golpeaban, preguntando: «¿estás ahí?», se esforzaban en practicar aberturas en los sitios donde les parecía que sonaba a hueco. Mandóse a buscar también a un deshollinador para que se encaramara por todas las chimeneas viejas de la casa. Entretanto, encargóse el señor Darling, ayudado por sus jornaleros, el trabajo de descubrir, a fuerza de cavar, dejándola después abierta, la antigua cloaca del castillo que estando ya en desuso constituía otro pasadizo subterráneo, y se sabía que iba desde la esquina del sitio donde estaban los lavaderos hacia los antiguos depósitos del hielo, suponiéndose que— iba a parar a las ruinas de la abadía. Después de algunos tanteos y atrevidas exploraciones logróse, al fin, dar con la mencionada cloaca, y en seguida se le transmitió la noticia a *lady* Laxton.

Esto y los alarmantes desperfectos que, como una herida reciente, afeaban la torre de la Reina Isabel, fueron causa de que el señor Beaulieu Plummer saliera escapado de sus oficinas para presentarse en la casa. Era este señor el agente que el marqués de Cranberry tenía para que le administrara sus vastas propiedades, siendo persona de gran tacto y conocimiento del mundo, y hallándose encargado, entre otras cosas, de vigilar e impedir que los Laxton acabaran con el castillo de Shonts, destrozándolo todo durante el periodo por el cual lo tenían arrendado. Hombre recio, macizo, de escasa talla, veíasele generalmente con pantalones de montar muy extremados y polainas, usando además lentes, que en el caso actual parecían lanzar chispas, reflejando las miradas de asombro del buen administrador al acercarse a *lady* Laxton y a su cuadrilla de obreros provistos de azadones.

—*Lady* Laxton dijo en tono de acusación el señor Beaulieu Plummer —¿me permite usted que le pregunte?...

—¡Ay, señor Beaulieu Plummer! ¡Cuánto me alegro de que haya usted venido! ¡Un pobrecito niño!... ¡qué se está muriendo asfixiado!... ¡Es terrible!... Yo no voy a poder soportar ese golpe.

—¡Asfixiado! —gritó el buen hombre—. Pero ¿dónde?

Y atropelladamente, de un modo harto confuso, se lo explicó la señora.

Al fin, separáronse ambos interlocutores, demostrando bien claramente que la conversación sólo había servido para que se respetaran mucho menos ahora que antes, y el señor Beaulieu Plummer, poniendo una cara extremadamente seria, se alejó a toda prisa para dirigirse a las oficinas de telégrafos, o, más bien dicho, se alejó andando rápidamente mientras creyó que *lady* Laxton podía verle; pero después echó a correr con toda la velocidad de que era capaz. Sentóse al llegar al telégrafo y redactó no pocos telegramas (que por no hallar a su gusto rompía en seguida), dirigidos al barón Laxton y a lord Cranberry. Despachó, al fin, el asunto en la forma que le pareció más conveniente, y obedeciendo a una irresistible atracción que le tenía como fascinado, retrocedió hasta el parque que acababa de abandonar y observó desde lejos las nuevas muestras que de su actividad iba dando *lady* Laxton.

Vio venir del sitio en que se hallaban las cuadras a varios hombres que empuñaban enormes rastros, y que empezaron a pasarlos por el fondo de los estanques que adornaban el parque.

Luego otro hombre, provisto de un pico, apareció allá en lo alto, contra la línea del horizonte, y cruzó por el tejado, en dirección de la torre del reloj, probablemente mandado allí para realizar algún trabajo desconocido, pero altamente destructivo.

Poco después vio salir a *lady* Laxton dirigiéndose hacia los jardines. Iba a ver a la señora Darling y a consolarla en tan amargo trance. Casi hora y media duró la visita. Y después de todo, parecióle al señor Beaulieu Plummer que más valía así, pues entretanto no se ocupaba en peores cosas la señora...

Daban las cinco cuando llegó en bicicleta un chico del telégrafo que venía a traer desde el próximo pueblo un telegrama del barón concebido en estos términos: «Manda que paren en absoluto los trabajos hasta que yo llegue».

Mordióse los labios *lady* Laxton al recibir este telegrama. Acababa de darse un hartón de llorar en compañía de la señora Darling y se hallaba en una tensión nerviosa llevada al extremo. Entonces fue cuando le pareció a ella que había llegado uno de aquellos excepcionales, supremos momentos en que es preciso que una mujer afirme con toda energía su propia personalidad. «Es cuestión de vida o muerte», contestó inmediatamente por telégrafo, y para demostrarse a sí misma cuán por completo prescindía de lo que acababa de leer, mandó al señor Mergleson a la próxima cervecería con orden de traerle de allí a cuantos obreros quisieran comprometerse a trabajar de noche pagándoles con toda esplendidez.

Con esto se apaciguó no poco el ánimo de *lady* Laxton, quien, reclusándose en su habitación, sintióse acometida de súbito temblor.

Llegó el barón largo rato después de haber anochecido. Para ganar tiempo, cruzó por uno de los ángulos del parque, y hallándose con una de las excavaciones, cayóse dentro. No poco contribuyó esto a ponerle más furioso de lo que estaba, y en tal situación llegó a la casa.

Con él estuvo discutiendo el asunto durante unos cinco minutos *lady* Laxton, después de lo cual volvióse de pronto a su habitación y encerróse con llave en ella, dejando en manos de su marido la dirección de los trabajos...

—Si el chico no está en la casa —decía el barón— todo esto no es más que una pura estupidez, y si está en la casa, a estas horas está muerto. Si ha muerto, no tardará en conocerse por el hedor que despida, y entonces habrá llegado el momento oportuno para buscarlo. Sabremos, cuando menos, a qué atenernos, sin proceder a ciegas y destrozándolo todo. ¡No me extraña que quieran entablar una demanda contra nosotros!

* * *

Perturbador en extremo fue el efecto que la carta de *lady* Laxton produjo en el capitán Douglas. Reflexionando acerca de su contenido, cotejando sus casi ilegibles alusiones a los pasadizos secretos de la casa y al perdido rapaz, con lo que él recordaba de las

acusaciones formuladas por lord Moggeridge y del misterio en que quedó envuelto su expulsión del castillo de Shonts, fue surgiendo en su mente, hasta adquirir caracteres de evidencia, la idea de que tenía en sus manos la clave de todo aquel asunto, algo que podía servirle para justificarse, para lavar la mancha de haber faltado a los respetos sociales y cometer inexcusables ligerezas, cosa que no convenía a su buena reputación militar. Ya había llegado él a indicarle a la propia señorita Philips que en su concepto estaba obligado a buscar inmediatamente a Bealby y a apoderarse de él donde le encontrase, mucho antes de que llegara la juvenil pareja al collado y presenciara la descrita catástrofe del coche.

Estaba, por un lado, lleno de ocultos deseos de realizar grandes cosas en el mundo, y bastante trabajo era el ocultarlo tras las apariencias de una vida de caballero ocioso, descuidado, sin aspiraciones; pero además sentía aquella tremenda atracción hacia Magdalena Philips, especialmente cuando no la tenía delante.

La adoración a una mujer hermosa puede ser el móvil que impulse a realizar una brillantísima carrera; pero comenzaba él a creer, de todas suertes, que no era esto aplicable a su caso particular. Imaginó que sí al principio, y así lo escribió y lo dijo en las más diversas y elegantes formas; pero cada día fue presentándose más claramente a su inteligencia que precisamente lo contrario era lo que le ocurría a él. No perdía ocasión Magdalena de demostrarle qué ella, por sí sola, era ya una carrera, y que el enamorado que aspirara a brillar en otra, lo mejor que podía hacer era no presentarse, como dicen en ciertos anuncios, porque quedaba descartado.

¡Y el tiempo que se le llevaba!

¡Los disgustos que le proporcionaba el estar a su lado!

¡Y los que le ocasionaba luego el no poder estar junto a ella!

Para recordada, era tan orgullosa, tan encantadora, que al propio tiempo que extasiaba dejaba el alma adolorida; para estar en su compañía, resultaba la vanidad personificada y su trato se hacía difícil.

Parecía a ella evidente que había nacido para ser amada, porque para conseguirlo se había hecho a sí misma tal como era, y pasaba por la vida como si fuese su emperatriz, teniendo a todos los hombres y a numerosas mujeres a sus pies. El ideal que se había

forjado del hombre que conquistara su amor era algo parecido a la oleografía de un retrato de Douglas muy ampliado. Quería que se elevara rápidamente hasta conseguir los más altos puestos, había de ser un conquistador esforzado y un buen administrador; pero consagrándose pura y exclusivamente a ella. Incidentalmente iría la hermosa recibiendo los homenajes de los demás hombres importantes, y todas esas atenciones serían como una nueva gloria añadida al amor que ella tendría a su escogido. Al principio, demostró el capitán Douglas estar a la altura del papel que se le destinaba. Encontróse con ella en Shorncliffe, por ser hija de familia distinguida entre los militares, y desde el primer momento cayó a sus pies como su más rendido adorador. Cortejóla del modo más deliciosamente natural y delicado que podía pedirse. Descubrió muy pronto su dulce y secreta manía de pensar, escribiéndole las más sorprendentes e ingeniosas cartas, y presto los diminutos modelos de papel y cañas dejaron de volar, por no cuidar ya él de lanzarlos, como antes, desde solitarias alturas. Mas luego, la preocupación de su carrera volvió a presentársele en un nuevo aspecto, como algo digno de serle ofrecido a ella en homenaje. Y una vez hubo surgido en su mente la idea, no le abandonó ya más.

Ocurría esto en lo que pudiera llamarse las primeras escenas de la lucha entablada entre sus dos carreras, en aquellos tiempos en que ambos hallábanse ardientemente enamorados uno de otro. Al notar lo bien que se avenían, estaban sus amigos encantados, considerando que era aquello algo que daba gozo ver. Hasta ciertos admiradores, pavoneándose ya por anticipado con el lustre que de rechazo podrían darle, les invitaban a giras en el campo hacia fin de semana, en aquellos breves descansos de la gente de teatro que empezaban el domingo por la mañana, para terminar el lunes por la tarde. Solía ella confesar abiertamente su pasión.

Y después, cuando vino, al fin, una especie de ruptura entre ambos enamorados, numerosos fueron los amigos que se interesaron por ello como por cosa propia.

Cada uno explicaba los pormenores del caso de modo diferente; pero, parecía que, pensando en el porvenir, había el capitán comunicado su propósito de asistir a ciertas maniobras del ejército francés; precisamente en época en que era probable que estuviera ella libre de toda contrata teatral.

—Pero es que yo debiera presenciar lo que van a hacer —decía él—. Tratan ahora de verificar las pruebas de esos nuevos globos dirigibles de que se habla.

Surgió entonces la cuestión de si había ella de acompañarle, lo que él quiso evitar advirtiéndole que maldito lo que eso iba a divertirla, pues bien pudiera ser que tuvieran que echar pie a tierra en cualquier incómodo rincón al empezar la noche. Además, no serían pocas las hablillas de la gente... sobre todo ocurriendo esto en Francia. Puede uno tomarse ciertas libertades en Inglaterra y no atreverse a lo mismo en Francia. La atmósfera social que se respira es distinta.

Tras esas explicaciones poco satisfactorias, guardó ella silencio unos momentos, y cuando se decidió a hablar hízolo en tono de hondo resentimiento. Bien claro se veía, dijo, que lo que deseaba era hacer el viaje solo, para estar en completa libertad. No sería ella, ciertamente, quien fuera a quitársela, empeñándose en retener a su lado a un novio por fuerza. Podía irse a cuantas maniobras se le antojara, aunque fuera a un viaje alrededor del mundo. Si tanto lo deseaba, podía alejarse de ella para siempre. No trataría de detenerle, estropeándole o dificultándole en modo alguno una carrera de la que él mismo le había dicho una vez que, en su ejercicio, sólo ella era, quien le alentaba y sostenía...

Puesto el infeliz novio en la disyuntiva de escoger entre su amor y su porvenir profesional, deshízose en protestas de que no era eso lo que había querido decir.

—Pues ¿qué era entonces? —se le contestó.

Y viendo que, efectivamente, si no era eso, era algo muy parecido, no supo cómo salir del paso airosamente, explicando tan sutiles diferencias...

Ello fue que la joven le desterró de su lado por un mes, el tiempo que según la opinión de la ofendida, necesitaba para ir a las citadas maniobras... y muy enhorabuena que se fuera. Lo que ella hiciese entretanto a nadie le importaba más que a la propia interesada. Tal vez llegara el día en que aprendiera él a conocer mejor lo que es el corazón de una mujer... Retuvo las lágrimas que pugnaban por saltársele (supo hacerlo del modo más bello posible), y en un momento toda la ciencia militar quedó reducida a insignificante nonada. Pero ella continuaba firme, inexorable. Él

quería irse, tenía forzosamente que marcharse... al menos por un mes. Y se fue... triste, desconsolado...

Acudieron en seguida los amigos al saber ese comienzo de ruptura. Para gloria de Judit Bowles hay que decir que la primera que llegó fue ella, triunfo, en verdad, que parecióle de inestimable valor. Lo primero que hizo fue lograr que Magdalena le abriera su pecho francamente, y entonces, valiéndose del derecho que creía concederle cierto parentesco lejano con Douglas, mandóle a llamar a su casa, invitándole a tomar el té con ella, y allí sujetóle a un claro y extenso interrogatorio. Perecíase ella por esta clase de conversaciones con jóvenes decentes, de buen fondo, en que se discutía la marcha de sus asuntos amorosos, y esta era casi la única forma de coquetería que no tenía inconveniente en permitirle su marido el profesor, hombre puntilloso, aunque muy poco discreto, acerca de lo que es esencial en el matrimonio. Y luego, había algo en el semblante de Douglas que le inspiraba a ella singular simpatía. Guiándole por donde quería, fue arrancándole la confesión de que no podía vivir sin Magdalena, que su amor era para él como el centro de toda su vida, que faltándole no sería nunca nada, y con él se sentía capaz de conquistar el mundo entero... Tomóse Judit la libertad de protestar calurosamente de cuanto pudiera resultar en detrimento de Magdalena, y tanto influyó en el ánimo de Douglas que llegó éste a besarle aquella mano de cuya intervención tanto esperaba. Notó ella entonces que alguna que otra cana empezaba ya a asomar junto a las sienes del joven. Interesábale éste más que nunca al verle tan sencillo y tan perplejo. Aquella tarde le pareció a Judit una de las más hermosas, interesantes y rica en acontecimientos.

Sin pérdida de tiempo y con la mayor facilidad, la señora Bowles, que estaba ya encantada con la idea de una excursión en carruaje, hecha al estilo de las caravanas de gitanos, para «respirar el aire puro de las colinas, compenetrarse con la vida bohemia y disfrutar de la libertad de las carreteras» y demás zarandajas de que había oído hablar, aprovechó la existencia de aquel conflicto amoroso para adaptarlo a su plan, utilizó a su poco entusiasmado marido para que arreglara las cosas de modo que Douglas figurara en la partida; y, finalmente, puso a la señor Geedge al tanto de su secreto.

En cuanto a Douglas, siguió con sus perplejidades. Primero abandonó todo proyecto de irse a Francia, y en vez de esto se fue a Shonts, por desgracia; después regresó a Londres, inesperadamente, el domingo; preparó su equipaje para irse a Francia, y allí se fue, por fin. Llegó a Reims el lunes por la tarde. Entonces el recuerdo de Magdalena, cuya imagen se le presentaba más viva, más bella y misteriosa cuanto más leguas ponía entre ellos dos, no le dejó seguir adelante. Excusóse de ello como pudo con el corresponsal militar que le acompañaba y con el cual había de ver las maniobras, no logrando más sino que éste le dijera: «Comete usted una tontería, amigo mío, y bien claro se ve que esto es cuestión de faldas; pero como cuanto le diga será inútil, usted se irá, y no he de ser yo quien se lo eche en cara». Apresuróse, pues, a volver a Londres y hallóse presente en el punto para el cual le tenía dada cita Judit, tal como ésta había anunciado. Y cuando vio a Magdalena, de pie, bañada de sol, satisfecha, orgullosa, radiante, los ojos como sonrientes y los labios temblorosos, hecha un brazo de mar entre la hermosa mata de pelo y aquella especie de delicioso gallardete azul que formaba su falda, flotando a merced del viento, en torno a su grácil cuerpo, parecióle por un momento que el haber dejado olvidadas aquellas maniobras militares para volver a Inglaterra era lo mejor que podía haber hecho y resultaba casi magnífico...

En nada se diferenció, sin embargo, esta entrevista de las anteriores de los dos enamorados.

El acercarse a ella le resultaba como un *crescendo* de poéticos anhelos; el verla era como el punto culminante de un *clímax* o gradación; pero entonces... entonces no seguía más que a una serie de motivos de irritación que se iban acumulando en su espíritu.

Creyó que el estar en su compañía había de ser algo pura y simplemente delicioso; pero al ir descendiendo por la ladera de la colina, tras los matrimonios Bowles y Geedje, en dirección al hotel, hallóse sin saber cómo con que le estaba formulando una urgente petición de casamiento, y que el modo como ella contestaba a sus palabras le ponía muy malhumorado, por parecerle una evasiva.

Siguió andando violento, pero con aquel porte contenido, reservado, de un inglés que sabe ser persona decente, aunque le pareciera que al suprimir todo ademán se adivinan éstos con más fuerza al salir sus palabras por entre los apretados dientes, y ella

seguía a su lado, como flotante, aérea, vestida con aquel estupendo traje azul que con maravillosa intuición había escogido para andar por aquellas alturas en que soplaban suaves brisas, lomando por modelo en que inspirarse los que pintó Botticelli en la *Primavera*. Insistía él en que debían casarse muy pronto, en que necesitaba su compañía, en que no le era posible vivir en paz sin ella. No era esto precisamente lo que se había propuesto decirle al presentarse allí, ni en rigor podía acordarse de que tuviera determinado designio de decirle algo concreto; pero lo único que acudía a sus labios, al estar ahora a su lado, era eso.

—Pero, hijo mío —le contestaba ella—, ¿y cómo vamos a casarnos? ¿Qué va a ser de tu carrera y de la mía?

—Yo he abandonado ya mi carrera —exclamó el capitán con voz en que claramente se veía ya, por primera vez, la honda irritación interior que dictaba sus palabras.

— ¡Bueno! No vayamos ahora a reñir —exclamó ella a su vez—. No hablemos de cosas *lejanas*. Limitémonos a ser ahora felices. Gocemos de este hermoso día... del sol... de la frescura del aire... de toda esa belleza. Porque... ¿sabes?... estás echando a perder todo el encanto de esos días. ¡Tan pocos que nos quedan para estar juntos! De cada uno de ellos hemos de hacer... una verdadera joya... Mira, amor mío, cómo mece la brisa esos altos y secos tallos que se yerguen aquí por todas partes... parece agitarlos en una serie de suaves oleadas.

Ella misma aparecía allí como una obra de arte de rara perfección, que invitaba a olvidarse de todo, del tiempo y del deber.

Siguieron andando un rato en silencio. Al fin, dijo el capitán:

—Sí, todo eso está muy bien... belleza, encanto y tal..., pero lo que uno quisiera es saber a qué atenerse.

No contestó ella en seguida, pero replicó a poco:

—Me parece que estás de malhumor por haber tenido que marcharte de Francia.

—Nada de eso —repuso el capitán con aire resuelto—. De cualquier sitio me marcharía yo con gusto con tal de poder estar a tu lado.

—Quisiera yo saber...

—Bueno, ¿y qué? ¿No has visto ya cómo lo he hecho?

—Quisiera yo saber si puede decirse que estás alguna vez

realmente conmigo sola... ¡Oh! Que tú me necesitas, que me desees, eso ya lo sé; pero vamos al fondo, a lo verdadero, a lo que es la felicidad... al amor. ¿Qué es para ti el amor en sí? ¿Nada absolutamente?

Por este diapasón siguieron hablando hasta que, paso a paso, se hallaron a la sombra de un grupo de hayas. Y allí el capitán, sintiéndose galante, quiso substituir lo defectuoso de la expresión por los hechos. Besóle a la joven las manos y pretendió besarla en los labios. Resistióse ella débilmente. —No, dijo, sólo en el caso de que me ames con todo tu corazón—. Pero de pronto, con sorpresa del joven y no sin cierto aire conquistador, le ofreció, le tendió la boca.

—¡Ah! —añadió al cabo de un momento—: ¡si tú supieras... si tú supieras las cosas!... —Y dejándolo como pendiente de un enigma, volvió a darle otro beso...

Comprenderá el lector cuán difícil había de ser, viviendo en esa atmósfera de amor casi ideal, introducir allí el concepto inoportuno de averiguar lo que había sido de Bealby, y tomar una rápida resolución. Ya resultaban aquellos días consagrados a algo muy distinto... y entretanto podéis imaginaros a Bealby desaparecido... huyendo en dirección del mar...

Aun la misma catástrofe del carruaje influyó muy poco en cambiar aquella atmósfera de que acabamos de hacer mención. A pesar de cierto aire enérgico desplegado por el profesor Bowles para dominar la situación (hay que advertir que el hombre se había quedado algo amargado por tener varias lesiones en el pulgar, en la oreja, en la rodilla, amén de un mordisco que le propinó en una pierna Guillermo), a pesar de esto, la tendencia de los demás fue la de que había que tomar a broma lo ocurrido. El único que parecía haber recibido allí verdadero daño era Guillermo (porque en lo del profesor era mucho más la molestia que otra cosa), y aun las heridas del mismo Guillermo, aunque aparatosas, eran superficiales: una relajación de los tejidos en la mandíbula, rozaduras, contusiones y pequeñeces por el estilo. Por lo demás, todos convenían en que con unas cuantas indemnizaciones por perjuicios se salía del paso; y ni los desperfectos causados en el carruaje, ni la cantidad que pedía el vendedor ambulante por los géneros que llevaba en su carro, fueron tan grandes como ellos se figuraban que

serían. Antes de ponerse el sol se hallaban ya recogidos los excursionistas en la cervecería de Winthorpe-Sutbury; Guillermo había hallado en ella un rincón simpático, entre gente de su dase, que escuchaban muy atentamente y con muestras de aprobación sus opiniones relativas a la catástrofe ocurrida y a la intervención del profesor; el vendedor ambulante halló manera de ganarse algún dinero extraordinario con él acarreo de todo el equipaje al hotel de *Redlake*, y los señores y la gente del pueblo que les ayudaba fueron paseando en buena armonía hasta aquel nuevo refugio. Magdalena iba, entretanto, caminando junto al capitán Douglas que arrastraba su motocicleta, la cual había recogido del sitio donde acamparan antes y que era ahora campo de soledad.

—No falta más —decía ella— sino que también esto se rompa.

—Buena falta podría hacerme.

—Ninguna. El cielo ha querido juntarnos aquí, y, una vez llegados, ha quemado las naves. Cuando menos, nos ha destrozado una. Y además, ¡mira! Allá aparece la luna como un gran escudo. Es la luna que llaman «de los segadores», ¿verdad?

—No —contestó el capitán, dando salida a sus contenidos ensueños poéticos—: es la luna de los enamorados.

—Parece que no se levante más que para bendecir nuestro encuentro.

Y, realmente, tanto la parecía todo aquello al capitán una bendición de Dios, que no hallaba modo de hablar entonces de Bealby.

* * *

Mucho había ya reaccionado a la mañana siguiente el estado en que se hallaba el espíritu del capitán Douglas. Deseaba vivamente explicarle a Magdalena, con toda claridad, cuán necesario era que partiese él inmediatamente en busca de Bealby. Comenzaba a darse cuenta de la ocasión oportuna qué se había dejado perder al olvidarse del muchacho. Quería ahora recuperarla a toda prisa, antes que aquél se hubiera perdido definitivamente. Por desgracia, la vida de teatro había acostumbrado a Magdalena a no levantarse antes de mediodía, y el capitán vióse obligado a matar el tiempo del mejor modo posible hasta que se presentara coyuntura favorable

para explicar su propósito.

La verdad era que no podía uno marcharse así... sin dar alguna satisfacción...

Púsose, para pasar el rato, a jugar al *golf* con el profesor Bowles.

Era éste Un jugador formidable y lo más desinteresado que pueda darse: su mayor deseo consistía en que todo el mundo jugara tan bien como él. Para ello era capaz de tomarse todas las molestias imaginables. Ver a otro cometer en el juego una de las equivocaciones que son frecuentes, y decírselo, y empeñarse en una explicación de por qué era erróneo aquello y cómo podía evitarlo en lo futuro, era todo uno. Enseñaba a jugar por sí mismo, y no se limitaba como otros en la tarea de aleccionar, a dar un buen golpe y quedarse callado.

Al cabo de un rato creyóse obligado también a indicarle al capitán que un militar debe acostumbrarse a saber dominar sus nervios. El joven siguió jugando muy medianamente, y a poco era visible que más juraba entre dientes que otra cosa: jugaba ya de cualquier modo, sin vigor alguno en los golpes, dándolos a lo mejor en falso y resbalándosele los pies en varias ocasiones. Bajo las claras cejas, sus ojillos brillaban con fulgores de cólera.

—¿Que por qué he jugado así? Pues nada, porque así me gusta jugar... —repetía el capitán, contestando a las preguntas del profesor.

—¡Bueno, verá usted! Sea como fuere, no es ése el modo que suele admitirse como correcto... —replicaba aquél.

Irritado el capitán, esforzóse entonces en jugar mejor, pero sin conseguirlo, y teniendo que oír infinidad de impertinentes consejos, aunque pretendiera hacerse el sordo y continuara murmurando entre dientes. Quien pagaba la fiesta era Magdalena. ¡Vaya, que una muchacha tan hermosa y tan llena de salud como ella tenía el deber de levantarse más temprano, aprovechando la mañana! ¡Si una mañana es lo más parecido que hay a una chiquilla guapa y saludable! Pero, en vez de disfrutar del rocío matinal, allí estaría ahora muy cómodamente —¡y muy bella por cierto!— calentita en su lecho, como una Catalina de Rusia, o cualquiera otra por el estilo. No, eso no estaba bien. De muy buen tono, si se quiere; pero no estaba bien. Debía comprender que, por culpa suya, había caído él en las garras del profesor. ¡Jugar al *golf*, él que acababa de faltar

a su deber profesional, cuando todos los hombres que servían para algo estaban entonces en Francia! ¡Y él allí, entretenido en aquel juego, que es como el consuelo de todos los comerciantes retirados! (¡Y qué feas estaban aquellas piernas que lucía el profesor, vistas por detrás! Cuanto más feas tiene las piernas un hombre, mejor juega al *golf*. Es casi una ley que no falla).

—Fíjese usted en donde está, caballero —dijo el criadito que le ayudaba en el juago llevando todo lo necesario para él.

Notó el capitán que se había ido colocando en un sitio que no podía ser peor, pues si bien frente a él se extendía verde y dilatada llanura, allí, a su derecha, el terreno estaba hundido y todo en desorden, mientras a su izquierda tenía un áspero cascajar bordeado de tojos y con un pantano en el fondo. ¡Vaya un lugar más desagradable! Uno de esos en que acaba uno por hundirse dentro. Era preciso ponerse en guardia. Después de todo, desde el momento que se había puesto a jugar, su obligación era dedicar alguna atención al juego. Si le daba a aquella bola de todos los demonios de modo que, si no salía recta, se torciera hacia la derecha, evitando el precipicio, tampoco le convenía esto. La cosa era difícil. Lo mejor sería apuntar hacia el prado, muy lejos, con algo de inclinación hacia la derecha... Y adelante, sin miedo... ¡Faf!

—Creo que ha ido a parar al pantano, señor —dijo el criadito.

—No, ya el agua hubiera dado señal de ello con las salpicaduras —repuso el profesor—. Debe de haber ido a parar allá, sobre la arena húmeda. ¡Le pegó usted con tal fuerza!

Y comenzó el rebusco de la bola. Al criadito, se veía que poco le importaba encontrarla o no, aunque bien debiera importarle, porque aquél era su oficio y no era él quien jugaba, sino los otros. Pero en nuestros días, tiende todo el mundo a trabajar así, flojamente, de mala gana. Somos de una generación que está siempre cansada. El mundo nos absorbe: tenemos hartas cosas en que pensar, y entre Magdalenas, maniobras militares, hombres de ley que nos marean con su mal genio, chiquillos que se pierden y que hay que buscar... En fin: dejemos esto ahora, pensó el capitán, y cuidemos del juego...

—La he encontrado, señor —exclamó de pronto el criadito.

—¿Dónde?

—Aquí, señor, entre los matorrales.

En efecto, la bola se había quedado cogida entre las ramas de un arbusto, a un par de metros sobre la resbaladiza orilla del pantano.

—No sé si podrá usted volver a lanzarla desde ese sitio —observó el profesor—; pero resultaría interesante probarlo.

Estudió bien la posición el capitán y replicó:

—Sí, puedo.

—Pero va usted a resbalar y a hundirse.

Ambos estaban en lo cierto. Puso el pie el capitán Douglas en el arenoso declive que caía precisamente debajo del arbusto, mantuvo algo recogido el brazo con que sostenía la pala, y golpeando la bola, la arrojó al aire, luego por encima de las ramas, y, según supo después, fuera de todos aquellos matorrales. Los ojos de los demás siguieron la dirección que la bola tomaba; pero no los suyos. Oyó al profesor dirigirle algunas palabras animándole, mientras él se hundía... se hundía cada vez más. Acabó por encontrarse a gatas y con las manos llenas de tallos de plantas espinosas y de húmeda arena. Los pies, los tobillos, las piernas, se le hundieron en el pantano. ¿Hasta cuándo iba a durar aquello? Pero no: había terminado: llegaba al fondo. Como pudo, dispúsose a salir de nuevo. No era fácil, sin embargo: el pantano no soltaba su presa, y parecía tirar de él...

Cuando por fin logró el capitán juntarse a los otros tres, llevaba las manos pintadas de rojo y llenas de arena, como también las rodillas, y dijérase que tenía los pies de barro; pero su cara era semejante a la de un niño de teta... a la de una criaturita rubia a quien acaban de meter en un baño excesivamente caliente y la han empolvado después con polvos blancos. Las orejas las tenía del color de las más encendidas rosas. Hasta en sus ojos se reflejaba algo del disgusto y la sorpresa de un chiquillo acongojado por alguna desgracia...

—Ya me temía yo que resbalara usted y se metiera en el pantano.

—No resbalé —contestó el capitán.

—¡Cómo!

—Me metí dentro nada más que para saber si era muy hondo, y para tomar un pediluvio frío... No puedo sufrir el calor en los pies.

Perdió en el juego el joven; pero se consideró ya, después de esto, como un jugador mucho mejor que antes. Pero el profesor

entendió las cosas de otro modo y consideró oportuna la ocasión para una reprimenda.

—No conseguirá usted nunca nada de provecho —exclamó—, nunca, mientras se empeñe en dar esa especie de irritante saltito al dirigir el golpe. Para eso lo mismo sería que golpeará usted la bola con la mano de cualquier modo, sin necesidad de levantar la pala. Si cree usted que...

El capitán perdió por completo los estribos al oír tales palabras.

—¡Oiga usted! —exclamó—. Pues si usted cree que me importa a mí un comino el que acierte yo la bola o no... si usted cree que me interesa a mí ganarle en ese juego estúpido, propio de viejos o de criaturitas...

Dejó sin terminar la frase, porque se vio a dos dedos de ponerle por coronamiento unas cuantas palabras gordas impropias de un caballero.

—Pues si uno considera que puede ponerse a hacer tal o cual cosa —contestó el profesor después de un silencio en que estuvo reflexionando—, vale la pena de que la haga bien.

—Pues entonces yo no considero que ésta valga la pena de hacerla bien ni mal, y así, si no halla usted en ello inconveniente...

Con tal rapidez cambiaban los estados de ánimo en el capitán, que ya se estaba sintiendo avergonzado de lo mismo que decía.

—¡Ah! ¡Con mucho gusto, si éste es su deseo! —replicó el profesor. Y con un ademán, indicó a los dos muchachos presentes, que respetuosamente escuchaban, la súbita terminación del juego, y los dos caballeros dieron media vuelta dirigiéndose al hotel.

Anduvieron durante un rato uno al lado de otro, mientras los dos mozuelos les seguían con muda expresión de asombro.

—Hermoso tiempo para las maniobras francesas —dijo a poco el capitán, como con aire indiferente—. Es decir —añadió corrigiéndose—, si tienen allí el mismo tiempo que aquí.

—Reina ahora una serie de altas presiones que desde los Alpes se extienden por toda Europa —contestó el profesor—. El buen tiempo parece seguro, todo lo fijo posible en Europa.

—Magnífico tiempo para los que andan vagabundeando por esos caminos y para la gente maleante —volvió a decir el capitán tras un intervalo de silencio.

—Toda medalla tiene su reverso —repuso el profesor—. Pero, de

todos modos, no hay duda que el tiempo es magnífico.

Llegaron al hotel a eso de las once y media, y entonces se halló el capitán con que uno de los neumáticos de su motocicleta se había deshinchado durante la noche y tenía él que arreglarlo, fastidiosa operación que le costó el hacerse bastante daño en un dedo. Después de esto, cogió un mapa local y se sentó al aire libre, frente a una de las mesitas del hotel, dándose a cavilar acerca de la probable dirección que habría seguido Bealby en su huida. Las últimas noticias que de él se tenían eran de que iba por el lado Este, encaminándose hacia el Sur.

Y ahora, a buscar en el mapa la carretera por donde pasaría. Sería ésta y no otra. Por ella iría mendigando.

Mientras el tiempo fuera bueno dormiría al raso. Y como andar... andaría... diez... doce... catorce... No: trece, trece millas diarias.

Contando así, lo natural sería que estuviera ahora en tal sitio. Y que al llegar la noche estuviera... en tal otro. Y aplicando la misma cuenta a mañana estaría en... Pero ¿y si al muchacho se le ocurría aprovecharse de alguno de los vehículos que pasaran y subirse a él? De todas suertes, no sería durante largo rato, y poco podría influir ello en los cálculos.

Como consecuencia, si mañana partiera él de allí y se fuera a alguna de aquellas encrucijadas que llevan el letrero indicador de que anda por aquellos alrededores una posada, cosa que en el mapa se encontraría, poco más o menos, a las veintiséis millas de recorrido, y si al llegar allí se dedicaba a un ojeo detenido del terreno, sería casi seguro que pudiera adquirir noticias del señor Bealby. Porque, vamos a ver: ¿había algún motivo serio para suponer que no se hubiera ido el chicuelo hacia el Sur desde el Este, tomando la dirección del mar?... Ni uno.

Y nada más quedaba ya que hacer ahora que explicarle todo eso bien claramente a Magdalena. Pero ¿por qué no estaba ya allí? A ver: ¿por qué?

Y cuando ya se hubiera encontrado a Bealby, ¿qué iba a hacer uno de él? Arrancarle la confesión de la verdad... consiguiéndolo mitad por amenazas y mitad por persuasión. Pero supongamos que, después de todo, no tuviera él nada que ver con el disgusto que se había llevado lord Moggeridge. Pero sí, tenía. Bueno: ¿y si resultara

que no? Vaya... que sí, que sí, que sí...

¿Y una vez se supiera ya la verdad?

Pues coger al muchacho y llevarlo volando a Londres, para presentárselo a lord Canciller y poner a éste cara a cara con los hechos. Pero ¿y si el lord se negaba a toda confrontación? Porque él era así: irascible como él solo y obstinadamente dado a la suya...

De momento, vio ya el capitán Douglas malogrados todos sus esfuerzos ante esa dificultad insuperable; mas, de pronto, surgió en su memoria el recuerdo de aquella amable y popular figura de su tío adoptivo lord Chickney, el del gran corpachón y los largos bigotes. Supongamos que, cogiendo al chico, se lo llevara él directamente a su tía Chickney, y le contara toda aquella historia. Ni el mismo lord Canciller se atrevería después a negarle una audiencia a un hombre como el general lord Chickney.

Cuanto más en claro iba poniendo sus proyectos, tanto más ansiaba comunicárselos a Magdalena de modo que los viera con igual claridad y los hallara convincentes.

Porque ante todo, lo que había que hacer era apoderarse del rapaz...

Cuando más enojado le tenía el constante eclipse de Magdalena, metió el pulgar en uno de los bolsillos del chaleco y tropezó allí con un pedacito de papel. Sacólo y se quedó mirándolo. Era el papel como un retazo de cartulina delgada que tenía la forma de una V muy curva, algo parecido a un pájaro que va a remontar el vuelo. De fijo que hacía meses que llevaba aquello en el bolsillo. Volvió a mirarlo, y, contemplándolo, se le desarrugó el ceño. Miró hacia la casa por encima del hombro, levantó cuan alto pudo el papelito y soltólo luego. Fue descendiendo oblicuamente, describiendo una curva hacia la izquierda; luego cambió de dirección y cayó al suelo hacia la derecha... ¿Por qué tales evoluciones? No parecía otra cosa sino que en mitad del vuelo hubiera cambiado de propósito. Lanzólo por segunda vez. El resultado fue el mismo... Y ¿si la curva de las alas fuera algo mayor? ¿Describiría entonces un ángulo más agudo o menos? No lo sabía... pero quiso probarlo.

Buscó en la faltriquera otro pedazo de papel; halló la carta de *lady* Laxton; sacó entonces un par de gruesas tijeras de bolsillo metidas en un estuche; escogió una página en blanco de la carta y púsose a cortar su improvisada V...

Al hacerlo tenía fijos los ojos en la otra que estaba aún en el suelo. Le parecía interesante el ver si la nueva, cortada de aquel modo, volvería a inclinarse hacia la izquierda o si iría describiendo zigzags. En su concepto esto es lo que debería ocurrir. Pero para aquella prueba se necesitaba soltar el recorte desde mayor altura, para que el vuelo fuera más largo. ¿Y si se encaramara sobre la silla?...

No, no quería hacer tal cosa delante de aquel maldito hotel. De él salió en aquel momento un hombre con delantal verde... uno de esos, sin duda, que se quedan mirándole a uno con aire impertinente. Bien podía ocurrírsele acercarse y ponerse a observar lo que estaba haciendo. Esa clase de gente es capaz de todo. Volvió el capitán a meterse en el bolsillo las tijeras y recortes consabidos; reclinóse en la silla con afectado aire de aburrimiento; se levantó a continuación; encendió un cigarrillo (cosa que no podía despertar la menor sospecha en el hombre del delantal), y dirigióse hacia un grupo de hayas que a poca distancia se hallaba y detrás del cual se divisaban matorrales y una pronunciada depresión del terreno. Tal vez allí le dejarían en paz, sin ir a molestarle con indiscretas miradas, mientras realizaba sus experimentos. El asunto aquel del ángulo más o menos agudo le parecía realmente curioso. Precisamente el no acertar a explicárselo con toda claridad era una prueba de ignorancia que servía de estímulo...

El rey Meal es el de la expresión preocupada en el rostro por los grandes cuidados que le agobian: el que ha de gobernar, el que ha de hacer algo; pero la reina ideal es distinta: es la que se muestra radiante de felicidad; la de digno y amable continente; la que ha de contentarse con ser algo, en vez de *hacerlo*. Así, cuando por fin, y cerca ya del mediodía, nuestra reina, la sin par Magdalena, salió como un sol de entre las nubes matinales, volviendo al mundo que la esperaba sumiso ante su puerta, mostrábase sumamente satisfecha de sí misma y del imperio que le había sido concedido por añadidura. Tenía plena conciencia de que era ella algo delicioso, estupendo, lo que se llama una real moza: sus manos; su cuerpo, que modelaba con suaves pliegues la falda graciosamente recogida por aquéllas; la mata de pelo, que le caía ondulante desde la frente... todo la colmaba de satisfacción, pareciéndole inmejorable. Por ello levantó con cierto discreto orgullo la cabeza

para recibir el homenaje, casi sincero y exento de envidia, de la camarera que encontró a su paso al descender la escalera del hotel. Bien había calculado ella su presentación ante los viajeros reunidos para el almuerzo, y se oyó murmurar: «¡Ah! ¡ahí está, por fin!», y no le faltó su corte particular de amigos que la esperaban en la galería situada frente a la puerta: Geedge, el profesor, su esposa, y hasta vino, cruzando el campo de césped, la señora Geedge. Pero... ¿y el novio?

Salíóse ella fuera de la galería, baja la plena luz del sol. No demostraba la menor sorpresa. Siguiéronla los demás, cumplimentándola con amables frases que ella contestaba sonriente. Pero... ¿y el novio?

No estaba allí. Parecía como que en aquel teatro el telón se hubiera levantado para que representara ella casi únicamente ante las filas de butacas vacías.

El enamorado joven debía de haberse aburrido soberanamente esperándola. De fijo que había pasado la mañana escribiendo versos en honor suyo o redactando una carta de poético estilo, que ella podría llevarse consigo y leer a solas... o bien emprendiendo algún largo paseo, durante el cual no pensara más que en ella. Estaría ahora por allí, donde no llamase mucho la atención, ruborizado el rostro, con aquel característico rubor suyo tan agradable y aquel mirar tímido, sumiso, vacilante, que resultaba infinitamente más grato y halagador que la descarada admiración. Dentro de poco, iría ella misma a encontrarle, porque tal era su carácter, abierto, amigo de entregarse sin tapujos, y le tendería ambas manos, de las cuales tomaría él una, como obedeciendo a cierta fuerza superior a su propia voluntad y en lucha con su acostumbrada reserva británica; se quedaría dudando sobre lo que debía hacer (lo que no serviría para otra cosa que para llamar más la atención de todos)... y, al fin, se atrevería a besarla...

Mas todo lo contrario era lo que ocurría, puesto que no estaba él allí...

Ni un momento pudo notarse que perdiera la joven por ello su serenidad. Sabía perfectamente que la más leve indicación hubiera bastado para que, tanto Judit como la señora Geedge, adivinaran en seguida la desilusión que aquella ausencia le había causado, aunque, de todos modos, nada habían de notar los hombres.

—¡Qué bien he descansado! dijo —Y entretanto ¿qué habéis hedió vosotros?

Judit había estado de charla, sumamente interesante; el señor Geedge había pasado el rato buscando truchas que pescar; su esposa, acompañando las palabras con ligera sonrisa, dijo haber estado atareada tomando algunas notas, haciendo —añadió con aire muy estudiado— ciertas *observaciones*; y en cuanto al profesor Bowles, afirmó haber estado jugando una partida de *golf* con el capitán.

—¿Y le ha tocado a él perder? —preguntó Magdalena.

—Juega con poco cuidado y es algo impaciente —contestó con modestia el profesor.

—¿Y después?

—Después desapareció —dijo el profesor Bowles, comprendiendo entonces adónde iba a parar ella con sus preguntas.

Hubo un momento de silencio, que interrumpió la señora Geedge para decir:

—Verás... —Y volvió a quedarse callada.

Todas las miradas se fijaron en ella como interrogando.

—Es algo... tan raro —añadió. La curiosidad fue en aumento.

—Tal vez no debiera decirlo... y, sin embargo, ¿a qué ocultarlo?

—¡Eso mismo! —exclamó el profesor, y todos se acercaron a la señora Geedge.

—La verdad es que resulta gracioso... ¡Era una cosa tan extraña!

—¿Se refiere eso al capitán? —preguntó Magdalena.

—Sí ¡Como él no sabía que yo le estuviera mirando!

—Pero ¿qué hacía?... ¿Escribir versos?

La idea pareció quitarle a Magdalena un peso de encima.

Eso lo explicaba todo. ¡Pobrecillo! De seguro buscaba un consonante y no había podido dar con él.

Pero del aire misterioso que adoptó la señora Geedge bien se colegía que no había estado él, precisamente, escribiendo versos.

—Veréis... —siguió diciendo ésta—. Estaba yo tendida entre irnos matorrales tomando algunas notas cuando apareció él. Continuó andando hacia lo más hondo del terreno hasta perderse de vista... Y ¿qué creéis que hacía? ¿No lo adivináis? Veinte minutos ha estado haciendo siempre lo mismo.

En efecto, nadie lo adivinó.

—Pues estaba sencillamente jugando con unos pedacitos de papel... así, como un chiquillo que juega con las hojas secas de los árboles. Los arroja al aire... los ve caer lentamente al suelo... y entonces se lanza sobre ellos para cogerlos.

—Pero... —objetó Magdalena. Y de pronto, con animada expresión, exclamó—: Vamos a verlo allí mismo.

Lo cierto era que se había quedado como anonadada. No podía entenderlo. Ocultó su estado de ánimo bajo la capa de su coquetona ligereza, que estaba ya lindando en el atolondramiento. Hasta cuando al poco rato, tras cuidadoso acecho de la hondonada, bajo la dirección de la señora Geedge y con la ayuda de todos, logró descubrir al capitán, aun siguió pareciéndole increíble todo aquello. Allí estaba su enamorado, de pie sobre la barra más alta de una empalizada, con las piernas muy abiertas, esforzándose en conservar el papelito recortado. Y ese era el hombre que en vez de estar allí, debía haber estado esperándola, en la sala del hotel, con febril impaciencia. Abrió el capitán los dedos, soltó aquel modelo de papel que ensayaba y mirólo caer arrastrado por el viento...

Dijérase, al verle, que nada había en el mundo que le preocupara tanto como aquello. ¡Como si ella no existiera!

Algún, rumor, algún furtivo roce, sin duda, llegó a su oído. Volvió el joven la cabeza rápidamente, como el culpable que ha sido descubierto, y vio a Magdalena y a sus acompañantes. Por cierto que acabó entonces de llenarla de asombro. Ni el más leve chispazo de amoroso júbilo brilló en los ojos del capitán, ni la más pequeña exclamación de alegría salió de sus labios. Lo que hizo fué apretar los puños, lanzar un juramento y arrojarle al suelo de cualquier modo, teniendo que apoyar en él las manos.

Estaba incomodado, muy incomodado con ella: bien claro lo veía.

Así fue como surgieron de nuevo las desavenencias, naturales entre hombre y mujer, en aquel amoroso sueño de Magdalena Philips, que apenas acababa de reanudarse. Pero ahora la falta de acuerdo era mucho más evidente que en la primera ruptura.

De pronto su novio adorado, el que solía halagarla hasta la adulación, el que la idolatraba, se convertía para ella en un extraño, en un hombre que la miraba con desvío. No se olvidó de recoger dos de aquellos papelitos recortados antes de dirigirse hacia ella, y

no asomaba a sus ojos la llamarada de amor que ella esperaba. Fue a besarle la mano como por pura fórmula de cortesía, y añadió, casi a continuación:

—Te he estado aguardando, con la esperanza de verte, toda la mañana, que se me ha hecho interminable. He tenido que entretenerme del mejor modo posible.

Hasta el tono con que pronunció estas palabras denotaba su resentimiento. Hablaba como si tuviera derecho a reclamarle algo, a exigirle que se mostrase más atenta con él. ¡Como si no fuera él quien, en vez de derechos, tenía sólo deberes que cumplir!

Decidió la joven, sin embargo, que nada de esto le impediría el continuar manifestándose tan encantadora como siempre.

Nada deseaba ella tanto como dar al olvido la desilusión que se había llevado al sorprender al capitán y, como consecuencia, otorgarle su perdón; pero ello mismo fue causa de que se quedara perpleja, dando apenas crédito a lo que veía, al notar, a poco, que volvía él a dar muestras de cierta embarazosa dificultad al expresarse. Revelábase por la extraña contracción de las cejas, por su aire distraído, por parecer como si de pronto hubiera corrido un velo sobre su jubilosa adoración de antes. Precisamente, no era difícil observar que su espíritu permanecía ajeno al encanto de la conversación que sostenía.

Parecióle a la joven que lo mejor sería que ella misma planteara abiertamente el asunto.

—¿Te preocupa alguna idea, *Dot*?

(*Dot* era el apodo que le habían sacado a él en la escuela, y que ella le aplicaba).

—Verás... no... Como preocuparme exactamente, no me preocupa. Pero me molesta, como es natural. Aquel dichoso muchacho...

—¿Es que tratabas de adivinar algo relativo a él... cuando empleabas aquella especie de sortilegio de los pedacitos de papel?

—No. Eso era otra cosa. Era... pues lo que te digo: otra cosa. Pero... ¿comprendes?... el rapaz ése..., probablemente nos aclararía el maldito misterio del asunto de lord Moggeridge... porque... ¿te vas haciendo cargo?... ese asunto es una pesadilla. Podría llegar a ponerme a mí en un compromiso muy desagradable...

Adivinábase que la cosa resultaba para él de muy difícil

expresión. El hecho era que, por un lado, deseaba ardientemente quedarse allí con ella, y, por otro, ansiaba marcharse.

La comida, la tardía puesta del sol de aquella tarde de junio y la noche de luna que a ella siguió, volvieron a reunirlos. Casi en perfecta armonía ambos, pudo él formular la idea de que, a la mañana siguiente, se levantada temprano y emprendería la persecución y consiguiente captura de Bealby.

—Sí, te levantas al rayar el alba —exclamó ella—. ¡Y qué hermosa debe estar el alba en esos días de verano!

Tuvo entonces una feliz inspiración.

—¡Dot! —exclamó—: yo también me levantaré con la aurora e iré contigo... ¡Bueno, sí!... Pero como ya dices tú mismo que no puede estar más lejos que eso de unas trece millas, le sorprenderemos en algún sitio durmiendo aún muy calentito en su cama. ¡Y la frescura que tendrá el aire a aquella hora! ¡Fresco aún como el rocío!

Pero ni con todos esos esfuerzos para hacerse agradable pudo vencer la tenaz obstinación con que se negaba a ello el capitán. Quiso Magdalena producir en él una especie de ilusión óptica que presentara a sus ojos como muy audaz y muy divertida aquella aventura; pero la frialdad con que él acogía sus palabras le demostraba con insistencia que su plan, para salir a la caza del muchacho, no le entusiasmaba.

Por diversos e insignificantes motivos tardó ella mucho en estar lista para aquella salida, y no pudo verificarse ésta hasta las siete y media. No poco influyó el retraso en el ánimo del joven, y cuando a ella se le ocurría palmotear de contento, ponerse a cantar o echar a correr (y corría como un gamo), en seguida le indicaba él que convenía calma y no apresurar demasiado el paso.

A la una y cuarto viólos ya regresar la señora Geedge. Andaban cerca uno de otro, pero como a dos pasos de distancia; parecían aburrirse soberanamente, como personas que han discutido ya todo lo susceptible de discusión, y no se les veía conversar como antes...

Por la tarde, Magdalena, fatigadísima, no salió de su cuarto, y fue en vano que el capitán Douglas buscara un momento oportuno para hablarle. El disgusto, la perplejidad, se reflejaban en el rostro del joven, no sin ciertos asomos de inclinación a tomar desesperadas resoluciones, y siempre que Judit le dirigía alguna

pregunta intencionada la evitaba, prefiriendo hablar del tiempo con la señora Geedge. Rechazó también la proposición que para ir al campo de *golf* le hizo el profesor Bowles, aludiendo de paso al descuidado modo de jugar que él tenía. —Pues le convendría a usted mucho— observó— el profesor contestando a su negativa. A eso de las tres y media, y sin participar a nadie sus propósitos, montó el capitán en su motocicleta y partió. No se vio a Magdalena hasta la hora de la comida y entonces presentóse cubierta de encajes y con tal alegría en el semblante que a la sagaz observación de la señora Geedge no le pasó por alto que era fingida.

Iba el capitán en su motocicleta con tal confusión de ideas en la cabeza que su cerebro era un verdadero caos. Había notado que los ojos de ella se llenaban de lágrimas. Fue cosa de un instante, pero realmente aquello eran lágrimas. ¿De qué? ¿De orgullo herido? ¿De pena? (Y ¿qué es peor para un novio: que la amada esté disgustada por su culpa o resentida?) Pero no habla más remedio que proceder a la busca y captura de aquel muchacho, porque de no echarle mano, se iría extendiendo cada día más la leyenda de que él se entretenía en mortificar a personas eminentes y de gran influencia con estúpidos bromazos, y esta mala reputación acabaría por ir destruyendo como un cáncer todo su porvenir profesional. Y si le echaban a perder la carrera, ¿qué clase de novio podía ser ya él? Esto sin contar a que se exponía a que no se le presentara ocasión para volar como aviador del ejército... Así, pues, costara lo que costara, no había otra solución que apoderarse de aquel muchacho. Dirigióse, con una velocidad de treinta y cinco millas por hora, a la posada que había marcado en su mapa como límite de la segunda jornada de Bealby. Era en realidad un figón de mala muerte donde el capitán tomó una taza de té infamemente hervido, y donde ni una palabra sabían de Bealby. Repasó el capitán Douglas sus cálculos por tercera vez, y sacó en conclusión que, lo que es aquella tarde del miércoles, había perdido el tiempo miserablemente. Quedábanle aún todo el jueves y la mayor parte del viernes a todo estirar. De fijo que llevaba ya recorridas el muchacho unas treinta millas o más. Y después de todo, bien podía haber pasado por allí sin llamar la atención de nadie. Pero ¿y si se le hubiera ocurrido tomar otro camino?

Decidió continuar por aquel mismo camino e ir preguntando en

las casas de campo en que pudiera parecerle probable que hubiese ido Bealby a pedir comida. Era una tarea para la que necesitaba cargarse de paciencia y hacer uso de toda la amabilidad y buena educación posibles.

Como consecuencia, varios de los habitantes de aquellas casas — en su mayor parte mujeres para quienes habían pasado ya los años de la vida tumultuosa y activa, abuelas, señoras de alto copete retiradas, o madres que se hallaban entonces poco atareadas, por tener a sus niños en la escuela municipal— recibieron la visita del capitán aquella tarde. Tan solitarios suelen estar aquellos hogares durante el día, que hasta los inspectores del distrito y los agentes electorales son recibidos allí como enviados del cielo, y sólo a los merodeadores se les pone mala cara. Al capitán se le trató como a una visita de las más distinguidas. En dos casas distintas invitaronle a tomar té, porque bien se veía que no sólo estaba acalorado y cubierto de polvo, sino que, de fijo, debía de tener una sed horrible, y una de aquellas ancianas le confesó que también ella había perdido a un chico así, años atrás, pero «¡ay! —añadió— no del modo que lo ha *perdido* usted, sino de otro modo peor», y se echó a llorar ¡pobre señora! Sólo pareció consolarse algo cuando le hubo contado al capitán tres anécdotas muy tiernas, pero extremadamente largas y detalladas en que el héroe era aquel rapaz, émulo de Bealby.

Encontróse también con un viejo sordo... —¡Oh, que pesadez de hombre!— que empezó por decirle que sí, que había visto a Bealby.

En fin, después de todo, el pobre hombre era sordo.

El ocaso sorprendió al capitán en un fresco prado comunal situado a cuarenta millas, lo menos, de distancia de aquel Real Hotel de *Redlake* del cual había salido. A tales horas había podido adquirir ya el convencimiento de que no puede confiarse en que los chicos que se escapan hayan de seguir precisamente una dirección fija, de acuerdo con las líneas trazadas en un plano por las más sabias inducciones. El asunto reclamaba un verdadero y detenido ojeo.

¿Regresaría disparado como una flecha al hotel de *Redlake* para partir, de nuevo, a la mañana siguiente, de modo ya definitivo?

Sintióse por un momento tentado a hacerlo; pero pensó que, en tal caso, no le dejaría *ella* volverse.

No, eso no, y no. De ningún modo. Era preciso otear todo el campo por el lado izquierdo, recorriendo por completo los caminos que, hablando a *grosso modo*, se podía decir que irradiaban desde el hotel de *Redlake* y estaban situados entre los hitos que marcaban las millas veinticinco y treinta y cinco.

Era de noche y andaba ya muy alta la luna cuando, por fin, llegó el capitán a Craymínster, antigua ciudad de escasa población, que había llegado a convertirse en un sencillo pueblo, en el valle de Crays. Estaba el joven poco menos que hambriento, desanimado por completo ante el fracaso, y allí resolvió comer y acabar de pasar la noche.

Comería ante todo, porque otra cosa no le permitía aquel voraz apetito, y luego se iría al bar o mostrador de la taberna para hablar acerca de Bealby.

Parecióle que con el estómago vacío no había de poder resistir ni su propia voz, repitiendo una vez más lo que ya le sonaba a fórmula estereotipada y fastidiosa: «¿Han oído ustedes decir algo... o han visto, por casualidad, durante los dos últimos días, a un muchacho que tendrá unos trece años, y que anda por ahí fugitivo? Es un chiquillo de recio y resuelto aspecto, colorado de cara, de pelo corto y áspero, bastante oscuro...»

Después de lo que bien podríamos llamar negociaciones preliminares, la posada del Ciervo blanco, que así se denominaba aquella del pueblo de Craymínster, proporcionó al capitán unas chuletas de carnero y una botella de vino de Australia. Sentóse aquél a la mesa en el reducido y dudoso, aunque decente, comedor de aquella especie de figón —adornado con anuncios de marcas de cerveza puestos en marcos y resguardados por cristales, festones de papel ondeado y malos grabados relativos a deportes— y desde la mesa pudo oír algo de lo que se murmuraba, no sin cierto misterio, en la especie de trastienda de la taberna.

En cuanto se notó su presencia, cesaron como por ensalmo todas las conversaciones. Era la trastienda una de aquellas de oscuros tonos, que hay en tales tabernas y que, dentro de su sencillez, resultan infinitamente más agradables a los ojos que las otras habitaciones decoradas con mal gusto, aunque con grandes pretensiones de elegancia. Seis o siete personas estaban sentadas en la habitación; pero el efecto que producían, esparcidas, era la de ser

más numerosas. Una de ellas era un hombre en traje de lanilla claro, cubierto, como la cara y el caballo, de un leve polvillo de harina, y mostrando en la expresión gran abatimiento y ansiedad. Evidentemente era un panadero. Estaba sentado ante una mesa, casi de bruces sobre ella, y en tal posición que parecía estar cuidando de algo enfermo e infinitamente preciso que bajo la mesa se escondía. Junto a él hallábase otro hombre de respetable aspecto, de facciones correctas y gran cabeza cubierta de pelo rubio, mientras que un individuo, coloradote, con cara de carnicero, fumaba en su pipa de blanca arcilla, junto a la chimenea. De otro que se veía algo apartado, con aire de hombre curioso y mequetrefe, bien podía suponerse que era un dependiente de una abacería que gustaba de tratarse con gente de categoría superior a la suya.

—Buenas noches —dijo el capitán.

—Buenas noches —contestó el hombre de la cabezota, con cierta reserva.

Afectando desembarazo, adelantóse el recién llegado y volvió a recitar lo de:

—Supongo que no habrán ustedes visto, por casualidad, a un muchacho que anda por ahí vagabundo. Es un chiquillo como de trece años, atrevido, resuelto, colorado de cara, de pelo corto y áspero, bastante obscuro...

Quedóse aquí parado, al ver la agitación que movía continuamente la pipa de arcilla en los labios del carnicero y el cambio de expresión que se notaba en la fisonomía de cada uno de los demás concurrentes.

—Le... le hemos visto —dijo, al fin, el hombre de la cabezota.

—Sin duda que si —afirmó una voz que salía de un rincón obscuro al cual no llegaba la escasa luz de la lámpara.

—Y yo, por mi parte —añadió melancólicamente el panadero—, me alegraré mucho de no volver a verle en la vida.

—¡Ah! —exclamó el capitán, asombrado de ver que, cuando menos lo esperaba, podía dar, al fin, con la pista reciente del fugitivo—. Pues eso me interesa mucho. ¿Dónde han visto ustedes al chicuelo?

—¡Maldito renacuajo! —exclamó el carnicero—. ¡Y que es audaz como él solo!...

—Allá va persiguiéndolo el señor Benshaw con su escopeta

cargada con un buen puñado de avena. Ya sabrá lo que le escuece si le da, y apuesto la cabeza a que le mete toda la carga en el cuerpo. ¡Ojalá! ¡Muy bien empleado le estaría!

—Sí..., lo que es mi pobre vientre no sé si volverá nunca más a estar como antes. ¡Es que me ha pegado un golpe!... ¡Un golpe horroroso!... ¿Quiere usted hacerme el favor, señor Horrocks, de darme otro vasito de coñac? Nada más que un vasito. Noto que me calma el dolor...

CAPITULO VI

BEALBY Y EL VAGABUNDO

Bien contra su voluntad había abandonado Bealby la famosa caravana, aun cuando, por su propio descuido, dejara ya de merecer este nombre. Anduvo apesadumbrado siguiendo las cumbres de las colinas entre los tejos y los bojes, hasta que le pareció que no resonaba ya en sus oídos ni el más lejano rumor del desastre ocurrido. Paróse entonces un rato y se puso a escuchar, lamentándose interiormente de la catástrofe, cambiando luego de rumbo para seguir un vallado que bordeaba unos plantíos, y así llegó a un escarpado sendero.

Ya era hora, pensó el muchacho, de que algo agradable le ocurriera. Hasta entonces, siempre hubo algo o alguien que viniera en su ayuda cuando mayores parecían la triste obscuridad y el frío que le rodeaban, y no le había faltado su cena, después de la cual o le habían llevado a la cama o le mandaban que se fuera a acostar. Hasta cuando se vio obligado a pasar una noche entre los intersticios de las paredes de Shonts, sabía que a poca distancia, allá debajo de la escalera, había una cama disponible para él. A no ser por el maldito vozarrón y los juramentos que se oían cada vez que intentaba moverse, a aquella cama se hubiera dirigido él. Pero al cruzar ahora el prado en medio de la incipiente obscuridad, bien comprendió que la pasada rutina había de quedar interrumpida. Por primera vez convencióse de que en el mundo podía carecerse de hogar.

No hay lobos en Inglaterra. Y, sin embargo, involuntariamente piensa uno en ellos, en lobos enormes, grises, del color del crepúsculo, que se deslizan calladamente, sin producir apenas

rumor alguno, acechando su presa desde mucho tiempo antes de arrojarle sobre ella.

Crucemos aprisa hasta llegar a la valla. Se abre la cancilla, se pasa rápidamente y se cierra en seguida, dando un portazo. Luego una carrerita y se llega a aquel plantío que baja por la ladera. Aquí parece que hay un sendero, algo vago, indeciso, es verdad; pero de seguro que ha de ser un sendero. Imaginémonos, al menos, que lo es.

Pero ¿qué es aquello que se divisa entre los árboles?

Se para, parece que se para, al mismo tiempo que Bealby. — ¡Pum, pum!— ¡Ah, bueno! Ese ruido no es más que el de los propios latidos del corazón.

¡Nada! ¡No hay nada! Fue pura ilusión. No buscan los lobos bosques como aquél, sino que viven en sitios más abiertos y despejados. Y luego, que no hay lobos. Con sólo dar un grito (aunque la voz no salga bien de la garganta, sino que sea sólo como una sombra de lo que debe ser una voz en otras ocasiones) huyen ellos en seguida. Son cobardes, muy cobardes. No cabe encontrar otro animal tan cobarde. Además, hay que contar con todo el poder que posee la mirada humana. Precisamente por esto no hacen más que acecharle a uno, y arrastrarse, arrastrarse constantemente siguiéndole. Dais media vuelta y les claváis los ojos: ¡nada!, ¡se han desvanecido!

Pero ¡vaya! no durará mucho la molestia, pensó Bealby. Pronto llegaría a alguna carretera y se encontrarla con alguien que fuera también de camino, y les daría las buenas noches al pasar. Gente campechana, contestarían también con agrado a su saludo. Mientras esto pensaba, conservaba el muchacho un trotecillo que empezaba a hacerle sudar. Obscurecía por momentos, y, de pronto, tropezó con algo. No dejaba de ser eso peligroso, porque cuando se cae es cuando se le echan a uno encima los lobos que le persiguen... Y eso no quiere decir que los haya, no; pero por si acaso los hubiera.

Lanzó Bealby un débil chillido al percibir el brillo de una hoguera que ardía entre las sombras de la parte alta del bosque. El hombre que junto a aquélla se hallaba miró curiosamente al oír el grito, como antes había estado ya escuchando el rumor de los pasos y tropezones; pero nada dijo.

En un minutó se abrió paso el muchacho entre, los matorrales,

llegó a un espacio abierto y quedóse mirando al hombre de la hoguera. El fantasma de los temidos lobos había desaparecido ya como por encanto; pero el rostro de Bealby seguía muy pálido por el terror de la soñada persecución, y toda su figura parecía, de tan encogida, mucho menor de lo que correspondía a su edad.

—¿Te has perdido? —preguntó el hombre de la hoguera.

—No podía encontrar el camino.

—¿Viene alguien contigo?

—No.

Reflexionó un poco el hombre y volvió a preguntar:

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—Ven acá, siéntate junto al fuego y descansa. No te haré el menor daño —añadió al ver que Bealby dudaba en obedecerle.

En su reducida experiencia del mundo, no recordaba el rapaz haber visto antes el aspecto que ofrece una figura humana que iluminan por la espalda vacilantes y rojas llamas. Parecióle que el efecto tenía mucho más de extraordinario que de agradable, por la falta de estabilidad que resultaba en todos los detalles. La nariz, por ejemplo, aparecía entre roma y aguileña: saltaban unas veces los ojos de sus negras cuencas y otras se hundían profundamente en ellas; siendo lo que menos variaba un vasto triángulo colocado bajo la barbilla. El hombre aquel, evidentemente un vagabundo de los que andan merodeando por el campo, hubiérale parecido a Bealby algo sobrenatural a no ser por el olor de comida que se desprendía de lo que estaba cocinando. Había en el condumio cebollas, nabos y pimienta, ingredientes que bastaban por sí solos para que, imaginándose la bondad del guiso, se le hiciera al chico la boca agua. Preparaba el hombre un estofado en un bote viejo que había suspendido de un palo a la lumbre, alimentando constantemente con ramillas la alegre fogata.

—Ven acá —repitió—. ¡Por vida de...! Te he dicho que no te haré ningún daño. Siéntate un rato sobre esas hojas y cuéntamelo todo.

Obedeció Bealby: pero lo único que dijo fue:

—Me he perdido —pues harto fatigado estaba para referir entonces historia alguna que resultara interesante.

—¿Has perdido el cuello? —le preguntó.

Echóse Bealby las manos al sitio donde debía de estar aquél y contestó:

—Me lo he quitado.

—¿Vienes de muy lejos?

—De por allá...

—¿Dónde?

—Allá.

—Pero ¿de qué lugar?

—No sé exactamente cómo se llama.

—Entonces ¿no está allí tu casa?

—No.

—Te has escapado, pues.

— ¡Tal vez sí!

— ¡Tal vez sí! Y ¿por qué tal vez? Te has escapado, sí. ¿A qué venir con mentiras? ¿Cuándo emprendiste el camino?

—El lunes —contestó Bealby.

Quedóse reflexionando el hombre.

—¿Y estás hartos ya de esa vida?

—No sé —replicó el muchacho, diciendo con ello la verdad.

—¿Quieres un poco de sopa?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Como comer, podría comer mucha.

—¡Ah! ¡Ya! No es eso lo que quiero decir. Lo que te pregunto es cuánto me pagarás por medio bote de sopa. No estoy yo para hacerle limosna a nadie. ¿Entiendes?

—Dos peniques —dijo Bealby.

Sacudió lentamente la cabeza, de derecha a izquierda, el mendigo, sacó del guiso el abollado cucharón que le servía para revolverlo, y probó como codiciosamente la sopa. La verdad es que era bien apetitosa... y que hasta patatas había echado el hombre en ella.

—Tres peniques —ofreció Bealby.

—¿Cuánto llevas? —preguntó el mendigo.

Bien claro se vio que Bealby dudaba acerca de la contestación que debía dar.

—Seis —dijo con débil voz.

—Seis es lo que vale —repuso el hombre—. Paga.

—¿Cómo será de grande el bote?

Buscó el mendigo detrás de él en la obscuridad y sacó un bote de dentada boca que había contenido en otro tiempo salmón, si no mentía el rótulo que aún conservaba.

—Será esto —dijo— y encima un buen mendrugo.

—¿Lo hará tal como lo dice? —preguntó Bealby.

—¿Tengo yo cara de engañar a la gente? —contestó el otro, y de pronto cayósele sobre un ojo un mechón de aquel su abundante pelo, dándole un aspecto singularmente amenazador. Bealby alargó las seis piezas de cobre, sin más discusión.

—Te serviré honradamente —dijo el mendigo después de escupir con afectación y de meterse el dinero en el bolsillo. Y cumplió su palabra. Decidió que la sopa estaba ya en su punto para comerla y la sirvió cuidadosamente Bealby comenzó en seguida.

—Ahí tienes una cebolla por añadidura —volvió a decir el mendigo tirándole una—. No me ha costado mucho y te la doy a ti de balde. No está mal, ¿verdad? ¡A tu salud!

Tragó Bealby la sopa y el pan humildemente; pero sin quitarle ojo de encima al que le había servido. Pensaba comer primero todo lo posible, quedarse sentado luego un rato, y después procurar que el mendigo le indicara cuál era el mejor camino para ir... a cualquier sitio distinto de aquél. Y entretanto el hombre iba mojando rápidamente pedacitos de pan en su propia sopa, y mientras los comía meditaba profundamente acerca de Bealby.

—Lo mejor que podrías hacer, chiquillo —dijo al fin—, es quedarte conmigo por algún tiempo. De todos modos, tampoco puedes ir a otra parte... al menos por esta noche.

—¿No podría ir andando hasta alguna ciudad o algo por el estilo?

—En estos bosques no hay completa seguridad.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—¿No has oído hablar nunca de gorilas..., una especie de monos negros muy grandes?

—Si —contestó Bealby con débil voz.

—Por ahí anda perdido uno que se escapó... hace una semana o más. Sí, sí, es positivo. Y como tú no eres aún un hombre fornido, yendo solo en medio de la obscuridad..., vamos, que podría ser que se le antojara salir a decirte algo... Por supuesto, que nada haría si

hubiera por allí un fuego o algún hombre..., pero viendo a un chiquillo como tú... Te lo digo con franqueza: por mí no te dejaría irte. Hay peligro. Claro está que no te digo esto para que te quedes conmigo, no. Las cosas claras: si te quieres marchar, te marchas; pero yo te aconsejaría que no. ¡Palabra!

—Y ¿de dónde ha salido? —preguntó Bealby.

—De una casa de fieras. Por poco mata a mordiscos al primero qué quiso cogerlo.

Después de pesar concienzudamente el muchacho qué era mejor, si el gorila o el mendigo, decidió que no se marcharía, y acercóse algo más a la lumbre —pero no demasiado—, animándose ya más la conversación.

Unas veces, pero sobre todo al principio, antojábasele a Bealby que la fiera en acecho aparecía en los ojos del mendigo, le miraba por entre el caído mechón de pelo y parecía querer echársele encima; mas otras veces hallaba a aquel hombre generoso, noble, alegre y sumamente divertido, especialmente cuando levantaba la voz y con ella la cerdosa barbilla. Y siempre, después de esto, aquel charlatán impenitente se convertía en un ser repulsivo, repugnante, y aquella cara, que se le acercaba iluminada por las llamas, le parecía algo que rastreada como un reptil y que hacía al muchacho retroceder con miedo. Mas, de pronto, volvía a verle como a un hombre fuerte, discreto y experto. Tales vacilaciones muestra continuamente la brújula que marca las impresiones morales que experimenta un muchacho.

El léxico que usaba el mendigo era de lo más raro que darse pueda, empleando no pocas palabras desconocidas para Bealby. Dábasele éste el sentido que mejor se le alcanzaba, y así, las ideas que iba suscitando aquel hombre flotaban indecisas en la mente del chicuelo, y continuamente tenía que ir revisando y corrigiendo lo que él había interpretado. A través de esos espesos y ondulantes velos iba naciendo en su conciencia un nuevo aspecto de la vida, un aspecto raro, que estaba fuera de la ley y resultaba poco limpio —sucio, muy sucio, en realidad, por todos los lados que se mirara— y horrible... y a pesar —de ello atractivo. Esto era lo peor: esa misma atracción. Tampoco carecía de cierto humorismo, porque, con toda su repulsiva porquería, llevaba en si algo de befa y de risa, amarga tal vez, pero, en fin, risa. Encerraba una dosis de alegría que el

señor Mergleson, por ejemplo, era incapaz de poseer, y tenía también algo penetrante, como el olor de cebolla, de ciertos ácidos o de asa fétida, al lado del cual resultaba insípido el recuerdo del señor Darling.

Hablóle de las carreteras y de cómo estaban allí ellas y el campo. Este era bueno, poco trabajado aún, y no había en él gran hostilidad hacia los que andan errantes y duermen al raso. Hay carreteras — como la de Londres a Brighton, por ejemplo—, en que, si enciende uno un fósforo, en seguida viene alguien corriendo a ver qué pasa. Pero aquí, como no se dedique uno demasiado a aligerar de peso las niaras que encuentra, todo el mundo te deja en paz. Y luego no miran tanto por faisán de más o menos, y puede uno quedarse a dormir en algún cobertizo de los corrales. Si yo le he puesto el ojo a uno, o a cualquier sotechado —siguió diciendo el mendigo—, tengo siempre buen cuidado de quedarme, mientras puedan verme, a cierta distancia de él, aunque este diluviando. Si no se hace así hay que ir a una casa de dormir o al asilo, si no quieres quedarte al raso. Y lo peor es eso: la lluvia, el encontrarse uno empapado. Tú no te has mojado aún, si empezaste la caminata el lunes. ¡Ah! ¡Calado hasta los huesos, y encima un viento helado para que se lleve la mojadura! ¡Por los clavos de Cristo! Una vez me arrojó a mí el viento fuera del abrigo de un seto de acebos. A cualquiera le parecería que un seto de acebos es suficiente protección, ¿eh? Pues no.

—El asilo es lo último a que se acude —siguió diciendo el mendigo—. Primero me iría yo medio desnudo a una casa de dormir. ¡Cristo! No sabes tú lo que es un asilo, no lo has catado aún.

Pero tampoco las casas de dormir eran ningún cielo. Habló de muchas de las patronas que las dirigían, de un modo raro, pero, al parecer, muy poco favorable. Y luego... en aquéllos malditos lugares no hacen más que estar lavando siempre. ¡Siempre lo mismo! Ves a uno lavándose aquí un par de medias; allá a otro lavándose la camisa. Y después lo secan al vapor. No sé a qué conduce el tomarse tanto trabajo. ¡Así como así ha de volver a ensuciarse!...

Habló también de los asilos y de los que los dirigen, empleando contra todo ello, ya duros, ya benévolos adjetivos. —Y después— añadió —hay allí la maldita costumbre del baño. ¡Eso es lo peor! De

todos modos, no siempre llueve, y si no llueve... ¡claro! puede uno conservar el cuerpo seco.

Volvió entonces a tratar de los aspectos más favorables de la vida nómada. Lo que a él le gustaba era la vida al aire libre. —¿No estamos aquí perfectamente?— dijo. Y descubrió, a la ligera, cómo gracias a sencillísimos hurtos habla podido procurarse lo que comían y que, con tal origen, resultaba más sabroso. Pero, volviendo a lo de antes, recordó que también algunas casas de dormir parecían tener su lado agradable. —Nunca ha estado yo en ninguna de éstas— dijo —Pero oye: ¿y dónde has dormido tú desde el lunes?

Explicó Bealby cómo había vivido formando parte de la caravana, y sus mismas frases le parecieron hartó frías y pobres para lo que aquello merecía.

—Suerte tuviste —dijo el mendigo—. ¡Claro! Cuando es uno muchacho, siempre tiene en su ayuda a la casualidad. En cambio, si yo, por ejemplo, tropezara con tres señoras así que viajaran en uno de esos carruajes, ¿crees tú que se les ocurriría decirme que subiera y las acompañara? ¡Ca! ¡Ni pensarlo!

Con manifiesta envidia siguió comentando las ventajas que de un afortunado encuentro como el de Bealby podían haberse sacado. —Es que tú eres inofensivo— afirmó en conclusión —Por eso te admitieron.

Apagóse casi la lumbre, y las sombras del bosque fueron acerándose más y más. La luz de la luna pasaba por entre las ramas, formando sólo como blancas barras que parecían apuntadas amenazadoramente contra cosas invisibles, esparciendo en el suelo manchas de color ceniciento semejantes a otros tantos rostros en acecho. Bajo la dirección del mendigo, buscó en torno suyo Bealby alguna broza y ramillas, reanimando el fuego hasta que, desvanecida la obscuridad y con ella el miedo del chico, que aún creía posible que se presentara allí el gorila escapado, oyó decir al hombre que aquellas llamaradas sí que eran una delicia. Había arreglado aquél una especie de lecho de hojas que invitaba a Bealby a hacerlo mayor y a compartirlo, y colocando, los pies frente a las llamas, continuó su interrumpido discurso. Versó éste acerca de diversos modos de robar o de estafar a la gente, y que él designaba con atractivos nombres, encareciendo las divertidas aventuras a que

daban pie, y diciendo de alguno de tales procedimientos que no sólo resultaban entretenidos, sino que eran obligatorios en todo estafador. Tan bello y elegante pintaba todo lo que era fraude, que a Bealby se le hizo ya difícil alguna vez el no renunciar a su concepto de que el fraude era realmente... lo que se llama un fraude...

Echado el chicuelo sobre, el lecho de hojas, junto al cuerpo del hombre tendido boca abajo, le escuchaba sintiendo que sus ideas se confundían, y con ellas sus nociones, de lo que es o no moral. El cuerpo del mendigo parecía como obscura, pero protectora loma, que a su lado se alzaba: no podía ver fuego más allá de donde llegaban las puntas de sus pies; pero las llamaradas se reflejaban contra los troncos de los árboles y danzaban con raras cabriolas que varias veces le llamaron la atención, obligándole a levantar la cabeza para contemplarlas... Ante el terror que la noche le había infundido, aquel mendigo representaba para él la humanidad, la especie a que él pertenecía, la base moral que necesitaba. Su voz era un consuelo, porque lo que explicaba le hacía a uno olvidar aquel silencio que le rodeaba y que parecía acecharle. La desconfianza que le inspiró al principio iba desapareciendo. Comenzó ya a considerar a aquel vagabundo como a un hombre excelente, de fraternal y generoso espíritu. Por otra parte, se iba ya acostumbrando a dar por suprimida cierta... —¿cómo le llamaremos?— cierta especie de barrera que el sentido del olfato le había obligado a establecer entre los dos, manteniéndose a prudente distancia del otro. El monólogo que éste sostenía dejó ya de consagrarse a irle inculcando nuevas ideas a Bealby: el mendigo se había tendido ahora en posición supina, con las manos cruzadas por debajo de la cabeza, y, al hablar, parecía dirigirse más que a su compañero a las estrellas, o mejor: en términos generales, al Universo entero. Su asunto no era ya, simplemente, el elogio de la vida nómada en sí misma, sino de la que él había llevado, del talento con que lo había hecho y de las admirables cualidades que poseía. Era aquello, en realidad, el consolador soliloquio que presta secreta fuerza, y preserva de la desesperación a innumerables vidas.

Todo, su empeño estribaba en dejar bien sentado que, si era un mendigo vagabundo, lo era por propia elección. Otra de las cosas que quería que constaran consistía en que si él había llegado a ser

un mendigo y no algo mejor, de ello había que culpar a los malvados y a los locos en quienes puso su confianza y a las viles maquinaciones de sus enemigos. En aquel mundo en que vivían personas de tan grandes cualidades como Isabel Berners, vivía también al parecer, otra muy mala, de ruines sentimientos, la esposa del mendigo, que le había hecho mucho daño por su misma pasividad. Bien claro se veía que no era capaz de apreciar los bienes que Dios le había otorgado. Era digna de las mayores censuras. —Es una mujer de aquellas— dijo el mendigo —para quienes la opinión de cualquiera vale siempre mucho más que la del propio marido. Siempre fue así—. A Bealby se le ocurrió, de pronto, que lo mismo había oído decir de su madre al señor Darling. —Es de aquella clase de mujeres— continuó el mendigo —que antes serían capaces de asistir a un mitin que a un café concierto. Preferiría esconder una peseta en cualquier grieta de la casa que gastarla en algo decente. Si le dieran a escoger entre distintas tareas que le propusieran, de fijo que preguntaría cuál era la más mal pagada y la que más horas había de durar, y entonces no te quepa duda que aquélla sería la que escogiera. Le parecería que así no había de correr el peligro de que la engañaran. Nació ya asustada de todo. Y si no hubiera nada absolutamente que hacer, se quedaría en casa y se pondría a fregar los suelos. ¡Cristo! Tal manía tiene con esto, que le dan a uno ganas de coger el maldito cubo y encasquetárselo en la cabeza, a ver si así se queda satisfecha...

—Yo no estoy —siguió diciendo el hombre— por ese sistema de arrastrarse siempre en esta vida y pasársela entre continuos —*¿quiere usted hacerme el favor?*— Yo digo que este mundo es tan *mío* como *tuyo*. Tú podrías tener muchos caballos, y coches, y casas, y quintas de recreo o mil cosas por el estilo, y creer que Dios me ha mandado a mí a este mundo para que ya ande bebiendo los vientos y trabajando para ti; pero yo soy de distinta opinión. ¿Me entiendes?

Bealby le entendió.

—Yo gusto de satisfacciones en la vida, ni más ni menos que tú, y si tú quieres que yo trabaje... ¡ah! para eso tienes que obligarme primero a ello... ¡y bien ha de costarte! A mí no me da la gana de trabajar. Quiero ir por mi cuenta, y libre, y andar a la que salta, que a la ocasión la pintan calva y hay que aprovecharse de ella en este

mundo. Las ocasiones son buenas, unas veces, y malas otras, y con frecuencia ve uno ya si han de venir bien o mal dadas, en cuanto la cosa se presenta...

Tras esto volvió el mendigo a dirigirle no pocas preguntas al muchacho y comenzó a hablar de proyectos futuros, pero muy próximos. Reclutaba él gente para llevar a las playas de moda.

—Siempre hay allí algo que hacer —dijo—. Si no andas con los ojos muy abiertos, te cogen, porque en aquellos sitios les tienen ojeriza a los mendigos, y te dan un mes de cárcel por pedir limosna en menos que se dice; pero siempre se encuentra por allí algún tonto que apueste un montón de chelines en favor de algún caballo enfermo. Puede ser uno allá útil para infinidad de negocios. Tú eres el tipo más a propósito para tales lugares, compañero. Lo vi en cuanto te puse el ojo encima.

Y comenzó a explicar proyectos. Al fin, fue concretando más, y con aire de adulación añadió, arrimándose dé pronto al muchacho:

—Tú y yo vamos a ser muy amigos..., vamos a trabajar en compañía. Me has caído en gracia. Seremos socios, ¿estás?

Echóle, con esto, el aliento a la cara, púsole una mano sobre la rodilla, apretándosela, y en definitiva, y al menos mirando las cosas en conjunto, Bealby se sintió muy honrado con haber obtenido su protección...

La luz reveladora de una mañana serena privó, sin embargo, al mendigo de gran parte del ilusorio prestigio adquirido durante la noche. Claro y patenté fue que no sólo iba sin afeitar, sino extremadamente sucio. Y no era esa suciedad la propia y acostumbrada en la vida rural, sino que bien se veía que en los últimos días debió de haber estado en íntimas relaciones con algún depósito de carbón. Mostrábase taciturno y de humor fácilmente irritable; quejóse de que eso de dormir al raso acabaría por matarle, y, en fin, hasta en el almuerzo se notó demasiado la ausencia de las comodidades que brinda un bien cuidado hogar. Con el alimento pareció despejarse algo nuestro hombre, llegando a mostrarse hasta ocurrente; pero no por ello dejó de parecer repulsivo. Un inevitable impulso de repugnancia comenzó a adueñarse de Bealby, y mientras iba andando en pos del mendigo trazaba en su mente toda clase de planes para separarse de él calladamente.

Lejos de mi ánimo la idea de acusar al muchacho de ingratitud;

pero ello es que aquella misma aversión que le convirtió en desleal subordinado del señor Mergleson, atacaba ahora por su base su nueva camaradería con el mendigo y fue causa de que tampoco con él obrara con lealtad. Dejó que aquél fuera exponiendo proyectos, confiando en su continua adhesión, y ni siquiera le advirtió lo que pensaba hacer. Verdad que, por otro lado, Bealby debía a su madre un instintivo horror al robo, y desde el momento que el mismo interesado lo confesaba llanamente, era preciso admitir que aquél hombre robaba.

Otro pormenor había contribuido a alejar la voluntad de Bealby del mendigo, al propio tiempo que le mantenía unido en lo material a él. Recordará el lector atento que el muchacho poseía exactamente dos chelines y dos peniques y medio, cuando, a través del bosque, llegó al sitio en que brillaba la hoguera. De los dos chelines y medio y del cambio que le sobró del chelín que para el teatro le dio Magdalena Philips, faltaban seis peniques y medio, gastados en un cuello, y los seis peniques que le había entregado al mendigo, en pago de la sopa. Pero todo aquel saldo estaba ahora en el bolsillo de su acompañante. El dinero no puede ocultarse, habla, y su voz fue oída por el mendigo. No se lo quitó a Bealby, pero lo obtuvo de éste en la forma siguiente: «Tú y yo formamos compañía —le dijo—, y uno de los dos conviene que sea el tesorero, Este uno soy yo. Yo sabré atar mejor los cordones de la bolsa. Por lo tanto, compañero, dame todo lo que tengas».

Y después de darle a entender que si se negaba a ello, corría el peligro de que le sacara los hígados. Be verificó la transferencia. Bealby fue registrado minuciosamente, con toda amabilidad, pero con implacable firmeza...

Creía el mendigo que aquella dificultad estaba ya no sólo orillada por completó, sino hasta olvidada. Poco podría él figurarse las ideas de rebeldía y de traición que hervían en la mente de su compañero, ni suponer que su personal apariencia, sus modales, el ambiente moral que a su lado se respiraba (y ¡ay! hasta el físico) eran juzgados con criterio absolutamente hostil. Perecía que se había asegurado un compañero tan joven como sumiso, tan agradable como útil, y que para ello había empleado un medio que acabaría de estrechar los lazos que les unían: no contaba él con la ingratitud. «Si alguien te pregunta quién soy, advirtióle, di que soy

tu tío, y llámame así». Echó a andar, yendo siempre delante, a pequeña distancia, con una especie de amplios movimientos rítmicos que eran característicos en él, y entretanto iba trazando planes para el más agradable y provechoso empleo de aquel día. Lo primero, cerveza..., mucha cerveza. Después tabaco. Más tarde, tal vez le compraría a Bealby un poco de pan y de queso. «Tú no puedes entrar aquí», díjole ante la primera cervecería que encontraron. «Eres menor de edad, rapaz. Y no es que yo me meta en ello, compañerito, sino el Jefe de Policía. Dale a él la culpa. Este señor no halla el menor inconveniente en que tú vayas a trabajar para otro que pueda necesitar tus servicios o cosa por el estilo: esto es bueno y conveniente para tu salud; pero tiene buen cuidado de que no entres en ninguna cervecería. Por lo tanto, hazme el favor de esperar ahí fuera. Ya te vigilaré yo desde dentro».

—Pero ¿va usted a gastar mi dinero? —preguntó Bealby.

—Voy a buscar provisiones para la sociedad que formamos —contestó el mendigo.

—Usted..., usted no tiene ningún derecho a gastarse mi dinero —repuso el muchacho.

—Yo... ¡qué demonio!... Ya te compraré bombones, hombre —díjole el otro con aire de reproche—. Ya te lo he dicho: no es de mí de quien te has de quejar, sino del Jefe de Policía. ¡Qué le voy a hacer yo! No puedo pelearme con los que hacen las leyes.

—No tiene usted derecho a gastar mi dinero —repitió Bealby.

—No te alborotes, muchacho. ¿Qué culpa tengo yo?

—Se lo diré a un guardia. Devuélvame mi dinero y déjeme marcharme.

Dio en torno un vistazo el mendigo para ver cómo se presentaba la atmósfera social. No había cuidado: ni un policía andaba por allí. No había más que la tranquila cervecería de la esquina, de aspecto amigo, un perro que dormía y un viejo que, vuelto de espaldas, cavaba un hoyo. Acercóse el vagabundo a Bealby, y díjole en tono confidencial: «Y ¿quién va a creerte? Y, por otra parte, ¿cómo entraste tú en posesión de este dinero?»

Además: «No voy a gastar tu dinero. Tengo aún del mío. ¡Mira! ¿Ves? Aquí está». Y de pronto mostró por un momento, y retiró en seguida, ante los asombrados ojos de Bealby, tres chelines y dos piezas de cobre, que el muchacho creyó reconocer. Tenía antes el

hombre un chelín que era suyo...

Quedóse Bealby esperando en la puerta.

Cuando salió el mendigo, iba de muy buen humor, llevaba los bombones y fumaba dando grandes chupetones a una pipa corta de arcilla.

—Ahí tienes —dijo con aire generoso y espléndido, sin sacarse la pipa de entre los dientes y alargándole a Bealby no sólo los bombones, sino otra de aquellas cortas y blancas pipas que estaba aún sin estrenar—. Llénala —añadió, ofreciéndole tabaco—. Tan tuyo es esto como mío. Pero procura que no te vea el Jefe de Policía: eso es todo lo que has de hacer. Tiene también una ley que habla de esto.

Bealby se quedó con la pipa en la mano, que cerró inmediatamente. Ya había él fumado antes... una sola vez. Lo recordaba aún en todos sus detalles, como si fuera cosa de ayer, aunque habían transcurrido ya seis meses. Y, sin embargo, no quería rechazar aquel tabaco, dejando de usarlo. «No —dijo—, no fumaré ahora, sino más tarde».

Y el mendigo se guardó en el bolsillo el paquete de tabaco de Virginia, con aire del que ha cumplido como un caballero.

Continuaron su camino, formando la más mal avenida pareja de este mundo.

Durante todo el día estuvo rabiando Bealby de verse sujeto a aquel hombre de tal modo, y tuvo que ver cómo su capital iba disminuyendo en el bolsillo del vagabundo. Almorzaron, comiendo pan y queso, después de lo cual echóse el hombre al cuerpo un buen trago de cerveza a la salud de ambos, y al fin dieron en un terreno comunal, donde pareció que podían descansar agradablemente. Tras el merecido reposo en una bien resguardada cueva, entre plantas espinosas, sacó el mendigo una grasienta baraja y le enseñó a Bealby a jugar. Por lo visto, no llevaba aquel hombre en los faldones de su sucio chaqué bolsillos propiamente dichos y bien limitados, sino que todo el forro de la prenda venía a constituir una seda y vasta faltriquera. Varias curvas y protuberancias indicaban el sitio ocupado por la lata en que cocinaba, la que le servía para comer, algún nabo, y otras cosas desconocidas que eran de su propiedad. Comenzó el juego, al principio, desinteresadamente, y acabaron ambos jugando, para ver quién ganaba el resto del dinero

que le quedaba al vagabundo en el bolsillo. Y cuando ya el muchacho había aprendido bien el juego que le enseñaban, todo aquel capital pertenecía a su acompañante. Pero era éste harto generoso para aprovecharse de ello, y así dijo que continuarían, a pesar de todo, partiendo lo mismo que antes. Entonces quiso mostrarse comunicativo. Buscó dentro del saco que formaba el forro de su ropa, y extrajo de él una especie de paleta de color oscuro, algo semejante a un trozo de pedernal. Mirólo gravemente y, durante un momento, se lo mostró a Bealby. —Adivina lo que es esto— le dijo.

Dióse el muchacho por vencido. No sabía lo que era.

—Huélelo.

El olor era nauseabundo. Algo había en él que no le era desconocido, pero mezclado con un extraño y paradójico olor de desinfectante que no acabó de reconocer, lo que sólo podía servirle como base para una infinidad de suposiciones.

—¿Qué es? —preguntó.

—Jabón. Pero ¿para qué sirve, verdad?... Ya sabía yo que me lo preguntarías... ¿Para qué sirve generalmente el jabón?

—Para lavar —contestó Bealby, esforzándose, al mismo tiempo, en adivinar para qué serviría aquello.

Movió el hombre la cabeza negativamente.

—Para hacer espuma —replicó—. Con esto imito los accidentes que hago ver que me dan. ¿Entiendes? Me meto un pedazo de esto en la boca, lo disuelvo, y empiezo a revolearme en el suelo, produciendo una especie de gemidos. ¿Creerás que me ha valido muchas veces mis buenos vasos de coñac...? De coñac puro, ¿eh?... que la gente me ha dado. La cosa no es siempre segura —nada hay seguro en este mundo—. Algunas veces me ha salido mal... Una vez fue causa de que me mordiera un maldito perrillo —lo que me hizo levantar más que de prisa— y otra se le ocurrió a un buen señor muy viejo registrarme los bolsillos. «¡Infeliz! —dijo—, ¡quién sabe si no tiene ni para comer! Veamos si lleva algo encima...» Como yo llevaba toda clase de cosas, no me convenía que empezara él a curiosear... Pero no se me pasó el ataque tan rápidamente que le parara a tiempo las manos. Esto fue causa de que lo que me ocurrió no fuera muy agradable...

Es la vieja canción de siempre —continuó diciendo el mendigo

—, pero es sorprendente el resultado que da en los pueblecillos tranquilos y retirados. Dijérase que les divierte. O bien, hay otro recurso, el de caerse de pronto frente a un grupo de ciclistas que van de excursión. La mayor parte de esos ardiditos viejos son los mejores, y bien pocos hay que yo, *Billy Bridget*, no conozca. Bien puedes decir que has tenido suerte al dar conmigo, compañero. *Billy Bridget* es hombre que no se deja morir de hambre así como así. Y bien sé yo todas las teclas que hay que tocar. Sé lo que hay que hacer y lo que debe evitarse. Y tengo yo un olfato para saber dónde está un policía... ni más ni menos que el que alguna gente tiene para adivinar dónde hay un gato. Sería capaz de descubrirlo aunque estuviera escondido en un cuarto...

El flujo de palabras de nuestro hombre fue menguando.-

—¡Bueno! —dijo al fin—, es hora de levantarnos y de hacer algo...

Siguieron por unos umbreros senderos entre setos, y a través de un parque abierto, orillando luego un ejido desde el cual se divisaba el mar. Y entre otras cosas, dijo entonces el mendigo:

—Es hora de que comencemos a buscar provisiones.

Volvió al decir esto la cara a derecha e izquierda, como si su descomunal nariz olfateara algo.

Durante toda la tarde estuvo hablando nuestro hombre acerca de la justicia o injusticia de los derechos de propiedad, de un modo que a Bealby le pareció tan nuevo como inquietador. Por lo visto, el concepto que tenía el mendigo de la posesión y del robo era completamente distinto del del muchacho. Nunca se le hubiera ocurrido a éste que fuera posible tal diferencia de ideas: pero el hombre se empeñaba en sostener que la mayor parte de las cosas poseídas lo eran indebidamente, y que la honradez era un código inventado por los que tienen algo, para uso de los que nada tienen.

—Se han apoderado de él —dijo—, y quieren conservarlo, únicamente en beneficio suyo... ¿Tengo yo cara de haberle robado mucho a nadie? No soy yo el que se apoderó de toda esa tierra y empezó a ponerle letreros para mantener alejado de ella a todo el mundo. No soy yo el que se pasa los días y las noches cavilando cómo podrá hacerlo para apropiarse aún más y más extensión...

»No se lo envidio —continuó—. Cada uno tiene sus gustos. Pero que no me vengan a mí a armar un cisco porque el que no es un

judío como ellos se procura un bocado de comida que le hace falta... Vaya, todo eso son paparruchas...

»Ellos son los que se han inventado las leyes que rigen en ese juego, y hasta ahora nadie me ha preguntado si yo quería tomar parte en él. ¡Y cuidado que yo no se lo censuro! Pero tú y yo podríamos hacer muy bien lo mismo que ellos hacen. Sin embargo, el diablo me lleve si veo pizca de sentido común en querer que yo observe las leyes de ese juego. Este mundo debiera ser como una acción que ha sido puesta, en circulación; esto es lo que Dios quiso que fuera. Y a mí... y a ti, nos han quitado nuestra acción. Esto nos justifica plenamente.

—Pero el robar no es justo —dijo Bealby.

—No, no es justo robar..., verdaderamente. No es justo..., pero es universal. Ahí tienes a ese hombre que está detrás de esa cerca: pregúntale dónde encontró la tierra que posee. ¡Robar! A lo que tú llamas robar, compañerito, le llamo yo restituir. De seguro que tú ni siquiera has oído hablar de socialismo.

—Pues ya lo creo que he oído hablar de socialistas. Son gente que no creen en Dios ni tienen pizca de moralidad.

—No lo creas. —¡Vaya!... Si la mitad de los socialistas son curas. Lo que yo estoy diciendo no es más que el socialismo... llevado a la práctica. Yo soy socialista. ¡El socialismo! Yo lo conozco perfectamente. No hay nada de él que puedas tú enseñarme. ¡Como que, nada menos, fui yo, durante tres semanas, uno de esos oradores antisocialistas que andan por ahí predicando! Para ello me pagaban. Y yo te aseguro que no hay en el mundo propiedad ni cosa que se le parezca: todo eso no es más que un puro y condenado escamoteo que nos hacen. Senadores, diputados, jueces, toda esa pandilla, no son otra cosa que unos malditos compradores de objetos robados, y en el montón podemos incluir también a los abogados. ¡Y me vienes tú a mí a hablar de robar! ¡Conque robar!, ¿eh?

El tono orgulloso que había adoptado el vagabundo y la fuerza con que pronunciaba la palabra *robar*, alargándola el separar las sílabas, eran capaces de inquietar a cualquiera que fuese algo impresionable. Compraron té y mantequilla en una tienda de uno de los pueblos que atravesaron, y el mendigo preparó el té, con gran destreza, en su lata vieja, comiendo después ambos sendos pedazos

de pan en el que habían untado generosamente hasta dos onzas de margarina. —Vaya, que vivimos alimentados como dos gallos de pelea— dijo el mendigo, limpiando el sencillísimo utensilio de cocina con un extremo de la manga de la camisa —Y mucho me he de equivocar si no dormimos esta noche sobre un buen lecho de heno...

Pero esta suposición vino a ser destruida por una repentina tentación, y en vez de la regalada noche de verano que imaginaron, tuvieron que pasar otra llena de molestias y de remordimientos.

Un caminillo cubierto de hierba les atrajo, desviándoles de la carretera, y tras algunos rodeos les condujo más allá de un campo en que había unos alambrados que encerraban buen número de gallinas junto a una casa de campo, un huerto y ciertas dependencias de la casa recientemente edificadas, y no sin pretensiones. Evidentemente era aquello una granja avícola, y algo vio en ella el vagabundo que le indujo a creer que no había nadie allí entonces para guardar la granja.

Esas imaginaciones que tomamos por la realidad misma son instintivas, se nos meten en la cabeza sin saber por qué. Bien lo sabía él, y al propio tiempo que se forjaba aquel convencimiento, sintió el vivísimo deseo de cerciorarse de qué era lo que había en el interior de la casa. Pero le pareció que lo mejor sería que el trabajo de exploración lo hiciera Bealby. Pensó inmediatamente en que podía haber allí perros, pero que tal idea no se le ocurriría al muchacho, por lo que obraría con mayor desembarazo. Así, pues, en él confió para la tarea. —Vamos a dar una mirada por aquí— dijo —Tú entras y me dices lo que hay dentro...

No coincidieron por completo las opiniones de ambos.

—Pero si yo no te pido que te apoderes de nada —decía el mendigo...— Si nadie va a cogerte... Te digo que nadie te cogerá... Si no hay nadie aquí para ponerte la mano encima... No se trata más que de darnos el gusto de ver lo que hay dentro. Yo daré la vuelta por los cobertizos y vigilaré para que nadie venga... ¿Y eso te da miedo? ¿El meterte por un caminillo de jardín?... ¡Hombre! ¡Si te digo que no quiero que robes nada!... ¡Vaya, qué pocos redaños tienes tú si una cosa así te da miedo!... Si no has de hacerlo solo: yo estaré también... Me figuraba yo que nadie mejor que tú para explorar el terreno... ¡Bueno! ¿Que no tienes miedo? Pues si no lo

tuvieras, lo harías... ¡Vaya, al fin! Y si habías de hacerlo, ¿por qué no decir que sí desde el principio?

Pasó Bealby a través del seto y remontó una senda abierta en el césped por entre las hileras de gallineros, inspeccionó cautelosamente las dependencias exteriores de la granja y, al fin, se acercó a la casa principal. Todo estaba en silencio y tranquilo. Parecióle mucho mejor dirigirse a la puerta que mirar a través de la ventana. Llamó, y tras un rato en que nadie contestara, decidióse a levantar el pestillo, abrió y dio una ojeada en torno de la habitación. Estaba ésta agradablemente amueblada, y frente a la apagada chimenea, inútil en verano, hallábase sentado en un sillón un hombre sumamente pálido, sumido, al parecer, en honda y dolorosa meditación. Ofrecía un aspecto raro, como encogido y grisáceo: tenía cerrados los ojos, y una de sus manos, blanca y brillante como el alabastro, oprimía el brazo del sillón... Algo había en él que tuvo a Bealby en completa inmovilidad durante un rato.

Y lo que hizo luego aquel viejo fue por demás extraño. Se le encogió más el cuerpo, deslizáronse las manos de los brazos del sillón, bajó la cabeza, y la boca y los ojos se le abrieron al propio tiempo. Lanzó entonces una especie de ronquido...

Por unos instantes permaneció el muchacho rígido y boquiabierto de sorpresa, mas luego sintió el violentísimo deseo de echar a correr hacia donde había quedado el mendigo, y así lo hizo, pasando por entre los gallineros.

Esforzóse en describirle a aquél lo que había visto.

—Es que se ha quedado dormido con la boca abierta —observó el vagabundo—. ¡Bueno! No hay para qué maravillarse tanto. ¿Traes algo? Esto es lo que yo quiero saber... Pero ¡hombre! ¿Habrás visto otro muchacho como éste?... Pues iré yo mismo... Quédate tú vigilando ahí fuera.

Pero había en aquel viejo de la casa algo raro, tan raro y tan superior a la voluntad de Bealby, que no pudo quedarse éste, quieto y solo, en aquel sitio, y precisamente cuando comenzaba a obscurecer. Siguió la cautelosa marcha del mendigo hacia la habitación. Desde la esquina de uno de los cobertizos, viole acercarse a la puerta principal, que estaba abierta, y mirar hacia dentro. Así se quedó un rato, en que su cabeza no era visible para Bealby... Luego entró.

Deseaba el chiquillo ardientemente que alguien más se presentara allí. Desde el fondo del alma, pedía, sin hablar, auxilio contra algo vagamente adivinado y que le aterrorizaba. Y precisamente en el mismo momento en que formara este deseo, llegó la realización. Vio avanzar por el caminito del jardín a una mujer alta, vestida con traje azul de jerga, sin sombrero y casi corriendo, mientras llevaba en la mano un paquetito (una medicina). Con ella venía un perrazo negro. Al ver éste a Bealby, se adelantó ladrando, y, tras unos instantes de vacilación, volvióse en redondo el muchacho y huyó.

Si vivo y ágil era el perro, más lo era el rapaz. Se encaramó a uno de los enrejados destinados a las gallinas, y al dirigirle el animal una dentellada a los talones, ni siquiera pudo tocarle. Entonces salía disparado, por la puerta principal de la casa, el mendigo. Bajo uno de los brazos llevaba una cajita para labores, con adornos de latón, y bajo el otro un candelero y algunos objetos de menor bulto. No se hizo cargo, en el primer momento, de la situación de su perseguido compañero, pues hartó le preocupaba el deseo de huir él mismo de la mujer; mas cuando se vio entre ella y el perro, escapósele un grito de terror, y hartó tardíamente pensó en imitar a Bealby. La cajita que llevaba y los demás objetos cayeron al suelo; por un angustioso momento viósele agarrarse del enrejado de las gallinas, que cedió, y entretanto, llegando el perro, pudo hacer presa en él.

Tras el primer mordisco, soltóle, y viéndose frente al hombre y el muchacho a la vez, retrocedió. Bealby y el mendigo fueron rodando por el suelo, desenredáronse como pudieron, ya del otro lado de aquella especie de metálica red caída, echaron a correr paralelamente en dirección al seto, y estaban ya a mitad del camino cuando el perro volvía al ataque, aunque esta vez no con tanta vehemencia.

Ni siquiera se les echó encima, y al llegar al seto paróse del todo y se quedó ladrándole furiosamente a la obscuridad crepuscular que del otro lado se iba extendiendo.

En cuanto a la mujer, parecía haberse metido en la casa, dejando esparcido en el campo de batalla el abandonado botín del mendigo.

—Esto quiere decir que hay que evaporarse —dijo éste dando el ejemplo y emprendiendo una carrera loca.

Bealby comprendió que no le quedaba más remedio que seguirle.

Huyeron a través de las sombras de la noche, y, a lo que a él le pareció, durante interminables horas. Al fin, cuando ya no podían más y los pies les dolían horriblemente, hallaron, pasando a través de una empalizada, un sitio donde acurrucarse incómodamente, allá en uno de los rincones de un campo.

Poco hablaron mientras estuvieron corriendo; pero el mendigo no cesó de lamentarse entre dientes y como conversando consigo mismo. Traíale preocupado la idea de llegar a sufrir de hidrofobia. «De fijo que la he cogido —decía—. Esta vez no me escapo..., estoy seguro...»

Escuchábele Bealby al principio; pero, al cabo, dejó ya de hacerle caso. Otra cosa le tenía a él pensativo: aquel hombre tan pálido que había visto sentado en el sillón, y lo raro de sus movimientos. —¿Estaba despierto cuando usted lo vio?— preguntó al fin.

—¿Despierto?... ¿Quién?

—Aquel viejo.

Paso un momento antes de que le contestara el mendigo.

—No estaba despierto, tonto —dijo, por fin.

—Pero... ¿es que no estaba?...

—¡Claro!... ¿No lo sabes? Acababa de dar el último graznido... acababa de liarlas para el otro barrio... en el mismo momento en que le viste tú.

Quedóse Bealby por unos instantes mudo de asombro. Luego preguntó con débil voz:

—¿Quiere usted decir que... que estaba muerto?

—Pero ¿no lo sabías? ¡Ay Dios! ¡Qué chiquillo! ¡Qué chiquillo!

De tal modo vio Bealby por primera vez el cadáver de un hombre. Nunca había visto antes a una persona muerta, por lo que ya toda la noche se imaginó que aquel hombre tan pálido se le aparecía persiguiéndole, y que sus ojos, tan raros, se iban abriendo lentamente, la cabeza se inclinaba a un lado y la boca se abría de pronto en un bostezo absurdo...

Convencióse Bealby de que habla ido a parar a manos de un ladrón, y ya se imaginaba en la sombra a la ofendida ley persiguiéndole para castigarle. Y al terror propio se juntaba el que

sentía por su compañero.

Esforzóse en discurrir qué era lo que haría a la mañana siguiente. Temblaba yo pensando en cuándo se haría de día. Pero las repetidas lamentaciones y el continuo refunfuñar del vagabundo no le daban punto de reposo para coordinar sus pensamientos. Bien sabía Bealby que tenía que hallar modo de separarse de su compañero; pero harto triste y apesadumbrado estaba ahora para ocurrírsele que el huir de él era recurso de posible aplicación. Por otra parte: había que resolver el asunto de su dinero. Y más allá de donde podía alcanzar la voz del vagabundo había también obscuridades que, al menos durante aquella noche, cabía muy bien que tomaran le forma de amenazadores peligros. Pero ¿no podría acudir a la ley en demanda de salvación? ¿No podría él delatar a su compañero para librarse del castigo que le correspondiese?

De cuando en cuando movíase el vagabundo para cambiar su incómoda posición, y volvía a oírse su voz, lamentándose de la suerte que le esperaba y discurriendo acerca de los perros de guarda, contra los cuales lanzaba a veces violentas invectivas.

Hacia la hora del alba durmióse Bealby, hasta que vino a sacarle de su agitado sueño la curiosidad de tres potros que relinchaban junto a él. Sentóse en seguida, recibiendo en pleno rostro la luz deslumbrante del sol y viendo al vagabundo hecho un ovillo, muy sucio, dormido con la boca muy abierta y mostrando en las facciones una expresión de desaliento y casi de desesperación.

Bealby aprovechó la ocasión para evadirse aquella mañana, mientras su compañero estaba ocupado en su fingida epilepsia.

—Me siento dispuesto para tener un ataque esta mañana —dijo el hombre—. Creo que lo haría muy bien. Echo de menos él sentirme tratado por los hombres con un poco de amabilidad. Sobre todo, después de aquel maldito perro. Me parece que pronto podré echar espumarajos por la boca, sin necesidad del pedazo de jabón.

Fijáronse en una casita de campo frente a la cual un señor viejo de bondadoso aspecto, con gafas, gran sombrero de paja y una chaquetilla de alpaca, estaba entretenido injertando unos rosales. Después de observarle, se retiraron ambos, preparándose. Entregó el vagabundo al muchacho varias de las cosas que llevaba, y que hubieran podido comprometerle si a las personas caritativas que asistieran al falso epiléptico, se le hubiera antojado registrarle. Allí

estaban, por ejemplo, un trozo de jabón que quedaba después de tomar él todo lo que podía necesitar para el inmediato uso nueve peniques en calderilla; la baraja con que habían jugado antes ambos; una llave, o cosa por el estilo, y algunos trozos de alambre; bramantes de todas clases; tres botes de hojalata; un gran mendrugo; un cabo de vela; una caja de fósforos de los de azufre; unas zapatillas, de orillo; un par de guantes; una navaja y diversos trapos de color gris. Todo eso parecía impregnado del olor característico del vagabundo...

—Si llegas a levantar el vuelo con todo lo que te entrego... —dijo el mendigo—. ¡Por Dios que! —Y acompañó las palabras con el ademán de pasarse el índice por el cuello.

(Un cargo más que formular contra él al delatarle, pensó el muchacho).

A prudente distancia, observó éste el comienzo del ataque epiléptico, que le pareció algo muy desagradable. Vio entonces al señor viejo correr desde la casa, y quedarse parado un momento, mirando por encima de la verja del jardín y observando los movimientos del paciente con expresión de intensa, pero aun reservada, conmiseración. De pronto, ocurriósele una idea; lanzóse velozmente por entre los rosales y volvió a aparecer con una gran regadera y una enorme jeringa. Conservando todavía cerrada la reja, que quedaba interpuesta entre él y el accidentado, llenó de agua la jeringa concienzudamente...

Bien hubiera querido Bealby ver algo más, pero comprendió que había llegado para él la ansiada oportunidad. Con un momento más que esperara, podía haber ya pasado. Deslizóse, pues, suavemente de la verja, sobre la cual se había sentado, y escapó, como perdiz que huye, por el borde del campo...

Hubo un instante en que se paró, sin embargo..., al oír una especie de raro aullido que venía de la dirección en que se hallaba la casita de campo. Mas luego volvió a dominarle su deseo de huir y emprendió de nuevo la carrera.

Seguiría corriendo a campo traviesa durante tres o cuatro kilómetros y luego, buscando el puesto de policía más próximo, se presentaría a la misma. (Gran vocerío se oía allí lejos. ¿Era que el vagabundo estaba asesinando, tal vez, a aquel señor anciano de bondadoso aspecto o era éste el que asesinaba a aquél? Pero no

había tiempo que perder deteniéndose en averiguaciones. ¡Adelante! ¡Adelante!) Los botes de hojalata que le había entregado su compañero sonaban en su bolsillo al chocar uno con otro. Sacó uno y lo tiró, dudó después un momento y, al fin, siguieron los demás igual suerte...

Halló el muchacho la delegación de policía que buscaba junto a la carretera que va de Someport a Crayminster, oficina rural de escaso movimiento, que más bien parecía una tranquila y soleada casa de campo, con un letrero azul y blanco y un tablero cubierto de viejos bandos, relativos a los frecuentes robos de huevos de faisán. También se veía allí otro papel que estaba encabezado con la palabra desaparecido, después de la cual las que más se veían era la de: cinco *libras esterlinas de gratificación*, y luego Arturo Bealby.

Quedóse asombrado. Tal era de rápida, de terriblemente rápida, la ley. Ya sabían allí su participación en el asalto de una casa, en el robo sin conciencia que se le habla hecho a aquel hombre, a aquel cadáver. Ya estaban los esbirros siguiéndole a él la pista. Con tal seguridad de acertar le llevó su propia conciencia a conclusión semejante, que hasta aquellas palabras en que se ofrecía una gratificación, puestas allí como al descuido, después de describirle a él, no influyeron lo más mínimo en cambiar su idea. «A cualquiera que lo devuelva a *lady* Laxton, en Shonts, cerca de Chelsmore —decía el anuncio. Y añadía—: Libre de gastos para él».

Precisamente cuando Bealby estaba leyendo el terrorífico documento, abrióse la puerta de la delegación de policía, y un enorme y sonrosado guardia, de aspecto juvenil, apareció en ella y quedóse mirando el paisaje con expresión benigna, amistosa. Tenía el hombre unos ojos azules, inocentes, que rebosaban felicidad. Hasta entonces, si había tenido que intervenir muchas veces en la conservación del orden, no así en la persecución de crímenes, y su boca se hubiera abierto en aquella ocasión como un capullo de rosa que se abre, a no ser porque la disciplina le había enseñado ya a mantenerla cerrada y a darle una expresión resuelta y enérgica, que se avenía muy mal con su aspecto fresco y campechano. Y cuando nuestro hombre hubo contemplado a su sabor el cielo, las distantes colinas y los rosales que solían entretener los ocios de los guardias allí reunidos, posóse su mirada en Bealby...

La indecisión ha sido siempre causa de la desgracia de no pocos

hombres, mucho más aún que la maldad. Y cuando uno ha dormido mal y está aún en ayunas, no se halla en disposición de afrontar ciertas situaciones. Lo que Bealby se había propuesto hacer era irse derechamente hacia el guardia y decirle franca y sencillamente: «Usted perdone, pero quiero delatar a un hombre. Yo estuve en aquel robo en que había un cadáver, y una cajita de labores, y una mujer, y un perro. Fui desencaminado por una mala persona y lo hice sin intención de hacerlo. Y en rigor, fue él quien lo hizo y no yo».

Pero ahora la lengua se le pegaba al paladar y se halló con que no podía sacarse las palabras de la boca. La sangre se le bajó a los talones. Tal vez se le había contagiado aquella natural e invencible aversión que al vagabundo le inspiraba la policía. Hizo entonces como que no veía al que le estaba observando desde la puerta. Afectó un aire descuidado, como de quien, por pura casualidad y sin darle importancia, lee un anuncio. Hasta hizo el movimiento de levantar ligeramente las cejas, como para expresar que no le interesaba a él aquello lo más mínimo. Frunció los labios como para ponerse a silbar, pero el silbido no acudió por más que hizo. Metióse las manos en los bolsillos, levantó los pies, como si arrancara del suelo un par de plantas que en él hubieran dejado raíces, y se alejó como si fuera de paseo.

Fué apretando luego el paso, a lo que él creía, por grados, que le parecían imperceptibles. Miró hacia atrás y vio que el policía había salido del portal y estaba leyendo el anuncio. Y mientras leía, miraba y remiraba a Bealby, como si estuviera comprobando datos.

Apretó el paso el muchacho, y luego, haciendo todo lo posible para que, por su porte y la ligereza de sus movimientos, se notara que no era más que uno de tantos rapazuelos que nada tienen que ver con la ley, emprendió un trotecillo. A poco se detuvo y volvió a andar sencillamente; fingió ver algo sobre uno de los setos, paróse y aprovechó la ocasión para mirar de soslayo al policía.

Acercábase éste a grandes pasos, y en todos sus movimientos demostraba tener gran prisa en llegar, aunque sin llamar la atención.

Volvió a emprender el trote el muchacho y, al fin, procediendo ya con entera franqueza, salió a galope tendido. Al principio no fue aquello una persecución en toda regla por parte del guardia, sino

más bien un modo de continuar al acecho, porque era nuestro hombre Harto joven, y tímido, y estaba poco seguro de no equivocarse, para echar a correr detrás de un chiquillo, sin tener orden clara y terminante de hacerlo. Cuando alguien cruzaba por el camino, acortaba el paso el perseguidor, como si pasara tan sólo, y fingía no fijar siquiera la atención en Bealby, que se alejaba rápidamente.

Tras recorrer así un buen trecho, desistió el guardia de continuar, y quedóse parado mirando un montón de forraje, aunque, en rigor, lo que mirara por el rabillo del ojo fuera la desaparición de Bealby, y una vez hubo perdido completamente de vista a éste, volvióse pensativo el hombre al sitio de donde había salido.

Bien considerado todo, se había quitado un peso de encima. Acababa de ahorrarse el hacer un papel ridículo.

Y, sin embargo..., ¡una gratificación de cinco libras esterlinas!

CAPITULO VII

LA BATALLA DE CRAYMINSTER

Comenzaba a comprender Bealby que el abandonar una colocación y ponerse uno a vivir por su cuenta no es cosa tan fácil y sencilla como le había parecido a él en los primeros días que pasó con la gente de la caravana. Tres cosas notó que parecían haberse conjurado para perseguirle: dos de ellas que no le dejaban durante el día: la ley y el vagabundo, y la tercera que se presentaba siempre a la hora del crepúsculo: el horror a las tinieblas. Y a esto se añadía ahora Una sensación de vacuidad que le tenía desfallecido, pues la tarde andaba ya muy adelantada y el hambre se había apoderado de él. Descabezó un sueño en las primeras horas, en un rincón del bosque, entre las hierbas, y a no estar hambriento, de seguro que hubiera evitado el entrar en Crayminster.

A cosa de kilómetro y medio antes de llegar a la población ya encontró otro de aquellos anuncios encabezados con la palabra «Desaparecido», y que habían fijado en lo alto de un pajar. Pasó de largo desviándose, y luego, cómo movido por súbita inspiración, volvió atrás y lo arrancó, haciéndolo pedazos. Sin saber cómo, con la luz del día, su propósito de presentarse para delatar al vagabundo se había ido debilitando. Ya no estaba tan seguro como anteriormente. ¿No sería su deber en aquel caso esperar a que le preguntaran, antes de hacer la delación? Porque supongamos que le decían que lo que acababan de oír no era más que una simple confesión de su propia culpa...

Pintoresca, y hasta apetitosa por lo que contenía, resultaba la calle de Crayminster. Hacia la mitad de ella había una casa que llevaba el rótulo de *El ciervo blanco*, con anuncios en las paredes de

qué había allí dentro para ciclistas, y con tiestos de geranios que adornaban el blanco pórtico, viéndose más allá otra casa en construcción, en que estaban ya colocando el tejado. A la derecha había una tahona de la que salía un olor delicioso de bollos y pasteles, y a la izquierda una tiendecilla de cómodo aspecto, con un aparador conteniendo dulces, y allá en lo interior varias mesas y un letrero anunciando que se servía té. ¡Poder tomar una taza de té! Inmediatamente formó la resolución de echar mano de aquellos nueve peniques que tenía, y atreverse a usar de ellos con toda liberalidad. De fijo que por un penique o poco más le darían un huevo pasado por agua. Pero, por otro lado, ¿y si fuera a comprar tres o cuatro bollos, blandos, recién sacados del horno? Empezó a rondar la tahona, y, de pronto, se paró en seco. ¡Allí estaba el anuncio que a él se refería!

Embistió de estampía la tiendecilla de antes, acercóse a una mesa cubierta con blanco mantel, y vio a una mujer de escasa talla y aspecto maternal, que llevaba una gran cofia. ¿Qué quería? ¿Té? Podía tomar un huevo, una buena rebanada de pan con mantequilla y una taza de té, todo por cinco peniques. Sentóse el muchacho con gran compostura y esperó.

No se le ocultaba que la mujer le dirigía ciertas preguntas. Preparado estaba a contestarlas. Díjole que iba a pie desde su casa, en Londres, hasta Someport, para ahorrarse el precio del viaje. — ¡Pero, hijo, vas muy sucio!— le dijo la mujer de maternal aspecto. —Es que mandé mi equipaje por paquete postal, señora— contestó él —y luego me he perdido y no he podido tenerlo. Y la verdad es que no lo siento mucho, señora, si no es ofensa. Así no tengo que lavar...

Fue haciéndolo todo perfectamente y tal como pensaba; pero de buena gana hubiera hecho desaparecer aquel anuncio de la tahona que allí estaba frente a él, en el aparador, y también hubiera dado cualquier cosa por no sentir aquella impresión que sentía de animal acorralado al que se quiera dar caza. Leve sensación como de claustrofobia iba apoderándose de él. Parecióle que aquella tienda podría ser muy bien una trampa para cogerle en ella. ¡Con qué gusto volvería otra vez a respirar el aire libre! ¿Habría allí alguna puerta trasera para escaparse en el caso de que viniera a plantarse allí algún policía, cerrando el paso por la principal? Adelantóse

hacia la entrada mientras le preparaban el huevo pasado por agua, y en cuanto vio a uno de los tahoneros, gordo, enorme, que estaba contemplando la calle, con la placidez de aquella hora de la tarde reflejada en el semblante, volvió a meterse dentro de la tienda y se sentó nuevamente a la mesa.

«¡Si se habrá fijado en mí!», pensó.

Había dado ya buena cuenta del huevo, y bebía el té a sorbos, marcando bien por ciertos ruidos de la boca que le parecía excelente, cuando notó que era verdad que se habla fijado en él el tahonero. Tenía Bealby, al principio, fijos los distraídos ojos en la inclinada taza; pero de pronto los clavó en algo que ocurría en el aparador de la tahona. Desde el sitio en que se hallaba sentado el muchacho, podía ver aquel maldito anuncio, y además, buscándolo con calmosos movimientos, una mano, y a continuación de ella una manga cubierta de harina. El anuncio fue retirado y desapareció, después de lo cual, tras unos anaqueles de cristal que contenía unos panes de fantasía y el otro bollos, algo sonrosado comenzó a moverse indistintamente y como a empellones... Era un rostro humano que se esforzaba en mirar al interior de la pastelería en que estaba Bealby...

El rapaz sintió que se le helaba la sangre.

Ocurriósele entonces una idea altamente inoportuna.

—¿Puedo salir —preguntó— por la puerta trasera de la casa?

—No la hay —contestóle la mujer—. No hay más que un patio.

—Si me permite usted —dijo Bealby, y al punto se metió allí.

Pero por ningún lado podía escalarase aquel patio, rodeado de altas paredes. Volvió, pues, a la tienda como disparado, y hallóse con que el tahonero estaba ya en mitad de la calle y en dirección de la pastelería.

—Cinco peniques —dijo Bealby—, y entregó seis a la mujer.

—¡Eh! ¡Que sobra uno! —gritóle ésta al muchacho; pero, sin perder ni un momento, había él salido ya, como una flecha, por la puerta.

El tahonero parecía ocupar por completo todo el sitio por donde cabía la huida. Extendió los brazos que al chico se le antojaron extraordinariamente largos, y dando éste un débil chillido, se encontró aprisionado en ellos. Aprisionado, sí; pero no sin esperanzas de evadirse. Ya sabía él cómo había que librarse. Otras

veces lo habla hecho en circunstancias análogas, aunque en forma más suave; pero lo que es ahora realizólo con toda su alma. Pególe al tahonero un cabezazo tremendo bajo el lugar que ocupa el diafragma y al instante quedó libre y pudo huir, a carrera tendida, por la solitaria calle bañada de sol. Cuando el hombre logró enderezarse de nuevo, lo único que aprisionó entre sus brazos fue su propio vientre. Tan cierto es lo que dice un proverbio, famoso entre los pastores bereberes del Atlas, de que quien sale a oponerse, con los brazos abiertos, a la huida de un morueco furioso, es un tonto.

Parecióle probable a Bealby el poderse escapar calle arriba, sin hallar obstáculo. El tahonero, harto ocupado estaba en retroceder penosamente hacia su casa, sentándose en el suelo la mayor parte del tiempo, y sin tener ni siquiera alientos para gritar. Con dificultad pudo pronunciar con voz desfallecida, como un entrecortado murmullo: «¡A ése! ¡Detenedle!» Allá en lo alto de la calle, no se veían más que tres albañiles sentados al pie de una pared que se elevaba más allá de *El ciervo blanco*, y que estaban tomando té en unos botes de hojalata. Pero un muchacho que podaba un alto seto de alheñas en el jardín de la casa del médico, vio la embestida de que había sido víctima el tahonero, e inmediatamente dio el grito de alarma que no podía acabar de dar aquél. Tiróse en seguida de la escalera en que se hallaba encaramado, y salió Corriendo en persecución de Bealby. A él se unió pronto un joven, salido de no se sabe dónde —tal vez de la tienda del droguero—; pero los albañiles tardaron demasiado en levantarse para prestar ayuda, y Bealby logró pasar por delante de ellos sin que intentarán detenerle. Entonces, bruscamente, en la parte baja de la calle que al frente se extendía, apareció el vagabundo de antes, con el aspecto más destrozado y sorprendente que imaginarse pueda. Su sombrero de paja de color: que había sido mojado y secado al sol recientemente, parecía más bien un revuelto estropajo. A la vista de Bealby dijérase que salió de la desagradable meditación en que se bailaba sumido. Con rapidez terrible hízose cargo de la situación, y sin tener en cuenta lo que la sabiduría popular aconseja a los pastores beréberes de que hemos, hablado, abrió los brazos y esperó en firme para interceptar el paso.

Bealby púsose a pensar con tal velocidad, que cien ideas se le

ocurrían por minuto. Torciendo la dirección que llevaba, encaramóse por una escalera arrimada al tejado en construcción, y se encontró entre las vigas y los cabrios del mismo antes de que la persecución en toda forma hubiera empezado. —¡Eh! ¡Abajo! ¡Fuera de ahí!— le gritó el capataz, que sólo ahora era cuando se unía con alguna sinceridad a los que pretendían dar caza al muchacho. Cruzó el hombre la calle, mientras Bealby le miraba con mala intención desde allá arriba, entre los cabrios. Entonces, como el buen hombre se aprestara a subir, dióle Bealby, con una teja que le lanzó, en mitad del sombrero, que era de los de hongo. Esto contuvo el avance. Inicióse al punto la tendencia a tirarle de lejos y no perderle de vista. Uno de los albañiles más jóvenes le arrojó una piedra desde el lado opuesto de la calle, y le dio de lleno *en* las costillas. Pero como a ella siguieran otras dos que no hicieron blanco, Bealby buscó más seguro refugio y colocóse detrás de una chimenea.

Desde allí, sin embargo, no podía serle tan fácil el usar la escalera, y entonces comprendió que no era probable que pudiera mantenerse mucho tiempo en la casa.

Allá abajo, en la calle, conferenciaban los hombres.

—¿Quién es? —preguntó el capataz—. ¿De dónde viene?

—Es un condenado ladronzuelo —dijo el vagabundo—. Es de lo peor que anda por esas carreteras.

Entonces comenzaba a recobrar la perdida voz el tahonero y pudo añadir:

—Un premio se ofrece a quien le coja, y buen cabezazo me ha dado en el vientre.

—¿Cuánto dan de premio? —preguntó, el capataz.

—Cinco libras esterlinas hay para el que logre ponerle la mano encima.

—¡Ea! —le gritó el capataz al vagabundo, con voz de mando—: ¡apartaos de esa escalera!...

Fuera Bealby lo que fuese, ello es que algo había, acerca de él, claro e indudable; era un fugitivo. Y la humanidad persigue siempre por instinto al que huye. El hombre es un animal aficionado a la caza; el entrar en averiguaciones acerca de la justicia de tal o cual caso, es algo secundario que viene después como una nueva adquisición que contribuye a enriquecer su compleja naturaleza, y

he, aquí la razón de que, sea lo que fuere lo que hagáis, no debéis permitir nunca que las gentes os sigan para daros caza. Hay siempre algo de divertido, de placentero, en el mero hecho de estar de cacería, y la vista de una chaqueta encarnada de montero o bien la de un sabueso, basta para llevar la alegría a toda una población rural, que es lo que estaba ocurriendo en Crayminster, semejante a un durmiente que despierta para hallarse bañado de sol y rodeado de regocijada música. Miraba la gente asomada a las ventanas y frente a los portales de las tiendas; apareció un guardia y oyó el sencillo relato del tahonero; un joven de aspecto jovial, que iba con delantal blanco, sin sombrero, y con un lápiz sobre la oreja, se distinguió especialmente entre todos. Bealby, que se asomaba un poco para ver por encima del caballete del tejado, parecía a aquella gente la más sucia y desagradable criatura con que pudieran tropezar. El único chispazo de simpatía que logró despertar entre los allá abajo reunidos, ocultábase en el corazón de la mujercilla de la cofia que le había servido el desayuno. Contemplaba ella el tejado de la casa en construcción desde la puerta de su tienda, deseando que ningún mal le ocurriera al muchacho allá arriba, y conservaba bien apretado en la mano el penique que aquél le entregó de más, confiando aún vagamente en que tal vez vería al fugitivo pasar corriendo delante de ella, y entonces podría entregárselo rápidamente.

Sufrió el asalto de la casa rodeada bastante dilación, por el empeño qué manifestaba él capataz de que él solo debía encaramarse en la escalera para capturar a Bealby. Era el hombre uno de esos de facciones muy equilibradas y gran cabeza, que parecen poseer un espinazo totalmente inflexible, siendo corpulento, rubio y con una voz profunda y dulzona, al paso que todos sus ademanes eran pausados y llenos de autoridad. Cuando, al fin, se preparó a subir, hallóse con que la gente invadía el edificio, y vióse obligado a detenerse y a mandar que sus obreros sacaran a todo el mundo. Daba vueltas en su cabeza a la idea de lograr que todos contribuyeran a cerrarle la retirada al muchacho, sin correr el riesgo de que alguien que no fuera él mismo pudiera vanagloriarse de la captura. La cosa no tenía nada de fácil y el ceño de nuestro hombre se contrajo. Entretanto, tuvo tiempo Bealby de reconocer el lugar, asegurándose de cómo estaban las propiedades adyacentes, y

trazar así sus planes acerca de la mejor dirección que convendría seguir para escaparse. Al propio tiempo, procuróse unas cuantas tejas que tuviera a su alcance para cuando empezara a subir gente por la escalera de mano. Simultáneamente, dos o tres de los obreros más jóvenes estaban averiguando si había posibilidad de llegar, desde el interior de la casa, hasta donde se hallaba el rapaz. No estaba aún construida en aquélla la escalera, pero había ya medios de encaramarse. Conocían los obreros, por haberlo oído, el premio que se ofrecía por la captura, y no se les ocultaba que era preciso realizarla antes de que el capataz se hubiera dado cuenta del propósito, lo cual contribuyó un poco a retardar la realización del mismo. Por lo que pudiera ser, llevaban en los bolsillos buena provisión de piedras, para si se repetía el caso de tener que lanzarlas.

A Bealby se le había pasado ya todo el cansancio y la depresión de antes: la excitación del presente borró en él toda ansiedad por lo futuro, y tenía la corazonada de que, sucediera lo que sucediera, el haberse subido al tejado de aquella casa había sido un golpe de mano estupendo.

Sólo con que pudiera realizar cierto salto que se proponía, le quedarían aún otros grandes recursos...

En la calle de la reducida población, una verdadera asamblea improvisada de las clases directoras se había reunido y recobraba ya la calma, perdida a consecuencia de las tejas que volaban por los aires, discutía el problema que la actitud de Bealby habían planteado. Allí estaba Mumby, el mercader de paños vegetariano, con su voz de bajo y su barbaza negra. Manifestándose partidario de emplear la bomba para incendios. Pertenecía él a la brigada de bomberos voluntarios y nunca se sentía tan feliz como cuándo podía usar el casco. Salió de su tienda en cuanto oyó los primeros gritos. También estaba allí Shocks, el carnicero, y su hijo, un chiquillo. El patio de la casa en que se hallaba instalada la carnicería y en el que había un montón de estiércol y de forraje, limitaba por la izquierda la casa en construcción. Rymell, el veterinario, salió de la sala de billares del *Ciervo blanco*, y, con la cabeza algo inclinada a un lado, estaba observando a Bealby, mientras contestaba atentamente al tahonero que le hacía infinidad de preguntas, las cuales no le parecían al buen hombre muy propias del caso. Con él se habían

salido a la calle cuantos se hallaban en el interior del *Ciervo blanco*.

—Supongo, señor Rymell —decía el tahonero—, que en el vientre de una persona hay infinidad de cosas de cuidado que están situadas por las cercanías del estómago.

—Tejas... —contestó el señor Rymell—. Ladrillos sueltos... No lo pasaríamos muy bien si comenzara él a arrojarlos desde allí.

—Decía yo —volvió a insistir el tahonero tras una pausa para digerir aquella respuesta inesperada—, si es probable que tenga consecuencias muy desagradables para su salud el que un hombre haya recibido un golpe en el estómago.

El señor Rymell se le quedó mirando un rato con ojos en que no se notaba la menor expresión.

—Mucho más probable me parece que le dé a usted en la cabeza —dijo, añadiendo en seguida—: ¡Pero oiga! ¿qué diablo va a hacer ahora ese estúpido carpintero?

Suspense se hallaba el vagabundo ante todo aquello, rondando en tomo del grupo de los sitiadores, con expresión vengativa, sí, pero descorazonado. Le habían hecho volver en sí de su accidente, y el señor anciano le regaló después un chelín; pero estaba aún horriblemente mojado entre la camisa y la piel —porque usaba una camisa bajo tres chalecos y el *chaqué* que los cubría— por culpa de aquel sistema empleado por el viejo de darle una ducha fría con la jeringa para reanimarle. Le había hecho llorar de sorpresa y de disgusto el tal procedimiento. Por de pronto, ninguna ventaja veía que pudiera reportarle el reclamar a Bealby como cosa propia. Comprendía que su papel reducíase mas bien a esperar. Lo que al muchacho tenía que decirle sería mucho mejor que se lo dijera sin presencia de testigos. Además quería enterarse con mayores detalles de qué era aquello que decían de que se había ofrecido un premio por la captura de Bealby. Si tal premio existía, entonces...

—¡No es malo ese recurso! —dijo Rymell, cambiando de opinión repentinamente respecto al capataz, al ver que éste comenzaba a subir por la escalera de mano cubriéndose la cabeza con una artesa, usada a modo de escudo.

Precisamente por el extremado cuidado que ponía el hombre en tener protegida la cabeza, se le hacía difícil la subida, que se realizaba lentamente. Pero ni una teja era lanzada contra él. Bealby acababa de descubrir que desde el interior de la casa se le

preparaba un ataque mucho más peligroso, y ya se había declarado en retirada, bajando por el lado opuesto del edificio.

Dio un gran salto que podía haberle costado caro, desde la esquina de la casa hasta un enorme montón de paja que había en el patio del carnicero. Cayó allí como un gato, de cuatro patas; sintió de momento algo la fuerte sacudida; levantóse inmediatamente, y trepando por el montón de estiércol no paró hasta llegar a lo alto de la pared de cerca del patio. Logró pasar de allí al patio de al lado, que era el de la casa de Maccullum, antes que nadie de cuantos se hallaban frente a la fachada del edificio en construcción hubiera notado que el muchacho emprendiese la fuga. Al fin, uno de los dos obreros que habían ido subiendo por el interior de la casa, vióle desde la abertura rectangular que había de ser, con el tiempo, ventana del dormitorio del piso superior, y dio la voz de alarma.

Treinta minutos después de haber desaparecido Bealby de la pared que cercaba el patio del carnicero, el capataz, aferrado aún a su artesa protectora, aparecía a su vez sobre el caballete del tejado. Al oír el grito que había dado el obrero joven ya citado, el guardia, que con el espíritu previsor de los de su clase, había cuidado de impedir que nadie entrara en la casa no terminada aún, dio media vuelta y corrió hacia el patio trasero de la misma, lleno de argamasa y cubierto de maderos, visto lo cual por la multitud que en la calle estaba, fue indicio de que la presa se les escabullía, y no habiendo ya allí quien les retuviera, les impulsó a invadir *como* una inundación, no sólo la casa misma, sino la contigua, que era la del carnicero y que atravesaron hasta llegar al patio.

A Bealby le había ocurrido un contratiempo. Confiaba en que el techo de fieltro embreado que cobijaba el criadero de setas de Maccullum, el sastre, le ayudaría a llegar a la pared que daba a los campos de fresas del señor Benshaw, y no habla visto, desde el otro techo en construcción, la revuelta galería de cristales que Maccullum llamaba su taller, y en la cual se hallaban trabajando afanosamente cuatro obreros en mangas de camisa. Del techo del criadero de setas no quedaba ya más que la tablazón carcomida, habiendo desaparecido desde largo tiempo la capa de fieltro, por lo que se hundió en seguida bajo el peso de Bealby, el cual fue a parar entre las setas y la tierra del criadero. Salió de allí como pudo, pisoteándolo y destrozándolo todo, para encontrarse con que tenía

que saltar un muro de cerca de tres metros de altura, y estando en un tris de que le echara mano un hombrecillo con zapatillas rojas que salió disparado del taller. Gracias a haberse subido sobre el depósito de la basura, logró por fin el muchacho escalar la pared a tiempo, y el sastre de las zapatillas rojas se quedó haciendo esfuerzos para imitarle, cosa que consideró muy fácil antes de intentarlo, pero no después.

Por un momento estuvo allí solo nuestro hombre, mas luego, tanto el patio de Maccullum como el del carnicero de al lado y un reducido espacio libre en la parte de atrás de la casa, fueron invadidos violentamente por un animado gentío, que no sin cierta confusión seguía la pista de Bealby Alguien, que nunca pudo averiguar él quién fuera, ayudó a subir al sastrecillo, y en seguida el rojo de sus zapatillas se destacó sobre la pared, y el hombre comenzó a perseguir al muchacho a través de la huerta del señor Benshaw, Uno de sus colegas, sin cuello de camisa, con zapatillas listadas y luciendo los tirantes, le seguía de cerca. Venían después el guardia, tras haber acabado de destrozar el criadero de setas de Maccullum, y éste, que faltó de tacto y del sentido de la oportunidad, se empeñaba en discutir en el acto el asunto de los perjuicios que le habían causado. Con ello se quedó casi sin aliento y no pudo pasar más allá de repetir muchas veces: «¡Oiga!, ¡oiga!», siempre que le parecía que se presentaba coyuntura favorable. Los demás dependientes del sastre se encaramaron al muro con menos esfuerzo, gracias a haber empleado la escalerilla de mano de la cocina, y así se dejaron caer del otro lado sin dificultad; detrás de ellos fuese el señor Shocks, resollando fuertemente, y entonces gran refuerzo de toda clase de gente se añadió entrando impetuosamente en la huerta por una abertura en la valla que había en la parte posterior del edificio. Iba aquel grupo dirigido por el obrero joven que vio antes que nadie la fuga de Bealby. Muy cerca de él venían el veterinario, el dependiente del tendero, un criado del médico, y, mucho menos animado, el tahonero. Detrás de ellos el vagabundo, y luego Mumby, y un chiquillo del señor Shocks, y un sinfín de personas más. La caza y captura de Bealby había llegado a adquirir las proporciones de una especie de levantamiento popular.

El capataz de la cabezota estaba aún sobre el tejado en construcción, mostrándose muy disgustado por el giro que las cosas

habían ido tomando, por lo cual pedía a gritos que le dejaran a él tomar parte más importante en la captura de Bealby, mezclando esos gritos ya con su opinión acerca del muchacho, ya simplemente con palabrotas malsonantes que se perdían bajo un cielo espléndido e indiferente.

Era el señor Benshaw un terrateniente de los de menor cuantía, un rudo labrador inglés de los de la nueva escuela. Considerábase como un antisocialista, como un hombre que se lo debía todo a sí mismo y de espíritu independiente. Tenía cuenta corriente en un banco, la cual iba engrosando continuamente, y una mujer insignificante y estéril, siendo moreno de rostro y de porte tan erguido que parecía que iba a caerse hacia adelante. Usaba generalmente una especie de uniforme de guarda de coto, con polainas pardas, excepto los domingos, en que llevaba negra chaqueta; no se ponía otra clase de sombreros que los de hongo, que se avenían muy mal con su cara ancha, seria, terrosa; y en conjunto era él hombre fornido, sólido. Sus sombreros hacían destacar aún más esta nota. No le quedaba tiempo para pagar tributo a vanidades, ni siquiera la vanidad de vestir de un modo armónico y consecuente. Al primer sombrerero que encontraba, comprábele lo más barato que tuviera, y así poseía, sombreros que fueron ideados para gente joven y ligera de cascos, con copas fantásticas, y lacitos flotantes, y alitas que eran una monada con sus atractivas ondulaciones hechas ex profeso para hacer resaltar caras juveniles muy arreboladas de calor y bobas de expresión. A la suya, tan triste, le hacía semejar a las de los puritanos en la época de los Estuardos.

Más bien que un labriego era nuestro hombre un horticultor. Poseía extensos invernaderos, que aumentaban rápidamente, y se había construido él mismo una casita sin lujos ni superfluidades que no se avinieran con las leyes de la más estricta economía, y además una vivienda para algunos de sus obreros; tan descarnada, que parecía esquelética. A estas propiedades había que añadir cierto número de útiles cobertizos en los cuales cobijaba principalmente cantidades de alquitrán y planchas de hierro ondulado. En cuanto al interior, estaba amueblado con la mayor seriedad posible, que, por ser rural, consideraba como cosa imposible el que pudiera haber algo de alegría en el mueblaje y decoración de las casas. Había

llegado a ser ya el señor Benshaw, dentro de los reducidos límites locales, un prestamista que se dedicaba a buscar hipotecas; pero ni la fortuna se le subió a la cabeza, ni tampoco hizo más que aumentar su persuasión de que era él hombre de grandes merecimientos, que debía ser tratado con toda preferencia por un país que, a su modo, sin pretensiones, había ayudado a enriquecer.

Por mil cosas estaba él quejoso de que su país no atendiera con mayor solicitud a sus propias necesidades. Y en nada se mostraba éste tan descuidado como en la observancia de las leyes que prohíben la entrada en la propiedad ajena. Cruzaban sus dominios tres senderos y uno de ellos conducía a la escuela pública elemental. Que él se viera obligado a conservar este último —y que, si no lo tenía siempre expedito, se desviarán los chiquillos y le trazaran otros paralelos en mitad de sus cultivos— parecíale algo de una injusticia verdaderamente intolerable. Solía cubrir ese sendero con restos de carburo inservible para la fabricación de acetileno, los cuales consideraba él que ayudarían a destruir el calzado de los que por allí pasaran, y además con cierta arcilla muy resbaladiza, poniendo a cada extremo del caminillo un letrero en que se advertía que por allí debía pasarse necesariamente, y que los que se desviarán serían perseguidos por orden de la ley. El mismo pintó esos letreros, por economía, durante su forzosa reclusión en la casa, al hallarse enfermo del trancazo. Más injusto le parecía aún que él tuviera que gastarse su dinero en comprar una buena valla, y ninguna encontró bastante eficaz para que, con sólo verla, se entendiera ya expresado con la suficiente energía lo que él pensaba acerca de aquella materia. Todos los días se empeñaban los chiquillos en desviarse por uno u otro lado, señal cierta de que sus frutas iban ya madurando y convidaban a comérselas. Y lo peor era que otras personas ya mayores, muchas más, a lo que él creía, hacían lo mismo, metiéndose por entre lo que constituía sus cosechas, sin que tuvieran nada que hacer allí, honradamente al menos. «Una de dos —díjose él—: o todo esto es para molestarme puramente, o lleva la intención de perjudicarme». Despertó, pues, aquella continua invasión, en el ánimo del señor Benshaw aquel firme enojo contra lo que no es legal que está siempre latente en la raza inglesa, y más que ninguna otra fuerza ha hecho de América y del Imperio Británico lo que hoy son. Ya al hombre le habían

robado una vez —en que una pandilla se le llevó las frambuesas—, y así vivía en la persuasión de que un día u otro volverían a robarle. Había dirigido ya instancias a las autoridades locales para que se cerrara el paso por aquel camino; pero todo resultaba inútil. Salíanle siempre con la ruin excusa de que, si se cerrara, tendrían que dar los chiquillos un rodeo de más de un kilómetro para ir a la escuela.

Y no era sólo la tiranía de esos senderos lo que molestaba al señor Benshaw, contradiciendo su instinto altamente desarrollado de la libertad individual. En torno de sus dominios, siempre amenazados, empenábanse además sus vecinos en tener las vallas de modo tal que distaba mucho de satisfacerle. En uno o dos sitios, renunciando a hacer valer sus derechos, que eran patentes en este asunto, había tenido ya que pagar él mismo, de su bolsillo, los alambres espinosos que se vio obligado a poner para llenar los vacíos que se notaban en tales vallas y que dejaban indefensos sus propios campos. Pero ni aquéllos alambres espinosos resultaban bastante a su gusto. Hubiera él deseado que tuvieran largos espolones, como los de los gallos de pelea, y que, en cuanto cerrara la noche, se adelantaran por si mismos para atacar a los transeúntes.

He dado tan extensa explicación de las dificultades económicas y morales con que luchaba el señor Benshaw, con el fin de que el lector pueda comprender el estado de tensión especial en que se hallaban las cosas por este lado de la vida de Crayminster. Era necesario el proceder así porque dentro de breves instantes no habría modo de que se presentara oportunidad para tales informes preparatorios. Añadiré ahora rápidamente que ya había surgido con anterioridad algún disgusto a consecuencia de disparos hechos por el señor Benshaw con su escopeta, pues un diluvio de menudos proyectiles habían ido a parar ya una vez, a eso de la hora, del crepúsculo, sobre el paraguas y el cesto de la anciana señora Frobisher. Y no hacía más que una semana que un tribunal algo hostil al demandante, después de una hora de declaraciones, de las que resultó patente la falta, se negó a castigar a la niña Lucia Mumby, de once años de edad, acusada de haber robado fruta en los terrenos del señor Benshaw. La había encontrado, sin embargo, con las manos en la masa...

En el momento mismo en que Bealby le daba el testarazo en, el estómago al tahonero, salía el señor Benshaw de su austera casita, después de haber tomado un abundante, pero muy económico, té en que dio fin a dos salchichas, frías que habían sobrado de la comida, y hallábase el hombre ocupado en profunda meditación acerca del aspecto financiero que ofrecía la colocación de unas formidables y malintencionadas vallas negras entre las cuales había, al fin, decidido enjaular a los chicos de la escuela, para evitar que en adelante pudieran perjudicarlo. Serían de chilla sin pulimentar y embreada, y muy altas y puntiagudas, guarnecidas de afilados clavos; y cómo calculaba él que no dejarían entre una y otra más que un sendero libre de unos dos pies de anchó, supondría esto una gran economía de terreno cultivable y una verdadera molestia para el público, todo lo cual vendría a compensarle el gasto de la instalación.

Sumido en estos cálculos, apenas se fijó su atención en el creciente vocerío que se oía en la parte de atrás de las casas de la calle Alta. No era aquello, al parecer, de su incumbencia y el señor Benshaw hacía casi ostentación de tener por costumbre el no meterse en donde no le llamaban, Su mirada seguía clavada sobre el sendero, hoy cascajoso, polvoriento, tostado por el sol, y que ya con inteligente clarividencia se imaginaba él convertido en un lodazal espantoso que sería la desesperación de los chiquillos...

Mas, de pronto, toda aquella gritería sonó de diverso modo. Casi involuntariamente miró el hombre por encima del hombro y descubrió que, después de todo, aquello le interesaba, iba con él hasta el punto de dejarle perplejo. Sus labios se contrajeron en una mueca de orgullo digna de Cromwell, y apretó con ira entre los dedos el astil de la azada... ¿Sería posible que alguien se atreviera?... ¡No, no podía ser!

Pero ello era que sus dominios acababan de ser invadidos con el mayor atrevimiento e inaudita violencia. Al frente de todo aquel gentío, a carrera tendida y agitando alocadamente los brazos, iba por entre los fresales un chiquillo de muy sucio aspecto. La impresión que le produjo al señor Benshaw fue meramente la de que guiaba a los demás. A cosa de unos treinta metros de distancia, seguía un hombrecillo despechugado, sin cuello de camisa, con las mangas de ésta arremangadas y calzando zapatillas rojas, el cual iba

también corriendo con el mayor descaro, y detrás de él venía otro de aquellos locos, menos vestido aún, en zapatillas igualmente y con unos tirantes que parecían aguantarse por un hilo. Y luego, allí estaban Wiggs, el guardia, y el señor Maccullum, que venía pisándole los talones; Después aparecieron más sastres de aquellos que parecían haberse vuelto locos, y con ellos el señor Shocks, el carnicero. Pero otra gritería mayor anunciaba el ataque principal, y el señor Benshaw volvió los ojos —que empezaban ya a inyectársele de sangre— hacia la derecha, donde vio precipitarse desordenadamente a través del destrozado seto, otro grupo, en el que notó a Rymell, a quien siempre había tenido por amigo; el dependiente del tendero; al chico del mecánico; a algunos forasteros y a... Mumby.

Ver a éste y formular rápidamente su opinión fue una misma cosa. Todo lo comprendía ahora claramente. La población entera se había levantado contra él con la intención de afirmar públicamente algún infernal derecho de paso que habrían inventado. ¡Mumby! ¡Mumby era quien les habla incitado a ello! ¡Todos los frutos obtenidos tras quince años de lucha, todos los cuidados y el trabajo acumulado en lo mejor de su vida, iban a ser pisoteados, destruidos, para darle gusto al despechado mercader de paños!...

Como firme y resuelto labrador que era, decidió instantáneamente el señor Benshaw luchar por la defensa de su libertad y de su derecho. Detúvose sólo un instante para tocar el pito de auxilio que llevaba en el bolsillo, y en seguida se lanzó en dirección al odiado Mumby, el que guiaba a aquéllos invasores, el padre instigador y defensor de la criminal Lucía. Cogió casi de sorpresa a nuestro hombre, que iba corriendo y resollando con fuerza y, dándole un furioso golpe con la azada, lo tendió en el suelo. Quedóse entonces tambaleando y asestó otro golpe; pero no con la suficiente rapidez para que le alcanzara en la cabeza al señor Rymell.

El pito de auxilio que acababa de tocar el señor Benshaw era parte integrante de un plan de campaña que había puesto en práctica para perseguir a los que se metían en sus tierras y a los que le robaban sus frutos. Lo mismo él que los que empleaba en su defensa, llevaban siempre encima esos pitos, y al primer penetrante silbido —esa era la regla por él establecida— cada uno cogía la

primera arma que hallaba a mano, y echaba a correr en persecución del delincuente para capturarlo. Cuantos en esto le ayudaban mostrábanse en extremo solícitos, respondiendo en seguida a la menor señal de alarma, que era, con frecuencia, lo único que venía a romper la monotonía de aquellos largos días de trabajo intenso y de intensa dirección. Así ocurrió ahora que, con sorprendente rapidez y animados rostros, acudieron varios hombres que salían de los cobertizos e invernáculos o procedían de cuadros más distantes de aquellos cultivos, y se apresuraban a ir en auxilio, de su rudo y severo patrón. No deja de ser ese apresuramiento una prueba de las buenas relaciones que existían entre amos y jornaleros en aquellos tiempos en que aún el Sindicalismo no había llegado a ser el credo único de la juventud obrera.

Mas multitud de cosas habían de ocurrir antes de que aquellos hombres entraran en acción. Porque, en primer lugar, sintióse el vagabundo presa de rara excitación nerviosa, imponiéndose a su conciencia, un fantástico y engañoso concepto de rehabilitación. Creíase azuzado contra un hombre formidable que empuñaba una azada y que, sin duda por razones inescrutables, se empeñaba en proteger la fuga de Bealby. Y el mundo entero parecía estar al lado del vagabundo y contra aquel hombre de la azada. Todas las tremendas fuerzas de la sociedad humana, contra las cuales el vagabundo había estado luchando durante tantos años, cuyo poder conocía y temía, como sólo puede conocer y temer un hombre que vive fuera de la ley, se le presentaban, de repente, juntas y en línea de combate. Al otro lado de los fresales, hacia la derecha, ni siquiera faltaba el guardia que se apresuraba a sumarse a la mayoría, y al guardia le seguía de cerca un tendero, un comerciante, de los, de más negra y respetable dase. Vióse a sí propio el vagabundo convertido también en hombre respetable y conduciendo a otros, que lo eran igualmente, en la caza de forajidos. Apartóse el pelo que se le caía por los ojos, agitó los brazos, no hacia el frente, sino en dirección lateral, y dando un fortísimo y extraño grito, lanzóse en dirección del señor Benshaw. Dos pares de faldones de chaqué, uno sobre el otro, flotaban detrás de él mientras corría; Y entonces oyóse silbar la azada por el aire azotado, y el vagabundo cayó como un saco sobre la tierra.

Pero el chico de Shocks, que había estado esperando su

oportunidad, creyó hallarla ahora. Calladamente se había colocado detrás del señor Benshaw, y al ver el golpe dado por éste con la azada saltó sobre la espalda del héroe, cogiéndole con ambos brazos por el cuello y dio con él en el suelo, por más que el hombre forcejara, mientras Rymell, con no menor rapidez y acostumbrado a dominar formidables animales, le arrebató con hábil torsión la azada, y le cogió, entre sus garras casi antes de que se hubiera caído del todo. De los que acudían en ayuda, del señor Benshaw, el primero que llegó al lugar de la refriega hallóse ya con que ésta quedaba solucionada, que su amo estaba en tierra vigorosamente sostenido así, y que un círculo de gente, cada vez mayor, se había formado en torno del grupo que forcejeaba, pisoteando una gran extensión de fresales...

El señor Mumby, para quien había resultado mayor el susto que el daño recibido, estaba ya sentado en el suelo, pero el vagabundo, en uno de cuyos pómulos se veía una roja herida y cuyo rostro revelaba profundo asombro, continuaba aún tendido y como arañando la tierra.

—¿Qué es eso de atentar contra la gente con una azada? —decía, sin aliento casi, el señor Rymell.

—¿Y qué es eso de echar a correr por encima de mis fresales? —gemía el señor Benshaw.

—Porque perseguíamos a aquel chiquillo.

—¡Las libras esterlinas de perjuicio que representa eso! ¡Por maldad, por hacer daño ha sido todo! ¡Mumby! ¡Ese es!...

Adivinando de pronto la verdadera razón de lo sucedido, soltó el señor Rymell las manos del otro y levantó las rodillas.

—Mire usted, señor Benshaw, por lo visto está usted aún bajo la impresión de que hemos venido a invadir sus tierras.

—No invadíamos su propiedad —dijo el señor Rymell—. Lo que hacíamos era ir en seguimiento de aquel muchacho. Él era el invasor... Y entretanto ¿dónde está ahora el rapaz? ¿Lo ha cogido alguien?

Al oír la pregunta, desvióse la atención general, que se había concentrado en el señor Benshaw y en su azada. Allá entre los campos, en dirección de los invernáculos en cuyos cristales se reflejaba el sol, veíase al sastrecillo parado en cautelosa actitud y recogiendo por tercera vez sus zapatillas, que se empeñaban en

caérsele de los pies entre aquella tierra tan esponjosa y rica. En cuanto a los demás, todos habían abandonado la pista para pensar sólo en el señor Benshaw... y Bealby... Bealby se había perdido de vista. Logró escapar, desaparecer por completo.

—¿Qué muchacho es ése? —preguntó el señor Benshaw.

—Una fierecilla que nos ha hecho cara como si fuera una rata. Cometiendo ha estado toda clase de crímenes en la comarca. Cinco libras esterlinas al que lo coja.

—¿Qué? ¿Boba fruta? —volvió a preguntar el horticultor.

—Si —contestó el señor Rymell, algo aventuradamente.

Quedóse el señor Benshaw reflexionando con lentitud. Sus ojos se fijaban en su cosecha pisoteada.

— ¡Miren ustedes cómo han quedado esas fresas! —exclamó añadiendo luego con más violencia—: ¡Y ese patán que está, ahí! Pues ¿no se ha tendido precisamente encima?... ¡Si es el bruto que me embistió hace un momento!

— ¡Buen golpe le dio usted en un lado de la cabeza! —dijo Maccullum.

Revolcóse un poco el vagabundo, yendo a aplastar otros fresales, y lanzó un gemido de dolor.

—Se ve que le ha hecho daño —observó el señor Mumby.

Agitóse con fuerza el vagabundo y luego se quedó tendido, inmóvil.

—¡Que traigan agua! —gritó Rymell, poniéndose en pie.

Al oír la palabra *agua* dióle al vagabundo como una convulsión, revolcóse de nuevo y se sentó con la expresión del que se ha quedado deslumbrado.

—Agua, no —dijo débilmente—: no más agua.

Y en seguida, viendo fijados en él los ojos del señor Benshaw, se levantó con bastante apresuramiento. Cuantos no estaban ya de pie como él, iban haciéndolo poco a poco, y todos ponían ya el mayor cuidado en apartarse de los fresales que por casualidad pisotearon antes, en medio de la momentánea excitación.

—Este es el hombre que se arrojó contra mí —repetía el señor Benshaw—. ¿Y qué es lo que está haciendo ahí? ¿Quién es?

—¿Quién sois? ¿Quién os manda estar corriendo aquí por estos campos? —preguntó entonces al vagabundo el señor Rymell.

—No hacía más que ayudar respondió el interpelado.

— ¡Buen modo de ayudar! —exclamó el señor Benshaw.

—Creí que el muchacho era un ladrón o cosa por el estilo.

—Y por eso me embestisteis a mí, ¿verdad?

—No fue exactamente que le embistiera... caballero... Es que creí que usted le ayudaba a él...

—De todos modos, ¡fuera de ahí! —contestó el señor Benshaw —, tanto si pensabais una cosa como otra. Por ahí está el camino, ¡es! No hay trabajo que daros, y cuanto más pronto os hayáis marchado, mejor para todos. Id en busca del sendero y seguidlo, sin apartaros de él. —Y con desolada expresión, por quedar así excluido de los demás, retiróse de allí el vagabundo.

— ¡El montón de libras esterlinas que valen los perjuicios que hay aquí! —continuó diciendo el horticultor—. La broma me va a costar un dineral. Mirad cómo están esas frutas: ¡ni para mermelada sirven! Y todo por culpa de un condenado chiquillo. —Un chispazo de ira malintencionado brilló en los ojos del señor Benshaw—. Dejádmelo por mi cuenta —prosiguió— y por la de mi gente. Se ha ido por allá, por aquellos cobertizos... Ya lo arreglaremos, ya. De todos modos, no hay derecho a destrozarme mis frutas de esa manera. ¿Ladrón de frutas, dicen ustedes que es?

—En esta época del año viven no más que de lo que encuentran en el campo.

—¡Sí, y pedidles que vengan a hacer un jornal recogiendo las cosechas!... Ya conozco el paño.

—Por él ofrecen ya una recompensa de cinco libras esterlinas —dijo el tahonero...

* * *

Bien ha podido ver el lector cómo los impulsos humanitarios dan, a veces, resultados contraproducentes, y cuán poco aprovechaban para socorrer a Bealby los anuncios que con la mejor intención había esparcido *lady* Laxton. Precisamente para lo que servían era para convertirle en una especie de animal perseguido y aterrorizado. A despecho de la más manifiesta inverosimilitud, estaba él persuadido de que la recompensa ofrecida y aquella persecución estaban íntimamente relacionadas con su robo en la granja avícola, y que su captura no sería más que el prólogo de su

ingreso en la cárcel, del juicio correspondiente y de la sentencia que le seguiría. La única idea que le quedaba era, pues, la de escaparse. Pero aquella huida a través de las huertas habíale dejado tan jadeante y tan rendido, que se vio obligado a esconderse durante un rato en aquellos peligrosos aledaños, antes de poder, continuar. Vio un cobertizo, que por el aspecto le pareció que para nada se usaba, allá en el más lejano rincón de las huertas, detrás de los invernáculos, y, dando rápidamente la vuelta a un seto, pudo llegar a aquél sin ser visto. No dejaba de usarse el cobertizo —pues nada que estuviera en posesión del señor Benshaw podía considerarse como totalmente inservible—, sino que estaba lleno de trastos arrinconados de horticultor; de latas viejas de carburo de calcio; de desvencijadas carretillas y de rotas escaleras de mano que esperaban allí que les echaran un remiendo; de destrozados tablones y de rollos de fieltro para tejados, que habían sobrado. Detrás de todo esto y arrimadas a la pared, había puertas de cobertizo desprovistas de goznes, y entre ellas se metió hábilmente Bealby, quedándose muy quieto y no poco contento de hallar un momento de tregua en la caza de que había sido objeto.

Allí esperaría a que llegara el crepúsculo, para seguir huyendo a través de la vega que detrás del cobertizo se extendía, e irse entonces a... No sabía él mismo a dónde. Y ahora, aquella su antiguó confianza en el ancho mundo había desaparecido ya. Cierta desfallecimiento, producido por la nostalgia de aquella recogida casita de jardinero de Shonts, se apoderó de Bealby. ¿Por qué, en verdad, no estaba allí él ahora?

Debía haber probado de aguantar algún tiempo más en Shonts. Debía haber hecho caso de las advertencias que le dirigían, y no tirarle a Tomás el tostador de hierro. No sé hubiera visto así perseguido como un ladrón, con una oferta de cinco libras esterlinas para el que lograra cogerle, y sin tener en el bolsillo más que tres peniques, una baraja grasienta, una caja de fósforos de azufre y diversas cosas más de incorrecta procedencia y que, en rigor, no le pertenecían.

¡Si pudiera volver a aquel tiempo!

Tan saludables reflexiones ocuparon su pensamiento hasta que la incipiente obscuridad le impulsó a partir.

Salió de su escondrijo arrastrándose, estiró las piernas que se le

habían quedado dormidas y disponíase ya a practicar un reconocimiento del terreno desde la puerta del cobertizo, cuando notó el rumor de unos pasos cautelosos que resonaban fuera.

Con la rapidez de un animalejo acosado se lanzó de nuevo a su escondrijo. Habían ya cesado los pasos. Durante largo tiempo pareció que la persona que no había él llegado a ver estaba escuchando. ¿Había oído a Bealby?

Entonces buscó alguien a tientas la puerta del cobertizo, empujola y se abrió. Hubo una larga pausa destinada a cuidadosa inspección del lugar. Luego deslizóse el desconocido y se sentó sobre un montón de esteras.

—¡Dios! —dijo la voz del recién llegado.

¡Era la del vagabundo!

—Si alguna vez me he encontrado a alguien cuya compañía no trajera más que desgracias, nadie como ese muchacho. ¡Valiente cochino!

Casi un par de minutos estuvo el hombre despotricando contra Bealby, desde aquel exordio algo suave todavía, hasta llegar a la más acabada descripción de las cualidades del rapaz. Por primera vez en su vida supo entonces Bealby la muy desfavorable impresión que podía él producir en una persona.

—Primero, me viene aquel viejo estúpido con su jeringa. —Y la voz se elevó aquí con tonos de indignada protesta—. ¡Ve a un hombre que se está muriendo de un ataque epiléptico, frente a la puerta de su casa, y lo único que sé le ocurre es echarle encima un chorro de agua fría! ¡Agua fría! ¡Lo mejor que puede hallarse para matar a una persona! ¡Y luego, se le ocurre al hombre decir que eso no era más que para ayudarle a volver en sí! ¡Volver en sí! Bien contento puede estar de que no le metiera yo el puño por la estúpida cara. ¡Hijo de la grandísima!... ¿Y qué es un chelín de regalo para indemnizarle a un hombre de haberle calado hasta los huesos? Porque me dejó calado. A la piel llegaba el agua, que me corría por debajo de la camisa... y caía gota a gota... ¡Y luego, para fin de fiesta, se escapa el muchacho! No sé, no sé a dónde van a parar esos muchachos de hoy. Las escuelas son las que tienen la culpa de esto. ¡Mire usted que quitármelo todo y evaporarse luego!... ¡Dios!, ¡si le llego a poner la mano encima, ya le enseñaré yo!... Lo... cojo y...

Buen rato estuvo descendiendo a ciertos pormenores, en su mayor parte de carácter quirúrgico, de la terrible venganza que tomaría de Bealby...

Y luego —continuó— aquel perro que va y me muerde. ¿Cómo me consta a mí que no ha de acabar esto mal? Si llego a tener hidrofobia, el diablo me lleve si no empiezo a morder a algunos de ellos. ¡Hidrofobia! ¡Gritar rabioso y echar espuma por la boca! ¡Bonita muerte para un hombre! ¡Y a mi edad! ¡Hasta ladrar me oirán! ¡Ladrar! ¡Morder!

—¡Y ése es el mundo! —prosiguió—. ¡Mandad hijos a ese mundo y haceos la ilusión de que van a ser felices!...

—Al que me gustaría morder es a aquel animal de cara de pan y del sombrero ridículo. ¡Cómo disfrutaría dándole unos cuantos mordiscos! ¡Escupiría después, eso sí, pero le mordería!... ¡Vaya si le mordería! ¡Mire usted que ir barriendo la gente a azadonazos!... ¡Dios! Y luego, «¡marchaos de mis tierras!» Él es quien se había de marchar. ¡Después del chirlo que me hizo en la cara! Donde debería estar es en la cárcel.

—¡Y a esto le llaman justicia! —gritó el vagabundo—. ¿Dónde está el derecho y el sentido común de todo esto? ¿Qué es lo que he hecho yo para que me toque siempre el caer debajo en todas las cosas? ¿Por qué? ¿Por qué he de llevar siempre la peor parte? Hombres mucho peores que yo hay que ocupan toda clase de posiciones importantes. Ahí están los jueces..., gente de una inmoralidad horrible. Ahí están los ministros y otros muchos. Ya he leído yo en los periódicos quiénes son ellos... Pero nosotros, los vagabundos, somos los que hemos de ser siempre la cabeza de turco. Conviene que haya alguien que cargue con las culpas ajenas, para que la policía pueda presentarse con la cabeza alta... ¡Dios! El día menos pensado hago yo una gorda... Yo voy a hacer un disparate... ¡Vaya, que lo voy a hacer!... Esa gente me va a llevar muy lejos. ¡Tal como lo digo!...

Par\$ de pronto y púsose a escuchar. Bealby había hecho crujir algo.

—¡Dios! —continuó el vagabundo después de larga pausa—, y ¿qué va uno a hacer?

Después de lo cual, quejándose ya más suavemente, comenzó a moverse, haciendo preparativos para pasar aquí la noche.

—Nada, que me arrojarán de aquí como en un ojeo, supongo — continuó diciendo—. ¡Y tantos que duermen sobre colchones de pluma, y que no me llegan ni a la suela del zapato!...

La hora larga que siguió a todo esto, fue para Bealby un intervalo de una tensión nerviosa fatigosísima.

Después de un buen rato, notó, de pronto, tres rayas verticales de luz. Estuvo mirándolas como pavoroso misterio, hasta que comprendió que no eran debidas más que a la claridad lunar que penetraba por las rendijas del techo.

El vagabundo dormía, agitándose y gruñendo de cuando en cuando.

¿Oíanse pasos?

Sí, se oían.

Y luego unas voces.

Alguien venía por la orilla del campo, y al acercarse sostenía una conversación en voz baja.

Dio un resoplido el vagabundo y preguntóse en seguida al despertarse:

—¿Qué es eso? —Púsose entonces a escuchar, procurando evitar todo ruido.

En cuanto a Bealby, podía oír hasta los latidos de su propio corazón. Los hombres que se acercaban llegaron junto al cobertizo. «No es natural que se metiera aquí —decía el señor Benshaw—. No se hubiera atrevido. De todos modos, iremos primero a ver los invernáculos. Le meto entre carne y piel toda la carga de avena, en cuanto vea aunque no sea más que su sombra. Si se hubiera, escapado, lo habrían cogido ya en la carretera...»

Los pasos se alejaron. Oyóse un ligero ruido en el sitio que ocupaba el vagabundo, y luego acercóse éste con el mayor cuidado a la puerta del cobertizo. Forcejeó para abrirla, y de un tirón lo logró; pero sólo dejando un espacio libre de unas pocas pulgadas. Una gran barra de luz lunar; entró por la abertura e iluminó el suelo del cobertizo.

Adelantó Bealby la cabeza, con grandes precauciones hasta que al fin logró ver la oscura espalda del vagabundo, que atisbaba por la puerta. —¡Ahora!— murmuró éste, y la abrió de par en par. Entonces, bajó la cabeza y salió disparado hasta perderse de vista, dejando la puerta aquella abierta...

Quedóse Bealby pensando en si le seguiría o no. Dio hacia fuera algunos pasos y retrocedió en seguida, al oír un grito que procedía de la parte alta de la huerta. —¡Mírelo! ¡Allá va!— decía la voz — ¡A la sombra del seto!

— ¡Alerta, Jaime...! ¡Puro! —se oyó, y en seguida un alarido—. ¡Apártate! ¡Falta el otro cañón! ¡Pum! —resonó nuevamente. Silencio absoluto durante un rato, y luego el rumor de pasos de los que regresaban.

—Eso le servirá de escarmiento —dijo el señor Benshaw—. El primer tiro ha hecho blanco, y el segundo creo que le ha rozado un poco. No podía verlo bien, pero le oí quejarse. Ya tiene para tiempo antes que logre olvidarlo. Nada hay como una buena carga de avena para esos ladrones de fruta. Jaime, ¿quieres hacerme el favor de cerrar esa puerta? Ahí es donde se escondía...

Parecióle a Bealby que había pasado largo tiempo, antes de que se decidiera a salir a la luz pe la luna, y, al hacerlo, sintióse el más miserable y despreciado de todos los Bealbys habidos y por haber...

Comenzaba a comprender todo lo que significaba el saltar las vallas que son defensa y garantía de la sociedad humana. No tenía ya amigos: ni una sola persona a quien pudiera dar este nombre... Reprimió un sollozo que la propia conmiseración iba a arrancarle.

Acaso, después de todo, no era tan tarde como el muchacho había supuesto. Aun se notaba luz en algunas de las casas de la población, lo cual le permitió ver al señor Benshaw meterse en cama con ademán resuelto y pensativo. Llevaba una camisa de noche de franela, y rezó una larga oración antes de apagar la vela. Mas de pronto volvióse Bealby atemorizado y alejose, atravesando el seto. Había oído ladrar a un perro.

Al principio, las ventanas de Crayminster que se veían iluminadas eran casi una docena. Fueron apagándose una por una todas las luces. Con vivo interés estuvo él mirando largo tiempo la última que quedaba, mas al fin se extinguió también la llama.

De buena gana se hubiera echado, a llorar al verlo. Descendió hacia los cenagosos llanos, junto al río, pero maldita la gracia que le hizo el ver cómo, al hundirse sus pies en el agua, parecía ésta chuparle, extendiéndose después en círculos a la vaga claridad de la luna. Como, además, descubriera de pronto un gran caballo blanco que a algunos metros de distancia permanecía casi inmóvil,

remontóse hacia la carretera, cruzóla y comenzó a subir por la ladera de una colina, dirigiéndose hacia los cuadros de cultivo, que le atraían por el aspecto más sociable que les daban los numerosos cobertizos para guardar los aperos. En un seto, tan próximo que estaba casi al alcance de su mano, dio un gazapo un estridente chillido, y todo quedó en calma. A poco, algo que parecía una serpiente muy corta subía rapidísimamente por entre la hierba.

Creyó entonces ver al vagabundo acechándole, sin producir el menor ruido, desde unos groselleros. Duró la impresión un rato, para acabar desvaneciéndose sin resultado.

Y ya nada hubo que le persiguiera, nada absolutamente. La inmensidad, el vacío, era quien seguía sus pasos. Lo que no tiene cuerpo, ni rostro, ni forma alguna: he aquí el más temible de los ojeadores durante la noche...

¡Y cuán fría y calladamente puede llegar a acecharnos la luz de la luna!...

Pensó el muchacho en lo agradable que sería encontrar algo sólido que le guardara la espalda, y vio, cerca de uno de los cobertizos, un montón de paja destinada a servir de cama para el ganado. Allí se sentó, reclinándose contra las tablas embreadas del sotechado, seguro, cuando menos, de que, viniera lo que viniese, de fijo que habría de venir de frente. Y ya así, resolvió que lo que tendría buen cuidado de no hacer era cerrar los ojos.

Porque esto sí que sería fatal...

Cuando se despertó, sin embargo, a la mañana siguiente, la luz del día le daba de lleno, y en torno suyo resonaba el alegre piar de los pájaros.

Y entonces renovóse la huida y la persecución.

Al subir Bealby por la colina que quedaba apartada de Crayminster, vio a un hombre de pie y apoyado en el astil de un azadón, mientras observaba la fuga del muchacho, y en cuanto éste volvió nuevamente la cabeza para mirarlo, notó ya que le seguía. Las cinco libras de recompensa ofrecidas por *lady* Laxton eran lo que le ponía en aquellos trances.

Tuvo casi la intención de entregarse y acabar de una vez; pero la cárcel, ya sabía él que era una cosa horrible, hecha de piedra y de obscuridad. Intentaría el último esfuerzo. Así, pues, apretó el paso, arrimado al seto de uno de los plantíos, cruzó luego a través del

mismo, se abrió camino por entre unas matas de retama espinosa y llegó a una honda vía que atravesaba la colina como una especie de trinchera, bordeada de aquella misma clase de retamas. Comenzó a bajar entonces la escarpa agarrándose como pudo. Allá a sus pies, sin fijarse en él, ignorando su presencia, estaba sentado un hombre junto a una motocicleta, con los puños apretados, baja la cabeza y echando porvidas por aquella boca. Oprimía en una de sus manos un arrugado mapa de la comarca. —¡Vaya el demonio!— gritó, y arrojando el mapa contra el suelo, lo pateó después.

Dejóse resbalar Bealby, acabó de bajar la escarpa dando una carrerita y se encontró en la carretera, a cosa de dos metros del capitán Douglas. Ver al capitán, notar que éste le reconocía y caersele el alma a los pies, fue todo uno. Bealby estaba vencido, anonadado...

Llegaba, precisamente, en el momento más oportuno para cortar en seco un raptó de ira loca y verdaderamente reprensible.

Imaginaba el capitán que aquel arrebato quedaría secreto, que estaba allí solo, y nadie podía verlo, pues, ni oírle. Por eso no se retuvo, y gritó, y pateó, para desahogarse de la tensión nerviosa que le atormentaba hasta hacerse insufrible.

En el más cruel sentido de la palabra, podía decirse que estaba el capitán enamorado de Magdalena. Lo estaba por encima de todos los límites que la gente refinada, y no desprovista de cierto decoro, pone a aquella peligrosa pasión. El salvaje primitivo que hay latente en tantos y tantos de nosotros, habíase sobrepuesto a todo, en él. No estaba enamorado de ella de un modo delicado, bonito, elegante, sino violenta, vehementemente. Necesitaba estar con ella, junto a ella, hacerla suya y que nadie más pudiera acercársele. Tan encendida pasión quitaba interés e importancia a todas las demás cosas, como no tuvieran alguna relación con su deseo o contribuyeran a ayudarle. Habíase vencido a sí mismo momentáneamente, a pesar del fuego que ardía en sus venas, dejándola para perseguir a Bealby, y ahora se arrepentía de tal rasgo de firmeza de voluntad, con toda la furia de que era capaz. Imaginábase apoderarse del muchacho aquella misma noche, y regresar con él triunfalmente al hotel. Pero Bealby se le escapaba, y allí quedaba ella, lejos, ofendida, indignada..., ¡en completo abandono!

— ¡El que es tardío y perezoso en el amor es como el cobarde en la guerra! —exclamaba el capitán—. ¡Gran Dios!... De todo he huido. Primero, abandoné las maniobras, y luego a ella. El que es inquieto como el agua en nada prevalece. ¡Como el agua soy! Y ¿qué me importaba a mí ese maldito chiquillo? ¡A ver!, ¿qué me importaba? Allí está ella. ¡Sola! Estará coqueteando con todo el mundo. ¡Claro! Bien empleado me estará. ¿No me lo he buscado yo mismo? Precisamente ahora, en que podíamos haber pasado juntos algún tiempo. Y voy yo y le arrojo todo eso a la cara. ¡Qué estúpido, qué cobarde! ¡Y ahí está, ahora, el mapa!

Una pausa.

—Pero ¿cómo demonios —continuó el capitán— he de encontrar yo a esa fierecilla en el mapa? Y ya dos veces lo he tenido casi al alcance de la mano. ¡Me ha faltado decisión! —gritó—; el don dé hacer presa instantáneamente. Y ¿qué es un soldado sin eso? ¿Qué es el hombre que no sabe coger al vuelo la ocasión? Lo que yo debía haber hecho la noche pasada era irme detrás de aquel loco, que disparaba con avena por perdigones. ¡Entonces hubiera sido probable que averiguara algo! ¡Vaya! ¡Hay que dejarlo correr todo! He de volver a su lado, y arrodillarme a sus pies, y llenarla de besos, y vencer su resistencia... Pero ¿y qué clase de recibimiento se me hará?

Oprimió el arrugado mapa entre sus dedos. Y entonces, de pronto, saliendo de no se sabe dónde, cayó rodando a sus pies Bealby, cubierto de tierra y desgredado; pero, en fin, el mismísimo Bealby.

—¡Gran Dios! —exclamó el capitán, poniéndose de pie y sosteniendo el mapa como si fuera la vaina de una espada—. ¿Qué es lo que quieres?

Por un segundo quedó en silencio Bealby, que parecía el vivo retrato del infortunio y del sufrimiento.

— ¡Oooh! Señor... Quiero almorzar —exclamó, por fin, echándose a llorar ruidosamente.

—Pero ¿eres tú Bealby? —dijo el capitán cogiéndole por un hombro.

—Me están buscando —gritó el rapaz—. Si me cogen, me meterán en la cárcel, donde no le dan a uno nada para comer. No fui yo quien lo hizo... y no he comido... desde ayer.

Tomó rápidamente una resolución el capitán. Se hablan acabado ya las vacilaciones. Veía claramente el camino que convenía seguir. Obraría rápido como..., como una espada cuando silba azotando el aire.

—Ven —dijo—. Siéntate aquí detrás. Cógete de mi cintura... ¡Fuerte!...

Durante un buen rato pudo decirse que, en el modo de evolucionar del capitán, había tal rapidez que ni la que caracterizaba a Napoleón podía comparársele. Cuando el hombre que venía persiguiendo a Bealby llegó a las matas del borde de la escarpa que da a la honda carretera, no había allí ni muchacho, ni capitán alguno: no quedaba más que un destrozado mapa de la comarca, un olor casi imperceptible de petróleo y un ruido sordo, como el de una máquina segadora que trabajara a cierta distancia. La motocicleta se había alejado ya más de un kilómetro y medio por la carretera que conduce a Beckinstone. Más de doce kilómetros, bien angustiosos para él, por cierto, dejó atrás Bealby en once minutos, para llegar a Beckington, y allí pudo almorzar en un cafetín huevos, tocino curado y mermelada (¡cosa rica!) y recobró los perdidos ánimos, mientras el capitán se iba a una tienda de venta y reparación de bicicletas y alquilaba allí un viejo, pero cómodo, cochecito lateral de mimbre para su motocicleta. Y así se fueron los dos a Londres, a pleno sol y dejando a vagabundos, perseguidores y policías, órdenes de captura, tahoneros, horticultores y nocturnas fantasmagorías, detrás de ellos, detrás de los kilómetros de carretera recorridos, muy atrás, muy remoto ya todo e insignificante, hasta el punto de parecer que se desvanecía como el humo.

Dignóse el capitán dirigir al muchacho breves palabras de explicación, y no hubo más.

—No tengas miedo —le dijo—, no pases el menor cuidado. Se lo explicas todo, les dices sencilla y francamente, con toda exactitud, lo que hiciste, como te encontraste metido en ello y cómo lograste salir, y todo, todo lo que sea del caso.

—¿Va usted a llevarme ante un magistrado, caballero?

—Voy a llevarte al mismo lord Canciller en persona.

—¿Y no me harán nada?

—Absolutamente nada, Bealby; confía en mí. Lo único que has

de hacer es decir sencillamente la verdad...

El ir en aquella especie de cesta de mimbre resultaba un poquillo ingrato; pero producía el efecto de un excitante. Si uno se agarraba bien de los lados y se apoyaba fuertemente en el asiento, estándose muy quieto, nada que valiera la pena de hablar de ello le ocurría, pudiendo contar, además, para seguridad, con la correa que le cruzaba el pecho. Y luego, que todo lo iba uno dejando atrás en seguida. No había en la carretera una sola cosa a la que el capitán no le ganara la delantera, dando unos grandes mugidos con la bocina, cuando parecía probable que le cerraran el paso. Y por lo que respecta a aquello del asalto a la granja avícola y demás, iba a quedar todo arreglado fácilmente...

También el capitán halló aquel viaje a Londres muy alegre y divertido. Cuando menos, tenía, la ventaja de que acababa con sus vacilaciones y tanteos, de que, al fin, llegaba a hacer algo concluyente. Podría ahora regresar al lado de ella —y con toda su alma lo deseaba— llevando terminado el asunto, y terminado con un buen éxito que mostrarle. Había dado con el muchacho. Iría derechamente a encontrar a su buen tío Chickney, y éste allanaría el camino para hablar con Moggeridge, ante el cual haría sus declaraciones el chico, le convencería de la verdad de ellas y todo quedaría tan bien como antes. Era muy posible que al atardecer estuviera ya listo y en disposición de estar al lado de Magdalena. Porque volvería a su lado, y ésta, persuadida de la inteligencia y energía con que había procedido, levantaría graciosamente su hermosa barbilla, le sonreiría con aquella su gratísima sonrisa y tenderíale la mano para que se la besara, mientras los reflejos de las luces matizarían juguetones aquel cuello suyo, de tan firme como delicado dibujo...

Pasó con sordo rumor el vehículo a lo largo de grandes extensiones de terreno comunales y de vegas cuidadosamente cercadas, por entre bosques y huertos, frente a agradables hosterías y dormidas aldeas, frente a casitas de guardas o de porteros, pertenecientes a sus respectivas granjas.

Fueron éstas apareciendo con más frecuencia, y, a poco, se hallaron en los suburbios de una ciudad; y luego, otra vez la carretera libre y despejada; y en seguida, más pueblos, y, por fin, las señales de que Londres estaba próximo, es decir, más casas, más

fondas; cercas y andamiadas de edificios en construcción; anuncios; aceras de asfalto; faroles, fábricas de gas; lavaderos; una larga extensión ocupada por villas de las afueras; una estación suburbana de ferrocarril; una ciudad antigua, agregada hoy y convertida en barrio; un ómnibus; la estación de origen de una línea de tranvías; otros terrenos públicos llenísimos de anuncios; y una ancha calle empedrada, que debía de ser a modo de paseo público, con una hilera de tiendas a cada lado...

CAPITULO VIII

DE COMO DIO EXPLICACIONES BEALBY

Sólo algo más viejo que lord Moggeridge era lord Chickney, pero no se hallaba tan bien conservado como él. Su oído era ya algo torpe, aunque no quería que fuera dicho, y la pérdida de algunos dientes le hacía difícil el articular con claridad. Hablando en general, podría afirmarse que los que se dedican al servicio de las armas, envejecen más rápidamente, tanto en lo físico como en las facultades mentales, que los dedicados a las tareas del foro. El ejército gasta a los hombres más pronto de lo que suelen las leyes o la filosofía, y expónelos con mayor facilidad a gérmenes que van minando o destruyendo la salud, al paso que les coloca a cubierto del influjo del pensamiento, el cual estimula y preserva.

Un hombre de leyes se ve precisado a conservar sus conocimientos legales completamente limpios del polvo de los años, o de lo contrario no pasarán quince días antes de que le hagan notar que está atrasado de noticias, mientras que un general no llega a comprender nunca que está algo fuera de uso y rezagado con respecto a su época, hasta que una catástrofe se encarga de dárselo a entender. Desde la magnífica retirada de Bondy Satina, el año ochenta y siete, y de su defensa de Barrowgast durante cinco semanas (con las operaciones subsiguientes), no se le había presentado ocasión a lord Chickney para demostrar seriamente su habilidad y facultades. Pero había en él cierto aire campechano y pintoresco de soldado viejo, alto, displicente, entrecano, al que estaba reservado siempre un lugar distinguido y, en cuantos actos públicos intervenía, llamaba la atención por sus grandes bigotes caídos. Así, no pasaba nunca inadvertido, mientras hombres que le

eran superiores permanecían ignorados. Los coleccionadores de autógrafos le miraban con verdadera adoración. A escribir los que le pedían dedicaba todas las mañanas media hora, y tan fuerte había llegado a ser en él la costumbre, que los domingos, en que se suspendía en Londres el reparto del correo, y el redactar autógrafos no le parecía, después de todo, bastante correcto, empleaba el tiempo en copiar la Epístola y el Evangelio del día. Y gustaba también de figurar siempre en primera fila en los actos públicos (a ser posible, luciendo sus condecoraciones). Después de escritos sus autógrafos, solía trabajar, a veces durante algunas horas, para varias asociaciones patrióticas, y especialmente para las que impusieran como obligatoria la instrucción militar a todos los hombres, mujeres y chiquillos del país. Hasta llegó a formar parte de una sociedad fundada para enseñar a las jaquitas de los carniceros a substituir a los caballos del ejército y para convertir a todos los canes de regular talla en perros exploradores. No comprendía cómo un país podía vivir feliz sin tener fortificadas todas sus ciudades, y sin que cada uno de sus habitantes fuera armado, bastando cualquier error cometido en el régimen alimenticio a que se sometía, para que le atormentaran las más atroces pesadillas acerca de lo que ocurriría con el proyecto de túnel bajo el canal de la Mancha, o una reducción en el presupuesto de ingresos del país, viendo éste sometido ya a dura esclavitud.

Escribió y trabajó mucho para todas aquellas sociedades mencionadas; pero nunca pudo hablar en público en ellas, por culpa de su falta de dientes. Porque es de advertir que tenía un punto flaco: en mil ocasiones había desafiado cara a cara a la muerte, pero nunca se atrevió a ponerse frente a un dentista.

En su vida privada era hombre de intachable conducta, viudo y sin hijos. En su edad madura llegó a creer que en otro tiempo había estado profundamente enamorado de su prima Susana, que casó con un tal Douglas, quien solía tratarla con bastante despegó. Tanto ella como el marido habían muerto ya; pero aún le duraba a él un vivo cariño por los dos hijos que dejaron, a pesar de hallarlos más gallardos que a su entera satisfacción. Llamábales sus sobrinos, y, por obra de sus continuas muestras de afecto, había llegado a ser reconocido por ambos hermanos como verdadero tío. Alegrábase cuando acudían a él en sus dificultades, y gustaba de que se le viera

en público con ellos. Por su parte, le trataban los dos con confianza y respeto, demostrándole cariño, aunque a veces se reprocharan ellos mismos el que éste no fuera tan fervoroso y expresivo como él merecía. Pero suele haber siempre algo de injusticia en los afectos.

Sintióse el hombre verdaderamente agradecido cuando recibió un telegrama del menos mal reputado de aquellos alegres parientes, en el que se le decía: «Necesito muchísimo que me aconseje. Espero poder explicarle el caso hoy a las doce».

La deducción que, naturalmente, sacó de ello, era que el pobre muchacho se hallaba en un momento crítico de su enredo con Magdalena Philips, y le halagaba la prueba de confianza que suponía el someter el asunto a su buen criterio. Resolvióse a mostrarse delicado, pero astuto; hombre de honor, del modo más estricto posible, pero firme, y tendiendo calmosa y pacientemente a separarlos. Púsose a pasear por su espacioso cuarto de estudio, olvidando su acostumbrada labor matinal, y empezó a preparar ciertas sentenciosas frases que creyó de gran efecto para la próxima entrevista. Probablemente el joven le hablaría muy emocionado. Daríale él unos golpecitos en el hombro demostrándole que compartía su emoción hasta cierto punto. «Comprendo, hijo mío, comprendo, le diría. Ten presente que también yo he sido joven».

Hablaría en ese tono de verdadera simpatía, pero sin olvidar su deber de hombre de mundo. «La cosa es inadmisible, hijo mío, inadmisible. Es algo que la gente no querrá entender... La mujer de un oficial ha de ser la mujer de un oficial y nada más... Tu oficio es servir al Rey..., no a una celebridad. Es encantadora, indudablemente: no voy yo a negarlo..., pero en las tablas, hijo mío... Ahora bien: ¿no crees tú..., veamos..., no crees tú... que hay en el mundo alguna chiquilla guapa, pura, dulce y modesta como una violeta, fresca y virginal como la aurora, y que está dispuesta a ser *tuya*?; una verdadera chiquilla, quiero decir, con el corazón de doncella completamente libre, y no..., ¿cómo lo diremos?..., no una mujer de la sociedad. Es estupenda: admitido; pero muy fogueada. Pertenece al público. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío querido! Yo conocí a tu madre cuando era una niña, una niña dulce y purísima..., fresca como el rocío. ¡Ah! ¡Qué bien la recuerdo! Todos esos años... para mí, como si no hubieran pasado. Es difícil...»

Las lágrimas estaban a punto de saltársele de los azules y

animados ojos mientras iba formando tan sentidas frases. Paseaba de un extremo a otro de la habitación en tanto que las murmuraba entre dientes, entre los escasos dientes y los largos bigotes, accionando, al propio tiempo, elocuentemente.

Cuando las ideas de lord Chickney se habían disparado en una dirección determinada, resultaba difícil desviarlas. Suele a algunos de nosotros revelárenos la verdad como una débil vocecita que suena sosegadamente; pero lord Chickney necesitaba para oírla que tuviera un vozarrón tremendo y un buen aguijón. Además, Douglas no llegó a su casa hasta que el hombre estaba ya terminando el almuerzo. A mayor abundamiento tenía aquél la mala costumbre de hablar a empujones, por fragmentos sueltos y en voz no muy alta, en vez de expresarse clara y terminantemente al modo de los norteamericanos.

—Cuéntamelo todo, hijo mío —díjole lord Chickney—. Cuéntamelo todo. No hay necesidad de que te excuses por venir con el traje en tal estado. Ya me hago cargo. Has venido en motocicleta y has subido corriendo hasta aquí. Pero ¿has almorzado ya, Eric?

—*Alano*, tío..., no *Eric*. Quien se llama *Eric* es mi hermano.

—¡Ah! ¡Bien! Yo le llamaba *Alano* a él. Cuéntamelo, pues, todo, todo lo que ha ocurrido. ¿Qué piensas hacer? Explícame en qué estado se hallan las cosas. Para hablarte con toda franqueza, ya hacía tiempo que ese asunto me traía a mí preocupado.

—No sabía que hubiera llegado a oídos de usted, tío. No puede él haber hablado de eso todavía. En fin, usted se hará cargo, de todos modos, de lo molesto de la situación. Dicen que el viejo se pone hecho una fiera, un verdadero demonio, cuando se le sube la sangre a la cabeza... y de que ahora se le ha subido no hay la menor duda... y de un modo tremendo.

No escuchaba con gran atención lord Chickney. La verdad era que hablaba al propio tiempo.

—No sabía yo claramente que anduviera por medio otro hombre —decía—. Esto complica la cosa, hijo mío, hace que la riña sea aún más aguda. ¿Es viejo, eh? ¿Quién es?

Hubo aquí una pausa en la conversación.

— ¡Hablas de un modo tan confuso! —exclamó quejoso lord Chickney—. ¿Quién has dicho?

—Creía que lo había usted entendido: lord Moggeridge.

—¡Lord..., lord Moggeridge! Pero ¡hijo mío! ¿Y cómo?

—Creí que me había usted comprendido, tío.

—No quiere casarse con ella. ¡Ca! ¡Eso nunca! ¡Pero, Señor!...
¡Si al menos debe de tener sus sesenta cumplidos!...

Miró el capitán Douglas a su distinguido tío con afligidos ojos. Acercóse más, levantó la voz, y habló con mayor cuidado y decisión.

—No sé si acaba usted de comprender la cosa por completo, tío. De lo que yo estoy hablando es del asunto aquel de Shonts, de lo que ocurrió al final de la semana pasada.

—Querido, no hay necesidad de que grites para hablar. Basta con que no sueltes las palabras como murmurando y cercenándolas... y poniendo las cosas cabeza abajo. Vamos a ver: dímelos todo sencillamente. ¿Quién es Shonts? ¿Uno de esos lores liberales? Me parece recordar el nombre.

—No, tío, Shonts es el nombre de la casa que poseen los Laxton. ¿Sabe usted?... La casa de Lucía.

— ¡Ah! Lucía..., aquella chiquilla. Sí, ya la recuerdo La de los rizos que le caían por la espalda. La que se casó con el lechero. Pero ¿y qué tiene que ver ella con todo esto? La historia se va... complicando. Esto es lo peor de esos endiablados asuntos. ¡Cómo se enreda la madeja! Es aquello de

*¡qué espesa telaraña la que urdimos
cuando por vez primera delinquimos!*

Y ¡claro! ahora, como hombre de buen sentido, quieres tú desenredarte de ella.

El rostro del capitán Douglas habla llegado ya al rojo más subido, con el esfuerzo que hacía para dominarse y para ver si lograba ir al grano con toda claridad y en línea recta. Su cabello despeinado parecía un montón de estopa, y gruesas gotas de sudor apuntaban sobre su frente.

—Pasé últimamente las fiestas de fin de semana en Shonst —dijo—. Lord Moggeridge estaba también allí entre los invitados. Y se le metió en la cabeza que yo le tomaba el pelo.

—Naturalmente, hijo mío, si se le ocurre andar de juerga. ¡A su edad! ¿Y qué otra cosa podía esperar?

—Es que no andaba de juerga.

—Conque no, ¿eh? Ahora salimos con distingos y sutilezas. ¡Bueno! Continúa... de todos modos.

—Metiósele en la cabeza que le estaba yo jugando una mala pasada. Me confundió con *Eric*. Consecuencia: que tuvimos una agarrada. Tuve yo que marcharme de la casa. ¿Qué remedio me quedaba? Dirigió contra mí toda clase de acusaciones...

Al llegar aquí paró en seco el capitán Douglas. Su tío no le escuchaba ya. Habíanse acercado ambos a la ventana del cuarto, y el general tenía clavada la vista, con creciente excitación y como si tratara de adivinar algo, en el espectáculo que le ofrecían Bealby y la especie de cesta de mimbre, aneja a la motocicleta, que estaban en la calle. Porque allí se había quedado Bealby muy repantigado en su asiento, mientras esperaba que le llegara su turno para vindicarse por completo de la negra acusación del robo con asalto. Estaba el muchacho muy acabado por el cansancio del viaje, y el cochecito de mimbre tan acabado como él, no sólo por el viaje, sino por los años que contaba, contrastando ambos con lo nueva y perfecta que era la motocicleta que estaba al lado. El contraste había llamado ya la atención de un policía muy alto, que estaba parado y mirando a Bealby como sumido en honda meditación, para ver si podía sacar algo en claro. Pero el muchacho no miraba al guardia. Tenía ciega confianza en el capitán Douglas, estaba seguro de que pronto quedaría libre de los pasados horrores de aquel hombre a quien halló cadáver y de aquel mal paso que había dado, sin pensarlo, hacia la pendiente del crimen; pero, a pesar de todo, y al menos entonces, no se sentía con fuerzas para sostener la mirada de un policía que él comprendió se hallaba algo desconcertado...

Mirando desde la ventana, la figura de Bealby quedaba bastante eclipsada por la del guardia...

Lo novelesco está siempre en acecho contra los sencillos de corazón. Ni la edad ni la costumbre pueden nada contra sus infinitos recursos. De pronto, del fondo mismo de las vulgares y amables diplomacias, de las más discretas intenciones del hombre de mundo, salta la imaginación como un cohete que, abandonando su seguro refugio, va a estallar en el cielo. Esto es lo que sucedió al anciano general. Mostróse sordo para todo lo que no fuera lo que él imaginaba. Veía ya el mundo sembrado de deslumbrantes y

deliciosos sueños, y su rostro aparecía bañado por la luz de la más genuina excitación romántica. Cogió del brazo a su sobrino y señaló hacia la calle. Una oleada de sangre coloreó sus macilentas mejillas.

—¿Qué es lo que veo? —preguntó, reflejando en el tono de voz y en el ademán algo que rayaba en admiración—. ¿No está allí disfrazada cierta damisela que yo me sé?

Vio entonces con toda claridad el capitán Douglas que, si quería ver a una u otra hora de aquel día a lord Moggeridge, era preciso que se impusiera antes, con toda firmeza, a su tío. Sin proponerse disimular siquiera que le hablaba a gritos, díjole:

—Es un chiquillo. Es mi testigo. Tiene suma *importancia* que se lo lleve yo a lord Moggeridbe, para que el muchacho le refiera su historia.

—¿Qué historia? —gritó el hombre acostumbrado a mandar, al mismo tiempo que se estiraba el bigote y seguía aún mirando de soslayo a Bealby con aire suspicaz.

Media hora necesitó el capitán, desde que le fue hecha esta pregunta, para llevar a lord Chickney al teléfono, y aun después de logrado esto, distaba mucho el general de ver algo claro el asunto que traía entre manos. Hízole comprender el capitán Douglas la mayor parte de los hechos ocurridos; pero lo que no consiguió fue quitarle a su tío de la cabeza la idea de que todo aquello guardaba estrecha relación con Magdalena. Cuantas veces trató el joven de dejar bien sentado que no entraba ella para nada en el asunto, dábale el general unas palmaditas en el hombro y, adoptando un aire muy discreto y amable, le decía:

—Hijo mío, te comprendo perfectamente; bueno, sí, me hago cargo de todo.

Así partieron, pues, viendo las cosas como a través de una niebla —por lo que a las ideas se refiere, ya que la luz del sol brillaba espléndidamente—, y a consecuencia de una obstrucción del tráfico en la calle del Puerto, el coche en que iba el general se adelantó, llegando a la calle de Tenby cinco minutos antes que la motocicleta y el consabido cochecillo de mimbre, minutos que fueron aprovechados por el visitante para preparar con el mayor tacto y cuidado al lord Canciller...

Había estado Candler aquella mañana llenando maletas con desusada solicitud para la nueva excursión de fin de semana a la abadía de Tulliver. Regresó su amo, después de la catástrofe de Shonts, fatigado, visiblemente envejecido y malhumorado en extremo, y Candler confiaba en que el viaje a la mencionada abadía lograría volverle a su centro y apaciguarle. Para ello era preciso no olvidar nada, evitar todo tropiezo, procurar que todo fuera como una seda, o, de lo contrario, era evidente que su dueño y señor se declararía en contra de esas excursiones con toda la furia de que era capaz, y precisamente Candler las hallaba muy entretenidas y a propósito para descansar de las fatigas de la temporada de sesiones. La abadía de Tulliver era una casa que tenía de bueno tanto como de malo ofrecía Shonts, y en ella *lady* Checksammington dirigía, con aterciopelada suavidad, pero con la firmeza del acero, toda una turba de criados que cumplían con admirable exactitud. Y luego, que allí los invitados serían de lo mejorcito, como el señor Evesham, tal vez; los Loopers; *lady* Privet; Andreas Doria, y el señor Pernambuco, personajes algo maduros, ricamente vestidos y cubiertos de brillantes, entre quienes no se aburría ni un momento lodd Moggeridge y tendría la seguridad de disfrutar de todas las comodidades. Y a ser posible, lo que deseaba Candler era meter en un sitio u otro de las maletas los libros y papeles que su amo necesitara llevar consigo. Aquella costumbre de coger al vuelo a última hora las cosas y ponérselas bajo el brazo, con la vigilancia continua que esto suponía para recoger lo que se iba cayendo, era cosa muy acarreada a rozamientos y a excitaciones nerviosas, tan perjudiciales para el amo como para el criado.

Levantóse lord Moggeridge a las diez y media, por haberse acostado muy tarde, a consecuencia de una acalorada discusión en la Sociedad aristotélica, y tomó un ligero desayuno: una chuleta y una taza de café. En seguida comenzó ya a arrugársele el ceño por culpa de algo que venía entre su correspondencia. No podía adivinar Candler qué era aquello, pero sospechó que se trataría de algún otro libelo que habría publicado el doctor Schiller. Que la chuleta se le hubiera indigestado a su amo no podía ser, porque precisamente lord Moggeridge las digería maravillosamente. Miró después Candler hacia los sobres y las cartas, y nada descubrió que le ayudara a formular su diagnóstico, cuando, de pronto, notó que

un ejemplar de *La Razón* yacía destrozado en el fondo del cesto de los papeles.

—Lo echó cuando salí del cuarto —dijose Candler, examinando disimuladamente la publicación—. De fijo que, después de todo, anda metido en ello ese maldito Schiller.

Pero lo que es en eso se equivocaba Candler. Lo que le había hecho perder la calma al lord Canciller era un acre y poco respetuoso artículo acerca de lo *Absoluto*, escrito por un profesor de Cambridge en aquel tono de chunga y de desafío que se extiende ahora como una plaga por el campo de la discusión filosófica: «¿Significa acaso lo Absoluto, para lord Moggeridge, algo más que una especie de persuasiva substancia oleaginosa, uniformemente distribuida a través del espacio?» Y así por el estilo. ¡La cosa era bastante mala!

Desde su juventud había adquirido lord Moggeridge el hábito deliberado de ejercer excepcional dominio sobre sus facultades mentales. Por más conturbadas que estuvieran ahora éstas, obligólas, pues, a fijarse en un caso acerca del cual se había reservado el emitir su fallo. Tenía que tomar el tren de las 3'35 en la estación de Paddington, y a las dos se hallaba de sobremesa, fumando un cigarro después de un sobrio almuerzo, y leyendo las notas que había tomado para dictar sentencia. En aquel momento se oyó el timbre del teléfono, y vino Candler a decirle que lord Chickney deseaba vivamente verle, para hablarle de un asunto de relativa importancia.

—¿De *relativa* importancia? —preguntó lord Moggeridge.

—De relativa importancia, milord.

—De... *relativa*..., ¿eh?

—Su Excelencia, milord, habla muy confusamente desde que le faltan los dientes que le quedaban —dijo Candler—; pero esto es lo que yo he entendido.

—Tanta excusa, para acabar afirmando, me resulta muy cargante, Candler —dijo, hablándole por encima del hombro, su amo—. Mira —y aquí volvióse y empezó a articular muy claramente —: o las cosas son importantes o no lo son. Tienen que ser o dejar de ser; No sé por qué no puedes... cuando té dan un recado por teléfono... Pero, vaya, supongo que eso sería pedirte lo imposible... ¿Quieres explicarle, Candler, a qué hora sale el tren y... y

preguntarle también, Candler..., preguntarle qué clase de asunto es éste?

Volvió el criado después de telefonear.

—Por lo que he podido sacar en claro, milord dice que desea poner las cosas en su punto respecto a algo que a usted le interesa, milord. Dice algo acerca de una leve equivocación, de un pequeño error.

—Ese sistema de atenuar, buscando diminutivos, Candler, mata todo el sentido de las cosas. Pero ¿ha dicho él qué clase de *leve* equivocación es esa?

—Algo dice... Siento tener que confesarlo, milord, pero es algo relativo a Shonts, milord.

—Pues entonces no quiero saber ni una palabra de ello —contestó lord Moggeridge.

Reinó silencio durante un momento. Volvió a sumirse en la lectura el lord Canciller, con firme y estudiada naturalidad, mientras el criado se movía con aire de incertidumbre.

—Siento molestarle, milord, pero no acabo de acertar con la forma en que he de contestar a Su Excelencia, milord.

—Dile..., dile que no quiero oír hablar de Shonts, nunca más. Así, sencillamente.

Dudó un momento Candler y salió de la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta, para evitar que alguna palabra temblorosa, de las que habría de pronunciar con harta dificultad para transmitir aquel recado, pudiera llegar a oídos de su amo.

Ya he dicho que el dominio que ejercía sobre sus facultades lord Moggeridge era extraordinario. Podía desinteresarse en absoluto de cualquier asunto en cuanto se lo propusiera. Así, al cabo de unos instantes, se había ya olvidado completamente de Shonts, y estaba tomando notas con su lapicero de plata al margen de la sentencia que habla redactado.

Candler, que volvía a entrar, le decía a poco:

—El señor lord, lord Chickney insiste con empeño en lo mismo, milord. Dos veces ha llamado. Dice ahora que hace del asunto cuestión personal. Ocurra lo que ocurra, dice, desea hablar dos minutos con el señor, milord. Por teléfono, milord, se niega a dar más explicaciones.

Quedóse lord Moggeridge meditando un rato, mientras miraba

la colilla del tercer cigarro que fumaba desde la terminación de su almuerzo. Entretanto, el criado contemplaba el rabillo del ojo izquierdo de su amo, como un maquinista observa la válvula de seguridad de su máquina. No se notaban allí signos de próxima explosión.

—Que venga, Candler; no hay más remedio —dijo, al fin, el lord.

—¡Ah! ¡Candler! —añadió.

—¿Milord?

—Pon las maletas y demás en la antecámara dé modo que se vean bien. Múdate de ropa y procura que se note que tenemos prisa. Y tenlo todo listo, y de modo que salte a la vista que lo está, Candler.

Dicho esto, volvió a concentrar lord Moggeridge todo su pensamiento en lo mismo de antes.

Presentóse allí, al poco rato, lord Chickney. Había éste dado la vuelta al mundo dos veces, con lo cual vio muchos pueblos raros y misteriosos, muchas costumbres y preocupaciones extrañas que siempre despreció; pero nunca logró librarse del todo de ciertas ideas provincianas en las cuales había sido educado por su familia. Creía que mediaba irremediable diferencia entre el espíritu de las personas de distinguido origen, como él era, y las de baja extracción, como Moggeridge, que era hijo de un maestro de capilla de Exeter. Imaginábase que esos hombres que han salido de la nada, sentían siempre el más profundo respeto por los de rancio abolengo como él; que se perecían por alternar con ellos y quedaban muy reconocidos de que se les hiciera caso, y así, por más que hiciera, no podía él acercarse a lord Moggeridge sin que se le notara cierto aire, más o menos atenuado, de protección. Saludóle llamándole «mi querido lord Moggeridge», le estrechó la mano efusivamente y dirigióle toda, clase de preguntas acerca de su hermano menor y demás familia. —Y por lo que veo— añadió —se prepara usted ahora a salir de excursión para celebrar el domingo.

Fue el lord Canciller contestando a tan amena charla con una especie de sordos gruñidos y un movimiento casi imperceptible de las cejas. —Creo que había un *pequeño* asunto— dijo, al fin —acerca del cual deseaba usted consultarme.

—Bueno —contestó lord Chickney, pasándose la mano por la

barbilla. Sí, había un asuntillo, una pequeña molestia...

—De carácter urgente...

—Sí, sí, exacto. Un poquito complicado..., ¿sabe usted?... No es cosa muy sencilla —Y aquí tomaron las finuras del amable soldado viejo un carácter casi de seducción—. Uno de esos asuntos, pequeños, sí, pero difíciles, que le obligan a uno acordarse de que es hombre de mundo..., ¿comprende usted? Una complicación, no muy importante, relativa a una señora que usted y yo conocemos. Pero es preciso que haga unas ciertas concesiones, que se haga cargo. El muchacho tiene un testigo. No son las cosas tales como usted supuso.

Lord Moggeridge tenía muy tranquila la conciencia por lo que respecta a señora alguna. Sacó el reloj y lo miró de un modo casi agresivo. Conservólo en la mano, mientras hacía las observaciones que siguieron.

—He de confesar —dijo— que no tengo ni la más remota idea... Si usted tiene la bondad de... ser conciso. ¿De qué se trata?

—Verá usted: yo conocí a la madre de ese muchacho —contestó lord Chickney—. La verdad es... —y aquí perdió la cabeza queriendo ser muy franco—. Si las circunstancias hubieran venido de otro modo..., entiéndame usted, Moggeridge..., hablo en el buen sentido..., podría él haber sido mi hijo. Y le quiero como si lo fuera...

Cuando, a poco, entraba en la habitación el capitán Douglas, algo acalorado por las dificultades que le había ocasionado la mencionada interrupción del tráfico, y solo, pues a Bealby lo había dejado en la antecámara con Candler, comprendió inmediatamente que el trabajo de preparación, practicado por su tío distaba mucho de haber sido conducido con habilidad.

—Un minuto más, querido —gritóle lord Chickney.

Pero lord Moggeridge, moviendo las cejas con excitación y reloj en mano, opinaba de muy distinto modo. Dirigiéndose al capitán Douglas exclamó:

—No hay un minuto más que perder. ¿Qué significa todo eso? ¿Qué es ese galimatías de un amor casi paternal? ¿A qué viene usted? El coche me está esperando ya en la puerta. ¿Qué es todo eso de señoras y de testigos? ¿Qué pasa?

—Muy sencillo, milord. Usted cree que yo le di cierto bromazo

en Shonts. No es así. Tengo un testigo. La arremetida contra usted en la escalera, el ruido que oyó en su cuarto...

—Y ¿qué garantía tengo yo?...

—El chiquillo que estaba al servicio del mayordomo. El criado de usted que está ahí fuera le conoce. Le vio en la misma habitación del mayordomo. Él fue quien le causó a usted todas aquellas molestias... y a mí..., después de lo cual, se escapó. Acabo de apoderarme de él. No le he dirigido más allá de dos docenas de palabras. Media docena de preguntas y nada más. Todo aclarado. Así sabrá usted... Con usted, nada... más que profundo respeto.

Apretó los labios lord Moggeridge y no quiso dar su brazo a torcer dándose por convencido.

—En consideración —intercaló aquí lord Chickney— al afecto de un antiguo compañero..., de un soldado viejo... No hay mala intención en el muchacho.

Con la rudeza de la persona de quien se ha abusado y que ya no puede aguantar más, apartó a un lado el lord Canciller al general. —¡Uf!— exclamó —¡Uf!—. Y dirigiéndose al capitán Douglas:

— ¡Un momento! ¿Dónde está su testigo?

Abrió el capitán una puerta y Bealby se halló en presencia de dos famosos personajes.

—Cuéntaselo —dijo el capitán Douglas—. Y ¡ojo!, ¿eh?

—Dímelo claro —gritó el lord Canciller— y *aprisa*.

Con tal fuerza acentuó la última palabra, que el chiquillo dio un salto.

—Díselo —añadió el general más suavemente—. No tengas miedo.

—Bueno —comenzó a decir Bealby, después de una pausa en que se fue creciendo—. Fue él quien me dijo que lo hiciera. Dijo: anda, ve y entra.

Iba a interrumpirle el capitán, pero impidióselo el lord Canciller, con un majestuoso movimiento de la misma mano con que sostenía el reloj.

—¡Él te dijo que lo hicieras! —exclamó—. ¡Ya lo sabía yo! Escucha. En pocas palabras: te dijo que entraras, y que hiciese lo que pudieras.

—Sí, señor. —Y empezando Bealby a ponerse triste, añadió: «No le hice ningún daño a aquel señor viejecito».

—Pero ¿quién fue el que te lo dijo? —gritó el capitán—. ¿Quién te lo dijo?

Dejóle anonadado lord Moggeridge con un movimiento del brazo y de las cejas. A Bealby lo tenía como fascinado, apuntándole el dedo.

—No hagas más que contestar a las preguntas Me quedan treinta segundos más. Él te dijo que entraras. Te hizo entrar. En cuanto se te presentó ocasión, te marchaste.

—Sí, señor: me escabullí.

— ¡Basta! Y ahora, caballero, ¿cómo se atreve usted a venir aquí sin traer siquiera bien preparada una mentira algo verosímil? ¿Cómo se atreve usted, después de todas sus intolerables estupideces en Shonts, a presentármeme otra vez, intentando nuevas sandeces? Y ¿cómo se atreve, además, a arrastrar hasta aquí a su bizarro y venerable tío, para mezclarle en esa absurda *broma*, poraue supongo que usted le llamará a eso una *broma*? Sin duda que tendría usted preparado a ese golfillo para que viniera aquí con algún cuento ingenioso. ¡Cuán poco entiende usted de testigos falsos! ¡A la primera pregunta le vende a usted! ¡Ni siquiera empieza a relatar la mentira aprendida! Al menos, ha comprendido él la diferencia que va de mis normas de conducta a las de usted. ¡Candler! ¡Candler!

Apareció el criado.

—Esos..., esos *caballeros* se van. ¿Está todo listo ya?

—El coche está esperando en la puerta. Es el de costumbre.

Intentó el capitán un último y desesperado esfuerzo:

—¡Caballero! —exclamó—. ¡Milord!

Volvióse hacia él el lord Canciller, con tal expresión en el semblante que, aunque él se esforzaba en que apareciera como sereno, en el continuo agitarse y en las ondulaciones de las cejas se adivinaba la tempestad interior, pasando como vendaval que azota una columna de humo negro.

—Capitán Douglas —dijo—: probablemente no está usted enterado de lo preciosos que son el tiempo y la paciencia de un hombre que está al servicio del público y ocupa una posición como la que yo ocupo. Usted se imagina, sin duda, que la vasta fábrica del mundo es un lugar muy divertido, en el cual puede usted ir bordando sus..., sus *facecias* y combinaciones. Pues bien: no es eso.

Todo es real. Todo es serio. Podrá usted burlarse de la sencillez de este viejo: pero lo que le digo acerca de la vida es la pura verdad. Los efectos cómicos, créame usted, no son la meta a la que debemos dirigirnos. Y usted, caballero, usted me parece a mí el más insoportablemente tonto, petulante e inútil de todos los jóvenes. Petulante. Inútil. Tonto.

Al pronunciar tales frases, acercósele Candler sosteniendo un ligero abrigo o *guardapolvo* de majestuosa elegancia, y el lord Canciller lanzó las últimas palabras por encima del abombado pecho, mientras Candler le ayudaba, a pasar los brazos por las mangas.

—Milord —repitió el capitán Douglas, pero ya con aire menos resuelto.

—No —contestó el Canciller, inclinándose hacia delante con aspecto amenazador, mientras Candler le estiraba el faldón de la chaqueta y le arreglaba el cuello del abrigo.

—Tío —dijo el capitán Douglas.

—No —contestó el general, con militar concisión, y se apartó de él, volviéndole la espalda—. Poco te figuras hasta qué punto me has ofendido. Poco te lo figuras. Nunca hubiera imaginado una cosa así... ¡La cualidad hereditaria de los Douglas!... ¡Testigos falsos! ¡Y por añadidura el insulto! Lo siento, querido Moggeridge, de un modo indecible.

—Me hago cargo perfectamente. Tan víctima ha resultado usted como yo. Casi tanto. ¡Cosa más estúpida! Siento tener que irme ahora tan precipitadamente.

—¡Oh! Pero ¿qué has hecho, animal? —exclamó el capitán, dirigiéndose a Bealby. Y al decirlo dio un paso adelante para mejor apostrofar al muchacho, que aparecía perplejo y encogido—. ¡Imbécil, embustero! ¿Qué te has propuesto con eso?

— ¡No me he propuesto nada!

Entonces, el recuerdo de Magdalena, dulce y dominador, acudió a la mente del atolondrado joven. Había corrido el riesgo de perderla, la había desairado y ofendido... y ¿para qué? Para hallarse allí en un verdadero lío, de inconcebible ridiculez, a punto de emprenderla a bofetadas con aquel estúpido chiquillo en presencia del lord Canciller y del tío Chickney. «¡El mundo está perdido —pensó...— y perdida está ella para mí, también!». Tal

vez, ahora, mientras él cometía todas aquellas simplezas, buscaba ella fácil consuelo a su ofendido orgullo.

Comprendió que el interés supremo de la vida es el amor; que quien divide sus propósitos esparce trozos de su vida para que sean juguete de los vientos. Un vehementísimo deseo de cortar de cualquier modo aquel asunto de Bealby se apoderó de él. No se acordó ya en aquel momento de su reputación, de guardar las apariencias, del resentimiento de lord Moggeridbe o de las buenas intenciones del tío Chickney.

Dio media vuelta y salió huido de la habitación. Pudo evitar, gracias a su nunca vista agilidad de gimnasta, las consecuencias de un tropiezo con la maleta que un criado había Colocado imprudentemente en mitad del paso; cruzó la ancha y majestuosa antecámara, y en un instante tenía preparada la motocicleta y se esforzaba en montarla para salir de la calle. Pasó rozando con el hocico de los caballos del coche de *lady* Beach Mandarin; describió una gran curva para no chocar con el triciclo de un vendedor de pescado; estuvo a punto de atropellar al eminente actor y empresario Pomegranete que cruzaba la calle distraído, como de costumbre, y con arrogante continente; dobló la esquina con estrépito y siguió la ruta que había de conducirle nuevamente hacia aquella encantadora, irresistible mujer, que tan desastrosa influencia ejercía en su carrera.

Salió de Londres el capitán furiosamente casi, y con peligro para cuantos hallaba al, paso. En su interior, era un infierno de blasfemias, de gritos, de insultos que a si mismo se dirigía; pero, exteriormente, no se notaba más sino que su rostro estaba extraordinariamente sonrosado. Y como pasara por delante de un campo muy abierto y ventoso a cuyo borde un mijero llevaba el rótulo de «Hacia Londres: trece millas», el neumático de la rueda trasera de la motocicleta estalló con estrépito.

En toda vida hay momentos de confluencia en las cosas, verdaderas encrucijadas, y no deja de ser frecuente que algo así, una detonación, el súbito despertar en medio de la noche, un rayo que cae en el camino de Damasco, baste para señalar un nuevo punto de partida, para precipitar la novedad que se ha ido acumulando en nosotros. La vehemencia no es signo, precisamente, de concentración. Aquella inconsiderada violencia del capitán no

había sido la expresión de un propósito firme y único, la resolución de un gran espíritu concentrado en sí mismo para conseguir un fin determinado. Había tenido mucho menos de persecución que de huida, de huida de las propias disensiones. Y ahora..., ahora se hallaba forzosamente detenido.

Después de ver inútilmente si cabría algún arreglo en la máquina, y de dirigir toda clase de reproches a alguien que no llegó a nombrar; después de pasearse de un lado a otro del camino, indeciso acerca de dónde encontraría en alguna ciudad próxima una tienda en que repararan la avería, se agotaron ya los últimos restos de su fuerza de resistencia. Sentóse al borde de la carretera, a pocos pasos de la inutilizada motocicleta, e incapaz de todo esfuerzo se confesó completamente vencido. No había contado él con las consecuencias que puede acarrear un simple agujerito.

Acosáronle las inevitables preguntas que no admitían ya dilación ni subterfugios en la respuesta; quién era él, qué era, cómo era, qué significaba aquel raro lio en que se había hallado metido... y todas aquellas profundísimas averiguaciones que por sistema suelen olvidarse en medio del barullo y precipitación de la vida moderna. En una palabra: por primera vez en la serie de días de temeraria imprudencia que acababa de pasar, se preguntó a sí mismo, lisa y llanamente, qué estaba pensando y adónde iba a parar.

Ciertas cosas se le presentaron claramente, tan claramente y con tales pormenores que era increíble que alguna vez le hubieran parecido obscuras. Por supuesto que Bealby se había portado, después de todo, como cualquier chiquillo honrado que habla bajo la influencia de alguna idea equivocada, y ¡claro está!, debía de haberle preparado él con cuidado y hacerle ensayar su declaración, antes de colocarlo frente al lord Canciller. Era esto tan obvio, que el capitán se quedaba ahora con la boca abierta al pensar en su inconcebible descuido. Pero el mal estaba hecho. Nada en el mundo sería capaz de vencer la mala voluntad que le tenía Moggeridge; nada sería capaz de reconciliarle con tío Chlckney. Esto era ya... asunto terminado. Pero lo que no estaba terminado era el pasmoso desorden de su propia inteligencia. ¿Por qué había sido tan descuidado e imprudente? ¿Qué nube había obscurecido su cerebro durante las últimas semanas?

Y esa súbita y rara lucidez que se produjo en la mente del

capitán, llegó a llevarle hasta al convencimiento de que el verdadero e importante asunto para él no era lo concerniente a los hechos ocurridos en Shonts, sino aquella especie de epilepsia de su propia voluntad. ¿Por qué ahora se empeñaba en correr desalado para volver junto a Magdalena? ¿Por qué? No la amaba. Estaba perfectamente convencido de no amarla. En el fondo, más que otra cosa, lo que estaba era resentido de su proceder.

Pero se hallaba en un estado tal de excitación nerviosa con respecto a ella, que los demás enredos, fluctuaciones y locuras, venían a ser como la consecuencia natural de ello. De esa misma excitación brotaron aquellos desatados torrentes de energía que le habían hecho ir correteando de un lado a otro... «como un condenado cohete» —dijo el capitán.

—Y, por ejemplo —se preguntó de pronto— *ahora...* ¿por qué voy yo ahora allí? Si vuelvo a su lado, probablemente se portará conmigo como una reina ofendida. No parece comprender más que lo que se concentra en ella de lleno, como un foco. Necesitarla tener un novio que fuera como un reflector eléctrico... ¡En lo que ella confía es en mantenerme en esa constante excitación! ¡Y lo mismo a todo el mundo! Es una mujer excitante que ha hecho de esto su especialidad.

Y después de meditar unos momentos acerca de esa frase en que concretaba su juicio, pronunció el capitán estas palabras, destinadas a caracterizar una época de su vida: «¡No *me da la gana!*»

Su mente había llegado ahora a un estado de lucidez casi violenta.

—En ese asunto de las relaciones con el otro sexo —dijo— cerré yo la mano demasiado, al principio, y ahora la he abierto con exceso. Vaya, que he estado chiflado al dejar que mi imaginación navegara continuamente por ese mar de encuentros, y de abrazos, y de... escotes.

Formuló entonces ciertas ideas de carácter generalizador, latentes en su cerebro desde largo rato.

—No es trabajo propio de un hombre ese oficio de enamorado. ¡Bailando aquí y allá, entre faldas, y polvos de arroz, y atenciones, y celos! ¡Juego de fulleros! Y que se juega con la intención de perjudicar a algún otro hombre... Que me emplumen si yo me presto... Hay que poner en su propio lugar a las mujeres...

Como que son capaces de hacernos picadillo, si las dejamos...

Después, meditó un rato en silencio el capitán, mordiéndose los nudillos. Fuese obscureciendo su rostro hasta adquirir expresión amenazadora. Comenzó a jurar como si algún pensamiento le atormentara. —¡Dejar que se la lleve otro hombre!— decía —¡Imaginarla en brazos de otro!

—¡No me importa! —exclamó, cuando a todas luces se veía que sí le importaba—. Hay en el mundo otras mujeres. Un hombre..., un hombre no debe darle importancia a eso. De todos modos —añadió — o lo uno o lo otro...

—De pronto, su mente se había serenado. Púsose en pie el capitán, firme y tranquilo el semblante y más bien pálido que sonrosado el color. Dejó a la orilla de la carretera la motocicleta y el cochecito lateral de mimbre, como cristiano que se liberta del peso de sus pecados. Preguntóle a una chica que pasaba cuál era el camino para ir a la estación de ferrocarril más próxima, y allá se fue, entrando antes en un taller de reparación de bicicletas, donde dejó encargado que le cuidaran de su abandonada máquina. Fuese directamente a Londres, mudóse de ropa en el cuarto que tenía alquilado, comió en el club y tomó el tren de la noche para Francia..., para Francia y lo que aún pudiera llegar a ver de las maniobras.

Escribió una carta a Magdalena, desde el tren del Este, al día siguiente, usando en ella las cariñosas frases de costumbre, evitando toda discusión acerca de sus relaciones y describiendo el paisaje del valle del Sena y lo más típico de Ruán, en pocas y magistrales frases de vivaces tonos.

—Si algo hay en ella que valga la pena, ya lo comprenderá —dijo el capitán; pero de sobra sabía él que no le entendería.

* * *

Al llegar aquella carta, fijóse la señora Geedge en ella, entre otras, preocupándole mucho, después, la conducta de Magdalena. Porque, de pronto, púsose ésta muy alegre, cantando a ratos y ocurriéndosele toda clase de proyectos de donosas burlas, jiras campestres y lejanas excursiones. Dióle palmaditas en el hombro al señor Geedge, y cogióse del brazo del profesor Bowles. Ambos

recibieron esas demostraciones de amistosa franqueza con torpe encogimiento, que a la señora Geedge le pareció, más bien, halagada vanidad. A mayor abundamiento, introdujo Magdalena en el reducido círculo de sus amigos a varios forasteros, a quienes la novedad hacía parecer tímidos.

El gran proyecto que tenía encantada a la joven era el de una gira al resplandor de la luna.

—Encenderemos una gran hoguera, decía, y luego bailaremos... Y será esta misma noche.

—¿Pero no sería mejor que fuera mañana?

—¡Esta noche!

—Mañana tal vez haya regresado ya el capitán Douglas. ¡Y hace él tanta falta para todas esas cosas!

Y sabía la señora Geedge que lo que decía no era posible, porque acababa de ver que el sello de aquella carta que le llamó la atención era francés; pero lo que ella se proponía era llegar al fondo del asunto, y de ahí que sólo dijera aquello para tantear el terreno.

—Lo he devuelto, a su ejército —contestó serenamente Magdalena—. Tiene asuntos más importantes en que ocuparse.

Verdaderamente, tenía asuntos *más importantes* de que cuidar. Estábamos entonces en los comienzos del arte de volar; pero ahora, a pesar de la hostilidad de lord Moggeridge y de la desconfianza de no pocas personas sensatas, ¿hay acaso en toda la historia de la aviación inglesa más glorioso nombre qué él del coronel Alano Douglas?

* * *

Después que hubo abandonado la casa de lord Moggeridge el capitán, de un modo tan poco ceremonioso, a nadie se le ocurrió de momento, ni aun al mismo Bealby, que aquél se había ido dejando allí abandonado a su testigo. Salieron el general y el lord Canciller a la antecámara, y dominado Bealby por un rápido e imperioso ademán de Candler, siguióles, también, modestamente. El mismo impulso condújoles al portal de la casa, y mientras un criado llamaba a un coche para que en él subiera el general, partió el lord Canciller rápidamente, con aire digno, pero atento, y acompañado de Candler, que en su gravedad algo protectora esbozaba también

un vago gesto de censura. En cuanto a Bealby, haciéndose, al fin, cargo de que le habían abandonado, quedóse mirando aquel vasto mundo de Londres con gran perplejidad y abatimiento. Candler se había ido. El último de aquellos señores se iba también. Al criado que quedaba en la casa no le conocía el chico.

En el momento en que iba a subir al coche lord Chickney, sintió que le tiraban de los faldones. Volvióse, sorprendido, para averiguar qué era aquello.

—Perdone, señor, soy yo —dijo Bealby.

Reflexionó un instante lord Chickney.

—¡Bien! ¿Y qué? —dijo.

Al muchacho se le hablan achicado ya por completo los pasados ánimos. Por el rostro y por la voz se le conocía que estaba completamente a punto de echarse a llorar.

—Quiero ir a casa, señor..., en Shonts —dijo.

—Perfectamente, chiquillo, pues vete a casa.

—Es que él se ha ido, señor —replicó Bealby.

Tenía buen corazón lord Chickney, y no ignoraba que el mostrar en público cierta amabilidad y no ser siempre esclavo del bien parecer, produce mucho mejor efecto y es infinitamente más popular que el encerrarse en los límites de una dignidad puntillosa. Condujo, pues, en su coche a Bealby hasta la estación de Waterloo; tomóle un billete de tercera para Chelsome; dióle una propina a un mozo de la estación para que lo colocara él mismo en el tren, y despidióse del rapaz casi paternalmente.

Ya había pasado la hora del té (según la debilidad le hizo pensar a Bealby) cuando llegaba éste una vez más a los linderos de la propiedad de Shonts.

El Bealby que regresaba después de aquella semana de variadas aventuras era otro, más prudente y discreto, más grave que el que partió. No acababa de entender con claridad todo lo que le había ocurrido, y hallábase principalmente intrigado por el excesivo enojo y la súbita desaparición del capitán Douglas cuando le condujo a presencia de lord Moggeridge; pero la impresión general que guardaba era la de que se había visto en inminente peligro de ser horrorosamente castigado, aunque se había suspendido la sentencia de un modo hartó precipitado e ignominioso para él. El único que, al fin, le había despedido en el tren con algo que se pareciera a una

bendición, era aquél buen señor viejo de los grandes bigotes grises. Pero Bealby comprendía ahora, mucho mejor que antes, que no siempre las aventuras toman un giro favorable para cualquier muchacho que sea el héroe de ellas, y que el sistema de nuestra organización social es, en el fondo, algo peligroso, bien sujeto a quiebras muy desagradables. En una palabra: comenzaba ya a iniciarse en la base de toda sabiduría. Felicitábase de haber salido de las garras del vagabundo, y más aún de las de la gente de Crayminster; entristecía al pensar que nunca más volvería a ver a la hermosísima señora a quien sirviera, y principalmente se sentía perplejo..., perplejo sobre toda ponderación. Y a decir verdad, también habla algo más que le interesaba: la probabilidad de que su madre le diera una buena tostada y una taza de té. «Pero la hora de tomarlo —pensó— habrá pasado ya con exceso; debe de ser muy tarde».

Había estado pesando el muchacho el pro y el contra de volver, con toda precaución y en silencio, a aquel cuarto sin ventana que fue su dormitorio allá debajo de la escalera, ponerse otra vez el delantal verde y presentarse a prestar sus servicios con la debida sangre fría, como si nada hubiera pasado, o bien irse sencillamente a la casita del jardinero, la suya. Pero el té, con su acompañamiento de comestibles, le parecía mucho más probable obtenerlo en este último sitio.

Vino a desviarle del camino directo que había emprendido a través del parque una especie de trinchera, larga y honda, que alguien había clavado allí, abandonándola después, desde el pasado domingo. Intrigóle al muchacho el averiguar para qué serviría aquello. Lo que sí resultaba era algo muy feo. Y como saliera de entre los árboles y pudiera ver de lleno la fachada del palacio, observó un raro aspecto, como de persona llena de heridas y vendajes, como de alguien que se ha liado a golpes, con otro y va ahora con un parche en un ojo. Pronto comprendió la razón de aquel aspecto: una de las dos torres aparecía envuelta en una andamiada. ¿Qué le habría pasado a la torre? —pensó—. Pero sus propias tribulaciones volvieron a imponérsele, siguiendo la interrumpida trayectoria.

Tuvo Bealby la suerte de no tropezar en los jardines con su padre, y entró en la casa de éste tan suave y mansamente que su

madre, qué estaba cosiendo una ropa de lana que acababa de hacer teñir de negro, con el fin de usarla como luto, ni siquiera levantó la vista para mirarle.

Asombróse él no poco al notar la extremada palidez de la mujer y lo abatido y resignado de su aspecto.

—¡Madre! —exclamó, y entonces levantó ella la mirada, como muerta de espanto, y así se quedó, mirándole fijamente, con unos ojos muy brillantes, muy abiertos, pasmada de verle.

—Siento mucho, madre —dijo el muchacho—, no haber sido tan buen galopillo del mayordomo como debiera. Si él quisiera volver a tomarme ahora...

Permaneció callado un momento, sorprendido al ver que ni una palabra le contestaba su madre, sino que continuaba sentada con aquella rara expresión en el semblante y sin hacer más que abrir y cerrar la boca.

—De verdad, madre... de verdad que volvería a probar...

F I N



H. G. Wells es una figura gigantesca en el panorama de las letras inglesas: profeta, predicador, científico, inventor de utopías, fantaseador de la mecánica, panfletista político, iconoclasta e intérprete de la Historia; todo ello con el deseo de ofrecer a sus semejantes unas condiciones de vida más nobles, unos métodos de trabajo y distracción más razonables.

Notas

[1] Forma abreviada de *Matilde*. < <